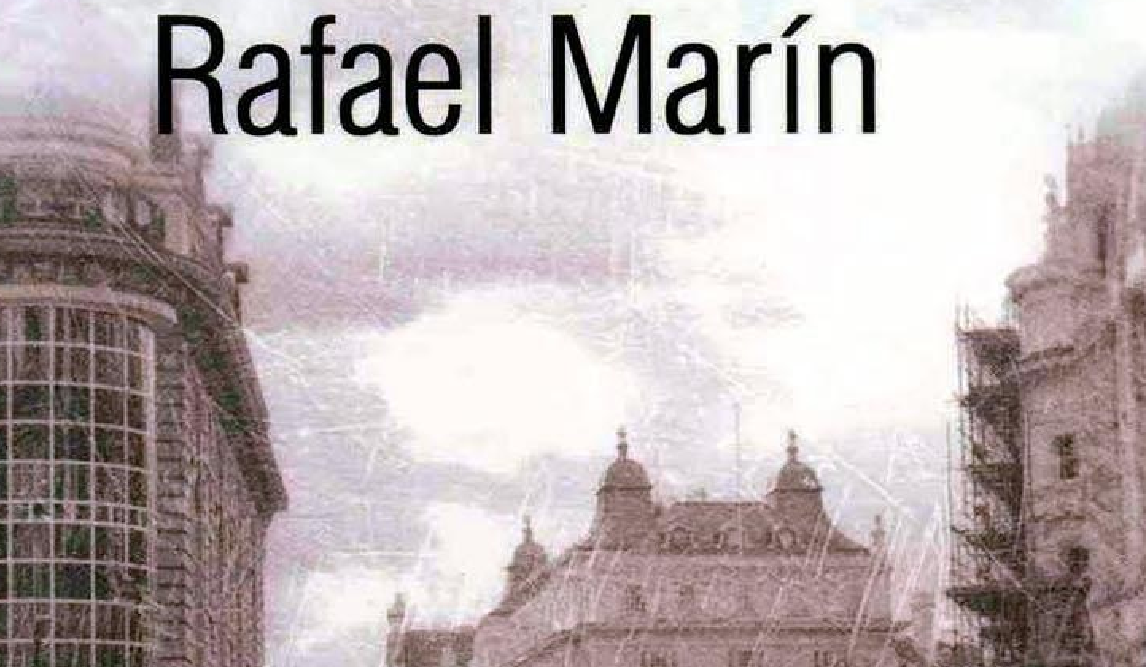
Elemental, querido Chaplin

Una novela de Sherlock Holmes

Rafael Marín



minotauro

Lectulandia

Una trepidante aventura que une a Holmes y un joven Chaplin para descubrir el misterio de quién es el hombre más inteligente del mundo. Sherlock Holmes existió, y Charles Chaplin da fe de ello en un manuscrito donde narra sus aventuras de infancia y juventud junto al célebre detective, con el que efectuará una trepidante investigación que los llevará desde los suburbios de Londres hasta Lausanne, para desenmarañar una trama de sectas esotérico-diabólicas y extravagantes planes de clonación. Esta novela es un fresco divertimento especulativo con todos los elementos de la mejor ficción policíaca, por donde desfilan personajes tan dispares como Albert Einstein y Alistair Crowley, Oscar Wilde y Fu Man Chu. Una obra inclasificable, repleta de humor y referentes, de la mano de uno de los más importantes autores de la ciencia ficción española.

Rafael Marin

Elemental querido Chaplin

ePUB v1.0

Johan 15.09.11

PRÓLOGO

A mediados de otoño del año 2000, coincidiendo con Halloween, esa fiesta pagana que todo lo invade y contra la que cualquier reacción tradicionalista adversa tiene perdida la batalla de antemano, un grupo de escritores españoles fuimos invitados al Festival Utopía, de Nantes. Las posibilidades de que a un autor de literatura fantástica en español se le reconozca que existe son tan escasas, incluso en nuestro propio país (o *sobre todo* en nuestro propio país), que los cinco o seis tocados por tal fortuna acogimos la invitación con más escepticismo que alborozo: no imaginábamos qué nos íbamos a encontrar allí.

Después de un viaje digno de indiana Jones (en el que tuve que saltar de un avión a otro sin tener nunca muy claro que fuera a llegar a mi destino: no hablo ni una palabra de francés y la bella azafata rubia que me atendía en un bimotor donde sólo viajaba yo no encendía ni español ni ingles, imaginen el surrealismo de la situación, perdido en un avión que no iba a donde yo tenía que ir y en manos de alguien que no sabía dónde tenían que bajarme —o tirarme— para que llegara donde tenía que llegar), desembarqué en Nantes y tuve por fin la oportunidad de reencontrarme con viejos amigos, colegas escritores a quienes no suelo ver más de una o dos veces al año, dado lo lejano de nuestra ubicación geográfica: Cádiz, Gijón, Madrid, Barcelona o Valencia. Son tantas las cosas que nos unen que la alegría del reencuentro hace que retomemos la conversación prácticamente donde la habíamos interrumpido siete u ocho meses atrás.

Uno de nuestros temas recurrentes suele ser la admiración hacia los escritores tardovictoríanos que dieron forma a lo fantástico tal como lo conocemos hoy: H. G. Wells y su socialismo inteligente, Oscar Wilde y su diletantismo envidiable, Bram Stoker y sus inseguridades superadas gracias a la escritura de un libro inclasificable; o el francés Jules Verne, nacido allí mismo, en Nantes, quizá en el fondo el autor que, como a tanta gente antes que nosotros, nos hace mantener viva la llama de escribir fuera de los mundos corrientes y molientes que someten la literatura a los vaivenes ya transitados por la historia. Inevitablemente, y sin que haga falta que venga a cuento, siempre acabamos hablandó de Sherlock Holmes.

Aunque yo nunca me había atrevido a probar fortuna con lo que se ha dado en llamar el pastiche holmesiano (es decir, la mezcla de casos de Sherlock Holmes y otros personales históricos o literarios más o menos célebres, desde Karl Marx a Sigmund Freud), mi buen amigo Rodolfo Martínez ya había escrito al menos un relato largo *y* una novela sobre el tema. En el vestíbulo del lujoso hotel donde nos hospedábamos, mientras veíamos pasar por nuestro lado a autores de ciencia ficción norteamericanos a quienes admirábamos o detestábamos desde la infancia, Rodolfo reconoció a regañadientes en *petit comité \a* que yo ya sospechaba desde hacía

tiempo. Mientras que el relato «Desde la tierra más allá del bosque» era en gran medida ficción de su propia cosecha, su excelente novela *Sherlock Holmes y la sabiduría de los muertos* relataba hechos verídicos y contrastables.[1]

Son pocos los que saben o son capaces de aceptar que Sherlock Holmes no es un personaje de ficción, sino un caso extraordinario de ser humano excepcional, una leyenda cuya propia magnitud nos hace considerarlo un ente imaginario. El grupo de los Irregulares de Baker Street, al que tal vez el propio Rodolfo Martínez pertenece, es bien consciente de ello, y a modo de sociedad secreta se dedica todavía hoy a desenmarañar los casos del detective que no fueron hechos públicos en su día por su biógrafo y albacea el doctor John Watson. Por comodidad, el resto del mundo prefiere creer que Sherlock Holmes, su adláter y su entorno son fabulaciones de ese otro doctor en medicina aficionado a las hadas, sir Arthut Conan Doyle, quien también dio a conocer el primero de los mundos perdidos.

Ni Juan Miguel Aguilera, ni Armando Bok, ni Javier Negrete ni Julián Diez ni yo pestañeamos ante la revelación que nos hizo allí mismo Rodolfo. Por mi parte, me terminé el Jameson con hielo que estaba bebiendo y le pregunté a bocajarro:

—Otro caso real, entonces. —Un segundo de pausa dramática siempre es eficaz a la hora de dar clases a un puñado de adolescentes y lo es también cuando se pretende desviar una conversación interesante hacia el tema que a uno le quita el sueño—, ¿Es cierto que un amigo tuyo encontró el manuscrito en un anticuario del Soho, como dices en tu libro, o lo hizo en la bóveda de un banco, como en la gran película de Billy Wilder...? ¿O acaso fuiste tú mismo?

Con ese laconismo zumbón tan característico suyo, ese que le hace parecer una mezcla de Robert Carlyle y Keanu Reeves, pero en asturiano, Rudy ni siquiera se encogió de hombros.

—Nunca he estado en Londres —murmuró, desviando una ceja hacia el largo flequillo—, Y trabajando en un McDonald's, mi amigo tenía pocas posibilidades de pisar un banco.

Ninguno de los presentes supo cómo continuar. Sin duda, Rudy saboreó la incertidumbre causada por el momento.

—En realidad me llegó por correo —explicó, y me dio la impresión de que se estaba quitando un peso de encima—. A casa de mis padres, porque era la dirección postal que mantenía entonces, aunque ya no vivía allí. Un manuscrito amarillento, escrito con una vieja máquina de escribir. Una Underwood, según he podido comprobar luego.

—¿No llevaba ningún remitente? —pregunté yo, ansioso.

—Unas iniciales, / *H*,, *y* un apartado de correos inexistente, como también averigüé más tarde. Deduje que se me hacía entrega de esa historia después de que el responsable de su custodia leyera el relatito que escribí sobre Holmes y Drácula.

Como si me convirtiera así en una especie de fideicomisario de otro caso sobrenatural, esos que Conan Doyle no se atrevió a dar a conocer por miedo al ridículo. En la novelización de aquellos apuntes, urdí la historia de la tienda de antigüedades y la caja metálica abollada para darle un poco más de dramatismo al asunto.

Todos asentimos, entusiasmados por el descubrimiento y, imagino, la confirmación de lo que para cada uno de nosotros parecía ser un secreto a voces: nadie se toma hoy en día un caso de Holmes a la ligera, no, habiendo tantos dedicados al tema y con la férrea vigilancia de sus seguidores repartidos por todo el mundo, esos que son capaces de detectar qué es canónico y qué no, y sobre todo, qué es tabulación a partir de hechos probados o mera superchería, a veces fruto de la admiración genuina hacia el maestro de detectives y su entorno.

Una camarera rubia trajo más hielo. A Julián Diez, como casi siempre, le sonó el móvil, pero esta vez no le hizo caso y no se levantó para caminar dando pasitos cortos al atenderlo.

—También me llegó esto —dijo Rodolfo.

De su bolsillo, entre un montón de llaves *y* un llavero de importación con el símbolo de *Babylon—5,* Rudy extrajo cuidadosamente una brillante llavecita de plata. Me la tendió. La cogí con reverencia, como si fuese el Santo Grial o la pócima que el boticario entregara a Romeo Montesco para que sellase su destino un amanecer en Mantua.

—Estaba en el fondo del paquete. Sin ningún tipo de indicación. Puede que tenga algo que ver con el caso del Necronomicón que relato en mi novela. O que se le perdiera a quien me envió el manuscrito, no sé. Nunca he podido averiguar qué abre esta llave, ni lo que significa.

Era una llave normal, con una serie de números y letras grabados en el metal. Podría haber sido de una puerta, de una maleta, de un coche, de un apartado de correos o de un armario remoto. La miré, como hipnotizado por los juegos que el reflejo de las luces del río dibujaba sobre su relieve irregular, sobre la sonrisa de sus dientes de acero plateado.

—¿Puedo...?

—Quédatela si quieres —invitó Rodolfo—. Por más que lo he intentado, no he conseguido averiguar qué es lo que abre. Podría ser una llave cualquiera, de un sitio cualquiera.

—¿Guardas todavía el manuscrito? —pregunte, convencido de que aún se podría encontrar alguna pista entre sus páginas; no sé: huellas, testos de tabaco, una letra torcida y repetida que pudiera ayudar a localizar aquella Underwood. Entonces todavía no conocía a Gil Grissom, pero ya sabía que pueden encontrarse indicios para cualquier cosa hasta debajo de las piedras: los casos del propio Sherlock Holmes son

buena prueba de ello.

Rudy miró la alfombra. Por un momento pareció azorado, como si hubiera guardado el secreto de su encuentro con el manuscrito precisamente para no tener que enfrentarse a esta nueva revelación

—El manuscrito desapareció de casa una mañana. No vi señales de que hubieran forzado la puerta ni los cajones del escritorio donde lo guardaba bajo llave, pero ya no estaba allí. Alguien liego y se lo llevó, tal como suena. Es como si nunca hubiera existido.

—Con lo cual siempre parecerá que *La sabiduría de los muertos* es una obra de ficción, y no un documento auténtico —deduje yo, con una mueca de contrariedad que se acentuó cuando mordí el cubito de hielo que me quedaba del whisky, olvidando que al volver a casa me esperaba una endodoncia que matara el nervio de una muela que iba distrayendo a base de ibuprofeno.

—Exactamente —asintió Rudy—. Pero la llave no desapareció. Eso me hizo llegar a la conclusión de que no significaba nada. Un simple accidente, tai vez, no sé. Como he dicho, alguien pudo olvidarla en el fondo de la caja al enviarla.

Guardamos silencio, pedimos otra ronda de bebidas y la conversación pasó al cine del momento y los cómics de superhéroes cuyos guiones yo escribía por entonces, y las anécdotas sobre su redacción que, pese a lo divertidas que pudieran parecer a ojos extraños, a mí me llevaban de cabeza; en nuestro mismo hotel se hospedaban también el actor Chrístopher Lambert y el dibujante Phillipe Caza. A los españolitos, de cualquier forma, nos interesaba mucho más la belleza morena de una presentadora de televisión encargada de la ceremonia de clausura, a quien con cierto desprecio nuestra guía apodó «Miss Météo», puesto que era la encargada de los partes del tiempo, y ante la que no podíamos dejar de comportarnos, con miraditas tímidas, como émulos de José Luís López Vázquez o el grandioso Alfredo Landa; lo verde empieza en los Pirineos para muchos de nosotros, ciertamente.

Deslumbrado por Nantes y por lo que en Francia parecía significar la literatura que practico (es decir, una industria que no se avergüenza, un gueto que no existe), regresé a casa con la llavecita en cuestión. No paraba de darle vueltas en la cabeza: tenía que significar algo, no podía ser una simple casualidad que acompañara al manuscrito que, sin duda, cambió la carrera de escritor de Rodolfo Martínez. Sabía que iba a ser un palo de ciego, porque la llave era exactamente igual a cualquier otra llave y mis posibilidades de seguirle la pista eran tan nulas como pudieran haberlo sido las de Rudy. Pero conozco al que debe de ser único ejemplar gaditano de detective privado en ejercicio, padre de un antiguo alumno muy apreciado a quien logré convencer para que estudiase medicina y no se alistara en k Legión o uno de esos cuerpos de élite y desesperación; desde entonces, el detective me debe ese favor, porque la función de un profesor consiste a veces en ser comodín en desencuentros

familiares en los que en el fondo uno pinta más bien nada. Un poco a tontas y a locas fui a verlo una tarde, en Navidad, y después de la conversación banal de rigor, cómo están los chavales, bien, cómo siguen las cosas por el colegio, tirando, qué tal el trabajo, pocos casos interesantes, siempre el mismo aburrimiento parapetado tras el periódico, le entregué la llave a ver si podía descubrir algo por mí, recalcándole que no me corría ninguna prisa y que igual era una tontería, un callejón sin salida.

Debió de tomarse mis palabras muy en serio, o tal vez encontrar la aguja en el pajar fue dificultoso, porque pasaron casi dos años largos antes de que tuviera noticias suyas. Me llamó una mañana, sin darse cuenta de que a esa hora yo estaba en clase, y me dejó un mensaje en el contestador diciendo que quería verme. Cuando por la tarde me puse en contacto con él, me quedé de una pieza.

—Es la llave de una caja de seguridad de un banco —me dijo, directo al grano, como sí le hubiera encomendado su misión ayer mismo y yo estuviera en disposición de recordar de qué me estaba hablandó: lo curioso es que, sí, supe al instante de qué me hablaba—. Swiss National Bank, en Lausana. Hace un montón de tiempo que nadie abre la caja en cuestión, al menos veinte años, puede que incluso treinta.

No le pregunté de dónde había sacado la información, pero lo dijo con tal seguridad, con tal convencimiento, que no se me pasó por la cabeza poner en duda sus capacidades detectivescas, y eso que en una ciudad pequeña como la nuestra su trabajo se centra en investigar casos de posible adulterio y, últimamente, en seguir los pasos de adolescentes de ambos sexos las noches de movida, el último recurso de los padres preocupados por qué harán sus hijos cuando salen de madrugada y vuelven a media tarde, visto que el móvil (el precursor del chip de seguimiento del futuro) apenas les ofrece un pobre consuelo y ningún control sobre lo que aquéllos pueden estar haciendo o deshaciendo.

Una semana más tarde, cuando quedamos en una cafetería del centro donde sin duda tenía otro caso a tiro (o eso me pareció por la manera en que miraba de reojo a una muchacha de ojos celestes y carpeta estudiantil), el detective me devolvió la llave, junto con datos más precisos del banco y la caja que, en teoría, debetía abrir la llavecita de marras. No quiso cobrarme por su trabajo, y yo bromeé diciéndole que si algún día tenía que ir a la consulta de su hijo esperaba que tampoco me cobrara un céntimo. Nos despedimos entre risas y con un apretón de manos. Yo volví a casa bajo la lluvia y él se subió el cuello de la cazadora y continuó controlandó las acciones y llamadas al móvil de la muchachita de los ojos celestes.

Por mí parte, no lo pensé más. O mejor dicho, lo pensé muchas veces, pero como ya sabía, porque me conozco, acabé por persistir en la decisión que había tomado en primera instancia. Unas semanas más tarde tenía que ir de nuevo a Nantes, a presentar uno de mis libros que se traducía al francés, esa lotería que nadie imagina cuando se encierra con una máquina de escribir o un ordenador y teje una historia: el

sueño inalcanzable de ver tus pensamientos volcados a otra sensibilidad y otro idioma. A la vuelta, y aprovechando el buen quehacer de un amigo que trabaja en una agencia de viajes y entiende como yo nunca entenderé de tarifas reducidas, vuelos de enlace y bonos de descuerno, decidí darme un paseo por Suiza y averiguar si la llave abría un cofre del tesoro o si saltaban las alarmas por mi causa.

En Suiza hacía frío y todo estaba muy limpio. Me sentí como Robert Redford en aquella película de ladrones de guanee blanco que vi hace muchos años por televisión y que jamás he podido localizar, sobre todo porque siempre me queda la duda de si el protagonista en cuestión era Redford, y no Wárren Beatty. Una cosa hay que decir a favor de los suizos, mas allá de la calidad de sus relojes y sus chocolates: no les importó que yo no hablara ni una palabra de francés. En inglés nos entendimos perfectamente.

No hice el viaje del todo a ciegas, intentando una pirueta sin manos: me había asesorado previamente para asegurarme de que lo que iba a hacer fuera legal y no me viera envuelto en ningún lío. Soy bastante conservador en ese aspecto, y sé que hay cosas con las que no se juega. Pero, una vez sobre la pista de la llave, un matrimonio de amigos letrados (ella abogada; él, juez) consultaron embajadas y tratados y no sé cuántos subterfugios y acuerdos comerciales más y pudieron ofrecerme la seguridad de que, en efecto, la llavecita en cuestión no requería otra cosa sino ir allí y darle el uso para el que había sido concebida: abrir una caja abandonada que, como los tesoros nazis o esas historias de americanos sin recursos que tan bien escribe una y otra vez Robert Ludlum, no requiere más que presentarse en el banco y decir que uno quiere retirar un depósito al que tiene acceso.

Dicho y hecho (evidentemente, no fui capaz de aparcar los nervios). Un encargado del banco me acompañó a la bóveda donde brillaban las cajas de seguridad. Me acordé de aquel episodio de *Astérix en Helvecia,* y me pregunté si dentro no habría una marmita oxidada con restos de queso y si, de noche, no se oiría la voz de algún bohemio de la época romana gritando aquello de «¡Los azotes! ¡Los azotes!». La imaginación que se desboca cuando se tienen referentes a punta pala: cine, tebeos, libros, música, y un nudo de tensión insoportable en el estómago.

El hombre me dejó a solas y yo, conteniendo la emoción, acerqué la llave a la cerradura. Entró a la primera. La giré hacía un lado, pero no abrió. Tonto de mí, la giré hacia el otro. Tras un levísimo sonido metálico, la puerta cedió. Dentro había un paquetito perfectamente envuelto en papel manila. Veinte años escribiendo novelas y enviando manuscritos a editoriales que en ocasiones los rechazan sin haberlos leído siquiera me han enseñado a reconocer el original de un libro casi al tacto.

Abrí el envoltorio. Un par de centenares de páginas escritas a mano, con tinta negra y una letra temblorosa y algo inclinada. Quien había escrito este incunable no se había confiado a la velocidad de la Underwood que Rodolfo Martínez había

hallado en su propio manuscrito misterioso.

Leí apresuradamente las primeras líneas del texto:

> *Dad was a drunkard.. Mom went crazy. My childhood memories are images of hunger and cold. And fear, especially. I was born the year af ter the Ripper...*

Intentando aparentar calma, guardé el libro en el maletín que llevaba por si acaso. Me despedí de los empleados del banco intentando imitar la flema de Pierce Brosnan en *El caso de Thomas Crown*, pillé el primer taxi que pasó por la calle (apenas un minuto después, bien por los suizos), y controlandó la ansiedad regresé al hotel, cerré puercas y ventanas, encendí la luz, me senté en la cama, me quité los zapatos y empecé a leer el manuscrito que a continuación traduzco.

1

Mi padre era un borracho, mi madre se volvió loca. Los recuerdos de mi infancia son imágenes de hambre y frío. Y sobre todo de miedo. Nací el año siguiente al Destripador, y aunque la historia de sus crímenes no fue más allá de aquel septiembre de 1888, el relato de sus horrores nos acompañaría durante mucho tiempo todavía. Unos niños temen al hombre del saco o al monstruo bajo la cama o en el armario; yo crecí con el temor de creer a píes juntillas que Jack el Destripador era mi padre. Supongo que alguna vez mi madre, en su delirio, lo acusó de frecuentar la compañía de mujeres de mala vida, como las que habían sido víctimas del asesino desconocido, y a partir de ahí mi imaginación hizo el resto. Cuando más tarde llegué a conocer a mi padre, supe que era un pobre hombre incapaz de hacerle voluntariamente daño a nadie..., excepto tal vez a mi madre, *y* a sí mismo.

Mi familia rota sufría las penurias de una sociedad de contrastes, de un imperio que dominaba con bota de hierro medio mundo a la vez, que parecía ignorar el desencanto que imperaba en casa, pero gozaba de la magia del teatro.

Antes de que lo venciera una copa de whisky barato y la frustración de saber que el tren de su vida no iba a llegar a ninguna estación importante, mi padre fue un destacado cantante y actor de vodevil; dicen que yo he heredado su capacidad para la canción, los gestos y la pantomima, afirmación que tengo que dar por cierta aunque no recuerdo haberlo visto en escena jamás.

Nunca he oído cantar a un ángel, pero no me ha hecho falta, porque dudo que lo hicieran rnejor que mi madre, o eso le parecía al niño que yo era y al hombre que soy: un ángel desvalido, caído a la tierra, incapaz de comprender que el cielo ya no le abría las puertas, y para escapar del infierno que este mundo era para ella, tuvo que refugiarse en una gloria inventada y propia a la que los demás sólo accedíamos cuando lográbamos desentrañar la incoherencia de sus chacharas.

Una noche, cuando yo tenía cinco años, su voz de violeta se quebró en el escenario y mi madre se quedó allí de pie, blanca y asustada, una mano en el cuello, los ojos azules inundados de lágrimas de vergüenza e impotencia. No pude soportarlo; salí de entre bambalinas y para sorpresa de todos bailé, frenético, nervioso, con una sonrisa que ya era mueca en los labios y los ojos brillandó de rabia mientras ella hacía mutis y la gente olvidaba enseguida su presencia fugaz en aquel segundo de sus vidas. El tintineo de las monedas lanzadas a mi alrededor por aquel público asombrado por mi entrada debió de ser algo parecido al maná cuando caía cada día del cielo. Aquélla fue la primera actuación de mi vida, producto de la furia, la humillación, el dolor y el amor. Mi primer éxito, el que me enseñó que el aplauso siempre debe venir seguido por una lluvia de sonido metálico o no será éxito real, sino condescendencia o caridad. Por desgracia, mi madre nunca recuperó la voz. Fue

uno más de los factores que contribuyeron a volverla loca.

Mi punto de contacto con el mundo que había más allá de la miseria familiar, del frío y el hambre, de la indefensión y las candilejas del teatro que todo lo compensaban, era Sydney, mí medio hermano. En realidad, Syd se parecía tanto a mi padre que nadie creía a mi pobre madre cuando explicaba entre susurros de complicidad que era fruto de su relación con un lord, nada menos, quien le legaría una fortuna en metálico y mansiones y caballos de carreras cuando alcanzase la mayoría de edad. Cuatro años mayor que yo, Sydney tenía sangre de aventurero en las venas, y tan pronto desaparecía de casa como un gitano errante durante semanas como regresaba con los bolsillos llenos de chelines, alguna lata de comida importada y cigarrillos de humo azul. Cuando mi madre le preguntaba dónde había estado, Syd se encogía de hombros y se hacía el misterioso, pero no soltaba prenda, pues sabía que, loca y todo, ella llevaba dentro una recia institutriz que jamás admitiría que su hijo estuviera haciendo algo por lo que pudiera acabar en Reading Gaol o deportado a Australia. Lo único que pudo averiguar fue que Sydney frecuentaba una panda de mocosos por las inmediaciones de Marylebone y que hacía pequeños encargos para un caballero misterioso, una especie de filántropo cuyo nombre Syd se negó a revelar con ía excusa de que no lo conocía siquiera, quién se creía que era él para picar tan alto.

Cuando uno tiene un hermano neo y aventurero, acaba por no desear sino ser rico y aventurero también. Yo cantaba, bailaba y hacía pantomimas mejor que Syd, y por tanto me veía capacitado para hacer mejor que él... lo que fuera que hiciese en sus escapadas a los barrios de la City. Como cualquier otro chaval, yo quería ser igual que mi hermano, acompañarlo en sus aventuras y peripecias, superarlo.

Tanto le di la ¡ata, tanto insistí, tanto pataleé, que Syd terminó creyendo que estaba haciendo un trabajo digno del mejor agente de su majestad la reina y poco menos que contribuyendo a la salvación y segundad del Imperio. Es decir, como yo también lo creía, se negó a dejarme participar en sus correrías y se volvió todavía más misterioso con sus idas y venidas, para desesperación de mí madre y mi propia envidia.

Con o sin su permiso, mi futura fortuna de golosinas, botones de nácar y cigarrillos de humo nervioso no iba a depender de los caprichos de un hermano mayor egoísta y calavera. Así, aprovechando una de las crisis de locura de mi madre (cuando le daba por cantar canciones de cuna en un francés inventado o mezclaba los monólogos de Ofelia y las músicas de las operetas de Gilbert y Sullivan, con un extraño efecto hipnótico: nunca superó, creo, no haber sido elegida para hacer un pequeño papelito en *El Mikado)*, una noche me armé de valor y decidí seguirlo.

Syd se encaramó al pescante de un carruaje al paso, y yo al siguiente. Atravesamos las callejuelas familiares con sus portales negros y sus luces coloradas,

dejando atrás la estridente música de las pianolas, las risotadas de los hombres y los chilliditos exagerados de las mujeres que vendían su cuerpo y su tiempo antes de que la noche acabara y tuvieran que volver a un hogar inexistente o retirarse a un agujero infecto para dormir colgadas de una cuerda junto con otras desventuradas como ellas, esperando que llegara el día en que cayeran del cordel y evitaran la desilusión de despertarse.

Cruzamos un puente sobre el Támesis que apenas asomaba entre la niebla, cambiamos dos veces de landó (y una de ellas estuve a punto de perder de vista a mi fugaz hermano, porque resbalé en un charco), *y* para mí sorpresa pasamos de largo los barrios de casas blancas, verjas de hierro forjado y escudos nobiliarios donde el silencio y la seguridad indicaban que el dinero no necesita música, ni risotadas, ni chillidos, sino solamente presencia serena, hasta alcanzar la zona húmeda y tenebrosa de los *docks.*

Syd se escabulló entre haces de maromas, cajas de contenido sospechoso y montones de bultos de forma y función desconocidas que partían hacía la lejana América o llegaban del misterioso Oriente, que yo imaginaba lleno de abanicos y lentejuelas como las que vestía mi madre en alguna función de teatro. Y entonces lo perdí. Había atravesado medio Londres de una punta a otra, me había lastimado las manos agarrándome a la barra de los carruajes, estaba calado hasta los huesos, me moría de hambre... y no tenia ni idea de dónde estaba ni de cómo regresar a casa. Si no volvía a dar con el rastro de Syd, por ¡a mañana alguien podría encontrarme flotando en el Támesis: los horrores de Londres no habían desaparecido con la pista perdida del Destapador el año anterior a mi nacimiento. Los periódicos siempre aprovechaban cualquier incidente para vender unos ejemplares más y, como habían descubierto con el caso de Whitechapel, exagerar cualquier asesinato daba buenos dividendos y mantenía a la población satisfecha y pidiendo más. Yo entonces leía muy mal, pero me fascinaban las ilustraciones en las que el horror y la muerte se daban la mano para raptar a bellas damiselas, rescatar cadáveres de niños del fondo del río y, finalmente, demostrar que el crimen no paga cuando la fealdad que presentaban aquellas imágenes se acrecentaba aún más, pues quienes cometían aquellas horribles fechorías terminaban con los ojos bizcos y la lengua ennegrecida fuera de la boca, colgado de una horca.

—¡Charlte Chaplin, pequeña sabandija de Kennington Cross! ¡Así que me has seguido, después de todo!

No tuve tiempo de abrir la boca para hablar. Mi hermano Syd, fantasma disperso en la oscuridad hasta hacía unos minutos, apareció ante mí, me agarró por las solapas y, cuando ya pensaba que iba a estamparme un puñetazo en la boca, me aplastó contra una de las cajas, fuera del alcance de las luces de una barcaza que atracaba a pocos metros.

Mi hermano se llevó un dedo a los labios y me dio a entender que me estuviera quietecito como un niño bueno. Obedecí, pero en cuanto me soltó las solapas estiré el cuello para ver qué estaba pasando: no había hecho aquel largo viaje para nada. De la barcaza saltó un hombre, un oriental, según me pareció por lo ancho de sus mangas y el reflejo de sus botones de nácar. Hizo señas con una linterna tres o cuatro veces controlandó con mucho cuidado el haz de luz y, cuando ya parecía que nadie iba a responderle, un fogonazo a nuestra derecha replicó a su llamada.

Oímos ruido de pisadas, y de entre la niebla y la humedad surgió la forma de un abrigo, un bastón, un hombre. El marinero chino bajó la linterna, y ambos individuos permanecieron juntos unos instantes, conversando en un idioma que no pude identificar pero que no se parecía al cantones que de vez en cuando imitábamos en el teatro: hablaban en polaco, en ruso *o* en alemán. El marinero le entregó algo al hombre del bastón, y éste a cambio ie dio una bolsita. Dinero, me di cuenta de inmediato. El hombre del bastón se volvió, dando por terminado el encuentro. Pude ver un destello plateado en su ojo derecho, y comprendí que llevaba un monóculo.

Con las mismas zancadas fugaces que antes, el caballero del bastón se perdió muelle arriba. La barcaza hizo lo mismo corriente abajo, hasta convertirse en un chuf chuf chuf invisible entre los jirones de niebla, camino de Greenwich o el mar oscuro más allá de mi imaginación. Siempre que oigo la canción *Un barco lento hacia Shangai* me viene a la mente esa barcaza.

—¡Vamos! —me dijo Syd, y yo apenas tuve tiempo de ajustarme la gorra y salir corriendo tras él. Pero no sé si porque tenía las piernas mas largas que yo, mi medio hermano corría como un gamo. A. mi me costaba lo mío alcanzarlo.

Así que se trataba de eso, pensé. Syd estaba siguiendo al hombre del bastón. ¿Sería el caballero misterioso que le daba los chelines que luego invertía en aquellas riquezas que yo envidiaba? No, no podía ser. Ese hombre era, sin duda, extranjero (yo asociaba monóculo con extranjero, no sé por qué; me pasaba lo mismo con las botas de caña alta *y* los pantalones con polainas). Y si mi hermano trabajara para él, ya se habría dado a conocer, no estaría yendo tras sus pasos con un afán parecido al mío cuando había ido saltando de un coche de caballos a otro hacía un rato.

Mientras el hombre del bastón recorría el muelle, nosotros lo seguimos corriendo por detrás de los bultos y embalajes, a lo loco pero intentando no hacer ruido, hasta adelantarlo. Syd me indicó que me quedara quieto, y entonces salió descaradamente de su escondite y se plantó ante el caballero.

—¡Un penique, por candad, señor! ¡Soy un pobre huérfano! —imploró mi hermano, cortando el vivo paso del hombre del bastón, una mano extendida en actitud de súplica, los hombros encogidos y el acento plañidero—. Hace dos días que no pruebo bocado y...

El caballero intento esquivarlo, pero mi hermano fue mas rápido y volvió a

cortarle el paso. Esta vez, más atrevido, agarró al hombre por la manga del abrigo.

—Por candad, señor, hace tanto frío...

Con un movimiento brusco, el caballero se zafó de mi hermano y lo arrojó al suelo. Tuvo el control suficiente para no asestarle un golpe con el bastón, quizá porque reñía prisa, quizá porque le pareció que Syd no merecía ni siquiera eso. Murmuró algo en aquel idioma desconocido y se perdió en la oscuridad. Yo dudé entre seguirlo o socorrer a Syd, pero mis seis años de edad y el desconocimiento de lo que allí estaba pasando resolvieron pronto mi dilema. Corrí junto a mi hermano, que se incorporaba del suelo, con una enorme sonrisa de picaro dibujada sobre el tizne de su rostro.

—¡Syd! —exclamé—. ¿Qué demonios estás haciendo? ¡Somos actores, no mendigos!

Syd me miró con el ceño fruncido, como si estuviera a punto de soltarme ahora la filípica que no había podido soltarme unos minutos antes. Pero en cambio hizo un gesto de prestidigitador con la mano izquierda y me mostró un sobre de color marfil, lacrado en rojo. Comprendí que el encontronazo con e¡ caballero del bastón le había servido como estratagema para robárselo.

—¡Sydney Chaplin! —le reprendí, imitando el gesto característico de mi madre —. ¿A eso es a lo que te dedicas en tus correrías? ¡Eres peor que un mendigo, chaval, eres un *ladrón!*

Syd se encogió de hombros, se guardó el sobre en el bolsillo de la chaqueta, cuidando de no arrugarlo, y me indicó que lo siguiera una vez más. Recuerdo que intenté hacerle ver que aquello estaba mal, pero mi hermanastro no me hizo el menor caso. Lo seguí a grandes zancadas, y cuál no sería mi sorpresa cuando, sin dudarlo un momento, entró en uno de los pubs portuarios donde el sonido de un piano y el tintineo de las copas y las risas de los parroquianos resultaban tan ensordecedores como los que convertían en cabalgata a deshora las noches de mi barrio.

Miró a un lado y otro, y cuando localizó a quien buscaba cruzó sin vacilar el vestíbulo lleno de marineros borrachos, estibadores cansados y meretrices con legañas hasta en el escote. Corrí tras él, asustado, porque si en los pubs de mi calle yo era un chiquillo gracioso a quien todos saludaban y reían las piruetas, aquí era un desconocido, un mocoso molesto a quien a nadie le importaría pisar, empujar o hacer algo peor.

Había un hombre sentado al fondo, bajo una luz de gas convenientemente apagada. Delante de él tenía una pinta de cerveza, pero el nivel de la espuma indicaba que ni siquiera la había tocado. Tenía ojos penetrantes, la nariz aguileña surcada por una enorme cicatriz, los dientes ennegrecidos y esa barba sucia en la que puede prenderse una cerilla, o al menos eso hacíamos en el teatro. Vestía harapos, pero eso no me llamó demasiado la atención ni me molestó, puesto que ni mí hermano ni yo

habíamos salido de la tienda del sastre de Beau Brummell: en aquella época, como es lógico, todavía no me había dado por frecuentar la compañía de petronios modernos como Douglas Faírbanks o Rudy Valentino.

Con una reverencia casi supersticiosa, mi hermano se sentó ante el hombre y, tras asegurarse de que nadie nos miraba, sacó la carta que le había robado al caballero y se la entregó con disimulo. El hombre de la cicatriz alargó la mano, y de entre los mitones raídos asomaron unos dedos largos v manchados de hollín. O tal vez no. Las uñas parecían bien cuidadas, y de inmediato me di cuenta de que el hollín podría haber sido perfectamente maquillaje como el que mis padres usaban en el teatro.

Sin dudarlo, el hombre de la cicatriz rasgó el sobre, leyó el contenido y asintió, como si confirmara por completo sus sospechas sobre algo.

—Buen trabajo, joven Chaplin —dijo, con voz ronca y afectada, la voz de un hombre que está fingiendo—. Buen trabajo. Inglaterra puede estar orgullosa de la entrega de sus hijos.

Hizo girar en el aire un moneda de plata y la depositó sobre la mesa junto con otro sobre lacrado de color marfil, exactamente igual que el anterior. Syd se encargó de que ambas cosas desaparecieran de la mesa en menos de dos segundos. El hombre de la cicatriz se levantó entonces, y vi que usaba una muleta para caminar, aunque no era cojo.

—Recuerda, muchacho. Precaución —advirtió—. Bajo ningún concepto debe ese caballero advertir que hemos descubierto el pequeño juego que se trae con sus amigos del Lejano Oriente.

Sydney asintió, *y* los dos me miraron.

—Mi hermano, señor —murmuró Syd.

—El chico que canta y baila —dijo el hombre de la cicatriz—. Te vi aquel día en la Cantina de Aidershot. Cuando cantaste *Jack Jones.* ¿Te llamas Charlie?

—Como mi padre, sí, señor —mascullé. No podía imaginar que aquel mismo hombre hubiera estado entre el público aquella noche, cuando salí por primera vez a un escenario. Y no porque el público de aquel teatrucho fuera precisamente culto y educado.

—Ahora quiero que actúes para Inglaterra, pequeño Charlie Chaplin —dijo el enigmático desconocido—. ¿Has visto trabajar a tu hermano?

Asentí. No sé por qué, empecé a imaginarme lo que querían de mí. Y no me gustó ni un pelo.

—Tienes que hacer lo mismo, pero a la inversa. El caballero del bastón no debe darse cuenta del cambio de sobres, y podría recelar si vuelve a encontrarse con Sydney. Podría hacerlo yo mismo, pero tendría que ser de manera algo más brusca, no carente de peligros. Menos mal que has venido. Charlie, se trata de un asunto de importancia vital para la seguridad de ciertos aliados de Inglaterra y quizá hasta de

alguno de sus prohombres. ¿Crees que serás capaz de hacerlo?

En ese momento lamenté haber seguido a mi hermano, haberme creído más listo y más capaz que él en casi todo. Yo quería ser artista de vodevil, no carterista. Ni siquiera por la buena causa de Inglaterra y sus ciudadanos de postín. Pero no pude decir que no, no con mi hermano mirándome y aquel hombre con aquella terrible cicatriz y aquellos dientes negros.

—Entonces es todo tuyo, Charlie —dijo el hombre que fingía ser cojo, y se dio media vuelta y se perdió entre la gente. Nos volvimos *y* vimos que justo entonces el caballero del monóculo y el bastón acababa de entrar en la taberna.

—Adelante, ya sabes cómo se hace. Bolsillo izquierdo —me azuzó Syd; me entregó el sobre falso *y* se perdió entre la multitud, para evitar que el hombre lo viera, aunque dudo que hubiera sido capaz de reconocer en él al pilluelo que le había pedido antes una limosna.

Me acerqué temblandó al caballero del monóculo y el bastón, puse mi mejor cara de niño pobre (o sea, mi cara de todos los miércoles) y le tendí una mano suplicante. Ya tuve entonces la intuición de extender la mano contraria a la que le había tendido mi hermano Syd cuando intentó este mismo truco allá en el muelle, por si acaso nos identificaba a los dos, aunque sabía que más que improbable era imposible.

—Unos peniques por caridad, señor. Mí hermanita está enferma y mi madre se ha quedado ciega...

El hombre me miró como quien mira a un insecto, con esa cara que pone la gente cuando quiere evitar a un mendigo en un sitio y una época donde hay demasiados, todos ellos molestos. Alargó el cuello buscando a alguien más entre la multitud de la taberna, alguien que sin duda era su contacto o su cómplice en el turbio negocio que se traía entre manos, y yo aproveché ese momento para agarrarme a su abrigo.

—Una moneda, por favor...

Fue visto y no visto, la mar de fácil. Dejé caer el sobre en el bolsillo y me separé del caballero. Di dos pasos para alejarme, como si me diera por vencido ante su cerrazón, y entonces el hombre me agarró por el hombro.

—Espera un momento, hombrecito —dijo con voz de trueno, arrastrando las erres como sólo un alemán o un ruso pueden hacer.

Me miró con frialdad, desafiante. El monóculo destelló como la pupila de un lobo. Me ha descubierto, pensé. Estoy perdido. Y también Inglaterra. Y sus aliados. Y Syd. Y mi madre loca.

El hombre del bastón me agarró por la muñeca, casi forzándome a abrir la palma y revelar que en ella no había nada.

Y entonces, para mi sorpresa, dejó caer una guinea.

—No te lo gastes en cerveza. Eres demasiado pequeño —dijo el hombre del bastón, casi feliz, y continuó su camino entre los parroquianos, hacia el fondo de la

taberna.

Yo reprimí un suspiro de alivio y corrí al exterior. Syd me estaba esperando allí, con un cigarrillo entre los labios, la gorra ladeada, cerca de un bidón de basura encendido para dar calor a los estibadores o a los emigrantes asiáticos y demás mendigos que pululaban como cucarachas por la zona.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté, mientras los dos corríamos para alejarnos de aquel sitio y tratábamos de orientarnos y volver a casa—. Por el amor de Dios, ¿a esto te dedicas ahora? ¿A robar y *desrobar* a los caballeros, o como se diga?

—¿Tú no querías saber a qué me dedico? —replicó mi hermano, tan ufano que daba grima que se enorgulleciese de ser un caco—. ¿Tú no querías conocer a mi caballero misterioso? Pues ¡ya lo has visto!

—Pero ¡si te ha dado un empujón y todo! ¡Y además le has robado una carta! —Le apunté con un dedo—. ¡Eso es un delito, chaval!

—Ese no, imbécil —rió Syd, ladeándose la gorra con ese gesto que luego popularizaría Mickey Rooney, aunque no estoy seguro de que lo aprendiera de él, puesto que era mucho más alto y no necesitaba empinarse—. El fulano del monóculo es un cosaco, creo, aunque no sé qué negocios puede tener un ruso con un chino. Hablo del hombre de la muleta. El de la cicatriz.

—¿Ése es tu caballero? ¡Anda ya!

—Me ha dado una guinea. —Syd hizo que la moneda asomara fugazmente entre sus dedos, se la pasó tras la oreja y desapareció en algún lugar de su cabeza antes de llegar a la otra mano, donde sin duda encontró el camino de un bolsillo, a buen recaudo.

—Y a mí el del monóculo me ha dado otra —repliqué, pero no enseñé mi tesoro, porque Sydney era rápido de manos y más fuerte que yo, y lo mismo se consideraba propietario de mi fortuna, o por lo menos, de una parte de ella como si fuera mi representante entonces, papel que desempeñaría en mi vida luego.

—¡Una guinea, qué cara! ¡Y a mí sólo un empujón! —rió mi hermano—. Ven, te enseñaré quién es mi caballero.

Corrimos hacia un carruaje que pasaba, nos enganchamos como pudimos a la parte de atrás y dejamos que el trote de los caballos nos alejara de la zona de los muelles. En el camino, mi hermano me permitió dar un par de caladas ansiosas a su cigarrillo, pero no me dijo nada más sobre su misterioso jefe, el hombre de la cicatriz y la muleta.

Un rato después llegamos a Regent's Park y echamos a correr hacia Marylebone y las calles que allí desembocan: Dorset Street, Blandford, Baker Street. Justo a tiempo. El hombre de la muleta salió de entre las sombras, se acercó a una puerta y la abrió. Desapareció en el interior a oscuras tan rápidamente que fue casi como si hubiéramos imaginado que estaba allí, un espejismo fantasmagórico y fuera de lugar en aquella

calle elegante.

—¿Va a robar en esa casa? —le pregunté a mi hermano, porque no me cuadraba que semejante individuo pudiera hacer otra cosa en aquella vivienda.

—No seas idiota, Charlíe. ¡Vive allí!

—¿En esa casa, con esa pinta? —dije, olvidando que antes me había parecido que los dedos del hombre estaban demasiado cuidados para ser un simple ganapán.

—¡Malditos pilluelos! —tronó una voz a nuesttas espaldas—. ¿Queréis largaros de una vez?

Nos volvimos. Un hombre bajo y fornido, con sombrero hongo y un abrigo hasta los pies nos cogió por las orejas a ambos. Olía a éter o medicinas, y su bigote me pareció ridículo. Cojeaba un poco, aunque se esforzaba por disimularlo.

—¡Que no os vuelva a ver por aquí, mocosos! —dijo el hombre, y ambos echamos a correr hacia la esquina, sabiendo que no podría alcanzarnos, ni quería hacerlo.

Tras murmurar algo que no pudimos oír, el hombre del sombrero entró en la misma casa que estábamos acechando, usando una llave que sacó del bolsillo de su elegante abrigo gris e hizo girar con gesto nervioso y rápido. Entonces vi el número: 221 B.

—¡Syd...! —exclamé.

—Ése era el doctor John Watson. Antipático, ¿verdad? —dijo mi hermano—. Y el hombre de la cicatriz era mí caballero, como te decía. Un maestro del disfraz, entre otras cosas. Mira, allí está ahora, en la ventana.

Una sombra se recortó contra los visillos, ya sin disfraz: una cabeza perfectamente cincelada, la nariz aguileña, el esbozo de una pipa en los labios. La sombra se movió y se llevó algo a la barbilla. Un violín, supe enseguida, porque tras unos instantes nos llegó el sonido de los acordes de una melodía que luego he identificado con *El trino del diablo.*

—Trabajo para el señor Sherlock Holmes, Charlie —confesó mi hermano Syd—. Soy uno de los Irregulares de Baker Stteet. Y ahora tú también lo eres, supongo.

2

No pegué ojo en coda la noche. Y al día siguiente estuve inquieto, consumido por los nervios y la excitación de la aventura. Trabajar, aun sin saber qué estaba haciendo, para un hombre tan famoso como el señor Holmes, *y* encima con la posibilidad de haber salvado al Imperio de una conjura internacional o a alguna damisela desconocida de algún asunto desagradable para su honra, era más fuerte que cualquier sensación que hubiera experimentado hasta entonces, incluida el hambre. Syd trató de darse poca importancia por una vez: no hacía falta que me pusiera tan histérico (¿o quiso decir histriónico?) solamente porque habíamos echado una mano al detective en uno de sus casos. Mi madre, si advirtió algo, tuvo cuidado de no hacérnoslo notar, porque no quería que la viéramos acunar a una muñeca de cartón a la que abrazaba a hurtadillas como si fuese una hija nueva, sustituía del niño robado, mí hermanastro Wheeler, al que no encontraría hasta pasados treinta años.[2]

Por aquel entonces, el señor Sherlock Holmes constituía para el chiquillo que era yo una leyenda oída a medias en los pubs, una silueta con pipa y sombrero de cazadot de patos que asomaba desde las portadas de las revistas. El único polizonte que merecía el respeto de algunos de los más pintorescos habitantes de mi barrio, quizá porque se mezclaba con ellos y los trataba como iguales: yo mismo había visto cómo se había disfrazado de marinero lisiado (o lo que fuese) para conseguir aquel sobre lacrado de color marfil al que mi hermano y yo dimos el cambiazo aquella primera noche. Dejémoslo claro: no es que Holmes fuera un *socialista* (aunque había quien comentaba que se le había visto conversar amigablemente en el Museo Británico con un anciano Karl Marx mientras éste redactaba una de sus últimas reflexiones), pero sí pertenecía a esa clase de caballeros de familia más o menos acomodada que comprenden cuál es el destino inevitable del hombre del futuro y saben que cualquier sociedad utópica pasa por la supresión de las castas. Con aquella edad, cuando oía a los viejos sindicalistas, medio borrachos de ron e ilusiones a partes iguales, hablar de socialismo y libertad, yo no entendía nada de todo aquello, no comprendía qué era una casta (aunque en el barrio habitaba el criado hindú de un señor venido a nada), y el futuro me parecía tan lejano como el palacio de Buckingham. Pero sí comprendía que si Holmes y los hombres de su clase eran capaces de disfrazarse de hombres de la clase a la que yo pertenecía, también podía darse el caso contrario, y el disfraz podía servir para convertirse por un rato en otro hombre, en otra cosa, en otro miembro de otra casta. En el vodevil lo hacíamos continuamente: si no nos pintáramos la cara de blanco, si los gestos no fueran tan exagerados y la ropa falsa, ¿quién podría decir dónde empezaba el rico y acababa el pobre? La sangre de todos nosotros es roja. En las guerras por venir, como en las guerras que ya habían pasado, es posible que

Rieran los aristócratas de Oxford y Cambridge quienes contaran la crónica de los horrores de las trincheras o los desastres de Crimea, pero no fueron sólo ellos los muertos; también hubo otros hijos de Inglaterra que no sobrevivieron para escribir poesía a costa de su sangre, y algunos más que, si lograron volver a casa, fue para regresar a un mundo diferente en el que acaso no tuvieron cabida.

A razón de un penique por día de trabajo y una guinea cuando nuestros encargos requerían alguna participación extra, Syd y yo colaboramos desde entonces fugazmente, como tantos otros pilluelos de las calles, con el famoso detective consultor, el señor Sherlock Holmes. Aquellas pequeñas fortunas reunidas casi jugando consiguieron sacarnos las castañas del fuego, y hasta evitaron que nos expulsaran en un par de ocasiones de nuestro viejo apartamento de Pownall Terrace cuando, debido a su débil estado mental, mi madre se olvidaba de pagar el alquiler.

En realidad, no puedo decir que tuviera mucho contacto directo con el gran detective, porque el doctor Watson nos espantaba nada más asomamos a Baker Street, como sí temiera que nuestra colaboración con Holmes rebajara las capacidades deductivas de su héroe, o las suyas propias como confidente y biógrafo. Lo cierto es que para nosotros aquello era una diversión inocente, y nunca llegamos a saber qué hacíamos ni a quién seguíamos y observábamos, pero el biógrafo oficial del señor Holmes se encargó de todas formas de anular nuestra participación en los casos. Entre que no sabíamos lo que hacíamos exactamente y que en sus relatos él cambiaba fechas y nombres, jamás fui capaz de reconocer en las páginas de *The Strand Magazine* a ninguno de los caballeros o patibularios a los que vigilábamos *y* de quienes informábamos.

No sé, por tanto, de cuánto sirvió nuestra labor de sombra y vigía para el señor Holmes y su merecida fama de resolvente de problemas imposibles. E imagino que los cuatro o cinco casos en los que participamos fueron luego redactados, retocados y pulidos por el doctor Watson; quizá por no romper una confidencialidad que tal vez podría poner en peligro reputaciones o fortunas; quizá, como me gusta creer, porque tampoco el estirado Watson podía entender cuáles eran los procesos de pensamiento e investigación de su amigo, y no fue por tanto capaz de poner en orden la cadena de acontecimientos de los que no siempre fue testigo, dado que no intervenía como nosotros en su desarrollo escénico..., pues muchas veces las intervenciones del gran detective eran escenas orquestadas. En descargo de Watson, hay que reconocer que Holmes no tenía tendencia a hablar demasiado de sí mismo, como bien descubriría yo luego, cuando el destino hizo que volviéramos a cruzarnos años después en la historia que pretendo contar en estas páginas, si tengo para ello vida y tiempo y no se me agota la inspiración en este preámbulo, necesario para explicar algunos incidentes quizá secundarios de ese caso que me llevó a conocer, entre otros, al hombre más inteligente de la historia.

Aquella primera incursión mía en el mundo del gran detective, me imagino que fue más compleja de lo que yo entonces fui capaz de advertir, dada mi participación en el cambiazo de la carta al desconocido hombre del monóculo: no era más que un niño que veía el cuadro desde bambalinas, aunque fuese por un momento uno de los figurantes de la obra. Pero sé que la historia tuvo ramificaciones un par de meses más tarde, y que en ella participó gente que, aunque entonces yo no lo supiera, era famosa y hasta importante. Qué hubo realmente en juego en aquel cruce de sobres *y* de barcas, a qué personaje se rescató en su momento, qué tristes destinos se entrecruzaron aquella noche en Limehouse, por qué la aventura no llegó a ser publicada nunca es algo que ignoro, aunque imagino que la discreción peso mas que otra cosa. Pasaría mucho tiempo antes de que el diabólico enemigo al que Holmes quiso dar caza se revelara al mundo y tuviera también su particular némesis, otro caballero al servicio del Imperio más dado a la acción que a la reflexión y la cautela. Yo volví a encontrarme a aquel terrible maestro de asesinos una vez, en Hollywood, un par de décadas más tarde, pero tuve el buen tino de no mirar siquiera a aquellos ojos verdes de gato que le eran tan característicos. Es curioso, escribo estos recuerdos en mi mansión de Suiza, cuando sé que aquel terrible oriental debe de estar ya muerto y olvidado y sin embargo me resisto a revelar su nombres. Por si acaso, tal vez. Sherlock Holmes no es el único que encontró la manera de alargar su exigencia experimentando(a mi no me ha hecho falta), aunque me temo que las investigaciones del diabólico doctor no se redujeron a abejas y jalea real, como cuentan que hizo el detective, sino a sustancias y recursos mucho más espantosos.

Para nosotros, ser un Irregular de Baker Street significaba poder rondar por las casas de tos neos y admirar sus vestidos, su elegancia, sus manías y su forma de vivir, tan alejada de la nuestra que era como si perteneciéramos a dos planetas diferentes, según nos separan los barrios y el río de Londres. Agazapados en las sombras, encaramados a los árboles, vendiendo periódicos o jugando en las aceras, mi hermano, mis amigos y yo éramos testigos de una forma de vida que nos atraía y, también, nos repelía un poco. La admiración se mezclaba con cierto desprecio, porque veíamos en aquellas teces pálidas y aquellos vestidos almidonados y limpios algo que aprendimos a identificar con la debilidad. Como la fábula de la zorra y las uvas, tal vez. Los caballeros y las damas de los barrios privilegiados de la ciudad, incapaces de resolver los líos de sus vidas, ineficaces, inadecuados, teman que recurrir a los servicios del detective consultor, y éste nos empleaba a nosotros, pequeña basura de las calles en la que ellos no reparaban siquiera. Luego, muchas veces, nuestra labor de espías les sacaba las castañas del fuego *y* ellos seguían sin advertir qué habíamos hecho para asegurarles de nuevo la tranquilidad de cuerpo *y* alma que tanto anhelaban. Nos importaba poco, de todas formas. Nuestro trabajo era trabajo y como tal se pagaba. Dolía un poquito, eso es cierto, que las bellas

muchachas que vivían en aquellas mansiones de muchas ventanas y verjas tampoco nos miraran. Más de una vez, durante mucho tiempo después de aquella fugaz época, deseé ser Peter Pan y llevar conmigo a un sitioo lejano a alguna de aquellas émulas de Wendy.

Pero el trabajo para el señor Holmes tenía también un reverso oscuro que nos hacía correr peligro. Estoy seguro de que él no lo veía de este modo, o que pensaba, puesto que éramos hijos de la calle *y* la mugre, que saldríamos sin problemas de cuantos líos nos pudieran estar espetando. Era así la mayoría de las veces: si no hubiéramos estado trabajando para él, muchos de los Irregulares no habrían sido, no habríamos sido, más que golfos y ladronzuelos, bandas de niños perdidos a la sombra de algún equivalente del Fagin de Charles Dickens (y, naturalmente, a estas alturas no voy a hacer ningún comentario sobre los arquetipos judíos: yo no lo soy, nunca lo he sido y me he hartado de negarlo por activa y por pasiva; mi hermano Syd sí lo es, *y* mi madre Hannah lo fue hasta convertirse al cristianismo), futura carne de presidio o de patíbulo. Holmes sin duda pensaba que nos redimía, al contrario que Waison, que nos consideraba unos apestados. El detective confiaba en nuestra capacidad para sobrevivir, pero quizá no era consciente, o tampoco le importaba, de que ser espía infantil tiene su precio, y que ese precio en ocasiones es demasiado elevado.

Durante algún tiempo estuvimos controlandó las idas y venidas de un caballero alto y guapo, de labios muy finos y piel muy pálida. Ni Syd ni yo sabíamos quién era, pero tenia siempre a su alrededor un nutrido grupo de gente que le reía las gracias y aplaudía lo que, desde lejos, comprendimos que eran inteligentes ocurrencias. Era un hombre elegante, extravagante, de modales suaves. Un mariquita, lo identificó mi hermano enseguida. Yo me encogí de hombros. Uno de los otros chavales descubrió que era un poeta, y en el transcurso de nuestro seguimiento comprendí que debía de serlo, porque rondaba los teatros y una vez lo vi subir a un carruaje con una de esas grandes damas de la escena, para quien al parecer había escrito una obra nada menos que en otro idioma.

El caballero en cuestión visitó a Holmes en el 221 B de Baker Street,[3]anunciándose con toda la pompa y el boato que consideraba necesario, que era bastante: sólo ¡e faltó que le acompañaran un fotógrafo y una banda de música. Desde la calle donde jugábamos a las canicas a la espera de algún encargo, Syd y yo vimos que el rostro de Watson se agriaba más que de costumbre cuando se lo encontró en la puerta: no le gustaban los poetas, deduje, o tal vez no le gustaban los autores dramáticos, o puede que no le hicieran gracia los mariquitas. Holmes, sin embargo, lo recibió en la casa y desde la calle nosotros nos frotábamos las manos: tardaron tanto tiempo en terminar su conversación que imaginábamos que el caso iba a ser jugoso e interesante, y que sin duda lo veríamos publicado en las páginas de las revistas y notaríamos su importancia en el peso de nuestros bolsillos.

Un rato más tarde el caballero salió de la casa, llamó a un iandó y se perdió calle abajo, camino de uno de los casinos de la City o de una de esas reuniones literarias que tanto abundaban en aquella época, para escándalo de mentes bien pensantes y algarabía sonrojada de las damas; en secreto, yo le llamaba «Señor Luciérnaga», quizá porque lo imaginaba de pie en aquellos salones, prendido de una luz propia, hablandó y chascarrilleando y sabiéndose más importante y más listo que todos los demás, más gracioso, más atractivo, más inteligente, más simpático..., una luciérnaga, sí, ajena al peligro de la llama alrededor de la cual bailaba. Qué lejos estaba yo entonces de imaginar que algún día iba a sentir en propia carne ese mismo desconcierto, pasar de la adoración a la repulsa, de la estima al exilio...

No pasó mucho tiempo antes de que Holmes nos llamara a la casa— Watson tuvo el buen tino de no dejar que lo viéramos y se retiró a otra habitación a escribir sus historias o a preparar sus medicinas baratas, lo mismo da, pero sé que escondió la cubertería de plata por si acaso. Nunca se fió de nosotros, nunca le gustamos; comprendo que a pesar de sus muchos matrimonios no tuviera jamás hijos, pues le espantaban los niños.

Holmes hizo que la servicial señora Hudson nos trajera té y pastitas, y mientras devorábamos el tentempié se explicó con sencillez, como hacía siempre con nosotros, aunque no creo que fuese porque nos tomara por tontos: el caballero que acababa de visitarlo estaba preocupado por un amigo suyo que había desaparecido hacía unas semanas. Un poeta, como él. Holmes pronunció el término como sí eso justificara un montón de cosas, pero para nosotros un poeta era solamente un tipo finolis que escribía muy raro y, a veces, salía a recitar a los escenarios y tenía que decir casillas picantes *y* con rima si no quería recibir una lluvia de hortalizas o tomates en vez de aplausos.

—Puede que el caballero en cuestión haya sufrido algún accidente, una circunstancia que en nuestros días por desgracia es cada vez más común —dijo Holmes, mientras contemplaba el atardecer a través de la ventana de su estudio—. O puede que haya abandonado voluntariamente su casa. Sé que no es feliz en su matrimonio. Sydney, Charlie, se le vio por última vez, según me comenta este caballero que acaba de marcharse, por la zona de Límehouse. Y Limehouse es un lugar peligroso que ningún caballero debería frecuentar en estos tiempos.

Holmes agachó la cabeza, cruzó las manos a la espalda y añadió:

—Y ningún niño tampoco.

—No tenemos miedo, señor Holmes —dijo Syd, la boca llena y la avaricia reflejada en los ojos. Yo sí lo tenía, pero me daba un poco lo mismo: quería mi sueldo y si había que visitar aquella zona terrible para conseguirlo, no me importaba.

—Yo no puedo ir a Limehouse, muchachos —dijo Holmes, el ceño fruncido en gesto de concentración—. Mi presencia allí podría disparar muchas alarmas, y en este

momento hay una circunstancia que hace desaconsejable mi presencia en ese lugar. No puedo ir a Limehouse como investigador.

—Para eso nos tiene a nosotros, señor Holmes —replicó mi hermano.

Holmes lo miró con seriedad. Su perfil de cuchillo resplandecía bajo la luz de gas.

—Para eso os tengo —asintió—. Pero debéis ir con cuidado, Sydney. Vuestras pesquisas no deben levantar sospechas. Nadie debe saber que sois miembros de mi grupo de Irregulares: golfos de la calle, sí; investigadores con un plan premeditado, no. El caballero que buscamos puede haber desaparecido en aquel lugar: no creo que haya sido secuestrado, puesto que su fortuna no es tan grande, ni tampoco su fama. Al menos, no creo probable que haya sido secuestrado por el maestro del crimen al que persigo desde el mismo día en que nos conocimos en los muelles, Charlie, aunque éste sea tan escurridizo

—Entonces ¿tenemos que buscar a un caballero sin que nadie sepa

—No, no. Tenéis que buscar a ese poeta, sin duda. Su esposa, lady Rowena, es una buena amiga de algunos de mis amigos y hay mucha gente que aprecio preocupada por él. Lady Laura y sir Lawrence Alma-Tadema entre otros. Pero la policía no se atreve a entrar en muchas de las callejuelas de Limehouse: hay horrores ocultos tras las sombras y ningún silbato podría salvar a los agentes de la corona si las cosas se pusieran feas para ellos mientras buscan a ese pobre desgraciado.

—¿Y usted tampoco se atreve a entrar en ese barrio de inmigrantes? —pregunté yo, los ojos espantados. Inmediatamente lamenté haber abierto la boca.

—Temo que si entrara ahora en Limehouse sería detectado inmediatamente por los agentes de ese misterioso maestro del crimen que busca establecerse en Londres, el mismo que ha sobornado a agentes enemigos y ha buscado la manera de operar desde las sombras sin levantar sospechas. He dado mi palabra y encontraré al señor Wilberforce cuanto antes, pero si me identificaran ahora en esas calles la posibilidad de desbaratar la red de criminales se vendría abajo, pues se establecerían en un sitio fuera de mi alcance. Lo último que necesitamos ahora es que venga nadie a ocupar el puesto de Napoleón del crimen que durante tanto tiempo ostentó en las sombras el profesor Moriarty.

—¿Qué tenemos que hacer nosotros entonces?

—Lo que hacéis siempre. Tener los ojos abiertos. Preguntar con inteligencia y disimulo, venir a informarme inmediatamente cuando creáis que hay una pista clara del paradero de ese poeta.

—¿Wilberforce?

—Alexander Wílberforce, ése es su nombre.

—Nunca había oído hablar de él —comentó mi hermano—. Me quedé en Shakespeare.

—No es mala elección tampoco —dijo Holmes, algo seco. Supongo que captó

que mi hermano no había leído más que algún periódico de sucesos y el libreto de *Los piratas de Penzance,* que andaba por cualquier rincón de casa, entre los guantes a medio terminar con los que mi madre intentaba ganarse la vida trabajando ahora de costurera.

Después de llenarnos los bolsillos de galletas, nos despedimos del señor Holmes. Por fastidiar a Watson, pensé en llevarme también una cucharilla, pero la señora Hudson y Holmes no tenían que pagar el pato de la antipatía que despertaba en mí el médico cojo, así que lo dejé estar, porque siempre he sido un chico bueno y no confiar en los bancos no significa exactamente ser un ladrón: de ese modo, como es bien sabido, me libré del crack bursátil de aquel viernes negro, por una pura cuestión de desconfianza, no un chivatazo.

Casi habíamos llegado a la puerta cuando Holmes, desde lo alto de las escaleras, llamó a mi hermano. Syd se volvió y empezó a subir para salirle al encuentro, yo lo imité.

Desde donde estaba, Holmes alzó un dedo,

—Espera ahí un momento, Charlie —dijo, severo.

Me encogí de hombros, me di inedia vuelca y esperé en la puerta, sintiendo e¡ frescor de la noche en la cara. Sydney se entretuvo unos minutos con el detective y luego bajó corriendo para reunirse conmigo. Me dio una palmada en la espalda *y* emprendimos el camino de vuelta a casa, en los barrios del sur de Londres.

Syd estuvo muy callado todo el rato, fumando y compartiendo sólo de vez en cuando conmigo sus cigarrillos caros. No hacía falta ser muy inteligente para darse cuenta de que Holmes le había pedído a mi hermano, en aquella reunión de último momento, que no me llevara a buscar a aquel poeta desaparecido en las recónditas callejas del barrio chino.

3

Los Irregulares de Baker Street no éramos sólo Sydney y yo. Éramos legión. Antes he hablado de Fagin (al que una vez vi interpretado en el Teatro de Su Majestad de Londres por mi actor favorito, el gran sir Herbert Beerbohm Tree, a quien me pasaba la vida imitando), *y* en cierto modo Sherlock Holmes se convirtió para nosotros en e¡ reverso del personaje de Dickens. Nos había recogido de la calle (o nos fuimos recogiendo unos a otros) y allí nos reuníamos, pilluelos de todos los tamaños, manchados por todos los tipos posibles de mugre, hambrientos, harapientos, tullidos en ocasiones, molidos a palos, avispados, con todas las papeletas para zambullirnos de cabeza en una vida de alcohol o de crímenes y, sin embargo, trabajando con una ilusión que sólo pueden sentir los niños hacia un hombre que pretendía impartir justicia o, en todo caso, esclarecer la verdad internándose allá donde ningún otro ser humano se atrevía a llegar.

No teníamos jefe, aunque Watson (quizá por los acontecimientos de aquella noche, que ahora voy a relatar) se encargó de mencionar en sus historias a Wiggins como cabecilla nuestro. Nosotros éramos asamblearios, si se puede ser tal cosa cuando hablan a la vez veinte o treinta chiquillos y a algunos ni siquiera se les entiende la mitad de las cosas que dicen, entre la barahúnda de gritos o la mala pronunciación que se produce al forzar la voz entre las mellas que deja la caída de los dientes de leche. Todos éramos a la vez capitanes y soldados. Aunque, naturalmente, unos tenían más peso que otros dentro de la organización, porque la veteranía es un grado, y conocerte las calles y saber dónde puedes o no puedes meter la nariz siempre es aconsejable e impone respeto entre los menos experimentados, los más pequeños. Sobre todo, y lo considero todavía una ventaja, no necesitábamos vestirnos de pantalonero corto ni hacer juramentos con pañuelos de colores alrededor del cuello, como harían unos años más tarde los crios de Badén Powell.

Después de que habláramos con Holmes aquel atardecer, mi hermano Sydney puso en movimiento la cadena. Un silbido acá, una campana que tañe a deshora en otro sirio, un carruaje del reparto de leche que resuena indicando que los Contenedores de metal están vacíos, una cuerda que se tensa, una paloma que revolotea, el perro que ladra porque le pisan el rabo, el gato que escapa aterrado arrastrando latas de conserva, despertando al vecindario y alertando de que es hora de ponerse en marcha.

A la mañana siguiente, nos fuimos reuniendo de uno en uno o de tres en tres. Golfos de diez años, pilluelos de la mitad de esa edad, marcados por el humo del fogón y las pústulas de la viruela que no se los llevó al otro barrio, narigudos, desdentados, feos en la fase inevitable que va de niño a hombre y con una sola niña misteriosa entre nuestras filas, lástima, sonrosados, con los rasgos apenas

redondeados de una infancia de privaciones, altos y desgarbados, pequeños y morenitos, negro alguno, tizón, fumando y en ocasiones bebiendo a hurtadillas whisky robado a un padre borracho, vendedores de periódicos y auxiliares de bar, limpiabotas, cerilleros, caldereros y deshollinadores, pinches de cocina, criados de héroes de guerra que no se adaptaban a los tiempos de paz, niños que se metían jugando en el mundo de los adultos y lo veían de lejos y creían que siempre serían capaces de simultanear las dos cosas: la inocencia y el desencanto, la alegría de vivir con el hartazgo del tiempo sobre las espaldas. Muchas veces he echado de menos aquellos meses secretos de mi vida, a aquellos niños, y me he preguntado qué sería de la mayoría de ellos, cómo los quebraría el destino, si murieron reventados de alcohol en alguna taberna, si los mató la policía, si se convirtieron en policías ellos mismos por inspiración de Sherlock Holmes y resolvieron casos que para el maestro no habrían tenido importancia, o si se los llevó por delante la Gran Guerra, o los bombardeos de la Luftwaffe, o alguna enfermedad, o un coche sin frenos, o una riña portuaria, o un grupo organizado dedicado al crimen como el que encontramos aquella noche en Limehouse. Qué habrá sido de tantos de ellos mientras yo me hacía rico y popular en América, antes de que el FBI me persiguiera por pensar como pienso, aunque ni siquiera actúo... Estoy divagando.

No fue difícil elegir un curso de acción. O fue tan difícil como siempre que, en comandita, nos disponíamos a indagar para nuestro jefe. En esta ocasión, Syd, Wiggins y los chicos mayores, quizá siguiendo instrucciones del propio Holmes, se decidieron por una estrategia inusitada, llena de resonancias obreras y hasta revolucionarias; la invasión directa. Enviaron a los más pequeños a misiones que, yo lo sabía, eran pura fechada, lejos de I.imehouse, que era donde estaba el meollo de la historia y donde tendríamos que localizar al poeta desaparecido. Y luego todos los demás, como un solo niño, se pusieron en marcha, a pie o en carruaje o corriendo o saltando. SÍ hubieran podido volar, más de uno lo habría hecho.

Fue una cruzada de niños. Las calles de Londres se llenaron de mocosos vestidos de andrajos que caminaban muy resueltos hacia los barrios del este, sin dejar de reír y tirar piedras, de robar manzanas o ayudar a cruzar las calles a las ancianas desvalidas. Paso a paso, calle a calle, metro a metra. Sin flautista de Hamelín que nos condujera, pero con un destino común: Limehouse, el barrio chino, la zona prohibida de los *docks,* donde acechaban el racismo y el miedo.

Syd lo intentó, eso tengo que reconocerlo. Cuando enviaron a los otros chiquillos a sus trabajos menos peligrosos, me miró severo. Le sostuve la mirada, como había aprendido a hacer, como haría en años venideros cuando estuviéramos en desacuerdo sobre un plano, un litigio o el título de una película. Y en una décima de segundo tuvo que decidir. Holmes o yo. Tenerme bajo el ala o tenerme a la espalda, yo solo siguiendo por mi cuenta y riesgo a la manada de niños. Como siempre antes, como

siempre después, Syd me eligió a mí por encima de Sherlock Holmes. Fiel siempre, el buen Syd. Era más conveniente tenerme controlado a su vera que estar preocupado por dónde estaría perdiéndome: la noche que perseguimos al hombre del monóculo lo dejó bien claro.

Y así, sin parar de jugar, sin parar de reír, como los niños que éramos, cruzamos Londres y nos establecimos en Limehouse. No sé si había otros niños allí. Sí en efecto los había, puede que no fueran todos de nuestro color y nuestras razas: puede que su infancia fuera aún más breve que la nuestra. Pero de pronto todas las calles se llenaron de niños jugando a las canicas, de niños apostados en las esquinas, de niños sonriendo y pidiendo limosnas. Niños de rostros pálidos manchados de mugre, niños de caras afiladas y ojos celestes que observaban cada rincón, cada casa, escrutando parroquianos, evitando las miradas descaradas de las prostitutas, sonrojándose ante algunas insinuaciones fuera de lugar, esquivando la presencia intuida de algún policía irlandés que quizá no iba precisamente a hacer la ronda y, en especial, buscando entre los rostros amarillos de los habitantes del barrio prohibido alguna pista, una indicación que nos señalara el paradero de un poeta a quien no habíamos visto nunca.

Y así un día. Y dos días. Y tres o cuatro, no recuerdo si perdí la cuenta. Nos turnábamos en nuestra vigilancia, nos dividimos las calles y las plazas. Siempre ojo avizor, calculandó, compensando, cotejando. Los niños mayores (y lo sé porque me lo contaron, yo no habría sabido cómo hacerlo), además de vigilar, se encargaban de ir sembrando dudas, de indagar con disimulo, de hacer preguntas. Cada noche, alguien acudía a Baker Street y confirmaba a Holmes que a Alexander Wilberforce, aquel poeta desconocido, se lo había tragado la tierra.

En ésas estábamos cuando, una tarde, un landó se detuvo en Limehouse, y de él bajó muy ufano, sacudiéndose el traje de color malva claro, los guantes de piel de gamo, el sombrero a juego rematado por una pluma, el mismísimo poeta a quien habíamos seguido con anterioridad, el hombre que había encomendado a Holmes la búsqueda de su amigo, el Señor Luciérnaga.

Syd y Wiggins intercambiaron una mirada de inteligencia y dejaron de fumar el cigarrillo que compartían, sin dejarme participar en su disfrute. A pesar de mi corta edad, me enteré de todo: si nosotros nos habíamos saltado alegremente las órdenes de Holmes (y allí estaba yo, y era buena prueba de nuestra desobediencia) también el poeta parecía haberse hartado de esperar noticias y allí estaba, en persona, elegante *y* desplazado, decidido a averiguar él mismo alguna noticia sobre el paradero de su amigo.

Destacaba como una tarántula en una rebanada de pan con manteca. Fuera de lugar como nunca he visto a nadie, pero intrépido, si puede llamarse intrepidez al acto más inconsciente del que he sido testigo (y, desde luego, he sido testigo, y hasta protagonista, de un montón de ellos). En los días que habían pasado desde que los

Irregulares de Baker Street desembarcamos en Limehouse, la población del barrio había tenido tiempo de acostumbrarse a nosotros. Era, en cierto modo, una zona de aluvión, donde es posible que nadie estuviera allí demasiado tiempo: problemas con la policía, o con la familia, o con las tríadas hacían que resultara imposible ver dos caras familiares una semana seguida. Al segundo día de nuestra estancia en Limehouse, ya nadie prestó atención a la invasión infantil que ocupaba estratégicamente calles y esquinas.

Pero la presencia del poeta era una llama en medio de la noche. Olía a dinero. Olía a diferencia. Olía a búsqueda de problemas. Quizá en los salones que frecuentaba pudiera destacar de esa misma manera y ser alabado y admirado, pero allí estaba pidiendo a gritos que alguien le clavara una navaja en las costillas solamente por ver si le calzaban los botines o si de verdad su corbata era de seda india. El caballero estaba acostumbrado a desenvolverse en su mundo con desenfado, con descaro, pero allí nada de eso le iba a servir. Estábamos en un barrio problemático, en un mundo sórdido y oscuro donde un cadáver podía desaparecer con la rapidez con la que un puñado de hormigas borra las huellas de la cucaracha que alguien ha aplastado sin querer.

Con todo y con eso, dado que era un hombre de mundo y su desparpajo era grande, el poeta no se cortó un pelo, Detuvo al primer oriental que pasó por su lado, la mirada gacha y el andar rápido, e intercambió con él una rápida serie de comentarios. Nosotros estábamos demasiado lejos para oír la conversación, pero para mí que fue en cantones, no en cockney ni en ningún otro idioma cristiano.

El oriental pareció vacilar, se rascó el cogote y se echó la. coleta hacia un lado. Señaló primero calle abajo, luego hizo gestos de que había que girar a la izquierda. Hablaba muy rápido, de manera entrecortada y sigilosa. El poeta le dio las «'vicias inclinando la cabeza, pero tuvo el detalle de no tratarlo como a un inferior *y* no ponerle en la mano ninguna moneda que confundiera un favor con una compra.

Con paso vivo, el Señor Luciérnaga se encaminó calle abajo *y* luego a la izquierda, dejando atrás la iglesia de Santa Ana, que se alzaba como un testigo severo pero impotente por encima de los demás edificios del barrio. Nosotros echamos a correr tras él, y no pasó mucho tiempo antes de que se internara en el laberinto de callejuelas que van de Ropemakers Street a Gun Lañe. Procuramos no hacer ruido para no alertarlo a él ni a nadie. No creo que lo consiguiéramos: el silencio de la calle avisaba que en todos los rincones nos acechaban docenas de ojos, no rodos amistosos.

Con el pomo de su bastón, el Señor Luciérnaga llamó a una puerta y transcurrió un buen rato antes de que nadie se dignara abrir, pero eso no pareció incitar al poeta a marcharse y buscar por otro lado. Creo que sabía muy bien adonde iba: quizá había indagado por su cuenta en otro sitio y, si en verdad buscaba a su amigo extraviado,

tenía una idea muy clara de que debía plantarse allí *y* esperar a que alguien le concediera la gracia de abrirle.

Así fue. Una figura en sombras, un viejo chino de rostro apergaminado y uñas muy largas, extendió una mano y el Señor Luciérnaga le puso diligentemente unas monedas de oro en la palma. El oriental abrió la puerta ya del todo y, tomando aire, el Señor Luciérnaga cruzó el umbral a oscuras y desapareció de nuestra vista.

Nos quedamos compuestos y sin poeta. Syd maldijo en voz baja y tiró la colilla al suelo, Wiggins soltó una imprecación y a puntito estuvo de morderse la visera de la gorra. Yo no supe qué decir, así que miré hacia arriba y señalé a los dos niños mayores que, sí la puerta estaba cerrada a cal y canto, como parecía, siempre podríamos intentar localizar otra entrada.

Dicho y hecho. Nos encaramamos a una tubería que reptaba por la pared marrón oscuro del edificio y, trepando como micos, conseguimos llegar hasta una ventana del último piso. El cristal ya estaba roto, así que Wiggins y Syd sólo tuvieron que retirar los añicos para que no nos ensartáramos con ellos, y en un periquete estuvimos dentro del lugar donde el Señor Luciérnaga se había metido.

Todavía recuerdo el olor: ha pasado tanto tiempo y el olor me viene al recuerdo como si estuviera reproduciéndose en la habitación de al lado, como si me hubiera acompañado toda la vida, como si mera parte de mí mismo. Olor a madera vieja y a sudor rancio, a salitre y tela, a humo y baba y sobre todo a soledad y desesperación, a lágrimas de miseria y fuego lento. Todo estaba, más que oscuro, nublado. La luz que se filtraba por la ventanita que nos había servido de acceso venía a morir en el suelo, como un rayo líquido que se ahogara en un charco sediento. Las tablas del suelo crujían bajo nuestros pasos (y eso que no pesábamos mucho), y por todas partes se oía un sonido escurridizo, como de ratas a la carrera o pasitos muy vivos. El lugar era un gran almacén abandonado, una lonja que ya nadie usaba, posiblemente. Ahora le habían dado un uso mucho más terrible y misterioso.

Bajamos la escalera de madera podrida, intentando ver algo más allá de nuestras narices. El olor del lugar era asfixiante, penetraba en la nariz y subía hacia los ojos, como un perfume dulce que buscara hincarse en algún lugar central del cerebro. Algo o alguien gimió, un bulto que extendió una mano cerca de donde yo estaba y me obligó a dar un salto de puro miedo.

Syd me protegió, interponiéndose inútilmente entre aquella mano flácida *y* mi cuerpo: la mano descendió despacio, como implorando una caridad que nosotros no podíamos darle, ni sabríamos conceder. Espalda contra espalda ahora, tres chiquillos asustados, avanzamos a lo largo de un pasillo negro y maloliente, comprendiendo que aquellas sombras que gemían y remoloneaban a cada lado eran seres humanos. No estaban muertos, pero lo parecía. Dormían, o soñaban, y permanecían inmóviles, aunque en realidad lo que estaban haciendo era huir, no sé si del mundo o de sí

mismos.

—Un fumadero de opio —susurró Wiggins. Y Syd se llevó una mano a los labios y pidió silencio. Una tontería, porque no creo que ninguno de los tres tuviéramos ganas de seguir hablando.

Entre los cuerpos hacinados había hombres y alguna mujer, con los ojos entrecerrados, la cabeza apoyada en la dura madera de los camastros. Lo que antes habíamos confundido con el sonido de ratas a la carrera eran los pasos furtivos de quienes se encargaban de retirar o rellenar las pipas de opio que fumaban aquellos desgraciados.

Al fondo del pasillo, el Señor Luciérnaga sostenía el sombrero en la mano y se abanicaba despacio con él. Estaba contemplando a un hombre tendido, y el oriental que le había abierto la puerta esperaba a su derecha, mudo y silencioso, como si ambos estuvieran evaluando un mueble sin valor o una planta que acaba de morirse por falta de riego.

—Alexander, Alexander... —dijo el Señor Luciérnaga, con tristeza, como si estuviera recitando—. Una cosa es caer en la tentación para librarte por fin de ella, como siempre he dicho, y otra muy distinta hacerte esto a ti mismo, amigo mío.

El hombre del camastro gimió en sueños, pero no dio muestras de reconocer a su amigo. Syd y Wiggins intercambiaron sendos codazos al comprender (como yo había comprendido, pero sin agredir a nadie) que se trataba del poeta desaparecido. No lo habían secuestrado, ni se había caído al Támesis ni había abandonado a su familia por alguna cantante de vodevil y risa hueca: simplemente, había cambiado el lujo de su casa por la sórdida oscuridad de aquel fumadero.

—Tenemos que sacarlo de aquí —dijo Wiggins en voz alta, y tanto el Señor Luciérnaga como el chino de las uñas largas se volvieron a mirarnos.

Ni a Wiggins ni a mi hermano pareció importarles que nos hubieran descubierto. Éramos Irregulares de Baker Street, o sea, un cuerpo valiente a las órdenes de un hombre inimitable. Si la palabra de Holmes imponía respeto, sus acciones nunca se quedaban atrás. Y nosotros éramos sus alumnos, sus pupilos aventajados, sus herede —

El Señor Luciérnaga nos miró y dibujó una pequeña «o» de apreciación con los labios. No hizo falta que indicáramos quiénes éramos ni por qué queríamos llevarnos de allí a Wilberforce, que continuaba hecho un ovillo, la pipa cruzada sobre el pecho como el calumet de un jefe indio.

—Tenemos que llevárnoslo de aquí, en efecto —dijo, y se volvió para depositar nuevas monedas sobre la mano del viejo chino con las que comprar, ahora sí, la libertad de su amigo.

Pero el chino no estaba allí. En algún momento entre el descubrimiento de Wilberforce y nuestra aparición, se había desvanecido como en un truco de humo y

espejos, de vuelta a las sombras que nos rodeaban y de las que ahora formaba parte indiferenciable. El Señor Luciérnaga se encogió de hombros, se puso el sombrero con cuidado exquisito y, tras cubrirse la nariz con un pañuelo de seda que fosforecía en la penumbra como un fantasma, intento levantar a su amigo de la cama.

Syd y Wiggins procedieron a ayudarlo, y entre los tres izaron a Wilberforce como si fuera un muñeco de trapo, la ayudante desmadejada de un prestidigitador que entra y sale con soltura del encierro de la caja de madera de colores. Pero lo levantaron sólo a medías: fue imposible conseguir que diera un paso.

—¡Por todos los demonios, pero si está encadenado! —exclamó Wiggins.

Nos acercamos a mirar con más atención. En efecto, los tobillos de Wilberforce estaban rodeados por grilletes de hierro que fijaban a la madera del camastro su carne entumecida.

—¿Es normal esto? —preguntó mi hermano.

—En otro lugar, posiblemente. Aquí, me temo que no —susurró e! Señor Luciérnaga, intentando tirar de las cadenas que imposibilita—

Con decisión, Wiggins se acercó a uno de los otros hombres que dormitaban, como Wilberforce, bajo los efluvios del opio. Como era de esperar, no estaba encadenado. Sólo Wilberforce tenía impedido el movimiento. Quien entraba en aquel sitio lo hacía por propia voluntad: llegar era fácil. Lo dificultoso era la salida. Pero no hacía falta una cadena de hierro para impedirlo: mucho más fuerte era la cadena metafórica del opio que se consumía lentamente entre aquellos dedos yertos.

Nos quedamos de una pieza, sin saber qué decisión tomar. Inconscientemente, los eres chicos nos volvimos hacia el hombre del traje malva. Sin embargo, él tragó saliva, tan despistado como nosotros. No tenía ni idea de lo que había que hacer: no estaba preparado para lidiar con aquella situación inesperada.

Wilberforce abrió entonces los ojos, como un ciego que por primera vez en su vida ve la luz, y alzó una mano temblorosa con la que acarició la nada. Para mí que hacía como que pasaba las páginas de un libro invisible en el que encontraba algo parecido al consuelo.

Su mirada nublada de opio se concentró por fin en la figura del otro poeta. Algo parecido al conocimiento, o a la alegría, se encendió en aquellos ojos por un breve instante.

—Oscar... —murmuró, con lengua pastosa a la vez tan diferente y tan parecida a las de los borrachos de los bares donde yo a veces me ganaba unos chelines cantando y bailando—. Tantos libros, amigo mío, tantos libros... ¿La has visto alguna vez, Osear? ¿Has visto alguna vez la ciudad de los libros que están más allá de los sueños?

Como el Señor Luciérnaga no sabía qué hacer, y como estaba claro que con las cadenas en los tobillos no íbamos a poder sacar de allí a Alexander Wilberforce, tuvo que ser Wiggins quien tomara la iniciativa. Rebuscó un juego de ganzúas en los

pliegues de una gastada chaqueta gris que le venía grande, y haciendo que el caballero se aparrara un paso, empezó a juguetear con el candado y sus herramientas. Mi hermano me miró. Aunque sé que estaba nervioso, su apariencia de seguridad hizo que yo me tranquilizase. Wiggins tenía experiencia abriendo puertas: no en vano había trabajado como rata de una banda de desvalijadores antes de que el señor Holmes lo rescatara de esa vida y lo pusiera a sus órdenes.

Lo que se aprende bien una vez no se olvida en la vida: ésa es la gran lección que yo aprendí aquella noche. Wiggins apenas necesitó un par de minutos de hurgar en los candados para abrir las cadenas. Lo hizo sin aspavientos, como quien le quita el envoltorio a un caramelo o enciende un cigarrillo después de liarlo mientras hace otra cosa. Y hacía otra cosa: toqueteaba los cierres y al mismo tiempo no paraba de mirar por encima del hombro. El lugar, oscuro y fétido, apartado y recóndito, nos ponía a todos los pelos de punta.

Entre Wiggins, mi hermano y el Señor Luciérnaga consiguieron por fin levantar de la cama a Alexander Wilberforce. A salvo de los grilletes, el poeta tampoco era capaz de dar dos pasos seguidos, pero estaba libre. Físicamente, al menos. Todavía estaba por ver que pudiéramos salir los cinco de aquel sitio.

Echamos a andar y apenas pudimos darnos media vuelta. Entonces todas las luces se apagaron de repente.

4

Una cosa es la falca de luz y otra la falta absoluta de luz. Incluso en la penumbra de aquel dormitorio terrible nuestros ojos habían acabado por acostumbrarse a los bultos informes que acechaban a ambos lados de los pasillos, al tenue resplandór de las ascuas de las pipas y a los haces difuminados del día que entraban desde arriba, por alguna grieta que de pronto se había sellado, aislándonos. Fue, literalmente, visto y no visto. De pronto codo se volvió negro, y los huiros informes y el resplandór de las ascuas de las pipas y los haces difuminados que anunciaban que fuera de allí existía la tarde desaparecieron. Todo se volvió negro, como el mar de noche. Los gemidos de los fumadores de opio, de repente, se silenciaron. El ruido de los pasos lejanos de servidores anónimos se diluyó. Las ratas detuvieron su carrera y sólo pudimos oír el crujido de nuestros propios pasos sobre las tablas podridas del suelo.

Tuve la impresión de que incluso habíamos cambiado de lugar, como si de pronto, al apagarse la escasa luz de la que disfrutábamos hasta entonces, nos hubieran trasladado a otro sitio aún más tétrico. Pero sé que estábamos todavía allí, porque el olor no se marchó a ninguna parte. Nuestro olfato cobró entidad física, como compensando la taita de los otros sentidos que ahora se nos negaban. Estábamos atrapados en una madriguera de la que no podíamos salir.

—Parece que, en efecto, no quieren que salgas de aquí, mi querido Alexander —murmuró el Señor Luciérnaga, el poeta del traje color malva claro. Oscar—. ¿Es que le debes dinero a alguien, por los reyes de Eire? ¿Has vuelto a apostar en Ascott la fortuna que ya no tienes?

Wilberforce no le contestó. Mi hermano hizo ademán de sacar una caja de fósforos y prender uno de ellos para situarse, pero Wiggins le sujetó la mano en cuanto oyó el tintineo de las cerillas en la cajetilla.

—No —susurró—. SÍ han apagado las luces, tampoco nadie puede vernos. Si encendemos una cerilla, nos verán a nosotros y nosotros seguiremos sin saber quién nos ve.

—Inteligente muchacho —dijo el hombre llamado Osear—. Me alegra comprobar que no tienes intención de convertirnos en un blanco móvil. Pero eso no va a resolver el problema de cómo salir de este lugar. Y confieso que empieza a inquietarme la situación. Además, tengo cita con mi sastre dentro de un par de horas.

Nos quedamos quietos, dominados por el espanto. Muchas veces be soñado con aquel momento, el silencio, la oscuridad, el hedor insoportable. Lo que faltaba para que pareciera entonces la pesadilla en que su recuerdo se convirtió luego era la sensación de que, con sólo dar un paso hacia cualquier lado, fuéramos a hundirnos de cabeza en algún abismo profundo.

Algo pareció moverse a nuestro alrededor, como un aleteo suave, un roce de ropa,

el peso de algo que no pesa apenas. Unos ojos poderosamente azules chispearon ante nosotros, encendiéndose y apagándose como con luz propia. Sentimos que un cuerpo pequeño y menudo se posaba en el suelo y una voz nos susurró, desde la nada, una palabra que era más ruego que orden.

—¡Seguidme!

No lo hicimos. Wiggins me sujetó, porque yo estaba a punto de dar un paso hacia aquella luz azul claro que aparecía y desaparecía un metro por delante.

—¿Lucy? —susurró Wiggins—. ¿Eres tú?

—¡Silencio! —ordenó esta vez la voz quebradiza de una niña—. ¡Pueden venir de un momento a otro, Wiggins! ¡Seguidme todos sin chistar, rápido!

El caballero del traje malva, antes de que nosotros tuviéramos tiempo de decidir qué íbamos a hacer, nos empujó hacia adelante.

—Ya la habéis oído, muchachos. Alexander pesa, y no me hace mucha gracia acabar encarcelado aquí dentro. De hecho, no creo que pudiera sobrevivir a ningún encierro. Sigamos a ese duende, pues parece que ve en la oscuridad mejor que nosotros.

Algo reacios, Wiggins y mi hermano echaron a andar detrás de la niña. Wilberforce, el Señor Luciérnaga y yo los seguimos. En la oscuridad, ahora sólo podían verse aquellos dos ojos azules cada vez que ella se volvía para azuzarnos; Lucy, la única niña que era miembro de los Irregulares de Baker Street. Lucy la muerta, la llamaban algunos. Lucy la fantasma, susurraban otros. Lucy la de la carne fría, la de los labios pálidos, la que nunca hablaba con los otros niños. Lucy la que todo lo seguía desde lejos, a quien casi nunca se veía más que de noche, o por lo menos nunca muy alejada de un charco de sombras. Entre susurros, los otros niños de la banda del señor Holmes decían que era un espectro, la víctima de una dama blanca que asoló hacía unos años el barrio de Hampstead, raptando y desangrando a chiquillos igual que el Destripador había raptado y desangrado prostitutas, y que hizo caer sobre ella una maldición terrible para la que no había cura. Apenas debía de tener, por su apariencia, un año o dos más que yo, y sin embargo había chavales en los irregulares que decían haberla visto rondar la banda hacía al menos ocho o diez años, una paradoja imposible. Otros decían que ése no era tampoco su verdadero nombre, pues no recordaba nada de su vida anterior a la calle y la noche, y alguno con más experiencia en estas aventuras nuestras decía que había sido el señor Holmes quien la había encontrado cuando intentaba resolver el caso de aquellos niños desaparecidos, que no habían sido víctimas de un lobo como decía *The Gazette,* y que la había ayudado consiguiendo que la niña, convertida en espectro, caminara en equilibrio siempre entre la luz y la sombra. A mí me daba un poco de miedo, pero tengo que confesar que su mirada celeste, casi de ángel caído, me resultaba muy atractiva.

Moviéndose con la agilidad de una rata, como sí en efecto fuera capaz de ver en la oscuridad, Lucy la muerta avanzó ante nosotros y se detuvo una docena de metros más allá. Se agachó, o eso nos pareció ver en la penumbra, y de pronto del suelo surgió un cubo de luz que la iluminó desde abajo e hizo que diera un respingo por algo que no supimos si identificar como dolor o miedo.

—¡Por aquí, rápido! —urgió la niña, mientras se cubría la cara con una mano enmitonada y nos señalaba la trampilla que había abierto en el suelo. Sin su ayuda, nunca habríamos encontrado esa salida..., si salida era.

En tropel, bajamos por la trampilla hacia un mundo distinto e iluminado en tonos ocres, un mundo que parecía un infierno secreto, una especie de santuario a medio construir, la guarida de un monstruo que todavía no ha acabado de colgar cadenas ni soltar cocodrilos. Porque de pronto el negro hedor del fumadero de opio quedó sobre nuestras cabezas *y* lo que vimos ante nosotros, escalera tras escalera, peldaño tras peldaño, nivel tras nivel, fue un profundo subterráneo donde cientos de orientales se movían con velocidad de hormigas, trasladando cajas, transportando bultos, colocando estatuas. Era un cubil secreto, la bambalina gigantesca de un decorado a medio levantar, un forillo que no era de tela y gasas y dibujos planos, sino de piedra y metal, de hierro y oro. De pronto pareció que ya no estábamos en los subsuelos de Limehouse, sino en el Lejano Oriente, en alguna provincia de la China remota, en Hanan, en Shangai o Manchuria, en el equivalente en los *docks* londinenses a la construcción de una Gran Muralla que asegurara un poder en la sombra para el futuro.

—A esto se refería el señor Holmes —dijo mi hermano, con los ojos tan abiertos por ¡a sorpresa que temí que los párpados se le fueran a dar la vuelta—. Hay una mente criminal detrás de todo esto, ¿no lo veis? ¡Es la guarida del tipo que está buscando!

—Un palacio de Buckingham oriental en el centro del corazón de nuestro Imperio —susurró el Señor Luciérnaga—. Su Graciosa Majestad será Emperatriz de la India y cuantos otros títulos quiera colocarse en los encajes del velo, pero la otra cara de la Commonwealth está aquí ya, royendo los huesos de sus botas de cuero y dispuesta a instalarse como una araña entre sus ropas. Me fastidia reconocer que Bram pueda tener razón en todos sus temores absurdos.

No entendimos lo que decía. No tuvimos tiempo. No habíamos llegado al nivel inferior todavía, porque bajábamos por la escalera muy despacio, intentando no llamar la atención, cuando alguien dio una voz de alarma y un centenar de cabezas se volvieron a mirarnos. No es que entendiéramos, insisto, las palabras que anunciaban que nos habían descubierto, pero el tono del grito que resonó en aquel sótano gigantesco no ofrecía ninguna duda. El sentido de las palabras no tiene tanta importancia, casi nunca, como su contexto. Una imagen sin voz es tan fuerte como

los diálogos conjugados a partir de cien diccionarios.

—Me temo que estamos perdidos —dijo Wiggins, sin perder el aplomo, buscando con la mirada una posible salida.

Pero no era así. Cuando pensábamos que aquel montón de esclavos orientales (porque esclavos eran, hoy estoy seguro) iban a lanzarse a capturarnos, a castigar nuestra curiosidad y nuestra falta de previsión, algo parecido a un silbato resonó en la bóveda, y todos echaron a correr en un centenar de direcciones diferentes.

—¿Huyen? —Wiggins se rascó la cabeza, encantado con la situación—. Pero ¿cómo...? Que me zurzan, pues ¿no parece que creen que somos polizontes?

Eso debía de ser. En menos de un minuto, la mitad de los orientales desaparecieron de la vista, justo cuando nosotros terminábamos de bajar la escalera y oíamos, en la distancia, aquel silbato característico que se repetía en los ecos negros de otros túneles que desembocaban en aquel lugar. Era la policía, sí. Los imaginé corriendo a ciegas, agitando sus porras de hierro, dando patadas a los traseros o resbalando en los charcos de humedad de aquel sótano, pues el Támesis no quedaba muy lejos y el gota a gota de alguna filtración de agua hacía que las paredes rezumaran y escupieran lágrimas negras. Un tropel de uniformes y de cascos de cobre, de botones brillantes y coletas en fuga, zancos y bigotes gruesos, galimatías en cantones y en cockney puro. Si lo hubiera visto con mis propios ojos, seguro que me habría parecido divertido.

Pero no tuvimos tiempo de reaccionar. Una mano se cerró de pronto sobre el cuello de Lucy la muerta, una mano repleta de anillos y con las uñas más largas que he visto jamás, y antes de que nos diéramos cuenta la alzó un par de palmos por encima del suelo y la hizo volar por los aires, hasta que se estrelló contra unas cajas donde unos guerreros de terracota montaban guardia. Lucy cruzó el aire como sí en efecto no tuviera peso, sin poder gritar ni pedir socorro a nadie, y se quedó rumbada entre los restos de madera podrida, un bulto inánime sin brillo en los ojos.

Fue otra mirada la que de pronto ardió ante nosotros que aún no habíamos podido recuperarnos de la sorpresa del momento. Una m ¡rada poderosamente verde, unos ojos de gato, rasgados y fríos, los más crueles que he visto en mí vida, una mirada de desprecio que más tarde no podrían imitar ni Boris Karloff ni Myrna Loy. La figura avanzó, airada, murmurando maldiciones en un idioma que no conocíamos, encolerizada quizá al ver que habíamos liberado a Wilberforce y habíamos actuado como cebo para la policía, que todavía seguía correteando más allá de nuestra visión. Parecía un mandarín: su túnica era dorada y roja, llena de bordados, crujiente como algodón de caramelo, un contraste absoluto con el jade enigmático de su mirada de fuego helado. Llevaba unos bigotes largos que sobrepasaban con mucho la frontera de su mentón, una perilla oscura, un gorrito encasquetado en la coronilla, como un rabino de la religión del mal.

Wiggins no le dio tiempo a seguir maldiciéndonos, ni a convertirnos en marionetas de aquellos ojos hipnóticos. Como un valiente, saltó hacia el mandarín y ie estampó un puñetazo en la mandíbula. Pero el siniestro personaje casi no pareció sentir el golpe, tan encolerizado estaba por aquella interrupción que, si no desbarataba sus planes para el futuro, al menos los dejaba en suspenso.

Wiggins no estaba dispuesto a perdonar e¡ trato que el mandarín había dado a Lucy la muerta. Rara o no, la niña era un Irregular de Baker SrreeE, y los Irregulares de Baker Street se protegían unos a otros como si fueran hermanos. Saltó de nuevo contra el mandarín y éste lo paró en seco con una mano, como un gigante que detiene la embestida de un toro sin el menor esfuerzo. Agarró también a Wiggins por el cuello, lo alzó en vilo y lo sostuvo allí, ante sus ojos verdes. Wiggins le aguantó la mirada, mientras luchaba por respirar, pataleando en el aire, sin poder alcanzar al chino.

Y entonces el mandarín sonrío, una mueca diabólica, e hizo un gesto ante los ojos de Wiggins, sin dejar de mirarlo. Dijo una palabra impronunciable y plantó dos dedos ante nuestro amigo, como recalcando ese número, el dos, y entonces con las uñas de aquellos dedos marcó la cara de Wiggins, con saña, sin disimulo, trazando una doble raya de sangre desde la frente a la mejilla. No sólo le abrió la carne del rostro: también lo quemó de arriba abajo, como si dentro de las uñas nacaradas tuviera unos minúsculos depósitos de ácido.

Wiggins cayó al suelo, retorciéndose de dolor, chillando y gimiendo, mientras su rostro humeaba. Mi hermano y yo nos volvimos, sin saber si ayudarlo o echar a correr. El Señor Luciérnaga, Osear, intentó hacer frente a la amenaza del diabólico maestro del crimen, pero por desgracia su bastón no tenía, como en las novelas populares, ningún estoque oculto. Wilberforce se desmoronó en el suelo, gimiendo al ver la figura del mandarín, a quien pareció reconocer.

Una estrella de metal se clavó en ese momento a pocos centímetros de la cara del mandarín. Y luego otra, haciendo sonar la madera que mordía.

Y entonces un nuevo chino se plantó entre nosotros y el mandarín. Adoptó una pose de lucha, alzando los brazos a uno y otro lado como si fuera una representación teatral del baile de la diosa Kali, y ambas figuras permanecieron contemplándose un instante: el mandarín, sereno, quieto, tan inmóvil como la estatua de terracota que vigilaba el sueño inconsciente de Lucy la muerta. Y el recién llegado midiéndolo con aquel gesto que era un desafío, la invitación a un duelo.

Los dos bailaron un segundo, agitando los brazos, moviéndose uno en tomo al otro. Las uñas del mandarín dibujaron figuras en el aire, como en código. Las manos de su contrincante las esquivaron, se lanzaron una o dos veces a buscar un centro de carne que tampoco alcanzaron.

Se detuvieron. En aquella exhibición de poses, sin golpes, pareció haberse

desarrollado una estrategia digna de Napoleón y Wellington. Ambos se miraron a los ojos. La mirada verde del mandarín intentó sin éxito doblegar la mirada oscura del otro oriental. Ya estaba todo dicho, comprendimos. Los brazos dibujaron nuevas estrategias, anunciando movimientos que los otros brazos contrarrestaban desde lejos, sin tocarse.

Entonces el silbato policial sonó más cerca, y un puñado de *bobbies* llegaron corriendo hacia donde nosotros estábamos. El mandarín miró por el rabillo del ojo a izquierda y derecha, comprendiendo que tenía cortadas las salidas. Su oponente sonrió. El oriental ladeó la cabeza, como dándose por vencido, aceptando su situación, y entonces, con la velocidad de un tigre, sacó una bola de cristal del interior de su manga y la estrelló en el suelo.

Humo y espejos. El otro oriental retrocedió un paso, cubriéndose la nariz *y* la boca. Nosotros hicimos lo mismo. Cuando un segundo más tarde el aire disipó los residuos del cristal, el mandarín había desaparecido.

Un hombre robusto se acercó cojeando hacia nosotros. Nos reconoció con una mueca de disgusto, pero no había terminado de bufar cuando vio que Wiggins todavía se retorcía en el suelo. Sin dudarlo un instante, se arrodilló junto a él. Con serenidad y algo de ternura, le retiró la mano de la cara.

—¡Dios mío, pobre muchacho! —exclamó el doctor Watson—. ¿Quién es capaz de hacer algo así?

—Un genio del mal, sin duda —contestó el oriental que nos había salvado en el último momento—. Ojalá supiéramos su nombre, amigo mío, para borrarlo de la existencia antes de que sea capaz de causar más daño.

Y entonces se quitó la coleta, tiró de su nariz y se rasgó los ojos. Se frotó la cara con un pañuelo y, por debajo del tinte amarillento de su tez, asomó una piel blanca. Yo ya le había reconocido la voz. Era Sherlock Holmes.

—Veo, Sydney, que habéis encontrado al señor Wilberforce —dijo, mirando a mi hermano—. Y que usted, señor Wilde, no ha sido capaz de concederme el tiempo que le pedí que esperata.

—¿Acaso no lo sabía usted, señor Holmes?

—Podríamos decir que sí. Incluso dentro de lo imprevisible que es usted, amigo mío, no es difícil deducir cuál va a ser su siguiente paso.

—;De veras? —dijo Wilde, enarcando una ceja, actuando ahora como el escéptico que a veces pretendía ser.

—;Se recuperará, Watson? —preguntó Holmes, acercándose a Wiggins y su amigo médico. Nuestro compañero temblaba, pero hacía todos los esfuerzos posibles por no llorar delante de su héroe.

—Se recuperará, Holmes. Pero esa cicatriz lo acompañará hasta el final de sus días —comentó Watson con tristeza, y repitió la pregunta, como si pensara que

Holmes, como siempre, tenía la respuesta—. ¿Quién es capaz de hacerle algo así a un niño?

—Alguien que es capaz de hacer cosas aún peores a los hombres, me temo, un rnonstruo con forma humana. Como hay tantos. Un monstruo imposible de rescatar para la cordura y la compasión.

Holmes se volvió hacia las cajas de soldados de terracota. Si buscaba a Lucy la muerta, no dio signos de sorpresa ni de desencanto al comprobar que la niña ya no estaba allí. La llegada de la policía la había hecho huir antes de que el lugar se convirtiera en un hervidero de polizontes y linternas.

—Bueno, parece que hemos desbaratado los planes de ese enigmático mandarín. Al menos por esta vez. La tapadera del fumadero ha sido descubierta, c imagino que pasarán al menos quince años antes de que vuelva a intentar establecerse en Londres. El mundo es demasiado grande para que quiera enfrentarse otra vez a mí, tan pronto. Aunque no sepa quién lo ha combatido hoy, sin duda tendrá sus sospechas v lo averiguará tarde o temprano.

—Pero ¿quién era?

—El diablo.

—Alexander estaba encadenado —comentó Wilde, mientras Watson terminaba de vendar el rostro de Wiggins—. Si ya era esclavo del opio, no comprendo para qué podía tenerlo prisionero de esa forma, como un cordero en el matadero.

Holmes acabó de quitarse el maquillaje de la cara. El inspector Lestrade llegó entonces, rezongando y maldiciendo la velocidad de aquellos malditos chinos: apenas había podido echar el guante a una docena de ellos.

—A veces el tesoro que el mal busca está más allá de los sueños, señor Wilde —dijo Holmes, y Wilberfbrce, todavía aturdido, asintió—.

Hay hombres que viven para perseguir una estrella fugaz, y otros hombres que esperan con una red dispuesta para robar esos sueños.

—La ciudad de los libros... —murmuró Wilberforce, mirando al suelo.

—Le pertenece a usted, como todo delirio o toda imaginación —cortó Holmes—, Sé bien lo que es buscar absurdamente una quimera. —Holmes miró a Watson un instante, y el doctor asintió, con tristeza—. La realidad, a veces, no es más que una ensoñación de la fantasía. Vuelva usted a casa, señor Wilberforce, y escriba lo que ha soñado allá arriba. Pero no vaya mas lejos: hay caminos que no tienen retorno.

—Siento como si hubiera llegado a una representación en mitad del segundo acto —murmuró Osear Wilde, sacudiendo el sombrero antes de volver a colocárselo en la cabeza.

—El segundo acto es siempre el más interesante, señor Wilde. Y ya que estamos dando consejos, tenga cuidado, se lo ruego. Esa carta que ha recibido estos días..., no le haga caso. El marques es un mal enemigo.

—Y además redacta fatal —dijo Wilde, mirándose las uñas de la mano izquierda con una pose de desprecio perfectamente estudiada—. No sé sí enviarle una gramática o un abogado.

—Ignórelo. No es difícil imaginar que tendrá a gente muy importante apoyándolo. Y usted, pese a su fama, estará solo.

Wilde se encogió de hombros *y* sonrió como un niño pícaro. Holmes suspiró, apesadumbrado. Sabía que ni el consejo que acababa de darle a Wilberforce ni el que le acababa de dar a Osear Wilde iban a tener efecto alguno sobre ninguno de los dos.

Ése fue el final de la aventura en Limehouse, cuyas consecuencias serían importantes pata todos los que allí estábamos y que Watson no ¡legó a contar jamás. Fue importante para Wiggins, que viviría marcado para siempre, obesionado por el número dos que el mandarín enigmático dibujó ante sus ojos y talló en su carne. Para Wilde y Wilberforce, los dos poetas que se cruzaron en nuestro camino aquella noche y para quienes el futuro sólo depararía desgracias. Para Lucy la muerta, que nos salvó a todos y estuvo a punto de morir empalada en las maderas de aquellas cajas, y que huyó luego como un perro sin amo. Para el imperio oscuro cuyo asentamiento retrasó Holmes otras dos décadas, no sé si con nuestra ayuda o con nuestra imprudente intervención, tras haberse disfrazado de *dacoit* y haber alertado a la policía haciendo sonar el silbato cuando nuestro destino parecía a punto de quedar sellado para siempre.

Y para Syd y para mí. Porque regresamos a casa aquella noche, agotados y febriles por la aventura y sus misterios, y descubrimos que mi madre había sido ingresada en un manicomio y que nosotros dos, a la mañana siguiente, íbamos a empezar un periplo de orfanato en orfanato. Nuestros días como Irregulares de Baker Street habían terminado.

5

En las historias que mí madre me contaba por tas noches, Sansón perdió la fuerza cuando Dahla le cortó el cabello. Creo que yo perdí mi infancia cuando, en el primer día de mi estancia en el orfanato, los guardianes me raparon al cero. Mis rizos negros iban cayendo al suelo, acompañando al chasquido inmisericorde de la tijera, y aunque yo hacía todos los esfuerzos del mundo por no llorar y demostrar a aquellos desconocidos mi desamparo, ya no recuerdo si lo conseguí. Ese día perdí la infancia familiar, por desastrada y desordenada que fuera, a cambio de entrar de lleno en el frío mundo de los adultos, para quienes los niños son un estorbo, algo que soportar mientras pasa el tiempo que los convertirá en adultos que estorben de una forma menos molesta, una forma que puede evitarse mirando hacia otro lado, cubriéndoles la cara de hollín o de suciedad, enviándolos a presidio, a otro país o a la guerra.

Me despedí de mis rizos y hoy sé que también me despedí de mi infancia más lejana e inocente: quizá siempre estuve condenado a ser un niño precoz, quizá por ello se me ha acusado toda la vida de relacionarme con gente mucho más joven, quizá por ese detalle de perder así el cabello después me he enorgullecido tanto de la hermosa mata de pelo que he tenido la suerte de disfrutar, primero negra como el azabache, ahora blanca como el color de las nubes en primavera sobre las montañas que veo desde aquí.

Pero, de cualquier modo, uno acepta lo que le viene y se amolda con esfuerzo a lo que intuye en el camino. De lo contrario, nadie en aquella época de miserias habría podido salir adelante. A pesar de que con aquellos pocos trabajitos eventuales para el señor Holmes llenamos algunos huecos de nuestra penuria y la ayuda económica de su estipendio siempre nos vino bien, yo supe en todo momento que mi futuro no iba a estar en la investigación detectivesca. Se pasaba mucho frío, siempre podías acabar con un bastonazo en las costillas y, por muy honrado y cabal que fuera el señor Holmes, en los barrios en los que yo fui viviendo, expulsado de una casa a otra porque no siempre reñíamos para pagar el alquiler, se sentía un recelo instintivo hacia los *copperkeads,* sus porras y sus silbatos: no era la vida que deseaba, no quería el rechazo de mi gente y los recelos de mi clase, porque me daba en la nariz que, si yo acababa por convertirme en policía, sería para ellos (y para mí mismo) poco menos que un traidor. Nosotros habíamos podido imaginar que éramos, como decía el propio Holmes, la división policial detectivesca de Baker Street, pero entre los chicos de la calle pronto se habló entre susurros del triste incidente sufrido por el más conocido de los Irregulares, el andrajoso Wiggins, y su cicatriz se convirtió en una leyenda que desbordó incluso los muros del orfanato donde nos habían apartado de la aventura, y más tarde fue lo primero que me contaron cuando pude salir con mi hermano a visitar a mi madre, como si yo no hubiera estado presente y no recordara todavía, muchas

noches, el siseante sonido de su cara al ser quemada por el ácido de aquellos dedos amarillos con los que el mandarín reafirmó su desprecio.

Y así pasaron los días, los meses y los años. Y mi hermano y yo aprendimos a soportarlo, entrando y saliendo de hospicios y colegios, escapando alguna vez si se podía, sobreviviendo. Yo seguía empeñado en llegar a ser artista, como mi padre, como mi madre, Hannah, como algún día imaginaba que lo serían mis hijos, sí los tenía: todavía no había llegado a padecer pesadillas, como las había padecido mi padre, como las padecen todos los cómicos, en las que la reacción a los chistes no es la carcajada prevista, sino el silencio absoluto. Syd, como era mayor, muy pronto encontró otros oficios con los que ganar algún dinero y acabó por enrolarse año y pico en un barco que le abrió el mundo y a mí me dejó solo, aunque capaz de valerme ya, bachiller en calles, doctor en gestos. Mi pobre madre había dado por fin con sus huesos en otro manicomio, en Cane Hill, después de ver cómo su propia madre sucumbía a los estragos del alcoholismo, y así, desamparado y con hambre, después de ser vendedor de flores, recadero, botones, soplador de vidrio, fabricante de juguetes e impresor, todo aquello que me procurara un chelín para comprar un bocado que me permitiera seguir en pie hasta conseguir una guinea al día siguiente, me uní a Los Ocho Muchachos de Lancashire, y más tarde empecé a actuar haciendo papelitos para la compañía de CE. Hamilton. Lo he contado en otras partes: son detalles de mi biografía que están en cualquiera de los libros donde se me estudia, en los artículos donde se me ataca. Pueden parecer románticos si no se estuvo allí para vivirlos, para sufrirlos, para temerlos, pero desde luego vistos desde dentro no lo eran: uno se ríe de la oscuridad del túnel cuando ya está a salvo al otro lado, nunca mientras está dentro.

Casualidad de casualidades, uno de aquellos papelitos con los que fui ganando experiencia en las tablas me llevó a hacer de botones en una obra de gran éxito, dedicada a ensalzar las habilidades casi sobrenaturales de Sherlock Holmes.

En 1905, el señor Holmes se había convertido ya en un mito viviente, hasta el punto de que casi no parecía un ser vivo, sino un personaje de ficción, y no me extraña que haya cada vez más gente que así lo crea (¿creerá alguien en algún remoto futuro que yo no existo, que soy mis personajes, que mi bigote no es postizo?). Primero en las novelas y relatos que el doctor Watson había ido publicando con la intervención de su representante y amigo, el señor Conan Doyle, y luego en el terreo (alguien decía que incluso habían llevado uno de sus casos a ese invento maravilloso que yo todavía no conocía y que tanto habría de marcar mi vida, el cinematógrafo), el señor Sherlock Holmes se fue convirtiendo en un símbolo de Inglaterra capaz de desbancar a cualquier lord o cualquier general, sólo un paso por debajo de su majestad el rey y el primer ministro, el tercer patriota. Un actor americano, "William Gillette, había escrito o ideado un episodio en el que ensalzaba sus cualidades intelectuales, y se había hecho famoso representando al detective, primero en Estados

Unidos y luego por todo el mundo. Sherlock Holmes, mientras tanto, vivía retirado en algún lugar del sur dedicado, según decían, a la introspección *y* la cría de abejas, con las que experimentaba. Ya no resolvía casos, quizá porque ya no había casos dignos de su inteligencia: el mundo a nuestro alrededor cambiaba muy rápido.

Fue esa obra dedicada a su persona la que representé en una gira durante un buen puñado de meses. Yo hacía de Billie, el botones (aunque el Holmes verdadero no tenía ni siquiera lacayo, no que yo recuerde), y el señor H. A. Saintsbury interpretaba al detective con aplomo envidiable, inventando un personaje que le venía a la perfección. Saintsbury parecía salido de las ilustraciones de Sidney Paget, alto y delgado y con la nariz ganchuda, la mirada soñadora de águila, la voz suave. Era un hombre entrañable del que aprendí mucho.

La obra fue un éxito tan grande que el propio William Gillette, que la había hecho suya con esa gracia que permite ser autor e intérprete de algo que uno siente, vino de América para volver a representarla en Londres. Y mi suerte quiso que, mientras la compañía a la que pertenecía continuaba su gira por provincias, a mí me llamaran para repetir mi papelito de botones en un teatro del West End junto con aquel gran histrión y la bellísima Marie Doro, de quien me enamoré perdidamente a mis dieciséis años. Además, cobraba dos libras con diez chelines y empecé a codearme con actores y actrices de verdad. Una vez, poco antes de su muerte, llegué a ver en persona a sir Henry Irving, en quien decían que su amigo y secretario Bram Stoker se había inspirado para el personaje de Drácula.

Fueron mis años de formación, de acoplarme a un mundo que tenía desde hacía siglos sus normas *y* sus reglas. Aprendí, en efecto, mucho. Y jamás olvidé las lecciones que me enseñaron todos aquelllos que tenían más experiencia que yo mismo, ni las sabias palabras del señor Saintsbury, quien me recordaba de continuo que nuestro oficio venía de las iglesias, pero que nos habían expulsado primero a los pórticos y luego a las plazas, y después a los caminos, por donde andábamos.

En el teatro todo sale mal hasta et momento del estreno. Es una ley no escrita y uno de esos misterios que uno aprende pronto, apenas ha terminado de maquillarse y espera entre las cajas para salir a escena. El problema es que todo puede seguir saliendo mal hasta el instante en que cae el telón. Y es un riesgo presente todos los días que se está en cartel.

Las representaciones de *Sherlock Holmes y el extraño caso de miss Faulkner, un drama en cuatro actos,* se desarrollaban cada noche con la misma tensión, a la espera de que nadie se saltara las líneas o entrara en escena demasiado tarde, y que el público reaccionara como debía hacerlo en cada momento, y que no hubiera ningún borrachín ni ningún patoso que, desde el patio, se tomara en serio la broma del proscenio y quisiera intervenir en defensa de la bella Marie Doro (la amaba, creo, la amaba locamente), o se burlara del acento americano del señor Gillette o aprovechara

la coyuntura para hacer comentarios soeces, ofrecerle fuego para la pipa o, las más de las veces, toser como si le fuera la vida en ello al principio del primer acto. Pero, como el señor Saintsbury me había enseñado, quien paga tiene derecho al pataleo, y a nosotros, si se producía esa circunstancia, no nos quedaba más remedio que esperar a que pasara el temporal o, en el peor de los casos, echar el telón y salir corriendo: era un consejo sabio y útil, pero una vez, en Warwickshire, la cuna de Shakespeare, lo vi hartarse de las burlas y comentarios de un patán y, sin salirse del papel, bajar al patio de butacas y darle con el bastón en la cabeza al deslenguado, a quien dejó fuera de combate al tercer o cuarto golpe. Luego regresó al escenario y continuó la representación como si tal cosa, aunque desde bambalinas pude ver que su pulso se había alterado y que se saltaba un par de líneas del texto.

Naturalmente, en mi papel de Bíllíe, yo actuaba poco en aquella obra dedicada al detective de quien fui fugaz colaborador cuando era niño: lo justo para poder luego sentarme tras la tramoya y observar desde allí todo lo que sucedía en la caja, y suspirar en secreto por la bella Marie Doro (sí, estoy convencido, creo que la amaba de verdad, aunque ella nunca me hiciera demasiado caso: ya se sabe cómo son las mujeres —y los hombres— del teatro).

Aunque uno crea que tiene la representación entera medida y calibrada, ya digo que todo puede ponerse paras arriba el día menos pensado, por las circunstancias más peregrinas, las que uno nunca espera. Y el día menos pensado para nosotros fue cuando, una noche, la mismísima reina Alexandra vino a vernos, acompañada por algunos parientes reales llegados de Grecia o de un sitio lejano y exótico (todo lo que estuviera más allá de Wessex era para mí otro mundo). De repente, codo fueron nervios. Tramoyistas de acá para allá, la orquesta que de pronro despistaba un violín, el telón que no corría, una peluca que se chamusca por una colilla de un pitillo, un zapato al que se le rompe un cordón, el pantalón que ayer entraba y hoy no cierra, un lápiz de maquillaje que repentinamente tiene un color que no es el indicado, una mancha inoportuna en el cuello duro de la camisa, un guante que se extravía, la campanilla que inesperadamente pierde el badajo y estropea, si no se encuentra una solución a corto plazo, el momento culminante del segundo acto. Lo típico. Divertido visto desde fuera, o en el recuerdo, pero angustioso en esos momentos inevitables en los que el reloj corre y el telón se convierte en guillotina invertida que espera el momento de alzarse y decapitarnos.

A cinco minutos del comienzo, nos dimos cuenta de que William Gillette no había llegado todavía al teatro. Cosa extraña en él, porque siempre acudía puntualmente a su camerino, donde se maquillaba él mismo, se aclaraba la voz con un mejunge de su invención (sabía a canela) y luego procedía a preparar la pipa que empleaba en escena y que fumaba de verdad, envolviéndonos a todos con un aroma inconfundible a tabaco de importación que nos hacía suspirar de deseo furtivo y, en ocasiones, idear

retorcidos planes para robarle unas onzas con las que luego disfrutar de su foráneo sabor. Como las representaciones acababan a altas horas de la noche y yo casi siempre tenía hambre (o serían los nervios), he acabado por asociar el olor del tabaco de pipa con las ganas de comer. Como la perra de Pavlov, si alguien enciende una pipa aromática cerca de donde estoy, indefectiblemente empiezo a salivar de pura ansia.

—¿Que el señor Gillete no ha llegado aún? Habrá subido a los palcos a saludar a su majestad —comentó Kenneth Rivington, que hacía de doctor Watson, aunque era mucho más simpático que él. Cojeaba de la pierna que no era, pero jamás me atreví a mencionarle ese detalle: no tenía demasiada importancia y tampoco quería que me tomara por un listillo, aunque lo fuese. Rivington había compuesto un personaje noble y campechano, muy alejado del verdadero Watson y su rígida actitud de médico militar metido a Sancho Panza, y yo lo admiraba porque era capaz de dejarle el mérito de la actuación al señor Gillette (es decir, a Holmes), y quedar como un pobre bobo al que había que explicarle las cosas muy despacio para que, con él, hasta el más lerdo del público se enterase del hilo deductivo que había seguido el detective en la ficción.

Pero no se trataba de eso: la reina y sus acompañantes no estaban atendiendo a ningún actor venido del otro lado del océano, sino que parecían impacientarse igual que cualquier otro espectador de la platea, aunque disimulando mejor, pues ése es su oficio. Gillette no aparecía por ninguna parte. Enviamos a un tramoyista a su hotel, por si se había quedado dormido o le había dado a la botella (una afición muy común entre la gente del teatro, como yo bien sabía por mi padre). Pero no. Puntual como siempre, el americano había salido del hotel en un carruaje que lo esperaba como todas las tardes. Sin embargo, no había llegado al teatro.

El público empezaba a desesperarse, la orquesta se quedó sin repertorio con el que tranquilizar los ánimos. Nuestras miradas se dirigían una y otra vez al palco donde la realeza esperaba impertérrita, alzando las cejas sólo una fracción de lo permisible. Me quedé sin uña en el anular derecho, y empecé a temer que el sudor que de pronto nos corría a todos por e! rostro acabara por descomponernos el maquillaje. Cuando uno es actor y británico, la impuntualidad se paga con poco menos que la vergüenza y el deshonor para los restos. «Americanos», pensábamos todos, pero la verdad es que no podíamos acusar al señor Gillette de ser un yanqui más que en la manera en que arrastraba las vocales y en lo raro que cortaba los filetes que se tragaba en alguna cena a la que nos invitaba algún caballero que quería conocerlo (lo cortaba primero todo, trocito a trocito, como es habitual allá en América: a nosotros nos parecía de un esnobismo intolerable).

Nunca había tallado a una representación, ni se había retrasado en un ensayo, ni se saltaba una linea ni se movía más de una pulgada de sus marcas en el suelo; era lo

que se dice un animal de teatro. Y por eso, porque medía sus actuaciones con exactitud de relojero o de militar prusiano, no tenía suplentes para interpretar el papel de Sherlock Holmes. A nadie se le había pasado por la cabeza que el público aceptara que un don nadie encarnara en su lugar al detective de leyenda, *y* con la reina y sus nobles primos presentes en el palco de honor (algo que ya se sabía porque la realeza es muy cumplida y manda aviso al teatro con tiempo de sobra), se podría haber cambiado el elenco entero, pero no el papel protagonista. Sus majestades venían a disfrutar de la actuación del señor Gillette... y al señor Giilete, desde que había abandonado su hotel, parecía que se lo había tragado la tierra.

Yo estaba empezando a darme ánimos a mí mismo (quería conservar las otras nueve uñas), y dudaba si salir al escenario y empezar a representar pantomimas para entretener a nuestro público, como hice aquella vez en auxilio de mi madre, pero una mirada preocupada de la gentil Marie Doro me quitó la idea de la cabeza. No quería ponerme en ridículo delante de ella. Miramos la hora: ya nos retrasábamos más de nueve minutos.

De repente, una sombra vestida con abrigo Inverness y gorra de cazador de patos atravesó fugazmente las bambalinas, y todo el mundo suspiró aliviado, tan fuerte que creo que el telón se agitó y todo, mecido por un vendaval de alientos reprimidos. ¡Al fin había llegado Gillette! ¡En buena hora! Sin perder más tiempo, mientras el actor protagonista ocupaba su puesto en escena, todos los demás corrimos a preparar el comienzo de la comedia.

Desde mi rinconcito tras el telón fui observando como siempre la función, más interesado en el negro pelo y los oscuros ojos de mi adorada Marie que en la obra, que a fin de cuentas me sabía tan de memoria que podría haberla interpretado durmiendo (de hecho, muchas noches, soñaba que era yo quien daba la réplica en escena a Marie Doro). Entonces vi que mi amada vacilaba y miraba hacia los lados, como pidiendo ayuda. Y al oír la voz del Sherlock Holmes de ficción no pude reconocer la voz de William Gillette *y* su acento americano típico, ese que le había llevado a escribir una segunda obrita sobre el detective donde no articulaba una sola palabra.

Cuando me tocó salir, observé con sorpresa que, en efecto, no era Gillette. Ni tampoco el señor Saintsbury, ni ningún suplente que el regidor de escena hubiera encontrado debajo de alguna piedra, habitando los huecos del teatro como un fantasma. El actor que hacía de Holmes se movía con gracia, recitando sus líneas con el énfasis necesario, sin equivocarse nunca, pero no pisaba bien sus marcas, como si estuviera improvisando. Era, por lo demás, bastante parecido a Gillette y a Saintsbury, con los rasgos exagerados por el maquillaje para que se lo distinguiera bien desde el fondo de la sala: luego he visto que cualquier actor de cata alargada y metro ochenta de altura es capaz de dar el pego como Holmes. Mi amigo Buster

Keaton sin ir más lejos; o mi otro buen amigo, Basil Rathbone.

Hice mutis y me quedé admirado, mientras entraban en escena Rivington y Reginald Danck, que hacía de conde Von Starlburg. Marie Doro estaba todavía allí, entre bambalinas, mirando como yo el desarrollo de la obra, llena de interés ahora que de pronto había un desconocido usurpando el papel principal en el escenario.

—¡No es el señor Gillette! —me susurró, y hasta tuvo la feliz ocurrencia de agarrarme por un brazo. El corazón se me subió a la garganta *y* estuve a punto de soltar un hipido de gozo.

—No, ya me he dado cuenta. ¿Cómo han encontrado a un sustituto tan rápidamente?

—Es bueno —murmuró Marie, y sentí una puñalada de celos hacía aquel farsante desconocido; quizá yo tendría que haber salido a escena a dar cabriolas, después de todo—, Al menos no tiene el acento tan cargado de Gillette. Debe de ser británico.

—Pero le incomoda la pipa —observé yo, por ponerle una pega.

Y era cierto. Aquel Sherlock Holmes parecía molesto por tener que hablar con la pipa en la boca. No había llegado a encenderla, como hacía Gillette, y la sujetaba en la mano continuamente, mientras que el actor original solía tenerla en los labios. Gillette había introducido la pipa de boquilla larga *y* curva en escena precisamente para poder hablar y actuar a la vez sin que su perfil se viera alterado.

—¡No me lo cuentes! ¡No me lo cuentes! —tronó una voz con acento extranjero, y Marie y yo dirigimos nuestras miradas al palco de honor. El príncipe Christian le estaba explicando la obra al rey de Grecia, que se moría de ganas de entender completamente lo que pasaba pero no quería que le destriparan demasiado el argumento.

Suspiramos bastante más tranquilos. El desconocido sustituto lo estaba haciendo bien; tanto que ni el público general ni los reales visitantes sospechaban que se trataba de una incorporación de último

Llegó el momento de la escena final. Marie se arregló el pelo y salió de nuevo a¡ escenario, donde la esperaba aquel singular y desconocido Holmes que nos había salvado la vida, o al menos la vergüenza de tener que clausurar el teatro y dedicarnos al día siguiente a buscar empleo en las páginas del *Times.*

—Nuestra relación ha sido estrictamente de negocios —decía Holmes, y empezaba a salir del cuadro por primera vez en toda la obra (Gillette se había asegurado, al redactar el libreto, de estar en todo momento en escena; ah, la vanidad del gremio).

Marie, interpretando a Alice Faulkner, lo detuvo.

—No le creo.

—¿Por qué no?

—Por la forma en que habla..., por la forma en que mira..., ¡por un montón de

cosas! —replicó Marie.

Torpemente, el falso Holmes dio un paso hacia ella. Se había desenvuelto a la perfección durante toda la obra, pero ahora parecía, más que inseguro, molesto. Alcé las cejas sin comprender su reacción. No sé qué habría dado yo por haber podido abrazar en ese instante, delante de dos centenares de testigos, a Marie Doro. O al personaje que ella encarnaba, que venía a ser lo mismo.

—Sus poderes de observación son notables, señorita Faulkner... ¡y su deducción es correcta! Supongo... de hecho, lo sé, que la amo. La amo. Sé que ninguna persona como yo debería soñar con formar parte de su dulce vida. Hay motivos para decirnos adiós. Hay motivos...

Marie lo interrumpió, como interrumpía a Gillette todas las noches, y él se vio forzado a mirarla a la cara. Fue el abrazo más torpe que recuerdo haber visto jamás, mientras las candilejas se oscurecían y el telón empezaba a caer sobre los dos.

«Holmes» se zafó del abrazo e hizo ademán de marcharse de escena. Entonces el telón se alzó y toda la compañía salió a saludar. Los aplausos de cada noche, vuelta a bajar el telón, a subirlo otra vez, a salir uno a uno a corresponder al agradecimiento de quien había pagado por vernos. La gente no se da cuenta de que, hasta en los saludos finales, estamos actuando. Creen que la complicidad entre ellos y nosotros se rompe, cuando en realidad todavía estamos fingiendo unas poses y unos gestos.

Luego el falso Holmes se dirigió rápidamente al camerino, sin dar tiempo a que nadie le preguntara quién era ni de dónde había salido. Yo no había dejado de mirarlo por el rabillo del ojo mientras saludaba al público. Corrí tras él.

Entré en el camerino atropelladamente, sin pedir permiso, y desde la puerta le miré el rostro reflejado en el espejo.

—Incómodo atuendo, por Júpiter —rezongaba el hombre, mientras con un par de gestos rápidos se limpiaba la cara de maquillaje—. Da calor y pica. Ni siquiera en los páramos de Dartmoor me he vestido en mis buenos tiempos de esta forma. Y esta pipa ridícula que no tira... Tabaco de Virginia ligado con una onza de Oíd Timberwood. Mala combinación, muchacho, te lo aseguro.

Los ojos grises de aquel hombre me taladraron. Sonrió casi cálidamente al verme allí, boquiabierto, en la puerta del camerino, mirándolo a la cara.

—Adelante, Charlie —me dijo, con una voz que yo no oía desde hacía casi diez años—. No te quedes ahí. Ya veo que actúas, como siempre quisiste hacer...

Se puso en pie, se despojó del abrigo Inverness *y* cogió a cambio un gabán oscuro, un sombrero Homburg y un bastón.

—Esto ya es otra cosa —dijo felizmente, con aquel gesto cortante tan peculiar suyo. Y reconocí que no se trataba de un farsante, ni de un imitador. No era William Gillette ni H. A. Sainrsbury, ni un sustituto cazado a última hora en los recovecos más oscuros del teatro. Era el único e inimitable, el auténtico y verdadero Sherlock

Holmes.

6

El gran detective, con una expresión picara en los ojos, abrió con delicadeza los cajones del armario de William Gillette. Entornó los párpados, atento a sutiles detalles en la habitación que estaban más allá de la percepción de los simples morrales, a los que yo pertenecía. Advertí que, pese a su concentración, apenas tocaba nada, con el gesto de un bandido que no quiere dejar sus huellas en la reliquia de un sagrario.

—¡Señor Holmes! —conseguí balbucear después de verlo moverse de un lado a otro del camerino con una gracia casi animal, como de mantis religiosa—. Pero ¿cómo es posible? ¿Dónde está el señor Gillette?

Otro movimiento brusco y me taladró con la mirada. Supe que había interrumpido sus pensamientos y lo lamenté. Entonces sus afilados rasgos se suavizaron y me sonrió.

—Eso, amigo Charlie, es lo que he venido a resolver.

—¿No lo sabe usted?

Parpadeó, como si le costara trabajo entender que yo no lo entendía. Creo que a veces ser más listo que el resto de los mortales coloca a gente muy inteligente en una situación de indefensión, como si no pisaran muy bien la tierra. Lo he notado en esas personas sabias que después se comportan con ingenuidad de niños en los aspectos mis puramente mecánicos de la vida.

—¿Debería?

—Si el señor Gillette no está aquí, deduzco que habrá desaparecido... —conseguí decir. No sé por qué, cada vez que hablaba con el señor Holmes, estuviera disfrazado o no, tenía la impresión de que me estaba sometiendo a examen. Si una cosa buena hubo en mi infancia fue que no frecuenté demasiado los colegios, así que me Ubre de los nervios de las notas, las palmetadas de castigo y el rubor de los suspensos.

—*Deducir,* ésa es la palabra.

—Me remo que no comprendo, señor.

—Ya. La explicación de mi presencia aquí es bien sencilla, joven Chaplin. El señor Gillette ha reclamado mí ayuda y, como no podía ser menos, he venido a prestársela.

Yo seguía sin comprender adonde quería ir a parar. Si así era, y no tenía ningún motivo para dudar de su palabra de caballero, ¡no resultaba ya demasiado tarde? Fuera para lo que fuese que el señor Gillette necesitara de Holmes, parecía que se había desencadenado ya: la ausencia del actor era buena prueba de ello, su escrupuloso registro del camerino lo corroboraba. Pero con Holmes nunca se sabía qué era plan cuidadosamente calculado y qué era farol, dónde improvisaba sobre la marcha y a partir de qué momento seguía una pauta llena de lógica. Luego, claro, en

los resultados no se notaba: iba tan por delante de los demás que podía permitirse meter la pata y corregir el error sobre la marcha..., si lo había.

—¿Sabe usted dónde está el señor Gillette? —pregunté, impertinente. Estaba claro que no lo sabía, hasta yo me daba cuenta de eso.

—Todavía no.

—¿Y cómo supo entonces que no iba a poder venir a la función de esta noche? —insistí. Tal vez, inconscientemente, yo estaba remedando el papel del investigador en la obra que acabábamos de representar. O sea, de él mismo.

—No supe nada, Charlie. Como tú mismo acabas de decir, deduje.

—¿Dedujo que no iba a llegar a la representación?

—Exactamente.

—¿Y por eso decidió ocupar su lugar?

Holmes alzó una ceja, impertinente a su vez, como si el interrogatorio al que yo lo estaba sometiendo empezara a molestarle un poco.

—Es evidente.

—Disculpe mi ignorancia, señor, pero ¿cómo ha sido usted capaz de representar el papel?

Holmes me miró mientras encendía un cigarrillo, no una pipa. De pronto pareció divertido, porque dos o tres arrugas se le marcaron en la comisura de los ojos. Por un momento pensé que el doctor Watson, que tanta antipatía nos tenía *y* a quien tan poco apreciábamos los chavales de Baker Street (o yo, al menos), por fuerza tenía que parecer tonto comparado con aquel hombre. Creo que nos pasaba a todos los que estábamos cerca de él.

—¿Te parece extraño que sea capaz de representarme a mí mismo? —dijo Holmes, burlón.

—A usted mismo no, señor. Pero el texto de la obra...

—Deleznable, ciertamente. Y ese final amoroso... tan sensiblero y fuera de lugar —despreció el detective. Y comprendí que los galanteos con el bello sexo no eran cosa que, dada su fría capacidad cerebral, le interesara demasiado. En cambio, a mí sí que me interesaban, sabe Dios. Me interesaban muchísimo. Pero claro, yo entonces no había sufrido demasiados desengaños amorosos, no los más graves, al menos. Me pregunto si en aquella época el señor Holmes (ya no era un jovencito) tenía tras de sí alguna historia de pasiones perdidas que le hubiera hecho enclaustrarse en Baker Street primero, en el sur después, y aislarse de toda compañía femenina. Irene Adler, quizá, como insistiera el doctor Watson en su relato, no había sido el gran amor de su vida, pero sí el recuerdo de algún otro amor, de otros afectos más antiguos. Quiero creer ahora que Holmes no pudo comprender jamás el universo femenino, y que por eso llegó a desdeñarlo y a vivir su vida como si no existiera. Quizá sólo él mismo supo qué salió perdiendo y qué salió ganando con ello.

Caí en la cuenta, por fin, de lo que el detective me estaba dando a entender.

—¡Conocía usted la obra de antemano!

—La vi representar una vez hace unos años, en Nueva York —asintió—. Y Gillette tuvo el detalle de firmarme un libreto. Helo aquí.

De su gabán negro sacó una copia del libreto de nuestra obrita.

No parecía muy manoseada, no como las que los actores nos pasábamos unos a otros y perdíamos en cualquier parte mientras ensayábamos o tomábanlos algún refrigerio, pero sí leída.

—¿Y se ha aprendido usted el texto? —pregunté, incrédulo. Sabía por propia experiencia que una actuación como la que él había llevado a cabo no se improvisa de la noche a la mañana. De hecho, pese a su deslumbrante belleza, mi adorada Marie Doro había tenido muchos problemas para aprenderse sus líneas, y de vez en cuando todavía se atascaba en la pronunciación de alguna de ellas.

—En el tren desde Sussex, sí. *Después* de leer las noticias internacionales en el *Times*.

Silbé sin sonido. Eso sí que era tener buena memoria. Le eché un vistazo al libreto. En la primera página, sobre los títulos, había una dedicatoria escrita a mano: «De un humilde actor al más grande detective y actor del inundo, con mí admiración y agradecimiento eternos, William Gillette».

—¿Ha sido usted... actor? —pregunté, extrañado, tras deducir yo sólito que la dedicatoria iba dirigida a él.

Holmes me miró de nuevo con aquellos ojos capaces de perforar el mismo acero. SÍ le fastidiaba mi lentitud de reflejos, imagino que era algo con lo que había convivido cada día: ¿cómo de lento pasa el tiempo para quien lo adelanta en su carrera cada minuto, sabiendo que no hay nadie que pueda alcanzarlo a menos que él mismo, por su propia voluntad, mire hacia atrás y se detenga?

—Antes de inventar la profesión de detective consultor y establecerme en Baker Street, sí —dijo, como si fuera algo tan obvio que resultara pecado no estar al tanto de su vida y obra, por otra parte tan misteriosa e inasequible—. Tras pasar por Oxford y Cambridge y decir adiós a la universidad. Comprenderás que, después de interpretar a Shakespeare, hacer de mí mismo, incluso en esta versión digamos... sui generis del señor Gillette, no podía resultarme demasiado difícil.

—¿Ha interpretado usted a... *William* Shakespeare? —Casio, Shytock, Mercudo, Macbeth, Malvolio... —contestó el detective, entrecerrando los ojos, contemplando sin duda recuerdos pasados de afeites y versos blancos y duelos de espadas y fantasmas justicieros y pasiones desbordantes y remordimientos epopéyicos y aplausos perdidos en escenarios ya apagados—. Me gusta especialmente *Noche de Epifanía*. Coincide con mi cumpleaños. Pero no utilicé mi verdadero nombre entonces. Eran otros tiempos y no quería, ya sabes, avergonzar a la familia.

Asentí, comprendiendo que un caballero, por mucho que hubiera interpretado las obras del bardo inmortal, sin duda habría tenido que luchar contra la oposición paterna a la hora de decantarse hacia las tablas. No era mi caso, nosotros llevamos las luces de candilejas en la sangre, pues de ellas depende nuestro sustento diario y el buen estado de nuestros abrigos cuando llega el invierno. En ese momento envidié al señor Holmes más de lo que lo había envidiado cuando leía con dificultad sus aventuras en *The Strandy* soñaba con convertirme algún día en un mito viviente, como él era desde entonces no sólo en Inglaterra, Dios la bendiga, sino en medio mundo. Más allá de la fama y la gloría y el reconocimiento de las masas y el desahogo económico, comprendí que Sherlock Holmes y yo habíamos tenido un amor común en el que él sin duda había sobresalido, como sobresalía en todo: el amor al teatro. Comprendí también de dónde arrancaba su habilidad para los disfraces, a los que recurría desde que decidió cambiar los escenarios por un tranquilo estudio en Londres.

—Bien —suspiró Holmes, dando por terminados sus recuerdos y mi interrogatorio—. Parece que aquí no hay ninguna pista de importancia. Lo único que puedo deducir es que el maquillaje del señor Gillette es de calidad extraordinaria, comprado sin duda en Thalia's de Nueva York, dada la categoría de los afeites y los pinceles y el lustre especial del pelo de marta con el que están hechos. Pero, como ya esperaba, aquí no ha entrado nadie.

—¿Tendría que haber entrado... alguien?

—Bueno, el señor Gillette es mayorcito, ¿no? Nadie desaparece así como así, ni siquiera siendo extranjero en Londres, a menos que aceptemos la magia como una posibilidad, pero no creo en esas supersticiones.

Una vez más, la luz se hizo en mis entendederas. Comprendí entonces qué era lo que estaba haciendo el señor Holmes en el camerino, a qué se debía su escrutinio de las posesiones del actor que lo interpretaba.

—Quiere usted decir que han *secuestrado* al señor Gillette, ¿no es así, señor Holmes?

—Elemental, querido Chaplin.

—Pero... ¿por qué motivo?

—Ah, Charlie, si los motivos estuvieran claros no estaríamos aquí ni tú ni yo. Los motivos podrían ser variopintos: una familia despechada por algún... digamos, algún despropósito del señor Gillette hacia una hija casadera. Por lo que parece es bastante atractivo, y tiene fama de donjuán, ¿no? O algún acreedor impaciente. O, sencillamente, alguien deseoso de Importunar a la familia real y a sus distinguidos invitados, esos que nos han honrado hoy mismo con su presencia en el palco.

—Cree... ¿cree usted que ésa ha sido la causa? ¿Dejar en ridículo a la reina AJexandra y sus honorables huéspedes? ¿Una acción de propaganda de algún grupo.,,

revolucionario?

—Por supuesto que no, Charlie. Pero todavía no podemos descartar ninguna hipótesis de trabajo. Por lo que sabemos, el señor Gillette podría haber resbalado en la bañera.

—Dicen que lo vieron subir a un coche de caballos en su hotel y partir hacia el teatro. Como todas las tardes.

—¿Ves? Eso nos permite reducir el cerco. Podemos descartar el jabón y la bañera.

—Debe de estar usted bromeando, señor Holmes.

—En absoluto, Charlie, Los tres telegramas que he recibido del señor Gillette mostraban auténtica preocupación por su parte. Su desaparición no es cosa de risa, te lo aseguro.

—Entonces ¿qué supone usted...?

—Yo nunca supongo nada, Charlie. Nunca. Yo deduzco. Cuando tengo indicios, no antes. Y ahora deduzco que, por muy incómoda que sea la situación del señor Gillette, su vida no corre peligro.

—¿Cómo puede decir eso si no sabe...?

—Sé que por fortuna no lo apuñalaron antes de subir al coche de caballos: tú mismo lo acabas de decir, sin duda porque el regidor de escena envió a alguien a hacer pesquisas al hotel donde Gillette se hospeda. Sé que nadie se toma la molestia de hacer desaparecer a una persona de esa manera si no tiene en mente un plan que implica preservar su vida y sacarle provecho. Un asesino cobra al instante el precio de su acto: su moneda es la sangre, su motivación el despecho. Un secuestrador tiene más sangre fría y actúa a largo plazo, armándose de paciencia y jugando con el tiempo.

—Nos encontramos entonces en el segundo caso. —De momento, Charlie. Pero basta de charla. Hemos de que ir al hotel donde se hospeda el señor Gillette. Tal vez allí encontremos las pistas que aquí se nos han negado. Pero antes... bueno, supongo que tendremos que cumplir con la etiqueta. —¿La etiqueta?

—La reina Alexandra y sus honorables parientes. Habrá que ir a saludarlos y presentarles nuestros respetos. Después de todo, han venido a conocerme, ¿verdad?

7

Sherlock: Holmes no era sólo un detective: era un artista. Había creado un personaje de sí mismo y la gracia de su interpretación era que desconcertaba siempre al público de que sabía rodearse en toda situación. Era amable y calculador, cordial y enigmático, discreto como sólo puede serlo un caballero. Tenía la frialdad del tigre y la sabiduría de una serpiente; nunca sabías si iba a enseñarte los dientes o te iba a inocular un veneno tras un ataque fugaz y mortífero. La máscara que era actuaba en todo momento, como si conociera de antemano el argumento de la obra que nos ayudaba a representar, y por eso era capaz de entrar y salir de sí mismo, de estar actuando de una manera mientras su cabeza estaba barruntando algo diferente en otro lado. Acababa de dejar de ser el Sherlock Holmes que había ideado William Gillette y, sin solución de continuidad, tras quitarse ese maquillaje, empezó a ser un William Gillette que él mismo inventaba sobre la marcha. La vida como un juego, el misterio y el enigma como las casillas en las que el jugador va desgranando el avance por el tablero; eso vi en ese momento que hacía Holmes. Tenía un misterio por resolver, pero antes que nada debía mantener el statu quo de un mundo que, si no era perfecto, sí conservaba un equilibrio que merecía la pena preservar. Y como era perfectamente capaz de simultanear esas dos cosas, no tuvo reparo alguno en subir a los palcos de autoridades e imitar un acento americano tan perfecto que nadie habría sospechado que era ficticio. Y así, después de saludar con mucha elegancia a la reina y sus acompañantes, intercambiando las banalidades típicas de esta clase de encuentros y eludiendo en codo momento identificarse como Sherlock Holmes o como William Gillette, el detective recibió los parabienes reales por su actuación de hacía unos minutos, departió con el rey de Grecia en su propio idioma, para sorpresa de todos (y, quizá, haciendo gala de paso de unas habilidades lingüísticas que posiblemente el Gillette verdadero no tenía), y tras unos minutos de agradable charla esperó a que sus majestades abandonaran el teatro antes de ponerse en marcha e indicarme, chasqueando los dedos, que lo acompañara.

Entonces el rostro de Holmes cambió, dejó de parecer un actor sonriente y afectado y adquirió en un instante los rasgos afiladísimos necesarios para la concentración absoluta en un caso que parecía, cuando poco, molestarlo. No sé cuál de todas aquellas máscaras que había adoptado en un lapso de media hora era la verdadera: quizá todas a la vez. Actor siempre, tenía razón, el intérprete de un personaje originalisimo, lleno de matices, constantemente cambiante y nuevo. Llegamos al Hotel Carlton, donde se hospedaba William Gillette hasta su desaparición dos horas antes. A una seña de Holmes me acerqué al recepcionista y le pedí «la llave de las habitaciones del señor Gillette», con gesto indolente y con el sombrero ladeado sobre la cabeza, como si estuviera fuera de lugar que nadie dudara

en entregarme la llave ipso facto. El recepcionista, un muchacho un par de años mayor que yo, me tomó sin duda por el criado del actor americano: Holmes tuvo el detalle de mantenerse aparrado, junto a la escalera, encendiendo un cigarrillo que ocultara con su humo lo distinto de sus rasgos, cosa que no comprendí hasta que me dio por estrujarme un poco la sesera. Alguien había secuestrado a Gillette, y si estaba convencido de ello, y esperaba la llegada de la policía para comprobar si iniciaban una investigación, lo más probable es que hubieran dejado a alguien observando. Y si de pronto aparecía un sosias de Gillette pidiendo la llave de su habitación, el conflicto podría complicarse en un momento en que no era demasiado conveniente. Holmes y Gillette se parecían mucho, la confusión estaría asegurada. Es más, para mí lo sorprendente de todo aquel juego de identidades cambiadas era comprobar cómo los gestos genuinos que yo veía ahora en Holmes los había visto ya, cada noche, en la interpretación de Gillette. Comprendí que, en efecto, los dos hombres se habían conocido en el pasado y que Gillette había compuesto su personaje a partir de su observación del ser real; sin duda Holmes había basado su breve personificación de Gillette en sus recuerdos del actor que hacía de sí mismo. Fue una lección que seguí desde entonces a rajatabla: para que un personaje tenga enjundia, hay que basarlo en alguien conocido, hasta el último tic, y a partir de ahí trabajar para, descomponiéndolo, crear uno nuevo. Me dio buenos resultados siempre, hasta que la caza de brujas me exilió de Hollywood.

Conseguida la llave, apenas tuve tiempo de maravillarme comparando la abismal diferencia que había entre la suite de Gillette y los antros de poca monta que yo frecuentaba cuando iba de gira por provincias. Holmes encendió la lámpara y procedió, antes que nada, a alzar una mano que me detuvo donde estaba.

—No toques nada, Charlie —ordenó, llevándose un dedo a los labios; sus ojos resplandecían, y juraría que casi podía oír un zumbido eléctrico en su cabeza, el engranaje de su mente prodigiosa en funcionamiento. Debe de ser algo común a ese tipo de superhombres: también mi amigo Clark Savagc Juniot, cuando meditaba, parecía crear una especie de energía estática alrededor de su rubia cabeza. Dicen que los pensamientos son reacciones eléctricas: en hombres como Holmes y como Savage el relámpago de esa electricidad iba acompañado de un trueno continuo.

Obedecí al detective y me quedé de pie junto a la puerta. Holmes la cerró, sin ruido, y giró sobre sus talones con la gracia de un bailarín o un boxeador de peso ligero. Lo más probable es que nunca hubiera estado en esta habitación, pero se movía por ella como si la conociera al detalle: un solo vistazo a su alrededor y ya había medido sus dimensiones, calibrado sus huecos, valorado los escondites que pudiera haber en sus rincones.

—Quítate la chaqueta y acércate a la ventana, Charlie, ¿quieres?

Hice lo que me pedía y me quedé en mangas de camisa y chaleco. Colgué la

chaqueta del respaldo de una silla, con mi sombrero, que de pronto pareció espantosamente deslucido y viejo, el fieltro gastado, en comparación con la calidad de la habitación donde nos encontrábamos.

—Descorre las cortinas con normalidad, como si en efecto fueras mi criado.

Dicho y hecho. Me di cuenta de que Holmes pretendía que actuara con absoluta naturalidad, haciendo lo que el sirviente de Gillette habría hecho... de haber existido. Bueno, si se trataba de teatro en la vida real, por mí no había ningún problema. No es mucho más difícil hacer de criado que de camarero o de botones. Antes de que pudiera volverme, Holmes preguntó: —¿Nos siguen vigilando desde la calle?

El corazón me dio un vuelco. Yo no había advertido que nadie nos siguiera: en cualquier caso, era imposible, en el carruaje que nos había traído en la oscuridad de la noche, haber visto nada. Pero una cosa era suponer que hubieran estado esperando a la policía en el vestíbulo del hotel, y otra muy distinta que nos hubieran estado siguiendo desde que salimos del teatro. Algo no me encajaba, pero no era capaz de darme cuenta de dónde estaba el problema. Me acerqué a la ventana, como si fuera a arreglar los visillos, y miré hacia abajo. —No veo a nadie.

—Debe de estar cerca de las farolas, fuera del alcance del foco de luz. Un escocés.

Me esforcé por escrutar disimuladamente la calle, mientras des corría los visillos. Tras esforzarme un poco, logré distinguir que, en efecto, había una silueta junto a las farolas. Si Holmes lo aseguraba, di por bueno que se trataba de alguien que nos había estado siguiendo. Confieso que me puse algo nervioso.

—Hay un hombre donde usted dice. Pero no veo que lleve ningún *kilt*, ¿cómo puede asegurar que sea escocés?

—Por el bastón. No lo utiliza como un caballero, sino como sólo lo emplean los *highlanders* para abrirse paso entre el brezo, apoyándolo con demasiada fuerza en el suelo —explicó Holmes, como si saltara a la vista y yo pudiera ver algo que estaba arropado entre las sombras y que, por cierto, tampoco él veía desde donde estaba—. Además —continuó—, sus orejas son características de la zona de Strarndyde.

—¿Todo eso ha visto usted, y además de noche? —pregunté. No me gusta quedar como un tonto, todavía menos que me tomen por uno. Como actor en ciernes, yo sabía que había que observar al prójimo para marcar sus gestos y luego imitarlos, pero nunca habría podido imaginar que la forma de sujetar un bastón o tener las orejas pudieran indicar a nadie de dónde es uno.

—El tabaco que fuma tiene un aroma marcadamente especial, inconfundible —dijo Holmes, como si con eso rematara definitivamente su descripción del personaje *y* el hilo de su deducción—. Me aficioné a él durante mí estancia en los páramos de Devonshire. Además, lo he despistado ya dos veces, de lo cual se deduce con facilidad que se trata de un hombre que no está familiarizado con Londres.

—Entonces ¿no nos seguían a nosotros, sino que ya venían siguiéndolo a usted de antes?

—Eso parece.

—Pero ¿quién es?

—Eso, Charlie, está por ver. Dejémoslo que siga esperando y vayamos a lo nuestro, aunque tengo el desagradable presentimiento de que aquí tampoco vamos a encontrar nada que nos ayude a localizar el paradero del amigo Gillette.

—¿Qué le hace pensar una cosa así?

—Ni la puerta ni las ventanas han sido forzadas —explicó, señalando con un dedo—. Fíjate, la corbata del señor Gillette está doblada sobre la silla, y sus zapatillas junto a la cama, en perfecta alineación con la alfombra. La cama está hundida y arrugada, señal de que estuvo acostado un rato antes de salir hacia el teatro: cualquiera que hubiese entrado aquí a registrar habría dejado los cajones abiertos, o algún tipo de huella de su paso. SÍ no aquí, en las botellas y perfumes. O en los utensilios del cuarto de baño.

Aun así, Holmes dedicó sus buenos quince minutos a registrar minuciosamente armarios y cajones. Movía las manos por encima de los utensilios como el músico que hace volar sus dedos por encima del instrumento, acariciándolo más que tocándolo, como si aquellas corbatas, aquellos perfumes, aquellos útiles de afeitar y aquella colección de zapatos y calcetines fueran una orquesta de donde pudiera arrancar los acordes de una confesión. Yo no oía más que silencio. Por fin, Holmes guardó la lupa y no pudo evitar que en su rostro se marcara un gesto de frustración. Recogió la corbata y se la metió en el bolsillo, cosa que me extrañó porque él favorecía el lazo.

—Como imaginaba —dijo, con frialdad de matemático—. Quienquiera que haya secuestrado a Gillette no tiene demasiado interés en su persona, sino que persigue una cosa bien distinta. Vamos, Charlie, tenemos que ir a mi antiguo apartamento de Baker Street.

—¿Y qué hacemos con nuestro amigo escocés?

—Deja la lámpara encendida: eso le entretendrá. Saldremos del hotel por la puerta lateral. Tú primero. Espérame en el pub que está tres esquinas más abajo. Yo te seguiré pasados unos minutos. No te preocupes, si es necesario recurriré a un disfraz para librarme de nuestro amigo.

Me puse de nuevo la chaqueta, cogí mi viejo sombrero y salí del hotel como si no me estuvieran persiguiendo, aparentando una tranquilidad que no sentía: si alguien había secuestrado a William Gillette, también podían secuestrarme a mí. Luego pensé que nadie estaría dispuesto a pagar un chelín por mi insignificante persona y me calmé un poco.

Llegué al pub a paso tranquilo. Entré, pedí media pinta de cerveza tibia y estaba

terminándomela, siguiendo involuntariamente con el pie el ritmo de las canciones que alguien asesinaba en un escenario que parecía llamarme como una sirena, cuando un cochero, alto y con librea, bufanda sobre el rostro y sombrero de copa encasquetado hasta las cejas, entró y me hizo una seña para que lo acompañara.

—¿Un nuevo disfraz, señor Holmes? Apuesto a que ese escocés no ha sido capaz de reconocerlo con estas ropas.

Pagué la cerveza sin apurarla y seguí al cochero hasta un coche de caballos que, oportunamente, nos esperaba en la calle. El hombre me abrió la puerta y para mí sorpresa vi que dentro, fumando un cigarrillo a medio consumir, me estaba esperando el señor Hoímes. Así que no había necesitado disfrazarse para salir del hotel, después de todo.

El cochero se aupó al pescante y con un trallazo nos pusimos en marcha. Holmes parecía pensativo, melancólico, como si en su mente se barajaran un montón de posibilidades y las fuera descartando una a una. Si normalmente no parecía un hombre de este mundo, cuando se sumía en sus pensamientos se le veía todavía más lejano y remoto, un Buda enjuto que estuviera reflexionando sobre asuntos que estaban más allá de este plano existencia]. Sólo "William Randolph Hearst y Orson Welles (enemigos declarados y, sin embargo, tan parecidos enríe sí) adoptaban esa actitud contemplativa que los apartaba del mundo: el uno, porque se creía un dios; el otro, porque lo era.

Llegamos a Baker Street y yo bajé primero del carruaje. Holmes se entretuvo unos instantes con el cochero, al que pagó tras intercambiar con él unas palabras que no logré oír, aunque tampoco puedo decir que me llamara la atención entonces: es normal en Inglaterra hablar del tiempo a cada oportunidad, y los cocheros y taxistas son expertos en ese tema *y* en otros muchos. No pude evitar mirar a mi alrededor, temiendo que en cualquier momento las sombras adquirieran brazos y piernas, pero al parecer nadie nos había seguido. Todavía.

Holmes y yo nos acercamos a la puerta del 221 B de Baker Street, una calle que apenas había cambiado desde hacía diez años. La casa estaba oscura, cerrada a cal y canto desde que Holmes se había retirado de la investigación detectivesca y había decidido trasladarse cerca de Eastbourne, en ¡as colinas al sur de Sussex. No sé qué había sido de la vieja y amable señora Hudson, y desde luego, si el doctor Watson ejercía en alguna parte la medicina, que no contara conmigo como diente. Creo, de todas formas, que se había especializado en obstetricia. El mayor de los contrasentidos: un antiguo médico militar metido a cosas de mujeres. Con tantos matrimonios a sus espaldas no era raro, claro, como tampoco es de extrañar que muchos años más tarde yo me inspirara en él pata interpretar mi Monsieur Vcrdoux.

Holmes introdujo la llave en la cerradura y me hizo un gesto con el dedo, para

que guardara silencio. Yo estaba ya prevenido y sabía que no debía tocar nada, ni abrir la boca, y respirar apenas lo justito y necesario. No sé qué notó Holmes, pero su rostro se volvió tenso antes de cruzar el umbral de su antigua vivienda. De perfil, parecía un águila que escruta desde las alturas el camino de su presa.

Entramos en la casa. Holmes se quitó el sombrero y, sin mirar, lo colgó de un perchero que había a su derecha, un gesto tan calculado que pensé que sería divertido desarrollar en un gag teatral qué pasaría si el perchero se movía y el sombrero caía al suelo. Prendió una cerilla y encendió una lámpara. Subió los diecisiete escalones hasta el primer piso sin hacer ningún ruido, como si tuviera pies de gato.

Yo apenas recordaba los detalles pues hacía casi una década desde aquella vez que entré con Syd en la casa de Holmes, pero no me hizo falta ser un detective experto para darme cuenta de que, por muy desordenado que hubiera estado normalmente todo en la época en que el doctor Watson y Sherlock Holmes compartían la vivienda, por mucho que la señora Hudson se quejara de las manchas de ceniza y el descuido indolente de dos hombres solteros, no podía haberse parecido ni de lejos a lo que vi ahora.

El caos se había apoderado de las habitaciones, en especial del estudio. La silla de respaldo recto estaba volcada, los sillones rasgados, el pequeño laboratorio abandonado hacía anos estaba hecho trizas y los restos de matraces y pipetas manchaban la alfombra, como si alguien hubiera celebrado una boda con productos químicos en vez de vino. Los cuadros habían sido descolgados de su sitio; la alfombra, cubierta de polvo, mostraba signos de haber sido acuchillada, quizá para intentar comprobar si había algo escondido debajo.

Lo peor eran los libros. Todos estaban diseminados por el suelo, como cadáveres de palomas blancas, centenares de páginas rotas, sucias, arrugadas. Manuscritos y documentos, notas y diplomas. El desastre que Holmes había esperado encontrar en las habitaciones del hotel donde se alojaba Wílliam Gillette estaba allí, en su propia casa deshabitada.

Haciendo gala de una sangre fría envidiable, Holmes terminó de encender todas las lámparas. En una de las paredes, ocupando el lugar que había dejado vacante un cuadro, vi la clara huella de unos disparos.

—¡Señor Holmes! —susurré, tan asustado como sí hubiera entrado en un castillo de fantasmas—. ¡Mire!

Holmes apenas prestó atención a mi alerta. Balazo a balazo, en la pared se veían marcadas dos letras: V y R.

—Tranquilo, Charlie —dijo el detective, sin mirar siquiera lo que mi imaginación desbocada había interpretado como advertencia—. Esas huellas de la pared son antiguas. El recuerdo de una mala costumbre para matar el aburrimiento.

En ese momento no le entendí, sólo mucho más tarde supe que el propio Holmes

había hecho aquellas marcas años atrás, usando una pistola de salón. En su tedio, en la falta de alicientes que espolearan su mente preclara, había ido disparando hasta marcar las iniciales de Victoria Regina.

Una sombra enorme cubrió entonces la luz, y en la puerta apareció un hombre gigantesco, un coloso que ocupaba todo el marco. Sofoqué un grito de pánico. Holmes no se inmutó.

—Bueno, al menos está— aquí —dijo el coloso con voz sorprendentemente suave. Cruzó la habitación y se sentó en uno de los sillones, sin darle importancia a que el tapizado no estuviera en condiciones. Milagrosamente, el sillón resistió su peso.

—¿Acaso lo dudabas? —masculló Holmes, encendiendo un nuevo cigarrillo y arrojando la cerilla usada a la chimenea muerta.

—Por supuesto que no. Tienes buen aspecto, Sherlock.

—Vida sana en el campo. Y una dieta maravillosa a base de miel de abeja.

—Me temo que tus invenciones culinarias no acaban de ser de mi agrado.

—Sin duda muy distintas al pato al curry que has cenado esta noche.

—¿Tengo una mancha?

—Dos. Una en el chaleco, bajo la cadena del reloj, la otra en el zapato. La segunda, sin duda, producida al retirar el plato.

—Cada vez hay menos proresionalidad entre los camareros de los restaurantes. No sé que va a ser del –imperio cuando nosotros ya no estemos.

—Llegarán nuevos camareros. Indios y chinos, ce apuesto lo que quieras. Y otros caballeros con otros gustos. Culinarios y de todo tipo.

Yo no entendía nada. Aquel hombre le hablaba a Holmes con un tono casi irrespetuoso, como si fuera un maestro que reprende a un alumno díscolo. Me recordaba la manera en que Syd me trataba en ocasiones, cuando me restregaba por las narices que era mi hermano mayor y, por tanto, su palabra era ley.

—Charlie, permíteme que te presente. Charlíe Chaplin, un joven actor con mucho futuro —dijo Holmes, caballero ante todo—. Éste es mi hermano Mycroft, Mycroft Holmes. Podemos decir que es... matemático.

Entonces vi el parecido, a pesar de la diferencia de tamaño: los mismos ojos acerados, la misma actitud de abatimiento que a veces produce el hartazgo, ese brillo interno que da la comprensión de que el tiempo pasa más despacio de lo que quisieran los engranajes de tu cerebro.

El señor Mycroft Holmes me saludó con un breve gesto de cabeza. Parecía un hombre dispuesto a ahorrar en lo posible cualquier tipo de movimiento. De los tres, era el único que permanecía sentado. Si Holmes me había parecido un águila un momento antes, su hermano era un gran oso blanco. En su aspecto descaradamente indolente había una fiera que podría rugir y destruir a su enemigo *de* un zarpazo.

Mycroft Holmes echó una ojeada al naufragio que nos rodeaba, clavó unos instantes *la* mirada en el suelo *y* suspiró. Parecía lamentar tanto los destrozos causados en la casa como el esfuerzo invertido en llevarlos a cabo.

—Bueno, Sherlock —dijo por fin—, ya sabes lo que significa esto.

El detective asintió. Una nube de humo gris le cubrió medio rostro.

—No iban a por Giliette, como ya imaginaba. El objetivo era yo.

8

De alguna manera, en medio de aquel alocado galimatías de Sherlock Holmes verdaderos y Sherlock Holmes falsos, no se me había llegado a ocurrir que el secuestro del señor Gillette hubiera sido precisamente eso, un equívoco. Pero una vez que se hizo la luz, comprendí la lógica del asunto. ¿Quién iba a querer secuestrar a un actor, y además extranjero, por mucho dinero que pudiera haber ganado el tipo gracias a su arte? ¿Por qué había regresado Holmes de su retiro precisamente entonces, en auxilio de un sosias y antiguo conocido, si no fuera porque el mismo había comprendido desde los primeros instantes que, quienquiera que estuviese pisándole los talones a William Gillette, a quien en realidad pretendía perseguir y capturar era al propio Sherlock? Parecía evidente, pero el motivo que había detrás de ese secuestro se me resistía.

Holmes frunció los labios y se apartó el flequillo de la frente. Lo observé a hurtadillas, comparándolo con el retrato encanecido y obeso que tenía sentado delante. Ya había detectado, lo he dicho, el parecido entre ambos hermanos. Pero me chocó la diferencia de edades. Mycroft Holmes parecía rondar la sesentena, mientras que a Holmes apenas podía atribuírsele poco más de cuarenta años. Tiempo después supe que, en 1905, Holmes contaba ya cincuenta y un años; cuando lo volví a ver después de esta aventura que aquí narro, ya en América y en los albores de la primera guerra mundial, casi no parecía haber envejecido más que unos meses. La investigación con las abejas, sin duda, obraba milagros en su organismo.

Mycroft Holmes movió de un lado a otro la enorme cabeza, como un león de piedra. Tuve la impresión de que en su mente se estaban desarrollando mis argumentos teatrales de los que yo podría representar en cuatro vidas. Y ninguno de ellos le convencía demasiado.

—Para llegar a conclusiones acertadas hay que tener primero datos suficientes —aseveró, como si dijera algo tan obvio que no mereciera la pena reseñarlo—. Esa es la máxima de nuestra familia, el modus operandi de nuestras estrategias. ¿De qué daros dispones, Sherlock?

El detective parecía irritado, tanto por el tono condescendiente de su hermano como por la afrenta que suponía la manera en que habían desvalijado su casa. Hizo un visible esfuerzo por relajarse.

—No hay gran cosa que contar. Recibí un telegrama de Gillette donde me comentaba que se sentía acosado.

—¿Tenía algún motivo para ello?

—Con los actores, quién sabe. —Holmes se encogió de hombros. Por un momento lo vi como un niño pequeño enfrentado a la sabiduría y la comprensión de un hermano mayor inalcanzable—. Si no son famosos, se abaten. Si consiguen la

fama, se agobian. No me pareció suficiente reclamo para abandonar mis abejas *y* la tranquilidad del campo. A mi edad, he descubierto con casi dos mil años de retraso las maravillas de las que habló el inmortal Horacio. *Beatus Ille,* Mycroft: no existe sólo Londres, y la campiña del sur es sumamente relajante. Pero Gillette insistió.

—Un segundo telegrama. Más acuciante que el anterior —asintió Mycroft, con los ojos entrecerrados. No supe entonces, como no sé ahora, si deducía o estaba reconociendo implícitamente que estaba al corriente de la existencia de aquel nuevo telegrama, que quizá incluso había leído.

—Y un tercero —confirmó Holmes—. No me había parecido jamás de ese tipo de hombres que sufren manía persecutoria.

—Más bien no —musitó Mycroft—. Siempre se le ha visto muy orgulloso de su rama.

—Fama prestada, en cualquier caso —bufó Holmes, de nuevo molesto, ahora quizá por tener que compartir los honores de su personalidad con alguien que, a fin de cuentas, tan sólo lo estaba remedando hacia afuera, sin lograr equiparar su personalidad hacía adentro—. Estaba a punto de enviarle un telegrama remitiéndolo a Scotland Yard, puesto que para eso se les paga y en sus manos encomendé hace años los problemas de Londres, cuando advertí que a mi también me estaban acechando.

Mycroft y yo nos inclinamos hacia adelante ante esta revelación. Holmes no pareció darle ninguna importancia.

—;Espías alemanes? ¿La cuestión de Oriente? —inquirió Mycroft, y algo en su tono me dijo que no era un simple matemático como me había dicho su hermano. ¿Cómo iba a serlo si se le veía tan inteligente, tan veloz mentalmente como el propio Holmes? Siete u ocho años mayor que él, capaz de seguir y adelantar la cadena de pensamientos del detective, era imposible que Mycroft Holmes se dedicara solamente a enseñar números, o a reflexionar si acaso sobre nuevos modelos algebraicos. Tal vez, pensé, era algún tipo de sabio loco, como aquel señor Babbage que gastó dos fortunas intentando crear máquinas que calcularan por sí solas, aunque no le funcionaron. Por entonces, y hasta al menos treinta años más tarde, no supe que Mycroft Holmes tenía a su disposición una de aquellas máquinas; y no sólo funcionaba, sino que él la había perfeccionado.

—No lo creo —respondió Sherlock Holmes, después de meditar unos segundos las implicaciones de aquella incomprensible pregunta de su hermano—. Puede que fueran continentales, pero se mezclaron con el paisaje de una manera tan completa que deduje que tenía que tratarse de gente de la tierra.

—Y eso te impulsó a actuar —dijo Mycroft, como si lamentara la decisión de Holmes de pasar a la acción. Sí, estaba muy cómodo en aquel asiento salvado de la hecatombe.

—Si sucede una vez puede ser casualidad, Mycroft, pero si ocurre dos veces tiene

que haber detrás una ley —sentenció Holmes—. Hay demasiados Sherlock Holmes en este momento en Inglaterra: Gillette, H. A.. Saintsburv representándome en provincias, y yo mismo. Si estaban sometiendo a vigilancia a dos de ellos, bien podrían estar también naciéndolo con un tercero.

—¿Lo has comprobado? ¿Saintsbury también ha sido... espiado? —Mycroft pareció inquietarse, como si de pronto hubiera entrado en su ecuación una cifra que no había advertido antes.

—No. No me hizo falta. ¿Quién quiere espiar a un actor? ¿Por qué razón? ¿Para recibir clases de expresión corporal? ¿Para oírle recitar de corrido el «Ser o no ser» o la arenga de Agincourt?

Mycroft asintió. Pareció expresar su tranquilidad con un suspiro lento y silencioso. Apoyó todo su peso en el puño de plata de su bastón, donde un unicornio y un león se enroscaban.

—Es evidente —dijo, como picado por haber desviado su reflexión hacia otra avenida de pensamiento, aunque fuese por una fracción de segundo—. Quienquiera que estuviera sometiendo a Gillette a vigilancia lo confundió contigo.

—Lo natural, independientemente de que el personaje que interpreta en escena se parezca poco o nada a mí mismo, sí es verdad que los rasgos de Gillette y los míos coinciden en varios puntos.

Yo asentí a mi vez, porque llevaba toda la noche, como he dicho, viendo el parecido de gestos y expresiones entre los dos hombres, el original y la copia. El arte imita a la vida, y viceversa.

—¿Una venganza, señor Holmes? ¿Algún antiguo enemigo que busca ahora su desquite?

Los dos hermanos se volvieron a mirarme. Por un momento habría jurado que ambos se habían olvidado de que yo estaba allí de pie, escuchando la conversación que no entendía y captando los detalles del físico y la psique de ambos hermanos, cuánto se parecían y cuánto se diferenciaban.

—¿Te quedan antiguos enemigos con vida, Sherlock? —preguntó Mycroft, burlón —. ¿Alguien que no haya sido condenado a cadena perpetua o a la horca? ¿O que no hayas despeñado desde lo alto de una catarata?

Holmes sonrió, entre halagado y molesto. Yo conocía bien esa sensación. Ocupar de por vida el puesto de hermano mayor tiene que ser divertido, pero ser el hermano pequeño curte contra las bromas: no siempre consigue amargarte la vida.

—Sin duda se trata de un enemigo nuevo.

—Eso pensaba —dijo Mycroft—. Confundir a Gillette contigo implica forzosamente una falta de contacto directo. Tus ojos son grises. Los de Gillette, azules. Y nadie que se haya enfrentado contigo en el pasado habrá olvidado la carga de reproche que sueles poner en la mirada cuando haces esas declaraciones finales de

superioridad moral e intelectual cada vez que cierras un caso. Quien te está vigilando no te conoce.

Holmes asintió.

—Pero ha oído hablar de mí.

—¿Y quién no? Te conoce y re teme.

—¿Aunque yo esté retirado y mi mente esté oxidada para los misterios de la civilización?

—También anda falto de información, evidentemente. ¿Y tu literato? ¿Alguna noticia de él?

—¿Watson? No he tenido tiempo de visitarlo aún.

—Ni vas a hacerlo —aseveró Mycroft, deduciendo lo que iba a decidir su hermano de un modo tan natural como para mí pudiera ser sumar dos y dos, como demostrar una regla de tres. Sí, aunque se dedicara a otra cosa, también debía ser un notable matemático.

—No. No voy a hacerlo. De momento, una persona inocente ha sido perjudicada por este asunto. Watson vive feliz de las rentas de nuestra amistad, volcado en su consulta y disfrutando de la compañía de su tercera esposa. Ya ha perdido dos de ellas, no quiero que pierda una más. Se merece, como yo, un descanso.

—Ya he tomado medidas —afirmó Mycroft Holmes—. Están custodiando su casa. Y protegiendo a su mujer.

—Bien hecho. Supongo que el escocés que me anda siguiendo no tiene nada que ver contigo.

—Nada en absoluto. No sabíamos que estuvieses en el punto de mira de un laberinto de conjuras: habría sido el primero en enterarme. ¿Te ha seguido hasta aquí?

—Lo dejamos pasando frío en la puerta del Hotel Carlton. Todavía debe de estar allí.

—Ordenaré que lo detengan.

—No.

—¿No?

—No. De momento es una de las pocas pistas con las que contamos en esta historia. Que me sigan, si quieren. Ya tendremos tiempo de jugar al cazador cazado. Pues sin duda de eso se trata, Mycroft. Después de todos mis años de investigación, alguien que me teme ha decidido echarme el guante. Con qué fin, es un misterio.

—Si te sirve de consuelo, te quieren con vida.

—Eso es lo que más me desconcierta de este turbio asunto. Los espías sois más directos: si queréis eliminar a un agente extranjero, nada más fácil que sembrar pistas falsas y acabar estrangulándolo o envenenándolo.

—Vamos, vamos, Sherlock, sabes que en el Foreígn Office no trabajamos así.

Holmes alzó las cejas con un gesto de absoluta falta de fe en su hermano y en sus

métodos. Y yo comprendí por fin que Mycroft Holmes no era matemático de oficio, sino espía del Foreign Office. No sólo eso: por su expresión corporal, por la segundad de sus gestos parcos, tenia que ser un alto cargo del ministerio, tal vez uno de sus más importantes peces gordos.

—Con lo cual —continuó el detective—, quien me busca no pertenece a una potencia extranjera. Va por libre y quiere, de algún modo, mis servicios.

—O ponerte al fresco durante una temporada, como una botella de champán, mientras resuelve hacer otra cosa.

Los ojos de los dos hermanos centellearon al momento.

—Llama a Barrister, del *Times*. Y a tus contactos de Scotland Yard. Ahora que, en teoría, estoy fuera de circulación de forma expeditiva, es probable que se hayan decidido a actuar.

—¿Tienes alguna idea que no quieras compartir con tu hermano mayor, Sherlock?

—¿Debería? —sonrió Holmes con frialdad—. No, querido Mycroft. Ninguna idea. Digamos que es algo tan poco científico como una corazonada. Quien retiene prisionero a Gillette cree que me tiene prisionero a mí. Como la obra de teatro no se ha interrumpido, todavía querrá que llevar adelante su plan, pues no sabe que tiene en su poder a un Holmes de pega.

—Pero la obra tendrá que representarse mañana —intervine yo.

Holmes me miró con fastidio. Nunca he sabido callarme, aunque me hiciera famoso más tarde con el cine mudo, el cine perfecto.

—¡En modo alguno! —exclamo—. intercalaremos una nota en el *Times* diciendo que el señor Gillette está indispuesto y que las representaciones se suspenden hasta nuevo aviso. Todavía estamos a tiempo: la edición no se cierra hasta la una. No te preocupes por tu sueldo. Charlie. Yo me encargo de eso,

—No tiene usted por qué, señor Holmes. Sabe que puede contar conmigo para lo que quiera. Después de todo, fui un Irregular de Baker Street. Irregular una vez, Irregular para siempre.

Holmes sonrió. Aquel gesto de simpatía fue suficiente para hacerme olvidar cómo demontres iba a pagar el alquiler de mi pobre apartamento sí dejaba de actuar durante unos días. Ya llevaba más de dos semanas de retraso porque no podía con todo, alquiler, comida y tintorería, pero mereció la pena.

—Valiente muchacho, bravo —exclamó el detective; se volvió hacia su corpulento hermano—. Lo dicho, Mycroft: es muy probable que quien ha secuestrado a Gillette pensando que me ha secuestrado a mí esté dispuesto a actuar con la mayor inmediatez, creyendo que me ha neutralizado. Si no hoy mismo, mañana por la noche.

Mycroft movió arriba y abajo la cabeza, reflexivo.

—De ahí la prisa en saquear la basura de esta habitación.

Holmes contempló los restos de su brillante pasado. Una punza—

—Van a robar algo. En una biblioteca o en un museo. Algo que yo conozco. Algo que yo tenia v a lo que en su momento no le concedí demasiada importancia. De ahí el saqueo. Por eso tanto destrozo. Y será esta noche. Seguro que mañana lo leemos en el *Times*.

—¿Y si no es asi?

—Entonces mañana por la noche como muy tarde tendremos que ponernos en marcha, Mycroft. Recuerda: Gillette es un actor, *y* puede que se sienta halagado al ser confundido con su personaje. Eso debe de comprenderlo Charlie mejor que nadie. Pero es un ser humano, y tendrá miedo. Ahora mismo estará drogado, maniatado, amordazado en algún oscuro caserón abandonado. Pero mañana despertará, y tratará de hacer entrar en razón a sus captores.

—Y se darán cuenta de que no eres tú.

—Y cuando lo oigan hablar advertirán otra cosa aún más impor—

—Que es americano.

—Exactamente. Se nos acabará entonces la ventaja del tiempo. Gillette no querrá dejarse matar por un rey y una bandera que no son los suyos.

—¿Matar? —pregunté yo, estremeciéndome de miedo—. ¿Van a matar al señor Gillette?

Holmes y su hermano me miraron. Parecía como si estuvieran jugando una partida de ajedrez invisible con un contrincante que estaba muy lejos, perdido en la niebla de la ciudad a oscuras, acechando como un gato que cuenta los segundos antes de que los ratones salgan confiados de su agujero.

—Cuando vean que no es quien creen que es. Cuando descubran que puede identificarlos.

—Entonces les llegará el momento, como te decía, Chatlie, de cobrar la recompensa de sus actos. Tenemos veinticuatro horas, quizá treinta y seis. Luego, Gillette estará en manos de Dios. Hallaremos una pista en los periódicos de mañana, estoy seguro. Y en cuanto pongamos fin al desorden de este cuarto.

9

Ayudé al señor Sherlock Holmes a arreglar en lo posible los destrozos de su antiguo estudio. Su hermano, en cuanto nos pusimos manos a la obra, se excusó diciendo que tenía que marcharse y nos dejó allí, recogiendo cristales con mucho cuidado y ordenando los libros y cuadernos de notas que habían configurado el pasado del detective y, de pronto, habían vuelto a requerir su atención en el presente. Fue una labor agotadora, pero si Holmes encontró algún indicio interesante entre los papeles que iba clasificando de una manera cuando menos contradictoria, no comentó conmigo que lo hubiera hecho: la sorpresa de sus portentosas revelaciones, comprendí, se basaba en guardarse las pistas hasta que llegara el momento oportuno de hacerlas públicas, un recurso tan teatral como otro cualquiera. Como el 221 B de Baker Street no le garantizaba ninguna seguridad ahora que había sido allanado aprovechando que allí ya no vivía nadie, y sabiendo que disponía de al menos unas horas antes de tomar la iniciativa y ponerse en marcha, el señor Hoímes y yo acabamos pasando la noche en mi humilde apartamento. Comparado con el lugar arrasado de donde veníamos tampoco me pareció en ese momento tan poca cosa (no había libros por el suelo, ni cristales rotos, ni alfombras rasgadas ni paredes cosidas a balazos), o al menos Holmes se abstuvo de hacer ningún comentario sobre su paupérrimo aspecto: un dormitorio sin adornos más allá de dos sillas y un armario que se caía a trozos; una habitación principal donde la chimenea podría haber hecho las veces de nevera, tanto tiempo hacia que no se encendía; un lavabo minúsculo y dos ventanucos sin cortinas ni visillos. Yo dormí en mi cama de siempre y el detective dijo que se contentaba con el sofá, pero lo cierto es que no pegó ojo en toda la noche. Constantemente lo oí caminar de un lado a otro, haciendo crujir las tablas del suelo, y asomarse a las ventanas y fumar cigarrillos que llenaron el cuarto de un pegajoso olor a humo. Menos mal que no fumaba en pipa, porque entonces mi estómago, condicionado por su olor, habría rugido de desesperación: con el nerviosismo de la situación, Holmes no había reparado en el detalle insignificante de que nos habíamos saltado la cena, y yo estaba que me caía de hambre.

Cuando amaneció y desperté, Holmes estaba en la misma pose en que lo había visto de madrugada, al darle las buenas noches; expresión manida que me pareció hueca y fuera de lugar porque, tras los acontecimientos del día, la noche podía ser cualquier cosa menos buena. Sentado en el sofá, Holmes parecía una estatua aguileña, inmóvil como si no necesitara respirar, de perfil, concentrado en soluciones a misterios que yo no podía imaginar siquiera.

Tal vez durante sus cavilaciones, al recomponer nuestros pasos de la noche anterior, Holmes cayó en la cuenta de que nos habíamos saltado la cena, *o* es posible que él mismo descubriera que tenía hambre. El caso es que tuvo el detalle de

invitarme a desayunar a uno de sus restaurantes favoritos, el Símpson's del Strand, y mientras tomábamos té, panecillos calientes y zumo de pomelo, él compró el *Times y* lo leyó ávidamente, mientras yo saciaba mi apetito y me quedaba con ganas de probar la mermelada de naranja amarga que, según oí comentar a unos comensales de la mesa de al lado, era una de las delicias del local. Holmes, abstraído en la lectura, apenas si tomó su té y mordisqueó un poco de pan, pero tampoco me dijo si había encontrado en las enormes páginas del periódico de periódicos la pista que buscaba.

—¿Estamos esperando a su hermano, señor? —pregunté mientras me limpiaba la boca con una servilleta, y dudaba si guardarme o no los dos panecillos que habían sobrado, por sí acaso Holmes volvía a olvidarse a la hora del almuerzo de que los jóvenes aspirantes a actor teníamos la mala costumbre de comer tres veces al día. Por lo menos.

—*¿A* Mycroft? —comentó Holmes como ausente—. No, sin duda que no. Ya ha hecho suficiente ejercicio por unos meses. MÍ hermano es animal de costumbres, Charlie. De costumbres muy frugales, desde un punto de vista puramente cinético. Su vida se reduce a circular del Pall Malí al Club Diógenes y de ahí a Whitehall. Que anoche visitara Baker Street fue un acontecimiento inaudito en su biografía.

—¿El Club Diógenes? —pregunté, curioso.

—Un club de caballeros donde, entre otras cosas, está prohibido hablar. Con tu habilidad para la pantomima, Charlie, estoy seguro de que allí podrías sacar inspiración para más de un gag teatral. Quizá cuando termine este feo asunto te lleve a visitarlos. Hay algún espécimen muy curioso.

—¿Se llaman Diógenes por algo especial? ¿Es que son vagabundos?

—No —rió el detective—. Ni viven dentro de barriles, aunque han decidido hacer del mínimo esfuerzo su ley de vida.

—Los vagabundos me parecen fascinantes, señor —confesé—. Viven fuera de la sociedad, sin plegarse a sus leyes pero sin quebrantarlas demasiado. Anónimos y a su aire, como si no necesitaran someterse a nadie. Y parecen felices.

—Sin duda. —Los ojos de Holmes adquirieron de pronto un matiz ensoñado, casi afectuoso—. ¿Sabías que pasé los primeros años de mi vida viajando en un carromato con toda mi familia, como si fuéramos gitanos?

—Mi madre es judía —dije yo, una revelación con la que esperaba trazar un nuevo lazo de conexión con el detective, aunque no hiciera ya taita. Los dos teníamos sangre de artista, y también de trotamundos. Aunque Holmes hubiera vivido buena parte de su edad madura en Londres, no era de ninguna parte. Yo tampoco. Por mucho tiempo que haya recalado en un sitio, siempre he llevado mi casa a cuestas.

—Desterrados del mundo, unios —murmuró Holmes, después de reflexionar un instante—. Es lo que se dice en Rusia estos días. No quisiera estar en el pellejo del zar. No le auguro más de diez o doce años en el Kremlin.

—¿Tiene algo que ver con nuestro caso?

—Lo dudo, mi buen Charlie. Pero el mundo se hace cada vez más pequeño. . Sopla ahora aquí y tal vez dentro de un mes tu aliento se haya convertido en un tifón en el Caribe. Corren vientos de cambio que pueden convertirse en huracanes en cualquier momento.

—Hay una cosa que no entiendo, señor Holmes —dije yo, tomando el toro por los cuernos, pues la curiosidad me podía y no iba a estar todo el rato viendo pensar a aquel hombre inimitable sin enterarme de lo que ocurría—. Si su hermano es matemático... ¿qué pinta en el gobierno? ¿No hay que ser antes abogado para ser luego ministro?

—Mycroft es un caso especial de ser humano —contestó Holmes, y no pudo evitar que en su mirada luciera ahora un brillo de admiración—. No, no pongas esa cara. Está a un nivel que ni siquiera yo podría alcanzar. Si Mycroft hubiera existido cuando Babbage ideó su portentosa máquina de cálculo, no habría tenido que construirla. Habría bastado con recurrir a él directamente para que resolviera cualquier tipo de ecuación matemática.

—Había usted de su hermano como si fuera una máquina.

—Vivimos tiempos modernos, Charlie. Este nuevo siglo en que vivimos provocará una irresistible aceleración a todo cuanto nos rodea. Y Mycroft tiene un don notabilísimo para atar cabos. Los ministerios le suministran información y él la sopesa y analiza y ofrece siempre resultados exactos. Todo eso, sin apenas moverse del sillón.

—Admirable.

—Y aburrido, me temo. —Holmes apagó su cigarrillo—. Mycroft nunca ha parecido necesitar el viento en la cara, resolver con su intervención directa ninguno de los misterios a los que se enfrenta cada día. Y cuando ha sido imperioso, para eso está el hermano menor. Mi hermano es una locomotora y yo, mi buen Charlíe, su fogonero.

—Pero si su hermano no va a venir, ¿a quién estamos esperando?

—A dos personas. Una de ellas, un inspector de Scotland Yard. Joven e impresionable, posiblemente. Deseoso de trabajar conmigo y, al mismo tiempo, consciente de que tiene que evitarme. Suele pasar.

—¿Un inspector novato? —dije yo, observando los panecillos pero sin decidirme a guardarlos todavía. Fantaseé un momento pensando que tenían forma de zapatos—. ¿Y por qué no uno veterano?

—Porque los agentes de la ley se sienten incómodos en mi presencia —contestó Holmes, como si fuera algo obvio—. Y eso que siempre les he dejado atribuirse la resolución de centenares de casos. —Se encogió de hombros—. Pero es el sino de ios detectives consultores, me temo. La policía oficial siempre nos considerará unos

advenedizos entrometidos.

Qué curioso: aunque era a él a quien estaban acechando, aunque su vida podía estar claramente en peligro, Holmes parecía tranquilo. Era yo quien estaba nervioso. Sus sorprendentes dotes de deducción (que para mí más parecían arte de magia) se cumplieron a¡ detalle cuando, apenas cinco minutos más tarde, entró un joven caballero. Los ojos de Holmes se iluminaron al verlo. Me volví hacia él y, mientras me guardaba con disimulo los dos panecillos en el bolsillo de la chaqueta, v¡ que tenía todo el aspecto de ser un polizonte. No me había pasado media vida huyendo de ellos en las inmediaciones de Kennington Cross para no localizar a uno a millas a la redonda. Me pareció vagamente familiar, pero en ese momento no fui capaz de situar dónde podía haberlo visto antes.

El joven inspector, acicalado y oliendo a almidón y colonia se presentó ante nosotros.

—Harold Wilberforce, señor Holmes. A su servicio.

Holmes enarcó una ceja y le ofreció asiento.

—Permítame que lo dude, señor Wilberforce —dijo algo cortante, como era su actitud habitual, y a renglón seguido añadió—: ¿Es usted pariente quizá del célebre escritor?

El joven inspector de policía agachó la cabeza. Parecía molesto.

—Es... es mi padre, señor Holmes.

—Interesante autor, sin duda alguna —dijo Holmes, un cumplido como otro cualquiera; yo capté inmediatamente de quién estaba hablando, el rostro familiar del inspector de policía de pronto reclamó en mi memoria la herencia de su parecido—. No a la altura de Osear Wilde o Thomas de Quincey, pero con una poética muy especial, unas ideas oníricas muy atrayentes para quienes sufrimos el hartazgo de lo banal de la existencia. —Bajó la cabeza, como sacudiéndose de una visión que lo incomodara un poco—. Oí que había muerto.

—Hace dos años, sí —contestó el policía, también incómodo—. Las letras y el alcohol no hacen buenas migas.

—Permítame que lo dude nuevamente. El señor Charles Baudelaire en Francia y el señor Edgar Poe de América hace tiempo que hicieron de la mezcla de ambas cosas su característica más acusada. Supongo que todo será cuestión de situar las preferencias: el ahora efímero o la gloria duradera. La disyuntiva de Aquiles, en cierto sentido.

Harold Wilberforce se encogió de hombros. Aprovechó el momento para cambiar de tenia. Con descaro, estudié su rostro: un muchacho de poco más de veinte años, enormemente parecido a aquel hombre a quien habíamos rescatado en Limehouse de las garras del mandarín. El poeta perdido en el fumadero de opio. Holmes no le había aclarado al inspector que conocía a su padre más de lo que había dejado entrever con

sus comentarios literarios, ni yo estaba en situación de decir nada, pues pintaba poco en aquella historia. Sí sentí una leve comezón de tristeza, porque si Alexander Wilberforce, el padre de aquel joven inspector, había muerro por su afición al alcohol, como acababa de referir su hijo, aquello quería decir que no había aprendido la lección que aquella noche en los *docks* casi estuvo a punto de costamos la vida a todos. Yo había oído decir que Osear Wilde, el Señor Luciérnaga de entonces, también había muerto, de meningitis cerebral, en un hotel barato de París hacía cinco

—Veo que ya tiene usted el *Times* de esta mañana —dijo Wilberforce, señalandó el periódico sobre la mesa, junto a los panecillos que Holmes no había comido—. La noticia de la suspensión de la obra de teatro aparece...

—En la página correspondiente, ya lo he visto —cortó Holmes. Chasqueó los dedos y un camarero acudió rápidamente a encenderle un nuevo cigarrillo, pues había consumido las cerillas en su vela en mi apartamento.

—Pero no se ha producido ningún robo o intento de robo en ningún museo ni ninguna biblioteca —dijo Wilberforce, con cierto tonillo acusador.

—Al contrario, mi joven amigo —contestó Holmes—. Nuestros misteriosos enemigos han intentado actuar esta misma noche. No les ha salido bien, por lo que he leído, pero han dado por fin el paso que esperábamos.

—No tengo noticias...

—Claro que tiene usted noticias, Wilberforce. Claro que las tiene. O no las ha relacionado con el caso o, con ese pensamiento abstruso tan común en su profesión, prefiere no compartir con un simple *advenedizo* el resultado de sus pesquisas.

—Le aseguro que yo no...

—Es cierto que nadie intentó asaltar ningún museo, ni ninguna biblioteca —continuó Holmes—. Cosa que, por otra parte, ya esperaba desde que pudimos poner en orden mis pertenencias. Pero, como muy bien refleja la página cinco del *Times* de esta mañana, alguien intentó irrumpir anoche en el Royal London Hospital de Whitechapel.

—Ah, eso —dijo el policía. La verdad es que no sé si intentaba darle largas al gran detective o si, en efecto, no veía relación entre aquello que Holmes mencionaba y la desaparición del señor Gillette. Yo tampoco me estaba enterando de nada, pero era una situación a la que había acabado por acostumbrarme.

Con un gesto teatral, Holmes abrió el *Times* por la página señalada, lo dobló como si Riera una servilleta antes de la cena y lo colocó sobre la mesa, para que el inspector Wilberforce y yo mismo pudiéramos leer un pequeño recuadro a mano derecha.

—Alguien intentó entrar anoche en las dependencias inferiores del London Hospital, sí —reconoció Wilberforce, casi a regañadientes—. Suele ocurrir. Son muchos los patibularios que intentan hacerse con opio, éter o medicamentos de

manera ilegal. —Advertí que había un dolor familiar en aquellas palabras de desprecio, pero sí Holmes fue consciente de ello (y sé que ¡o fue) tuvo la elegancia de no ahondar en el tema.

—Pero en las dependencias inferiores del London Hospital hay algo más que medicamentos, amigo Wilberforce —recordó el detective.

—¿El depósito de cadáveres? —dije yo, controlando un escalofrío de superstición. Una vez tuve que ir allí a. identificar a un borracho a quien habían confundido con mi padre.

Los dos investigadores cruzaron una mirada eléctrica. Hubo un brevísimo momento de conexión entre ambos, como si la telepatía existiera o las mentes policiales funcionaran todas siguiendo un mismo resorte.

—Joseph Merrick —susurró Wilberforce por fin.

—El esqueleto y los restos del Hombre Elefante, en efecto, mi joven amigo —corroboro Holmes, imagino que para que yo me enterara de algo y cerrara la boca, no fuera a babear de puro desconcierto.

—¿Cree que iban a por eso? —Wilberforce hizo una mueca de repugnancia que yo repetí—, ¿Con qué objeto...?

—Misterios dentro de misterios, mi joven amigo. Sin duda que algún millonario enloquecido, algún jeque aburrido o algún cultivador de lo morboso encontraría placer y consuelo en comparar su suerte con la del pobre Merrick, En estos momentos, solo podríamos hacer conjeturas.

¿ Y cree que eso tiene que ver con la desaparición del señor Gillette? —preguntó el inspector Wilberforce—. ¿Con el hecho de que alguien lo esté siguiendo a usted?

—Estoy seguro.

Wilberforce miró a Holmes desconcertado. El detective le dirigió una sonrisita hueca en la que dejó entrever que no compartía, en modo alguno, la cadena de deducciones que le habían llevado a afirmar aquello.

Mientras ellos hablaban, le eché un vistazo a la noticia del *Times* aunque tuve que leerla boca abajo. Era escueta y apenas le daba importancia al hecho en cuestión. Alguien había intentado irrumpir en las dependencias inferiores del Royal London Hospital la noche pasada, pero fue sorprendido cuando tuvo la mala fortuna de que se diera la voz de alarma desde fuera, impidiéndole la acción. No se había detenido a ningún sospechoso y la dirección del hospital ya había hecho doblar la vigilancia y colocar los cristales rotos en sus correspondientes ventanas. Cómo y por qué relacionaba Holmes esa noticia con el Hombre Elefante y con el secuestro equivocado de William Gillette era para mí un misterio igual de grande. Tendría que seguir esperando.

Holmes se sacó el reloj del bolsillo del chaleco y miró ostentosamente la hora, aunque estoy seguro de que era de esos hombres capaces de saber siempre en que

minuto viven como si tuvieran un cronómetro dentro del cerebro. Pero el gesto le servía a la perfección para anunciar que iba a dar por terminada la entrevista de un momento a otro.

—No me cabe duda de que a estas horas mi hermano Mycroft ya se habrá entrevistado con sir Frederick Treves para solicitarle que cambie el emplazamiento de los restos de! Hombre Elefante.

Yo sabía, porque lo había leído en una gacetilla de la época, que el doctor Treves, a quien la corona había concedido el título de «sin> y lo había nombrado médico de la corte a la muerte de sir William Gull, fue el joven doctor que encontró en una feria ambulante al pobre desgraciado de cuerpo deforme y alma de niño. Me di cuenta de que, en efecto, Mycroft Holmes era un hombre portentoso a la hora de atar cabos, pues si lo que Sherlock decía era cierto (y no tenía ningún motivo para pensar que no lo Riera), había llegado a la misma deducción que su hermano el detective a partir de una noticia en el *Times* que era más como un recuadro de relleno, algo con lo que ocupar la página a falta de anuncios, pues no parecía un acontecimiento importante. Y también que tenía el poder y los contactos suficientes para que todo un caballero del Imperio británico obedeciera su mandato.

—¿Sugiere usted algún lugar en concreto para custodiarlo, señor Holmes? ¿Scotland Yard, por ejemplo? —preguntó Wilberforce.

—Oh, no. Nada tan forzado y melodramático, por favor —rehusó Holmes—. El Museo Británico será un excelente depósito, si entiende lo que quiero decir. Además, mi pariente, el profesor Challenger, agradecerá poder examinar por su cuenta y sin interferencias de los miembros del hospital, ni de sus superiores del Museo de Historia Natural, tan reacios a sus ideas, la estructura ósea del pobre Merrick. Conociéndolo, no me extrañaría que enlazara su dolencia con algún atavismo heredado desde los tiempos de los dinosaurios —añadió, algo sarcástico. Ni Wilberforce ni yo comprendimos a qué se refería.

—De todas formas, destacaré patrullas dentro y fuera del museo —decidió Wilberforce, con un tono de voz que dejaba claro que no estaba consultándole al detective su curso de acción.

—Las momias se lo agradecerán, desde luego —asintió Holmes, dando su beneplácito—. Manténgame informado, se lo ruego, si vuelve a producirse algún amago de robo de los restos mortales del desdichado Joseph Merrick. Y ahora, si me disculpa, el segundo caballero que esperaba esta mañana acaba de hacer acto de presencia.

Wilberforce y yo nos volvimos hacia la puerta donde, cohibido, esperaba un hombre. Lo reconocí al punto, y eso que no había visto bien su cara. Era el cochero que nos había llevado del Hotel Carlton a Baker Street la noche anterior.

Holmes se levantó a recibirlo. Mantuvo con él una breve conversación, aparte,

junto a la puerta, y luego vi cómo le ofrecía unas monedas. El hombre las aceptó y se llevó solícito la mano al sombrero, pues ni siquiera se había destocado al entrar en el restaurante, uno de los gestos de servidumbre que se aprenden muy pronto para interpretar ese tipo de personajes en el teatro. El hombretón era tan zafio que ni siquiera tenía aprendido su papel de lacayo.

—¡En marcha, Charlie! —me dijo Holmes, pletórico, en cuanto el inspector Wilberforce se marchó a seguir cumpliendo con sus deberes de sabueso y él pagó la cuenta de nuestro desayuno—. ¡Tenemos que encontrar a un hombre llamado Eugene Desmond!

—¿Uno de los secuestradores de Gillette, señor?

—Eso aún está por ver, mi joven amigo, eso aún está por ver. ¡El cochero que recogió a nuestro actor desaparecido pata conducirlo al teatro, en todo caso!

10

Sherlock Holmes poseía una energía animalesca, más propia de un autómata o un ser de otro mundo que de un hombre. Se puso en marcha y tuve que seguirlo casi corriendo, con el resuello cortado, agarrándome el sombrero y temiendo que fuera a dejarme atrás en cualquier esquina. Caminaba con gracia, manejando el bastón (lo observé bien) con elegancia suprema, como si fuera un apéndice de su cuerpo. Así son los caballeros del Imperio, pensé, no es extraño que supiera que aquel que lo estaba siguiendo era escocés porque no sabía manejar el bastón como uno de ellos, Tome nota de cómo se utilizaba ese instrumento por si me hacía falta para interpretar a un caballero de su clase en el futuro.

Entonces, cuando una ráfaga de viento estuvo a punto de hacerme volar el sombrero ocupado como estaba en ajustarme la chaqueta al cuerpo, me volví y justo a tiempo vi que un hombre fornido y de pelo hirsuto se agazapaba en una esquina para evitar ser identificado. Lo reconocí al instante.

—¡El escocés de anoche nos está siguiendo, señor Holmes! —susurré, poniéndome al paso del detective, que continuaba su paseo como si lo único que le preocupara en aquel momento en el mundo fuera no llegar tarde a una cita con su sastre.

—Desde hace exactamente siete minutos, Charlie —me contestó Holmes sin perder el aplomo, mirando al frente—. No te vuelvas. Dejemos que nuestro amigo se confíe.

Me costó trabajo obedecer al detective, pero conseguí no darme la vuelta para mirar si de nuevo nos seguía, lo que parecía más que probable. Dejamos atrás la zona más o menos elegante donde habíamos desayunado a placer (por lo menos yo) y nos internamos en esa otra cara de Londres que nadie muestra a los extraños. El Londres feo y húmedo de colores apagados y rostros de hambre, donde la enfermedad y el vicio son comunes, donde los chiquillos corren medio desnudos y las mujeres disimulan con maquillaje chillón las pústulas de sus rostros. El Londres del que yo quería huir desde que era pequeño pero que llevaba cosido como un dobladillo en el fondo de mi historia.

Era temprano y ya había actividad en las calles, el ritmo frenético de los carros de mercancías y los vendedores de periódicos, de los truhanes jugando a los dados en los rincones y las vendedoras de pescado anunciando sus productos, de las calzadas llenas de lodo y las palanganas vaciadas desde lo alto de los primeros pisos, y el silbato lejano de un *bobbie* intentando detener un hurto, una violación o una riña. Un olor a cebolla y col impregnaba el aire, mezclándose con el caliente tufo de las bostas de los caballos y el jabón hecho de peróxido que surgía de un lavadero cercano. En algún aserradero invisible alguien golpeaba maderas o alisaba troncos, no muy lejos

algún otro aporreaba una pianola de la que no conseguía sacar armonía ninguna, y en una esquina alguien anunciaba una hojilla parroquial pero no conseguía hacerse oír por encima del organillo que tocaba un ciego, mientras un tití venido de la India o de Madagascar o de un lugar así de lejano correteaba entre los curiosos agitando una lata con la que exigía unos peniques que no llegaba a conseguir. Un niño atrevido le tiró del rabo y el mono, en venganza, lo mordió, provocando un tumulto que acabó cuando el ciego tuvo que traicionar su disfraz, revelar que veía perfectamente y que era capaz de esquivar como nadie a los pocos incautos a los que había timado. Una niña vendía cerillas, una mujer mayor intentaba hacer lo mismo con unas flores mustias que debía de haber arrancado de algún jardín; un tipo con chaqueta a cuadros y sombrero hongo que le venía pequeño se acercó a la vendedora de flores, pero no le compró ninguna, aunque se la llevó del brazo hacia una fonda cercana; pese a mi juventud y mi inocencia, comprendí perfectamente lo que los dos estaban acordando. Bandas de petimetres se pavoneaban entre las lavanderas y las chicas que hacían recados, y éstas, meneando mucho las caderas, llamaban la atención de los gallitos más de la cuenta. Alguien sacudía una estera y el ritmo de sus golpes levantaba una nubecilla de polvo que salía como una señal india por una ventana abierta en una planta baja, por lo que me pregunté cuánto tiempo haría que no limpiaban en aquel antro o donde habrían robado la estera aquella misma noche; quizá de casa del propio Holmes. Un perro orinaba contra una pared, salpicando a un viejo borracho que, incapaz de tenerse en píe, se aferraba a la botella vacía como si eso fuera lo único capaz de levantarlo. Un gato corría veloz entre las piernas de la siente, arrastrando una lata al rojo vivo que algún gracioso le había amarrado a la cola, y en el cruce de dos calles dos pandillas de chiquillos libraban una guerra de pedradas mientras algunos hombres mayores trataban de detenerlos sin mucho empeño y otros chicos de mala catadura los azuzaban a seguir intentando eliminarse unos a otros. Los carruajes al galope levantaban olas marrones al pisar los charcos, el piafar de los caballos llenaba el aire de vaho animal, revelando el cansancio de los pobres equinos, y no había conversación escuchada a medias que no incluyera un modismo pintoresco o una palabra malsonante cada cuatro.

Nada de todo aquello parecía sorprender a Holmes, que caminaba muy tranquilo, casi llamando la atención con su ropa elegante y su sombrero de exposición. Supongo que en muchas más ocasiones de las que yo sabía habría frecuentado los barrios de mala nota disfrazado para no desentonar, pero ahora, no se por que, no lo había hecho. Tal vez no tenía tiempo. O quería, precisamente, que sus acechadores repararan en él. El detective se había convertido, voluntariamente, en cebo. Me inquietó la idea, pero no me quedó más remedio que seguirlo y esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Un chaval de unos nueve o diez anos, cubierto de mugre y con zapatos disparejos,

se hizo el encontradizo con un hombre maduro que renqueaba a pocos metros de nosotros. Me di cuenta, por la forma en que el chico se quitaba de en medio después de rozarse con el viejo caballero, que le había birlado la cartera. Holmes, naturalmente, también lo captó: no se le escapaba una.

El chico pasó presuroso por nuestro lado, esperando llegar a la esquina para vaciar el contenido de la cartera y tirarla, cuando Holmes io detuvo colocándole el bastón debajo de la barbilla con un gesto tan rápido y elegante, a la vez que tan tranquilo, que si se hubiera tratado de una espada la cabeza del chaval habría quedado cortada tan limpiamente como un buen rosbif. Consciente de que lo habían pillado en falta y de que de haber querido hacerle daño el caballero ya le habría descargado en la cabeza el peso del bastón, el chaval contuvo la respiración y nos miró de reojo. Era feo, vive Dios, con unas orejas y una nariz enormes. Casi parecía la caricatura de un ratón.

—Algún día, mi joven amigo —le espetó Holmes—, tal vez descubras que robar carteras a los viejos jubilados del ejército de su majestad no sale a cuenta. ¿Qué puede llevar encima ese pobre caballero? No más de media corona, te lo aseguro.

El chico de la cara de ratón no se inmutó. Era sin duda veterano de las calles, y sabía perfectamente que si Holmes no le había cuarteado ya las espaldas con su bastón, no iba a hacerlo. Yo no estaba tan seguro.

—No te preocupes, no voy a denunciarte —lo tranquilizó el detective—. Sé que de algo hay que vivir, y si el caballero a quien tan amablemente has liberado de su carga exagera una lesión para añadir unos chelines a su paga, no seré yo quien venga a darte ahora lecciones de moralidad.

El chaval se sorbió los mocos que le caían de la nariz y puso gesto de fastidio: ya tenía bastantes sermones con los que oía los domingos cuando entraba en las iglesias a robar los cepillos.

—Ahora bien —continuó Holmes, sin dejarlo hablar—, antes de dejarte ir quisiera un pequeño favor por tu parte. Yo sabría corresponderle, por supuesto.

—¿A quién busca? —croó el chaval con impaciencia y algo de fastidio.

—¿Ves, Charlie? —dijo Holmes, volviéndose hacia mí—. Aquí tenemos a un muchacho inteligente. Lástima que haya decidido dedicarse a robar y no a la profesión de detective, en la que sin duda tendría futuro. Demuestra una notable capacidad de deducción, aunque todavía le falte ser algo más selectivo para con sus víctimas. —Se volvió de nuevo hacia el muchacho—. Busco a un hombre, un cochero que vive por esta zona llamado Eugene Desmond. ¿Lo conoces?

El chaval pareció sopesar posibilidades. ¿Engañaba a Holmes o le decía la verdad? Por la cara que puso durante apenas un segundo, el detective y yo nos dimos cuenta de que el nombre le había hecho sonar campanas. Ahora todo dependía de una cuestión de lealtades, o de poner en la balanza algo que le hiciera decidirse pronto.

Holmes hizo brillar en su mano una moneda de media guinea. Detective *y* pilluelo se entendieron a partir de entonces a la perfección: toda transacción comercial es, en el fondo, un pacto entre caballeros.

—Es mi tío —claudicó el chico por fin, sin apartar los ojillos de la moneda.

—Vaya, debe de ser cierto que el mundo es un pañuelo. —Holmes le lanzó la media guinea a la par que retiraba el bastón de su cuello—, ¿Puedes llevarnos hasta a él? Hay otra media guinea esperándote si lo haces.

El chaval se encogió de hombros, se subió los pantalones y nos hizo un gesto para que lo siguiéramos. Me vi reflejado en él tal como yo podría haber sido sí no hubiera cambiado la vida en las calles por las tablas del teatro. No todo el mundo tenía mi suerte, pero me estremecí al imaginar que hubiera de ganarme el sustento robando a viejos indefensos y evitando ser detenido por la policía.

El tugurio al que nos condujo olía a humo y a café cargado, a las inevitables coles y ajo y bostas de caballo y, pese a lo temprano que era, a cerveza y licor rancios. Tres o cuatro parroquianos dormían la mona sobre mesas gastadas, otros charlaban entre susurros al fondo del bar, y había quien tosía de manera incontrolable en un rincón, aunque a nadie parecía importarle demasiado si resbalaba hacia el sucio después de dejar una mancha de sangre junto a la botella vacía que era su única compañía.

En un extremo de la barra, un hombre sorprendentemente parecido al chaval con cara de ratón bebía una cerveza tibia, mezclada sin duda con ginebra o whisky barato. Si el chico parecía un ratón, se me antojó que su tío era un murciélago. Me acordé de él, muchos años más tarde, cuando asistí a un pase privado de *Nosferatu*.

—¿Qué es lo que quieres, Cedí? ¿Por qué no estás trabajando? —le espetó al chico con desprecio en cuanto lo vio acercarse. El trabajo al que se refería, naturalmente, no era otro que el de birlar carteras a todo incauto que se cruzara en su camino. Holmes y yo comprendimos que una parte del botín conseguido de aquella manera iba a parar a los bolsillos y las copas de aquel turbio individuo.

—Estos dos caballeros preguntan por usted, tío —dijo Cecil, y al instante se alejó un par de pasos por si le caía encima un manotazo demasiado cotidiano. Holmes le agradeció su entrega lanzando al aire la segunda moneda prometida. El chico la cogió al vuelo y se perdió de vista, no fuera a ser que al final acabara recibiendo un palo que por costumbre consideraba merecido, bien por parte de su tío o del caballero. Yo sabía, también, que con la fortuna que acababa de conseguir de Holmes ya tenía resuelta la semana, *y* le convenía estar lejos de su pariente si no quería que las dos monedas cambiaran pronto de manos: era mejor gastarlas cuanto antes.

—¿El señor Eugene Desmond? —preguntó Holmes, llevándose una mano al ala del sombrero.

El cochero se lo quedó mirando. Entornó los ojos para intentar ver mejor al detective, pero no creo que, entre las cataratas que se desbordaban en su ojo izquierdo

y todo el licor que había bebido, y que apestaba a un metro de distancia, pudiera hacerlo.

—¿No lo conozco de algo? —preguntó el hombre, intentando enfocar en él una mirada que era mitad nube de alcohol mitad legañas.

—Es muy posible. Tengo un rostro algo vulgar. Sobre todo en los últimos tiempos —respondió Holmes, forzando una sonrisa que tenía poco de amable—. Vayamos directos al grano, ¿quiere? Nos urge cierta premura. Ayer por la tarde recogió usted a un caballero en el Hotel Carlton. Un caballero alto, bien parecido.

Desmond volvió a mirar a Holmes de arriba abajo. Se rascó el cogote y su nuez de Adán resbaló por un gaznate rojizo y mal afeitado.

Chasqueó la lengua y pude ver que tenía una mella tan grande que de haber estado en un escenario, habría parecido un truco de maquillaje malo.

—¿No era usted? —El acento cockney del cochero era tan acusado que incluso a mí me costaba trabajo entenderlo.

—Más bien no —contestó Holmes, conservando la paciencia y la sangre fría—. ¿Puedo preguntarle adonde lo llevó?

El cochero vaciló, los codos apoyados en la barra. Decidió echarle valor a la situación, puesto que Holmes no había adoptado ningún tono amenazante y él se hallaba en su terreno. Sabía que, en cualquier momento, podía pedir ayuda a sus compinches del bar, aquellos que parecían dedicados a otras cosas pero que sin duda no nos quitaban ojo de encima.

—¿Es usted policía? —preguntó, escupiendo la última palabra.

—Líbreme Dios. Digamos que soy... un pariente lejano del hombre al que llevó usted en su carruaje.

—Vaya, otro que quiere hacerle un regalo de cumpleaños —dijo el cochero, forzando una mueca desagradable.

Holmes sumó inmediatamente dos y dos. Su mirada relampagueó, una señal de aviso que Eugenc Desmond no fue capaz de interpretar a tiempo.

—¿Alguien más le preguntó por él? ¿Ayer mismo?

—Dos tipos elegantes como usted —reconoció Desmond—. Americanos, creo. Dijeron que eran amigos o parientes del señor Hound.

—Holmes.

—Eso es, Holmes. Como el detective.

Desmond esperó. Holmes indicó al camarero que le sirviera otra bebida y depositó media libra de plata sobre el mostrador. Los ojos acuosos del cochero se despejaron de inmediato.

—Y a esos americanos, según dice... ¿los vio usted hablar con el señor Holmes?

—¡Que sí hablaron! —rió el cochero—. ¡Menuda sorpresa que se llevó ese amigo suyo!

—Me temo que no le entiendo, señor mío. Le agradecería que fuese algo más... específico en los detalles. Es importante.

—Me dijeron que era su cumpleaños. —Desmond se encogió de hombros, reconociendo implícitamente que le importaba un ardite la excusa que fe habían puesto y que él ahora transmitía, a salvo de cualquier responsabilidad—. Del amigo de usted, quiero decir. De ese tal Holmes. Y que cuando subiera al coche para ír a no sé qué teatro, que le diera una vueltecita por el parque.

—¿Regent's o Hyde Parle?

—Regents Park, por Marylebone. Ellos se subieron dos esquinas más abajo del hotel, con una botella de champán para celebrarlo, y una muchacha de buen ver, por cierto, una ricura. Los oí conversar y lanzar gritos de júbilo. Yo no me meto en esas cosas, usted ya sabe, ni soy nadie para juzgar lo que hagan los caballeros, pero cuando se bajaron del carruaje tenían una cogorza de impresión. A su amigo de usted, el señor Holmes, lo tuvieron que sacar del coche entre los otros dos caballeros. Un brazo por encima de cada hombro, ya me entiende. La señorita, naturalmente, se encargó de llevarle el sombrero y la botella de champán.

—¿Y dónde los dejó usted, exactamente? —insistió Holmes, sin inmutarse.

—En Portman Square. Por lo visto, el señor Holmes decidió al final no ir al teatro.

—Oh, el señor Holmes fue al teatro, se lo aseguro —sonrió el detective, una mueca helada que daba algo de miedo—. ¿Cómo eran esos dos caballeros? —preguntó Holmes, ignorando el detalle de que también los acompañaba una mujer , sabiendo quizás que la mujer podría haber sido cualquiera—. Americanos, dice usted. ¿Tenían alguna característica concreta que le haga pensar en eso?

Desmond se encogió otra vez de hombros y engulló la cerveza antes de que se le enfriase. La espuma oscura le manchó el labio superior, pero no se molestó en limpiarse con la manga. Sofocó un eructo.

—Hablaban raro. —Hizo una mueca—. Poco más. Se les veía con aspecto saludable, bien alimentados, fuertes. Quizá hubieran servido en el ejército, ya sabe usted. Por lo bronceado de la tez. Ese color no se pilla en Londres, ja. Uno de ellos con bigote, el otro con patillas bien cuidadas. Dos caballeros, ya le digo. Como cualquier otro par de caballeros. Todos ustedes me parecen iguales. Y la muchacha, bueno..., ya puede imaginarse.

Holmes asintió. Bien, pensé yo, ya estamos sobre una pista. Dos americanos que viven cerca de Portman Square. No debe de ser muy difícil localizarlos. Por lo menos para el señor Holmes y sus capacidades asombrosas.

—Espere... —dijo el cochero, entrecerrando los ojos como si hiciera un esfuerzo por recordar. Holmes hizo una seña casi imperceptible al camarero y una nueva pinta de cerveza apareció junto al codo de Eugene Desmond—. Uno de ellos llevaba un

alfiler de corbata un tanto peculiar.

Holmes entornó los ojos, saboreando aquella pieza de información irrelevante que, sin embargo, le parecía una pista todavía más válida que cuanto el cochero nos había contado hasta ese momento.

—¿Puede describírmelo?

—Bueno, no sé... Parecía un ojo. Ya sabe, como esos que tiene la Aguja de Cleopatra, el obelisco del Embarcadero.

—¿Un ojo exactamente cómo? —inquirió Holmes.

—Una cosa así —dijo el cochero, dibujando con dos dedos mojados de cerveza sobre la superficie de la barra el esquema de un ojo, con una lágrima en forma de nota musical escapando del rabillo.

—Un ojo de Horus —murmuró Holmes—. Se fijó usted bien, para tratarse de un alfiler de corbata, y siendo además de noche.

Los dos hombres se sostuvieron la mirada. Yo no entendí muy bien lo que estaba pasando hasta que el puño de Eugene Desmond salió disparado hacia el rostro de Holmes. El detective hizo una finta y esquivó limpiamente a su agresor. Yo no fui tan rápido y el puño vino a estamparse en mi nariz.

Caí al sucio suelo y resbalé unos buenos cuatro o cinco metros. Sólo veía chispitas de colores y apenas me dio tiempo a pensar que si me sangraba la nariz me iba a dejar perdida la única camisa que tenía (la otra estaba en la tintorería, y como tenía allí una cuenta pendiente, o sea, una cuenta por pagar, no podría ir a rescatarla hasta que apareciera con fondo musical de monedas tintineando). Me levanté dando traspiés, dispuesto a enseñarle su merecido a quien se me pusiera por delante.

Desmond estaba sujeto contra la barra, con la nariz de ratón aplastada contra lo que quedaba del dibujo que había hecho con los dedos. Holmes le retorcía la mano derecha a la espalda, aplicándole una llave que lo inmovilizaba por completo. No se le había arrugado la chaqueta, ni se le había torcido el sombrero.

—Mi querido señor Desmond, mantengamos el tono de la conversación a nivel de hombres civilizados —susurró Holmes, sin perder en ningún momento el aplomo—. Un simple comentario por mi parte sobre sus habilidades de observación no tendría que provocar una reacción tan violenta.

—¡Yo no he robado nada!

—¿Alguien está acusándolo de hacerlo?

—¡Lo dejaron olvidado en el coche, en uno de los asientos! —jadeó Desmond—. Lo vi esta misma mañana al limpiarlo. Debió de caérsele a alguno de ellos con la alegría del reencuentro.

—No me cabe duda —dijo Holmes—. ¿Lo lleva encima?

—En el bolsillo del chaleco —consiguió decir el cochero a duras penas. La llave de Holmes no parecía muy tenaz, o al menos el detective no parecía estar aplicando

mucha presión, pero el rosero del cochero estaba lívido de dolor.

Holmes me hizo una seña. Me acerqué al cochero y rebusqué en su bolsillo. Dentro hallé un pequeño alfiler de plata con la forma de un ojo, en efecto. Un ojo egipcio. Se lo entregué a Holmes, quien lo cogió con una mano mientras con la otra daba un empujón a Desmond.

—¿Estás bien, Chariie? —me preguntó.

Yo me froté la nariz enrojecida. Gracias a Dios, no sangraba.

—Sobreviviré, señor —dije, sin reconocer mi voz, y sabiendo que la nariz acabaría por hincharse. No hay demasiada diferencia entre un cómico de *music hall y* un payaso.

Holmes sonrió. Lanzó al aire una moneda que cayó con un golpe húmedo junto a la cabeza del cochero.

—Por las molestias, señor Desmond. Esto pagará con creces el precio de esta pequeña baratija. No se preocupe, me encargaré de entregársela a su dueño en persona. Y antes de esta misma noche, espero.

Se volvió hacia el resto de los parroquianos. Nadie había tenido oportunidad de mover un músculo, pero sin duda Holmes sabía que alguno de ellos, amigo o compinche de Desmond, podría estar dispuesto a continuar la pelea si el otro pedía su ayuda.

—Caballeros, que tengan un buen día —dijo Holmes—. Vamos, Charlie. Ahora sí tenemos una pista importante.

Salimos del bar. En la calle, Holmes detuvo un carruaje y lo abordamos. Al subir al vehículo, vi cómo en la esquina e venía siguiendo detenía al siguiente.

11

Yo acababa de ser testigo de un acto inconcebible. Un simple cochero embriagado le había levantado la mano a un caballero de su majestad, y aunque a! final el puñetazo se lo llevara mi pobre nariz, eso demostraba la baja catadura del individuo en cuestión. ¿Adonde iba a llegar el Imperio si nadie sabía cuál era su sirio y con quién podía o no podía pelearse? Así se lo hice ver a Holmes, indignado, pero el detective no pareció darle demasiada importancia, quizá porque la nariz que se estaba poniendo como un tomate no era la suya.

—En otro momento y situación, habría abordado al señor Desmond de otra manera— dijo Holmes—. Pero ahora, sencillamente, no tenemos tiempo. Lástima no haber podido echarle un vistazo al interior del carruaje, de todas formas.

—¿Esperaba usted encontrar algo allí, aparte de ese curioso alfiler?

—En realidad, no. Pero sin duda habría podido comprobar los restos de cloroformo en e tapizado de los asientos. Porque está claro que a Gillette lo sorprendieron y drogaron de esa forma esos dos individuos que el señor Desmond identifica erróneamente como americanos.

Yo asentí, aunque no se me había ocurrido que lo hubieran secuestrado de esa manera. A poco que uno penara en el relato que el cochero había hecho de la situación, en efecto, quedaba claro que el secuestro tenía que haberse producido de forma parecida: los dos americanos habían abordado el carruaje, habían sometido a Gillette por la fuerza, le habían suministrado cloroformo, y luego se lo habían llevado a rastras, con la coartada de un par de copas con las que celebrar un reencuentro inexistente. Gillette, sin duda, habría opuesto resistencia, y en la breve refriega uno de los dos secuestradores había perdido aquel alfiler de corbata, ese ojo de Horus que a mí no me decía nada pero que a Holmes parecía revelárselo todo.

—¿Vamos a Portman Square, señor? —le pregunté al detective, intentando por una vez adelantarme a él en mi labor de inútil lazarillo.

—¿En busca de esos supuestos americanos, quieres decir, Charlie? —preguntó Holmes; negó con la cabeza—. Cielos, no. Recuerda que Portman Square está a un tiro de piedra de Baker Street. Es evidente que los secuestradores llevaron al señor Gillette a mi antigua casa, siempre dentro de esa confusión de identidades que resulta tan inoportuna y molesta. Luego, naturalmente, otro carruaje los estaría esperando.

—Entonces hemos perdido la pista.

—No del todo —dijo Holmes, y observó el alfiler que tenía en la mano. Cogió el bastón y golpeó el techo de nuestro carruaje para llamar la atención del cochero.

El carruaje redujo la velocidad al tomar una curva cerrada y justo en ese momento Holmes abrió la portezuela al tiempo que me lanzaba media guinea que cacé a duras penas, mientras me desplomaba sobre el asiento debido a lo brusco del movimiento.

—¡Págale tú al conductor, Charlie! ¡Y sígueme!

Visto y no visto, el gran detective saltó del carruaje en marcha mientras yo trataba de recuperar el equilibrio, los pies por lo alto y el sombrero perdido. El cochero detuvo al tiro de caballos unos veinte o treinta metros más adelante, y yo apenas tuve tiempo de levantarme tras una sacudida ridícula hacia el otro lado *y* lanzarle la moneda pactada por sus servicios. Me bajé del carruaje para seguir a Holmes, dondequiera que fuese a aquella velocidad, mareado por el brusco frenazo y con la nariz lastimada latiéndome bajo los ojos. Aquel hombre era una máquina, en efecto.

Justo en la intersección de la calle, en la esquina donde Holmes se había bajado de nuestro coche, había otro carruaje detenido. El cochero estaba de pie en el pescante, con la rusta en la mano, mirando incrédulo la puerta abierta de su vehículo. Corrí hacia el lugar, sin saber muy bien qué podía esperarme ni qué había provocado en Holmes aquella reacción inesperada y violenta.

Holmes aguantaba la portezuela abierta con la mano izquierda, manteniéndola a raya con el bastón, mientras que con la otra mano apuntaba con un revólver al hombre que iba dentro del carruaje. Me asomé por encima del hombro del detective y vi que allí sentado, absolutamente traspuesto, boquiabierto, estaba el escocés que nos había estado siguiendo. Holmes parecía muy enfadado. La pistola apuntaba directamente al escocés entre los ojos.

Holmes intercambió un puñado de frases con el tipo. Frases bruscas y cantarinas al mismo tiempo, de las que yo no entendí ninguna. Estaban hablando en un idioma que desconocía, enigmático y melódico. Con varios segundos de retraso, advertí que Holmes le estaba hablando al escocés en gaélico, su idioma materno. Este parecía perplejo, completamente confundido, y algo asustado: no todos los días tiene uno a un tirador de élite dispuesto a volarte el bigote de un disparo si no le hace demasiada gracia cómo contesta uno a sus preguntas. Fue así como constaté que Holmes no sólo recababa información de segunda mano, sino que no le dolían prendas a la hora de intervenir directamente, a cara descubierta, en alguno de sus casos.

La conversación entre los dos hombres fue breve. Holmes me hizo un gesto por encima del hombro mientras subía al carruaje. Yo subí detrás de él, y justo cuando cerraba la portezuela de mi lado Holmes abrió la del otro.

El escocés saltó, a punta de pistola, hasta aterrizar en un charco de barro. Gritó algo, pero Holmes parecía absolutamente satisfecho de sí mismo, como un niño travieso. Asomó la cabeza por la ventanilla y dio una dirección al aturdido conductor, prometiéndole media guinea extra si llegábamos rápido. Al conductor no pareció importarle el cambio de trayecto sobre la marcha, ni sustituir un pasajero por otros dos, porque la propina era más fuerte que cualquier otra consideración. Se sentó en el pescante, hizo restallar su látigo, y los caballos del tiro se pusieron en marcha con una sacudida violenta, jamás le estará la humanidad lo suficientemente agradecida a

Henry Ford por haber conseguido popularizar vehículos automóviles que se deslizan sin los sobresaltos y trompicones a los que nos obligaban entonces los coches de caballos.

—¿Ha descubierto por fin dónele tienen al señor Gillette? —le pregunté a Holmes, entusiasmado, acomodándome en el asiento y tratando de no perder otra vez el equilibrio entre tanto traqueteo—. ¿Sabía el misterioso escocés dónde está?

—En modo alguno, Charlie. Ese hombre desconoce tanto como tú o como yo el paradero de nuestro insigne actor.

—Pero ¿no nos estaba siguiendo?

—Como bien acabas de comprobar. Pero piensa, Charlie, *y* verás que este asunto es más complejo de lo que puede parecer a primera vista. No tiene sentido que por un lado me persigan y por otro secuestren a Gillette confundiéndolo.

—¿Quiere usted decir que hemos estado siguiendo una pista falsa todo el tiempo?

Holmes alzó una ceja. Pareció molesto con mi comentario o con mi lentitud a la hora de comprender su razonamiento. Llevaba apenas medio día conviviendo con aquel hombre y ya experimentaba ramalazos de desesperación. Sentí un atisbo de piedad por el doctor Watson.

—Quiero decir que hay más de un jugador en esta partida, Charlie —explicó Holmes, recuperando la paciencia—. Quien ha secuestrado al señor Gillette, y quien, posiblemente sabiéndolo, me ha estado siguiendo la pista a mí. Dos grupos enfrentados, si no más. Dos sectas.

Tragué saliva y me aflojé el cuello duro de la camisa. Holmes me mostró el ojo de Horus que había confiscado a Desmond, el cochero.

—Ésta es la pista más válida que tenemos, mi joven amigo. El indicio de que un grupo hermético ha secuestrado a Gillette. En cuanto tuve esta baratija en la mano, comprendí que sólo podremos encontrar información de esa sociedad secreta acudiendo a una sociedad contraria dispuesta a quebrantar las leyes referidas al mecanismo interno de su funcionamiento.

—El escocés —dije yo, cada vez más asombrado. Tenía sentido, sí. Nadie en su sano juicio secuestraba a Sherlock Holmes y luego seguía a otro Sherlock Holmes, a menos que supiera que el primer Sherlock Holmes no era el verdadero o, simplemente, no estuviera enterado de que se habían equivocado al secuestrar a un hombre por otro. La teoría de que había dos grupos o más disputándose la posesión del detective parecía acertada, aunque no solucionara todavía nada de aquel asunto de robos de hombres elefantes y pisacorbatas con diseños egipcios.

—El escocés es un simple peón, como era de esperar. Un acólito menor, encargado de vigilarme como una especie de rito de iniciación. No tiene nivel ninguno para comprender qué hay en juego en esta historia.

—Pero entonces ¿qué le ha dicho a usted?

—Oh, poca cosa. No se le veía muy locuaz. Lo suficiente para encontrar por fin a alguien que pueda indicarnos dónde se halla retenido Gillette. La dirección de su templo. El lugar donde se encuentra quien tiene el conocimiento: su gran maestro. Vamos a ver cosas y a acceder a sitios que pondrán en peligro nuestras vidas, Charlie. Quizá no hoy mismo, Dios no lo quiera. Pero sí en el futuro. Para siempre.

La seriedad con la que Holmes pronunció estas palabras me fue poniendo cada vez más nervioso. Habíamos pasado de un misterio de desapariciones e identidades equivocadas a algo que parecía, de pronto, infinitamente más retorcido y oscuro. Tuve miedo.

—No puedo reprocharte que quieras abandonar la investigación, Chariie.

—¿Corre también peligro el señor Gillette? —pregunté, con un hilito de voz.

—Más que nunca. No creo que vaya a sobrevivir a esta noche si un nuevo intento de robar los restos del Hombre Elefante fracasa, como sin duda sucederá ahora que está a buen recaudo en el Museo Británico.

—¿Van a... matarlo?

—Si consiguen su objetivo, aún tengo mis dudas. No sé para qué puede querer una orden hermética mi colaboración forzosa. Pero si no lo consiguen..., si comprenden por fin que se han equivocado de rehén y que Scotland Yard está sobre aviso, es más que probable que lo eliminen para no ser identificados.

—O, si siguen creyendo que Gillette es usted, para que otras sectas contrarias no puedan utilizarlo.

—Es una buena deducción, sí. Una desagradable posibilidad a tener en cuenta.

El carruaje se detuvo y de pronto fui consciente del silencio. Holmes bajó y pagó al conductor. Se volvió a mirarme: era mi decisión, ahora o nunca.

Me ajusté el sombrero sobre la cabeza y sonreí con media boca, encogiéndome de hombros con el gesto que tantas veces repetía en el teatro. Holmes me dio una palmadita en la espalda y los dos avanzamos hacia el alto edificio que dominaba la calle. Tuve la impresión de que todas las ventanas nos miraban.

La puerta era oscura, casi negra, las aldabas mostraban extraños signos en bronce, soles en forma de cabeza con ojos y bocas, pero en aquel momento más se me antojaron leones al acecho. Holmes extendió la mano del bastón para llamar con el puño de plata, pero no le hizo falta.

La puerta se abrió sin hacer ruido, como si nos hubiera oído llegar, y un hombre pelirrojo, vestido de negro pero sin parecer exactamente un mayordomo, nos recibió.

Franqueamos la puerta y el hombre se quedó mirándonos. Extendió una mano, sin duda para pedirnos los sombreros y el bastón, pero Holmes pareció no entenderlo y sólo le entregó la pistola, sin mediar palabra. El hombre de negro nos hizo un gesto con la cabeza y nos internamos tras el en la casa.

Si en la calle el silencio era ya absoluto, parecía una auténtica algarabía

comparado con la sensación de quietud que experimentamos en el interior del edificio. Era como si estuviéramos dentro de una campana, como si el tiempo mismo y el roce de las cosas se hubieran detenido. Creo que ni siquiera oía mis propios pasos sobre la alfombra roja y negra.

En las paredes había signos extraños, triángulos y pentágonos, letras griegas, símbolos egipcios y mesopotámicos, como esos que yo había visto alguna vez en mis incursiones en el Museo Británico, detrás de alguna señorita tímida y culta a quien cortejaba a la espera de que dejase caer un pañuelo. Las bolas del pasamanos de las escaleras eran feas bestias que parecían sapos o serpientes hinchadas, y las cortinas, conforme íbamos avanzando, se volvían más gruesas y más oscuras. También las mesas y las sillas eran negras.

El mayordomo, o lo que fuera, nos abrió una puerta.

—El señor Crowley les recibirá ahora —murmuró el hombre con fuerte acento *highlander*, y desapareció.

Sherlock Holmes entró en la habitación con paso firme. Yo lo imité, temblandó de la cabeza a los pies. Ya había oído decir que al señor Aleister Crowlev le gustaba ser considerado el hombre más perverso de Inglaterra.

12

Al fondo de una habitación enorme, encorvado sobre una mesa cubierta de papeles y de planos, nos esperaba un hombre de unos treinta años, muy pálido, con ojos poderosos y cierto parecido con Osear Wilde. Tenía labios muy finos, cubiertos permanentemente de una película de saliva, *y* a pesar de sus cabellos ensortijados estaba claro, por las entradas y lo despejado de algunas zonas, que tarde o temprano acabaría por quedarse calvo (cuando volví a encontrármelo, ya en Hollywood, años después, tenía la cabeza convertida en una bola de billar y no se parecía al Señor Luciérnaga, sino al Daddy Warbucks de las tiras cómicas cié *Litte Orphan Annie).* Las cortinas estaban corridas, aunque en la calle era de día, por lo que precisaba que sobre la mesa, a su izquierda, hubiera un candelabro encendido y un pebetero cargado de incienso que proyectaban su sombra contra las paredes, hasta mezclarla con las reproducciones de jeroglíficos egipcios y dioses solares que se alineaban por todo el recinto, como un friso imposible que alguien hubiera saqueado de un museo.

Nuestro anfitrión alzó la cabeza cuando la puerta se cerró, y sus ojos relampaguearon con un brillo de reconocimiento que me provocó un escalofrío de miedo. Noté un olorcíllo extraño que no supe identificar, pero que no era causado por el pebetero.

—Alexander Crowley, volvemos a encontrarnos —dijo Holmes, deteniéndose a pocos pasos de la mesa el tiempo suficiente para advertir que a cada lado de la puerta había dos acólitos fornidos, vestidos con túnicas negras y cara de pocos amigos.

—Por favor, llámeme Aleister, señor William Sherlock Scott Holmes —dijo el interpelado, pronunciando por separado cada una de las palabras; también él cultivaba cierto tonillo teatral, aunque en su caso era algo más afectado y exasperante —. Creo que será lo más adecuado, puesto que es el nombre que he escogido para ofrecerme al

Holmes alzó una ceja al oír mencionar su nombre completo que tan poca gente conocía (fue, naturalmente, la primera y última vez que yo lo oía), pero por lo demás su expresión continuó siendo altanera e invulnerable.

—¿Y «hermano Perdurabo» es acaso otra nomenclatura para momentos más íntimos? —contraatacó, enarcando una ceja con un gesto que pareció de pronto adecuado al lugar, puramente mefistofélico. Holmes no era rubio como mi amigo Spade, a quien conocería ya en Los Angeles a principios de los años treinta, pero también sabía adoptar una expresión de auténtico diablo.

Crowley sonrió con una mueca picara, complacido de que Holmes estuviera al tanto de sus andanzas y correrías después de que ambos hubieran tenido, según me contó el detective luego, un breve encuentro en el pasado. He conocido a más de un predicador de esos que buscan fortuna y fama y van de comunidad en comunidad

vendiendo biblias y seduciendo a incautas, en todos los sentidos, más allá de lo puramente económico o religioso, y puedo asegurar que Crowley tenía ese mismo deje amanerado y concupiscente. Más importante que su mensaje era su petsona. Llamar la atención era una tentación superior a la que no podía resistirse. SÍ no le hubiera dado por el misticismo, Crowley habría sido un magnífico maestro de ceremonias en cualquier cabaret de Berlín.

—«Yo perduraré», ése es en efecto mi otro nombre. Supongo que cualquiera de nosotros tres —dijo, mirándome de forma significan va aunque no me conocía de nada, un detalle que luego no he querido atribuir a que estuviese haciendo entonces una predicción sobre mi futuro—, podría aplicárselo de igual manera. Usted dirá, señor Holmes, qué le trae a mí morada. Iluminación, sin duda.

—Iluminación, en efecto, pero no de la que usted preconiza. Si mis datos no son desacertados, y no me cabe duda de que no lo son, hace poco que ha sido usted expulsado de la Orden Hermética del Amanecer Dorado.

Crowley asintió, quizá asombrado de que Holmes tuviera información privilegiada sobre asuntos que eran considerados del mayor secreto dentro de su hermético círculo.

—Digamos que hubo cierta disensión de pareceres entre distintos puntos de vista. ¿Sabía, señor Holmes, que usted y yo tenemos muchos elementos en común? Juega al ajedrez como un maestro, obviamente.

—Hace un par de años que me dedico a las cartas. Soy experto en solitarios —repuso Holmes, con tono frío. No sé si se temió que el hermano Perdurabo le propusiera iniciar allí mismo una partida de ajedrez en la que, naturalmente, él llevaría las piezas negras—. Pero hago trampas.

—Yo acabo de regresar de un viaje por México, Francia, la India y Ceilán. Me pilla preparando una expedición al Himalaya. Ha estado usted allí, ¿verdad?

—He estado, en efecto —respondió Holmes, sin abundar en más detalles—. Si me acepta un consejo, abríguese bien. Hace frío. ¿Es ajo ese olor que detecto más allá del incienso?

Crowley sonrió otra vez, una mueca babosa de santón enloquecido. Hizo un gesto afeminado hacia las ventanas cerradas. Cuando seguí su gesto vi que no estábamos de pie sobre una alfombra: las lineas negras que pisábamos Holmes y yo, y en cuyo centro estaba la mesa de Crowley, pertenecían a un pentáculo. Hubieta dado cualquier cosa por encaramarme a una mesa y evitar pisar aquellas marcas, pero no había más silla en la habitación que la que Crowley utilizaba. Por fortuna, el pentáculo no tenía rematadas sus puntas con cabezas de gallos ni intestinos de animales sacrificados. Al menos en ese momento.

—Ajo, sí —susurró Crowley con una mueca de pavor que desmontó por un instante su fachada indolente—. Tengo que protegerme del vampiro —continuó, la

voz muy baja, confidencial—. Un súcubo, en realidad. Una ¡oven de belleza embelesadora, enviada contra mí por ese traidor de Samuel Mathers en venganza por haber amenazado con destronarlo del Amanecer Dorado. Pude derrotarla tras una agítadora batalla física y psíquica, entonces se transformó ante mis ojos en una bruja encogida *y* decrépita.

Holmes no dijo nada. Encendió un cigarrillo sin pedir por cortesía permiso para fumar. Agradecí el olor del tabaco que vino a enmascarar la sofocante mezcla de incienso y ajo. Holmes no daba crédito a las patrañas, aunque estaba claro que Crowley había basado toda su vida (y su lucro) en ellas. Y su camino estaba apenas iniciándose.

—No me cree usted —dijo Crowley con un puchero, casi decepcionado. Holmes contuvo un suspiro.

—Me temo que el nivel de mis experiencias personales no está a la altura de las suyas, señor Crowley.

—Pero no descarta usted lo inenarrable, ¿no es cierto? —babeó el hermano Perdurabo, ansioso—, A pesar de que su biógrafo oficial prima la lógica científica a la aparición de lo inexplicado en nuestras vidas. ¿Cómo es esa frasecilla suya...?

—¿«Elemental, querido Watson»? Le advierto que no es mía. —Holmes exhaló una cortina de humo ante sus ojos.

—No. Aquello de «una vez descartado...».

—Ah, eso. Señor Crowley, como dije no hace muchas horas, si algo sucede una vez puede ser casualidad. Magia, si usted quiere. SÍ sucede dos veces, ya es ciencia. O debería serlo.

—Veo que los hermanos Holmes siguen viviendo en un mundo de horarios milimétricos y medidas exactas, impenitentes suscriptores eternos de la guía Bradshaw —suspiró Crowley, evidentemente decepcionado—. ¡Cuánta estrechez de miras para tratarse de unos intelectos tan soberbios!

Entonces le tocó a Holmes el turno de sorprenderse. Pero contuvo el ánimo y mostró la misma frialdad controlada de la que hacía gala siempre, más ahora que se hallaba en la guarida de un individuo que podía ser tan peligroso como una mangosta.

—¿Conoce usted a mi hermano Mycroft?

—No personalmente. Cuando trabajé en el servicio diplomático lo vi de lejos un par de veces. Una mente poderosa, aunque no tanto como la suya.

—En eso, nuevamente, discrepamos. Aunque estos últimos días parece que hay alguien que también piensa lo contrario.

—¿Para eso han venido ustedes a verme? No recuerdo haberme encontrado antes con este guapo muchacho —dijo, apreciándome con la mirada de esa manera incómoda que ya había sencido en mis carnes al tener que enfrentarme a pruebas de reparto ante gente que estaba más interesada en mi juventud que en mis dotes de

comediante—. Ni con usted, ya puestos —añadió, volviéndose hacia Holmes, a quien calibró de otra manera—. Pero estaba claro que tarde o temprano nuestros caminos tendrían que cruzarse. En Cambridge, donde estudié, se habla muy bien de usted. Supongo que hoy en día se hablará fatal de mí, naturalmente, *y* eso que dejé una huella indeleble de mi paso.

—Si no estoy equivocado, señor Crowley —dijo Holmes, reconduciendo la conversación, pues ni quería hablar de su etapa de estudiante ni estaba dispuesto a que Crowley se desviara una vez más de lo que habíamos ido a hacer allí {fuera lo que fuese) divagando sobre sí mismo—, su búsqueda de iluminación en Egipto le hizo entrar en contacto con el legado de Horus.

El hechicero, pues no otra cosa era aquel hombre extraño, echó atrás la cabeza y puso los ojos en blanco, como relamiéndose con el recuerdo de una experiencia imposible. Sí, no cabía duda, el hermano Perdurabo tenía un ego más grande que todos los productores y directores cinematográficos que yo haya podido conocer luego. Exceptuando, claro, al Erich von Stroheim de sus buenos tiempos.

—En El Cairo, sí —contestó por fin, saboreada de nuevo la experiencia en el recuerdo—, mientras intentaba contactar con mi santo ángel de la guarda. Conocerá usted, sin duda, *El Libro de la Magia Sagrada de Abramelín el Mago.*

—Créame, estoy más familiarizado con *La dinámica de un asteroide.*

—Ah, ese librito —dijo Crowley, y su mirada se perdió en el montón de legajos y papeles que cubrían con controlado desorden las estanterías del cuarto—. Debo de tenerlo por alguna parte. Interesante estudio. Muy avanzado. Sí, señor Holmes, contacté con el legado de Horus. Con Horus mismo, en realidad, ¿sabe? —Bajó el cono de voz, nuevamente como si confesara un secreto, los ojos muy abierros e inyectados en sangre—. Los viejos dioses no han muerto.

—Eso me han dicho —replicó Holmes, sin hacerle et menor caso, detalle que sin duda ponía al otro hombre de tos nervios. El detective estaba saboreando la situación, descolocando al creyente con su flema y su cientifismo—. Lo malo es que tal vez se han vuelto sordos. ¿Alguien más ha tenido acceso a esa revelación suya, fuera cual fuese?

—¿Aparte de mí esposa Rose, quiere usted decir?

—¿Algún acólito? —insistió Holmes.

—Yo no tengo acólitos, señor Holmes —se ufanó Crowley, la barbilla al techo; sí, algo de él tuvo que aparecer en mi Benzino Napaloni, el dictador de Bacteria que con tanto ingenio interpretara el orondo Jack Oakie—, Todavía no. Yo tengo servidores. Me expulsaron del Amanecer Dorado y desde entonces soy un vagabundo. Algún día tendré mi propia orden, eso por descontado. Hasta estoy barajando nombres sonoros, fíjese.

Como un chiquillo que esboza bocetos de su firma para afirmar su presente y su

futuro, alzó un papel donde había tachadas media docena de nomenclaturas. Una de ellas, subrayada en rojo sangre, decía Argenteum Astrum. Muchos años después supe que sería la Orden de la Estrella de Plata, una idea que ya rondaba por la cabeza de aquel iluminado. Su influencia en Hollywood causaría estragos entre muchos de mis amigos futuros, a los que llevaría a la bancarrota y la destrucción. A pesar de que pudiera parecer un tipo ridículo, Aleister Crowley. por el contrario, era un hombre que daba miedo.

—Entonces este alfiler identificador no le pertenece, ¿verdad, señor Crowley!

El farsante se puso pálido. Gotas de sudor le corrieron por la frente, y la pintura negra que cubría sus párpados se corrió con efecto algo cómico. El ojo de Horus destelló un instante en la palma de la mano de Sherlock Holmes, como una cruz o una santa forma que repelieran el aliento envenenado de un vampiro.

—El símbolo de la Hermandad de los Herederos de Horus —escupió Crowley a regañadientes.

—¿Una facción rival?

Crowley se encogió de hombros.

—No fui el único expulsado del Amanecer Dorado. La mano de Wiliiam Butler Yeats es tan larga y retorcida como la de mi enemiga rnadame Blavatsky. Londres, además, está hoy día lleno de órdenes secretas: masones, rosacruces, dacoits, sifan, numerólogos, investigadores de la Cabala... Todos han venido a celebrar los nuevos tiempos en la tierra donde yacen los huesos del primer druida.

—Pero usted sabía perfectamente que estos Herederos de Horus me estaban persiguiendo.

Crowley sonrió de nuevo como el niño pequeño que en el fondo era, aficionado a los espantos y deseoso de llamar siempre la atención de niñeras y madres, no importa que tuviera para ello que quedarse afónico de tanto llorar o mojarse el pantalón, mientras al final consiguiera su propósito.

—Aiwass me lo dijo —reveló, como si con aquella palabra sin sentido descubriera el detalle perdido que explicara, no sé, la caída de Nínive o la cuadratura del círculo.

Holmes alzó una ceja, entre escéptico y divertido.

—¿Aiwass?

—La entidad que me dicta el Libro de la Ley, por quien anunciaré el Equinoccio de los Dioses y la alianza con los Jefes Secretos —declamó Crowley, como un rabino que recita la Tora o el sacerdote que consagra un cáliz—. ¡Yo soy el Profeta del Nuevo Eón, donde terminará la Era de Osiris y comenzará la Era de Horus!

Holmes atendió a esta retahila como si le hubiera recitado la alineación de los caballos del Grand National, dándole el soplo para una apuesta en la que no iba a invertir ni un chelín.

—Pero no tiene usted nada que ver con ellos —acusó.

—¿Con esos absurdos descerebrados? ¿Con esos farsantes cientifistas? ¿Con esos aprendices de payaso? ¡No! —exclamó el mago, alzando la voz con un gallo ridículo —, ¡Nunca! ¡El legado de Horus está en mis escritos, no en los suyos! ¡Soy yo quien preconiza la ley de «Haz lo que quieras»! ¡El amor es la ley, el amor bajo la voluntad! ¡Todo hombre y toda mujer son una estrella! ¡El conocimiento de uno mismo es la base de toda filosofía!

—Cuando supo usted que esos Herederos de Horus querían mis... servicios, ¿envió a sus servidores a vigilarme? —continuó Holmes, ajeno a los arrebatos dramáticos (y algo patéticos) de Crowley—. **¿**Por qué no avisarme directamente? ¿Por qué no alertar mejor a Gillette, o a Scotland Yard?

—¿Y quién me habría creído, señor Holmes? ¿A mí, al hombre perverso que juega a la magia? Además, es tan divertido verlos equivocarse una vez más, no sólo en sus interpretaciones de la Revelación sino en un simple caso de identidades confundidas.

—Sabe usted también que quieren el esqueleto del Hombre Elefante.

Crowley se encogió de hombros.

—El dios elefante es el símbolo de otra época pasada. Con su muerte, e! destino cambiará. Estaba escrito. Horus se acerca.

—Escuche, señor Crowley —dijo Holmes, con un tono helado que anunciaba que ya estaba mas que harto de soportar sandeces—, hay un hombre que corre peligro de muerte, y seguro que no habrá tenido tiempo de prepararse ni se reencarnará en pato o en gallina clueca. Usted *y* los suyos saben dónde está. Si impidieron que robaran los restos del Hombre Elefante dando la alarma en el Royal London Hospital, es porque sabían dónde y cuándo actuarían esos seguidores de Horus, y sin duda de qué escondite salieron para hacerlo.

Crowley jugueteó con un abrecartas. El olor a ajo y sudor se hizo insoportable. Me metí la mano en el bolsillo y encontré allí algo duro que no esperaba. Lo palpé sin disimulo, mientras Holmes y Crowley seguían haciendo esgrima verbal, intentando arrancar una confesión uno, divirtiéndose dando rodeos y halagándose el ego el otro.

Una mano gigantesca se posó sobre mis hombros *y* me alzó a dos palmos del suelo. Solté un alarido de pavor. Uno de los acólitos que custodiaban la habitación, sin previo aviso, había decidido participar en la conversación tomándome a mí como interlocutor.

Pataleé en el aire, como una marioneta de Puck en cualquier feria de arrabal. El rostro del acólito (porque eso era, dijera lo que dijese el señor Crowley) se plantó a pocos centímetros de mi rostro. También olía a ajo. Y a curry. Y a cebolla y cerveza agria. Y a almidón y a pescado cocido y a patatas hervidas y a... Bueno, no sé a qué más. La amplia manga de la túnica le dejó los antebrazos al descubierto, y por eso vi

que estaban marcados con cortes que no entendí entonces, pero cuyo significado descubrí, para mi horror, mucho después: cada vez que uno de ellos pronunciaba la palabra «yo» tenía que castigarse con un corte, pues esa palabra y su significado eran propiedad exclusiva de Aleister Crowley.

El otro acólito avanzó hacia Holmes, con las manos por delante, pero el detective no se dejó impresionar y reaccionó con la velocidad de una cobra. Dio dos zancadas hacia la mesa de Crowley y con un gesto elegantísimo desenvainó el estoque que escondía dentro del bastón. La punta de piara se posó, sin temblar, bajo la barbilla del mago.

—Esto va a acabar convirtiéndose en una fea costumbre entre mi noble profesión, señor Crowley —masculló Holmes, el pulso firme. Sólo tenía que extender la mano para atravesar la garganta del otro hombre y dejado clavado a la silla como si fuera el Rey Huevo al que acabaría por parecerse—. Los tiempos cambian. Dígales a sus sirvientes que suelten al joven Charlíe, por favor. Y continuemos la conversación donde la dejamos.

Crowley, asustado, miró al hombretón que me tenía suspendido en el aire como si yo fuera un jamón a medio curar. El otro se detuvo a un par de pasos de Holmes.

—Tiene una pistola en el bolsillo —acusó el tipejo que me agarraba, señalando el bulto que yo había estado palpando.

Holmes me miró, desconcertado por un momento. Yo me llevé una mano al sombrero, pedí permiso al grandullón y metí la otra mano en el bolsillo. Saqué el panecillo del desayuno y se lo mostré. Di un mordisco para demostrarle que no llevaba nada dentro, ni una Derringer ni una lima, juraría que, tras aquella monumental metedura de pata, el acólito se ruborizó.

—Tengo otro más, si usted gusta —susurré, mostrando el segundo panecillo. El hombre me soltó y caí de pie. No pude evitar reaccionar con visible enfado y a punto estuve de darle una patada en el trasero que tal vez no fuera muy eficaz, pero que, de habérsela dado, habría hecho que me sintiera de maravilla.

Los dos acólitos, avergonzados, volvieron a ocupar su lugar junto a la puerta. A pesar de que el momento de tensión había pasado, temí que no pudiéramos salir de allí. Holmes debió de pensar en los mismos términos, porque no retiró el estoque de la garganta del mago.

—Y ahora, señor Crowley, un poco de información directa no nos vendría mal. ¿Dónde puedo encontrar a esos amables caballeros extrajeras que creen tenerme bajo su protección desde hace casi un día? ¿Tienen un templo como éste? ¿Una logia subterránea?

Aleister Crowley apartó la punta del estoque con dos dedos.

—No sé dónde están, Holmes. —El tono de su voz era igualmente frío, perdida la afectación y el placer por escucharse a sí mismo. También para Crowley había

terminado el juego—. Yo mismo soy el primer interesado en verlos desaparecer, pues sus intereses y los míos son contrapuestos. Pero por lo que sé de sus métodos, y puesto que no tienen base fija en Londres, yo de usted buscaría en un sitio muy concreto.

—Soy todo oídos, hermano Perdurabo.

—Sin duda su querido Wiiliam Gillette estará prisionero en alguna iglesia o abadía desacralizada. Pruebe con Carfax.

13

No creo que tuviera nada que ver con que yo fuese entonces un chico medio judío de escasa educación religiosa y bastante información deformada sobre brujas, duendes, súcubos, destripadores, momias y fantasmas; era un actor que empezaba pero ya sabía tanto como el más experto de supersticiones y cuentos de viejas. Estaba muerto de miedo, apostado en la oscuridad, con la cara manchada de baba canina y un hambre atroz, porque el señor Holmes parecía haberse olvidado nuevamente, desde el desayuno, de que los chavales de clase obrera no tenemos el estoicismo de los caballeros de su ambiente y un par de panecillos guardados desde por la mañana no bastarían para saciar la danza de guerra que se desarrollaba en mi estómago. Visitar a un tipo como Aleister Crowley que, bueno, podía ser un farsante, pero impresionaba lo suyo, *y* verte rodeado de signos mágicos y díbujitos egipcios y de iluminados que no te quitaban la vista de encima y confundían un par de bollos con una pistola aumentaba todavía más la sensación de que en toda esa historia yo no pintaba nada.

Y encima aquello. La abadía de Carfax era un agujero abierto junto a otro agujero, las ruinas de una iglesia enorme que cubrían la mirada distante de la luna y asomaban entre la niebla, y estaban llenas de huecos donde el viento silbaba y los perros callejeros ni siquiera aullaban, por temor a toparse con cosas espantosas. Cuando vi las fotografías de Londres después del *blitz,* se me antojó que todo parecía una ampliación salvaje de las ruinas de la vieja iglesia que tanto miedo me produjeron aquella noche de 1905, cuando Sherlock Holmes se lanzó a la desesperada al rescate de William Gillette y la resolución del rompecabezas contra el que nos enfrentábamos.

Allí no se veía un alma. Holmes me había alertado previamente de las características del lugar, sobre el que corrían extrañas leyendas y que me provocó pesadillas durante algún tiempo después de esta aventura, sustituyendo el viejo temor de que, en algún momento, mis chistes en escena no hicieran gracia. Era muy posible que la abadía de Carfax fuera entonces refugio de bandidos o contrabandistas, me dijo, además de los miembros de aquella misteriosa orden de la Hermandad de los Herederos de Horus. Supe lo que quería decir: los vagabundos de todo Londres, de media Inglaterra, en realidad, tienden a vivir y ocultarse en solares vacíos, y nada mejor para hacerlo que una vieja abadía que se caía a pedazos y que tenía, además, fama de maldita.

Pero no había nadie. El perro que Holmes había ido a buscar a la casa de un conocido suyo, un tipo feo y antipático llamado Sherman, que debía de rondar los noventa años y no veía casi nada *y* oía aún menos, había husmeado por la zona, trotando y olisqueando y mordisqueando hierba y orinando sobre las piedras, pero no

había encontrado lo que Holmes y yo esperábamos: una entrada secreta al subsuelo bajo la capilla, el único lugar donde alguien podría ocultarse en aquel estercolero.

—Tendría que haberlo imaginado, tratándose de un descendiente del bueno de *Toby*[4] —masculló Holmes, guardándose otra vez la corbata de Gillette que había cogido la noche anterior de su habitación en el hotel y que había servido ahora para que el perrazo tratara de olisquearle el rastro—. Vamos, *Hugo* —le ordenó al sabueso —, apartémonos a esperar, no vaya a ser que alertemos a los secuestradores con tus ladridos.

Y así nos llegó la noche, aguardando agazapados en lo que quedaba del coro de un edificio que causaba pavor y que parecía capaz de desplomarse a poco que uno tosiera. Opté por devorar los dos panecillos y, como me quedé con hambre, me entretuve mordisqueando dos o tres florecillas silvestres que encontré por allí cerca. Confieso que llegué a pensar que estábamos perdiendo el tiempo. Ni el perro ni Holmes habían encontrado huellas no ya de una entrada secreta, sino de zapatos o ruedas de carruaje, nada que pudiera indicarle a una vista de lince como la suya que por allí habían pasado al menos dos americanos y un actor inconsciente o drogado. Sin embargo, el detective se apostó en lo alto del coro, sin pestañear. Deduje que había visto algo que había escapado a los senados de *Hugo y a* los míos, mucho más aguzados por el hambre, y que por eso esperaba.

Esa noche descubrí que Holmes no estaba hecho para la paciencia. Cuando escrutó desde nuestro puesto de observación todos y cada uno de los rincones de la abadía en ruinas, deteniéndose en las grietas, las paredes, los puntales, los restos de columnas y de bancos de madera ya podrida, se puso en pie de un salto, plegó el catalejo, agarró el bastón *y* la pistola y me dijo que lo esperara allí.

Y allí lo esperé. Solo, asustado, acompañado por un perro babeante que debía de tener más hambre que yo, porque empezó a olisquear las suelas de cuero de mis botas con apetito evidente, como sí las confundiera con dos jugosos filetes, y temiendo que los secuestradores de Gillette aparecieran de una trampilla en el suelo en cualquier momento. O que no aparecieran, lo que podría ser todavía peor, porque eso significaría que algo terrible los había espantado. Y si los había hecho huir a ellos, que no se andaban con chiquitas y debían de ser expertos en hermetismos y brujerías variadas, más todavía podría espantarme a mí, que no tenía a mano ni siquiera un arma con la que poder defenderme. Aunque ¿con qué se defiende uno de un fantasma?

Desde donde yo estaba pude ver la sombra de Holmes recortándose sobre las ruinas. Andaba muy despacio, casi de puntillas, midiendo cada paso, controlando su avance sobre el terreno. Una nube cubrió la luna llena y entonces la silueta inconfundible del gran detective desapareció.

Esperé a que volviera el resplandor. Oteé el lugar donde acababa de ver a

Sherlock Holmes apenas medio minuto antes. El perro se frotó contra mí *y* me manchó el sombrero de babas. Lo aparté de un manotazo, atento a los movimientos del detective, por si me llamaba. Pero Holmes no aparecía por ninguna parte.

Pasaron varios minutos que se me antojaron eternos. Y entonces comprendí lo que había sucedido.

—¡Ha encontrado la entrada secreta! —dije, poniéndome en pie de un brinco, dispuesto a seguirlo y olvidando que me había ordenado quedarme en aquel sitio.

Hugo se lanzó escaleras abajo, con un gemido gutural, y yo intenté alcanzarlo antes de que se cargara la cuidadosa estrategia de silencio que Holmes había preparado hacía horas. A duras penas pude correr tras él, porque, babeante, molesto, gigantesco y por fortuna libre de pulgas, el perro era testarudo y veloz. Lo perdí de vista entre las paredes desmoronadas y las columnas erguidas, y asustado por el tono sepulcral del lugar y temiendo la reprimenda de Holmes, si es que volvía a verlo y no se lo había tragado la tierra, empecé a silbar por si el animal no era tan sordo como su cegato amo y acudía a mi llamada.

Dejé de silbar cuando comprobé que el sonido se apagaba como la ¡lama de una vela entre los cascotes de la abadía, capaz de despertar espectros de otros tiempos, susurros de oraciones y actos de contrición, roce de rodillas sobre reclinatorios y el pasar de páginas muy finas de biblias consumidas por el tiempo. Un vaharada de aire fresco se levantó de pronto, la luna se ocultó un momento tras la puñalada de una nube negra, y todo a mi alrededor quedó bañado de un tono azulino, como si fuera un paisaje del fondo del mar.

Me detuve en seco, dejando de arrastrar los pies por el polvo. Supe, antes de ver nada, que allí había alguien. Oía un sonido casi imperceptible, una especie de cántico, un canturreo entre infantil y fantasmagórico. Y un jadeo que sólo pude identificar como procedente de *Hugo,* el perro. Avancé con cautela, con una piedra en el bolsillo por toda arma, los ojos entornados para protegerme del remolino de polvo que el viento se empeñaba en levantar a mi alrededor.

Allí estaba el perro, en efecto. Tranquilo, como si fuera un caballito de cartón (ese tamaño tenía), la lengua fuera y meneando la cola como se mueve un abanico lento. Había alguien a su lado, una figura en sombras, acariciándole el lomo y susurrándole palabras que yo no podía oír todavía. No era Holmes, pero tampoco me pareció uno de los hombres que habíamos ido a buscar a aquel sirio.

Me acerqué con cautela y, tras dejar atrás la columna raída que me ocultaba parte de la escena, pude ver mejor que el perro soportaba con estoicismo las caricias de una criatura pequeña, vestida de harapos (abrigo gris, manguitos negros). No pude distinguir quién era, pero no podía tratarse de un vagabundo, sino de un niño o una niña en todo caso.

Aunque no me pareció que hubiera hecho ningún ruido, el roce de mis zapatos

contra la tierra debió de ser suficiente para alertar a la criatura. Se volvió hacia mí, me miró de frente, y juro que me pareció, por un momento, que sus ojos eran rojos. Se puso en pie, desafiante, como asustada, apartándose del perro.

Era una níña, en efecto. Tenía la cara sucia, los ojos azules espantados por toda el hambre y toda la soledad imaginables. Yo conocía aquella cara, pero era imposible, el ambiente de aquel sitio debía de estar jugándome una mala pasada. Porque yo había jugado con aquella niña hacía diez años, había investigado con ella y había salvado con ella a un poeta drogadicto de las garras de un señor del crimen que a punto estuvo de matarnos a todos. Parecía Lucy. Lucy la muerta, Lucy la Irregular de Baker Street, la niña que no se relacionaba con los otros niños, la niña que creíamos un fantasma ya entonces, hacía casi diez años. Pero no podía ser. Era imposible. Una réplica exacta, sí. Un pariente muy cercano, casi un doble de ella como Holmes y Gillette eran dobles el uno del otro.

La luna dejó pasar la cuchilla de la nube negra y el patio desmoronado quedó iluminado con una luz tenue que intentaba sin demasiado éxito imitar el resplandor de mediodía. La niña mendiga me miró, reconociéndome a su vez, su mirada llena de tristeza y desesperación. No había cambiado nada, no había envejecido ni un minuto en todo el tiempo que había pasado desde la última vez que la vi, aquella noche en Limehouse. Me pareció que susurraba mi nombre.

Y entonces desapareció de mi vista, perdiéndose como un cervatillo cobarde entre los escombros de la iglesia desacralizada, dejándome tan perplejo como al perro.

Llamé al animal, que parecía sumido en una especie de trance. Lo volví a llamar, con urgencia, no muy seguro de que mi visión de Lucy la muerta no hubiera sido eso, una alucinación provocada por los nervios y las habladurías que corrían sobre aquel sitio. El perro pareció reaccionar por fin, y al verme corrió hacia mí, de un salto. Vi que tenía en el cuello una leve mancha escarlata, dos rasguños diminutos por donde afloraba un doble hilo de sangre.

Encantado de volverme a ver, como si también él hubiera sencido miedo en algún momento de su encuentro con la niña aparecida, *Hugo* corrió a mi encuentro. Le acaricié la enorme cabeza, intentando que el animal no ladrara, cosa que no le costó demasiado trabajo porque parecía tan impresionado y asustado como yo. Comprendí que estábamos en mal lugar, demasiado al descubierto, mostrando nuestra posición a cualquiera que apareciese allí, ya fuese Lucy o quienes habíamos ido a buscar, los herederos de Horus o cualquier otro acólito de otra secta contraria.

Era mejor volver al coro y, desde allí, ser vigías del sitio, invertir la situación y esperar, como había ordenado Holmes. Nos dimos la vuelta y empezamos a subir corriendo la escalera.

Los peldaños de piedra se hundieron bajo la carrera del perrazo (o tal vez se hundieron bajo la mía, quién puede ya decirlo), y chucho y aspirante a actor nos

precipitamos desde lo alto, levantando un vendaval de polvo y un estruendo digno de una bomba. Una vez, representando en Surrey, se nos cayó la tramoya al patio de butacas y no fue ni la mitad de aparatoso, aunque ese día nos quedáramos sin

El tramo de piedra de la escalera golpeó el piso, y éste se hundió, abriéndose una grieta igual a la de los terremotos que luego vi en Pasadena. Pot el agujero caímos *Hugo*, yo, medio millar de ladrillos una tonelada de polvo y todos los granitos de arena del mundo y alguno más. Lo último en llegar al subsuelo fue mi sombrero. Lo reconocí porque a *Hugo* le quedaba algo torcido sobre las orejas.

Me puse en pie, sacudiéndome todo el polvo de encima y pensando que, como maquillaje para interpretar al fantasma del padre de Hamlet, era un poco exagerado. Yo no sabía entonces (nunca había tenido uno) que los perros también estornudaban.

—Eso, tú haz más ruido, *Hugo* —le reproché, mientras le quitaba el sombrero y volvía a encasquetármelo—. Ya tenemos donde elegir, mira por dónde. Si no nos mata el señor Holmes de puro enfado, nos matarán los secuestradores de Gillette, porque de este jaleo tienen que haberse enterado hasta en Westminster.

Y ésa era una abadía en la que nadie iba a andarse con chiquitas. Bueno, tampoco en la nuestra. El estrépito tenía que haber alertado a los tipejos que íbamos buscando si es que se encontraban allí; eso estaba más claro que la sopa que solía preparar mi pobre madre. Descarté de inmediato volver a subir a la superficie: allá arriba iba a estar al descubierto, y por otra parte, la grieta por la que podía ver media moneda de plata que se empeñaba en hacerme creer que era la luna no parecía capaz de soportar mi peso. Además, tampoco podía dejar allí abajo al baboso de *Hugo,* aunque ganas no me faltaban.

Con todo, era cuestión de quitarse de en medio. Agarré al perro por el cuello peludo y lo aparté de los cascotes que todavía se tambaleaban sobre nuestras cabezas. Vi que estábamos en una especie de túnel y me escabullí dentro de él, a cuatro patas al principio, medio erguido más tarde. Oí roces lejanos, pero no supe si eran pasos de hombre o de niña fantasma o de detective o de rata hambrienta.

Avancé a tientas en la oscuridad plateada que lo teñía todo de un aspecto irreal, como de linterna mágica. Intenté no hacer ruido, y hasta el perro debió de comprenderlo, porque erizó las orejas y dejó de jadear. Entonces me di cuenta de que estábamos en una cripta.

Una cripta significaba tumbas. Significaba cadáveres corrompidos, ataúdes mohosos, caballeros de piedra con escudos *y* mazas y palabras en latín o inglés antiguo y fechas con muchas equis y muchas ces y muchos palitos que ir contando hasta sentir el vértigo del paso del tiempo; significaba huesos amontonados, mitras raídas, velos de seda que se habían convertido en telarañas, manos crispadas sobre posesiones que ya no servían para nada, libros de salmos corroídos por la humedad, cinturones de cuero repujado que ya no se diferenciaban de la carne reseca que ya no

apretaban, sonrisas sin gracia y ojos sin mirada, muecas de falso dívertimento, oscuridad de cuencas que advierten que algún día nuestros rostros adoptarán esas mismas expresiones. *Ahora véala alcoba de mi dama*...

Pero en la cripta no quedaban tumbas que me aterrasen, quizá porque la abadía había sido desacralizada y los restos de los caballeros y las damas del pasado que habían contribuido a edificar la iglesia habían sido trasladados a otra parte. Lo único que pude ver fueron varias cajas de madera podrida y aplastada de las que manaba una tierra oscura y negra, como ceniza hedionda. Controlé un escalofrío y continué hacia adelante. Sabía que en algún lugar de por allí abajo debía de estar buscándome Sherlock Holmes.

El túnel continuaba y continuaba, iluminado de vez en cuando por grietas en el techo por donde infiltraba sus tentáculos la luz de la luna. Sentí que me había perdido, que estaba avanzando a ciegas hacía la nada, pero no me atreví a girar sobre mis pasos y volver por donde había venido. ¿Quién sabía si los Herederos de Horus estarían registrando entre los cascotes para averiguar la causa del ruido que habíamos provocado *Hugo* y yo con nuestra aparatosa caída?

El animal parecía tranquilo pero alerta. Me agarré a su pelaje, esquivando la pequeña mancha de sangre de su lomo, y seguimos caminando, alejándonos sin duda de la cripta. Hacia dónde nos dirigíamos, no podía decirlo. Pero continuamos hacia abajo, hacia un subsuelo oscuro y húmedo, donde sólo podían malvivir las ratas.

Entonces oímos, muy lejos por delante de nosotros, el sonido inconfundible de un disparo.

Echamos a correr, yo en una dirección, *Hugo* en otra. El perro se detuvo, dio media vuelta, meneó la cola como preguntándome qué demonios hacía yo, lanzado a roda carrera hacia el lugar de donde procedía el ruido y no al contrario. Luego emitió un bufido extraño, supongo que el equivalente canino a encogerse de hombros, y corrió hacia mí, hasta adelantarme.

No hubo más disparos, cosa que no supe si interpretar como buena o mala señal. Llegamos al final del túnel y desembocamos... no en una sacristía o en una bóveda, sino en una sala tenuemente iluminada, un segundo sótano.

Sherlock Holmes estaba atado *y* amordazado en una silla, con los ojos abiertos como platos. ¡Lo habían capturado! Maldije para mis adentros. ¿Qué iba a hacer ahora? *Hugo* debió de pensar lo mismo. O no pensó, más bien, porque se abalanzó, convertido él sólito en un pelotón de rescate. Lo mismo, no sé, consideró que Holmes era el responsable de que tuviera tanta hambre y corrió a pedirle cuentas.

En vano intenté detener al chucho. Salí del túnel y me pegué un buen trompazo contra el suelo. Había un desnivel como de un metro entre la desembocadura del pasadizo y la sala, pero por cosa de los nervios no me había dado cuenta. *Hugo* había sido más astuto y consiguió franquear la distancia con un salto atlético que medio

minuto antes me habría parecido imposible, dado el patético estado del animal tras su breve encuentro con la alucinación de la niña fantasma.

Un hombre cayó de bruces justo donde yo estaba. Le sangraba la nariz y me dejó la cara, al salpicarme, roja como una tarta de frambuesa y nata. Por suerte, los pegotes de polvo y yeso que me cubrían me habían salvado la camisa. Alcé la cabeza y vi a Sherlock Holmes, que luchaba con su estoque contra otro tipo.

Un momento. El señor Holmes estaba maniatado al otro lado, ¿cómo había podido zafarse tan rápidamente, mientras yo resbalaba y evitaba por los pelos romperme la crisma? Un tercer tipo extraño apareció de pronto, empuñando una pistola con la que encañonó primero a Holmes, luego... ¡luego al Holmes que seguía sentado e indefenso!

Comprendí por fin que habíamos encontrado a William Gillette. Lo malo, me pareció, era que nuestro rescate se había producido demasiado tarde. Holmes luchaba por la vida de todos contra uno de aquellos hombres, posiblemente uno de los «americanos» que había identificado aquel cochero, Eugene Desmond, y el actor William Gillette esperaba la resolución del enfrentamiento atado a una silla, los ojos espantados y muy abiertos, incapaz de prestar ayuda ninguna, ni de huir, ni de gritar ningún aviso. Y yo allí, lastimado por la caída, sucio de cal y tierra, boquiabierto, acompañado por un perro medio lelo que lo mismo pensaba que estábamos jugando.

Hugo no esperó a que yo me incorporase (me temo que no tenía una opinión muy elevada de mi persona), y se lanzó contra el hombre que luchaba contra Holmes. Contra el Holmes auténtico, quiero decir, el que blandía el estoque con la gracia de un maestro de esgrima consumado. El hombre de la pistola apuntó con cuidado, pues también advirtió quién era uno y quién era otro.

Entonces vaciló, e hizo la cosa más rara del mundo, según me pareció en ese momento. Desamartilló la pistola, se dio media vuelta, y salió corriendo por el pasillo por donde había venido. Eso provocó que yo me quedara como un tonto, con la piedra que había cogido para tirársela pesándome en la mano.

Bueno, no hubo problemas. El hombre que estaba tendido junto a mí, el de la nariz sanguinolenta, hizo ademán de levantarse. Le estampé el pedrusco en la coronilla como si Riera un huevo, y lo dejé fuera de combate en un instante.

Corrí hacia Gillette, que luchaba por librarse de sus ataduras pero parecía incapaz de hacer otra cosa sino volcar la silla. Intenté deshacer los nudos. Misión imposible.

Entonces un relámpago de plata surcó el aire de abajo arriba, con un movimiento casi imposible de captar, y las cuerdas cayeron al suelo limpiamente, cortadas con gesto preciso por el afilado estoque de Sherlock Holmes.

Gillette consiguió quitarse la mordaza de la boca. Me extrañó verlo con barba de un día, pues siempre iba de punta en blanco, acicalado como el galán que ya no era pero se resistía a dejar de ser.

—¡Señor Holmes! —apenas file capaz de balbucir.

El gran detective sonrió mientras envainaba el estoque en su bastón.

—Elemental, mi querido amigo —respondió, mientras estrechaba la mano a su reflejo encarnado en el actor venido de América—. ¿Cómo se encuentra?

14

William Gillette no tuvo tiempo de contestar: se quedó allí mirándonos, parpadeando como una de las apuradas damiselas de las obras que representaba con gran éxito, quizás comprobando por primera vez en su vida que no era el héroe que fingía ser con tanto aplomo en escena, Justo entonces, *Hugo* soltó un aullido tremendo que nos provocó un sobresalto a todos.

El perrazo se revolvía en el suelo, con una línea roja abierta en la pata izquierda, sobre la articulación. Era sangre, de una nueva herida que, al contrario que los dos rasguños de su lomo, le dolía. El hombre al que había estaba conteniendo después de que Holmes lo derribara le había descargado un tajo con un arma blanca antes de echar a correr. El otro individuo, al que yo había dejado fuera de combate con mi pedrusco, también había desaparecido. Maldición, pensé, tendría que apuntar mejor o dar más fuerte la próxima vez, aunque esperaba de todo corazón que no la hubiera.

Holmes desistió de perseguirlos, consciente de que en el dédalo de pasillos que desembocaban como ojos negros en aquel sótano iba a ser imposible echarles el guante. Se acercó rápidamente al animal y, con la corbata de Gillette, le hizo un torniquete en la pata, luego pasó dos dedos con cuidado sobre los pinchazos del lomo, pero éstos parecían haberse secado ya, así que el detective no les hizo mucho caso. Yo mientas tanto estuve acariciando a Hugo, para tranquilizarlo. Me dio la impresión de que, a pesar del tajo, el chucho era también un magnífico comediante.

—No es grave, amigo mío —consoló Holmes al perro—. Esa mata de pelo que te cubre ha impedido que la hoja cortara más hondo.

Hugo lamió satisfecho la mano del detective, quien correspondió a la caricia frotándole las orejas. Entonces Holmes vio que a pocos metros había algo que brillaba. Se agachó a recogerlo. Era la navaja que había estado a punto de matar al animal.

Holmes la observó en silencio, como si viera en su filo ensangrentado el retrato del tipejo y lo grabara para siempre en su cerebro. La plegó con cuidado y se la guardó en el bolsillo. En sus ojos había un brillo extraño, entre indignado (¿cómo puede haber gente capaz de hacer daño a un perro?) y a la vez satisfecho.

Me acerqué a recuperar mi sombrero y, al hacerlo, vi un cable medio oculto en el suelo.

—¡Señor Holmes! —alerté, tirando un poco del cable negro y advirtiendo que continuaba zigzagueando por el sucio terreno, como una lombriz de tierra que, con mi tirón, asomara de entre el polvo y marcara el avance contrario del camino que antes había horadado.

—¡Todo el lugar está minado, amigo Sherlock! —advirtió Gillette, saliendo de su letargo demasiado tarde—. ¡Esos hombres han estado colocando cargas todo el día!

Holmes se revolvió como un alacrán. Sus ojos siguieron la pista imperceptible de los cables ocultos bajo la tierra. Giró hacia mí.

—¿Por dónde has llegado, Charlie?

Yo vacilé. Si no sabía dónde estaba siquiera, ¿cómo pretendía el detective que recordase cómo había llegado a aquel sitio? Un pasadizo oscuro, luego otro, me había arrastrado y había caminado encogido, me había lastimado la rodilla al caer por el terraplén que separaba este segundo sótano...

—Por... por el mismo pasadizo que usted, supongo. Yo...

—Yo he entrado por el manicomio abandonado —reveló Holmes con tono seco, y entonces comprendí que no había llegado a aquel lugar siguiendo el pasadizo que lo conectaba con la abadía de Carfax, y que por eso se había despistado entre las ruinas —. ¡Tenemos que salir de aquí antes de que todo esto salte por los aires!

Cuando un hombre como Sherlock Holmes te avisa de que corres peligro no te pones a preguntar más cosas ni a discutir del tiempo: le haces caso y sales por piernas. Eso hicimos los tres, más *Mugo,* que renqueaba y sacaba la lengua pero entendía mejor que ninguno de nosotros que si alguien deja una bomba es para que estalle tarde o temprano y no conviene estar cerca. Nos volvimos hacia el agujero del túnel por el que habíamos aflorado *{Hugo* de un salto, yo a plomo), y no nos lo pensamos dos veces, corrimos como si nos persiguiera el diablo blandiendo una factura de la tintorería *y* otra del alquiler del piso.

Apenas terminábamos de recorrer el pasadizo cuando todo a nuestras espaldas se iluminó de rojo y una vaharada caliente y con olor a queroseno nos atacó por detrás. La onda expansiva a punto estuvo de derribarnos, pero tuvimos la suerte de que una curva del túnel nos protegiera del impacto directo. Salimos a la cripta y de ahí a la superficie. Yo tenía los oídos tapados, Gillette jadeaba tanto o más que el perro, pero Holmes, impelido por aquella extraña energía suya, no parecía agitado en lo más mínimo, aunque el largo flequillo le caía sobre el rostro y en algún lugar detrás de nosotros había perdido el sombrero. Nos volvimos hacia el este y allí vimos, ardiendo, los restos del asilo de lunáticos abandonado.

—Han borrado todas las pistas —murmuró Holmes, y juraría que hasta aprobaba el nuevo sesgo que tomaba la acción—. O eso creen, naturalmente. —Sonrió, palpándose de forma inconsciente el bolsillo donde había guardado la navaja unos minutos antes.

—Señor Holmes, quería... —titubeó William Gillette.

—Luego, amigo mío, luego. Ahora tenemos que atender a este pobre animal que a punto ha estado de ser una víctima inocente de la obcecación que esos Herederos de Horus sienten hacia mi persona. Veo que no está usted herido, de lo cual me congratulo. Vamos, tenemos que llevar al bueno de *Hugo* a un veterinario. —Miró el reloj; lo cerró con un chasquido—. De todas formas, ya es demasiado tarde para

intentar detener lo que quiera que vayan a intentar hacer en el Museo Británico.

A Gillette no le hizo mucha gracia que Holmes antepusiera la salud de un perro a la suya, fue algo que se le notó incluso con la alegría de la liberación, pero si el detective era capaz de calibrar cualquier extraña situación de una ojeada, estaba claro que había visto que al actor sólo le hacía falta una brocha, una navaja y en todo caso una muda nueva de ropa para recuperar su orgullo. En su escala de valores, la herida de *Hugo* era ahora más importante.

Unos minutos más tarde encontramos un coche que nos llevó hasta un veterinario, supongo que otro amigo de Holmes, quien atendió al perrazo con la cortesía que un médico dedica a un bebé rico. *Hugo* estaba en la gloria, encantado de llamar la atención y recibir todo tipo de mimos. Aprovechamos el momento pata limpiarnos un poco el polvo que cubría nuestras caras y ropas. Luego, tras pagar una buena propina al veterinario y encargarle que cuidara allí del animal hasta que fuera su amo a recogerlo, volvimos a subir a otro carruaje que nos llevó a la zona de Pall Malí. En uno de los clubes para caballeros, por fin Holmes cedió a las debilidades humanas y pidió la cena para los tres. Esperó a que Gillette recuperara fuerzas antes de someterlo a examen, pero Gillette todavía parecía confundido y no se expresaba demasiado bien, pese a su proverbial labia.

—Discúlpeme un momento, por favor —dijo Holmes, y le subió la manga de la chaqueta y la camisa.

En el antebrazo del actor aparecieron dos pinchazos diminutos, demasiado espaciados para que fuesen la marca de un vampiro. Holmes hizo un gesto de fastidio.

—Han llevado la confusión de identidades hasta sus últimas consecuencias —lamentó—. No les bastó el cloroformo para secuestrarlo, según veo. También lo han drogado, sin duda con una solución de cocaína a algo más del siete por ciento. Nunca quise inmiscuirme, pero a veces pienso que mi amigo el doctor Watson llevó demasiado lejos la crónica fidedigna de nuestras andanzas juntos. No tendría que haberlo contado todo.

Gillette titubeó una vez más. Se bajó la manga y se frotó la muñeca, como si recordara la presión de la correa que sin duda le había mantenido sujeto el antebrazo.

—¿Es por eso que la cabeza todavía me da vueltas?

—En otro tiempo, mis pensamientos se serenaban con eso —dijo Holmes, sin tocar su plato todavía, ajeno a los estragos de la sed y el hambre. En la calle oímos un tumulto: la campana de un coche de bomberos que corría en dirección a Oxford Street. Holmes permaneció inmutable—, ¿Qué puede decirnos de sus secuestradores, amigo mío? ¿Pudo ver cuántos hombres eran?

Gillette negó con la cabeza, hundidos los hombros. A pesar de que hacía lo posible por recuperar su antiguo aplomo, oscuras ojeras demacraban su pálida tez.

Según le diera la luz, parecía un resucitado.

—Dos de ellos me abordaron en el carruaje, cuando iba al teatro... j Se suspendió la representación?

—Salió adelante, señor —informé yo, mostrándole una sonrisa de orgullo——. ¡Con la inestimable colaboración del señor Holmes!

Gillette miró al detective, pero éste no explicó que lo había sustituido interpretándose a sí mismo y otorgándose así los aplausos y la gloria de su imitador, que a fin de cuentas era su propia gloria.

—Esos caballeros que tantas molestias se toman con mí persona —dijo por fin Holmes—. ¿Se dirigieron a usted en francés por un casual?

—No. —Gillette acompañó la negativa con un gesto de cabeza—. Me interrogaron en inglés. Pero entre ellos hablaban... creo que en alemán. A veces se dirigían a mí en ese idioma, dando por hecho que los comprendía.

—*Natürlicb.* —Holmes sonrió afectadamente.

—Llegué a la conclusión, pese a las nieblas de la droga que me habían suministrado, de que me estaban confundiendo con usted, Holmes —dijo Gillette—. Pero algo, supongo que el instinto de conservación, me indujo a no sacarlos de su error. Comprendí que, vivo, valía algo para ellos. No como William Gillette, sino como usted mismo. En cuanto advirtieran que se habían equivocado de hombre..., bueno, no me dio la impresión de que fueran a darme una palmadita y un cigarro como disculpa.

—Hizo usted bien —reafirmó el detective—. Pero no ha contestado a mi pregunta: ¿pudo ver cuántos eran?

—No menos de cinco, en todo caso. Quizá más. Los tres hombres que me vigilaban cuando ustedes dos llegaron al rescate... más uno o dos más, no estoy seguro. Doy por hecho que la muchacha que me abordó con los dos primeros hombres en el carruaje era una pelandusca contratada para la ocasión —añadió, agachando la cabeza, avergonzado.

—¿Había más secuestradores? —dije yo, masticando un filete que me estaba sabiendo a maná del cielo después de las muchas emociones del día—. ¿Y dónde estaban cuando llegamos?

—No lo sé —respondió Gillette; advertí que, en presencia de Holmes, quizá de manera involuntaria, imitaba sus gestos y su acento. Gillette era actor hasta la médula —. Parecían tener un plan establecido. Un plan al que se ceñían con regularidad milimétrica. Como si fueran miembros de un ejército.

Holmes asintió. Encendió un cigarrillo y jugueteó con el tenedor, revolviendo el contenido intacto de su plato. A mí seguía sin entrarme en la cabeza que después de todas las peripecias del día no tuviera ni pizca de hambre. Yo podría haberme comido la cena de los tres, y seguro que aún habría encontrado hueco para el carrito de los

postres. '

—No se trata de un conjunto de iluminados, me temo —reveló Holmes—. Aun cuando jugó a darnos una pista incompleta sobre Carfax y el manicomio, el señor Crowley los acusó de cientifistas.

Gillette se le Quedo mirando sin comprender, no se si la mención al mago o lo que la palabra entrañaba para ambos. Holmes no ofreció explicación alguna al comentario. Noté que su mente, una vez más, se había sumido en ese frenético análisis característico donde iba sopesando y descartando mil y una conjeturas.

—Me fingí inconsciente un par de veces, cuando no pude contestar a sus preguntas ni siquiera bajo los efectos de la droga —continuó contando Gillette, entre bocado y bocado—. Estoy seguro de que en ningún momento revelé quién soy en realidad, o en todo caso no me creyeron, porque nunca dejaron de dirigirse a mí como «señor Holmes», ¿sabe usted, querido amigo? Pero hubo un par de comentarios que me llamaron la atención: hablaban de "el manuscrito original» y se referían a mí, es decir, a usted, como «el hombre más inteligente

Holmes esbozó una mueca sardónica, como si el epíteto le resbalara o estuviera muy por encima de este tipo de alabanzas.

—¿Recuerda coherentemente alguna de esas preguntas que le hicieron?

Gillette negó con la cabeza, desvalido. Advertí que de vez en cuando sus manos temblaban.

—¿Qué pretendían, señor Holmes? —suspiró por fin—. ¿Qué quieren de usted?

—No lo sabemos todavía, William. Está claro que pensaban marcharse a toda prisa del asilo de lunáticos abandonado. Y no dejar huellas de su paso para impedir que Scotland Yard rastreara su paradero. El hecho de que hicieran detonar las cargas tras nuestra intervención sólo puede considerarse una medida de emergencia, adelantada unas horas a lo que tenían previsto de antemano.

Holmes se volvió hacia la puerta. Justo en ese momento, el inspector Harold Wiíberforce y un ayudante entraban en el restaurante y caminaban con paso resuelto hacia nuestra mesa.

—Me temo, amigos míos —dijo Holmes, encendiendo un cigarrillo—, que todavía nos esperan más malas noticias.

15

Y malas noticias trajeron. O sorprendentes, cuando menos. El joven inspector de Scocland Yard se sentó a nuestra mesa, entre complacido y molesto al comprobar que Holmes había sido capaz de liberar a Gillette de sus captores sin precisar de la ayuda de su cuerpo especial de policía. Tenía el pelo húmedo de sudor, y gruesas marcas de hollín en las sienes *y* en la ropa.

—¡Inenarrable, caballeros! ¡Una batalla sencillamente inenarrable!

Holmes alzó una ceja, escéptico.

—Vamos, vamos, Wílberforce, menosprecia usted las capacidades narrativas de nuestro idioma —reprendió, como un maestro de canto a un alumno que ha cometido un desliz imperdonable—. Su estimable progenitor o mi querido biógrafo habrían sabido hallar la expresión adecuada para causar hondas emociones en sus lectores. Y no dudo de que usted hará lo mismo con nosotros, pues de casta le viene al galgo y a fin de cuentas ha estado presente en tan simpar acontecimiento. Circunstancia de la que no pudo alardear lord Tennyson y ya ve cómo nos sigue haciendo cabalgar hacía la gloria con sus heroicos seiscientos.

Hizo una pausa *y* sorbió de una copa de vino blanco con el que apenas se humedeció los labios. Se volvió hacia el jovencísimo ayudante de Wilberforce, que se había mamenido hasta ese momento en segundo plano, el rostro oculto a la luz *y* medio cubierto por el ala de un sombrero.

—Wiggins —dijo—, al fin tienes un caso de altura, como siempre quisiste.

El interpelado se encogió de hombros. Me volví a observarlo, tan asombrado que casi no contesté a SIL saludo. Era Wiggins, sí, el jefe oficioso de los Irregulares de Baker Street, a quien no veía desde hacía casi diez años, desde aquella noche que fue mi última aventura con el grupo y con el señor Holmes. Había cambiado mucho, no como el espejismo de Lucy la muerta que me había parecido ver en Carfax hacía unas horas: era casi tan alto como Holmes, pero más fornido, con el pelo pelirrojo y patillas a juego que revelaban la sangre escocesa que corría por sus venas. Con disimulo escruté la mitad de su cara que siempre parecía dirigir hacia las sombras, la mejilla que los dedos ardientes del mandarín habían marcado a fuego. La cicatriz le seguía corriendo desde el párpado a la mandíbula, pero ya no era un tizón rojo que chispeaba, sino una huella blanquecina en su tez sonrosada. Estaba desfigurado, sí, pero no de una manera llamativa, o al menos no peor que la de muchos otros hombres que sufren heridas similares en accidentes de trabajo o en la guerra. De cualquier forma, el doble rastro de carne marcada le daba a su rostro en conjunto una extraña cualidad, como si Riera dos personas en una, mitad y mitad, un policía joven e interesado por una parte, un hombre más maduro que sus años por el otro, amargado por aquel estropicio a deshora en su cara. La marca del número dos, aunque por fuera

yo no le diera importancia, sí que había calado en mi antiguo colega hasta dentro.

—Hace tiempo que no sé de ti, Charlie —dijo Wiggins, estrechándome la mano—¿Ya no te escapas de los hospicios como antes?

Respondí con una sonrisa cohibida, encogiéndome de hombros. Me chocó que yo no hubiera sabido nada de Wiggins en todo este tiempo pero él sí estuviera al tanto de mis entradas y salidas de las casas de acogida. Pero claro, yo no era policía, ni habría querido serlo.

—Eso se le daba mejor a mi hermano Syd que a mí —contesté—. Tenía las piernas más largas y corría más rápido. A mí siempre me atrapaban. Y además, aunque la comida fuera una bazofia, por lo menos estaba caliente, conque al final aguanté y esperé a tener edad para buscarme la vida por mi cuenta. Veo que a ti no te han ido mal las cosas.

—No me puedo quejar —contestó mi amigo, señalándose la placa. Qué extraño era tener a un polizonte hablandó contigo como si tal cosa, sin pedirte ninguna documentación ni hacer alardes de fuerza con la porra—. El señor Watson me curó, el señor Holmes se encargó de ayudarme más tarde; cuando tuve la edad solicité el ingreso en el cuerpo... y aquí estoy, ayudante de inspector en Scotland Yard. Me examinaré para sargento dentro de seis meses.

— Y de aquí a un par de años, me quitará el puesto.—apunto Harold Wílberforce —. Es tenaz, aunque me temo que ve conspiradores y bandas de asesinos por todas partes.

—Los hay, señor —cortó Wiggins, volviendo hacia su joven superior la mitad de su rostro que le daba un aire despectivo—. Hoy mismo hemos sido testigos de que los hay.

—Confío, en cualquier caso, en que el incendio del Museo Británico ya baya sido sofocado —tetció Holmes, apagando al mismo tiempo, con énfasis, el cigarrillo que había estado fumando, aunque apenas había dado dos caladas.

Wilberforce se lo quedó mirando con los ojos como platos. Holmes sonrió, retándolo una vez más a que averiguara la razón por la cual había llegado a aquella deducción irrebatible. Con disimulo, olisqueé al inspector de policía y su ayudante y comprobé que, en efecto, si yo olía a polvo, ellos apestaban a humo.

—El incendio está controlado, sí —titubeó Wilberforce, sirviéndose una copa de agua que apuró de un trago; debía de tener la garganta reseca, y de vez en cuando tosía—. Sin embargo, me temo que...

—Cuéntenos por orden cómo se han desarrollado los acontecimientos, se lo ruego.

Wilberforce carraspeó. Vaciló un instante antes de lanzarse de lleno a su relato, como si en efecto dudara de sus capacidades narrativas o no quisiera reconocer lo que en él era un don innato y no una habilidad adquirida. Miró a Wiggins, como para que

éste le diera el visto bueno, cosa que hizo con un levísimo gesto de cabeza, invertidos por un instante los papeles de inspector y ayudante. Wilberforce era consciente de que Wiggins tenía una relación previa con Holmes a la que él no podía aspirar a llegar en su vida, y eso lo retraía un poco. Ironías del destino, cuatro de las cinco personas reunidas en torno a aquella mesa habíamos cruzado nuestras vidas con su padre, el poeta perdido, el hombre de quien él no quería hablar, pues se avergonzaba claramente de ser hijo suyo. Más o menos, pensé, como me pasaba a mí con mi propio padre.

—Seguimos la estrategia que habíamos planificado —empezó a contar—. Sacamos el esqueleto y los restos del Hombre Elefante del Royal London Hospital y lo trasladamos a uno de los sótanos del Museo Británico, a la espera de que ese profesor Challenger, amigo suyo, fuera a examinarlo, como usted pidió, señor Holmes. Todo sin llamar mucho la atención, aunque es evidente que desde algún lugar cómplices eventuales o sicarios habituales nos estarían vigilando. Luego, apostamos a la flor y nata de Scotland Yard en todas las entradas y salidas del Museo, en el tejado, en las calles adyacentes. Y prohibimos la circulación en toda la manzana, para asegurarnos de que ningún carruaje pudiera llegar hasta allí.

—De ese modo, dificultábamos aún más que alguien pudiera sacar los restos del Hombre Elefante —intercaló Wiggins, sentado a mi lado, ofreciéndome la parte amable y más humana de su rostro—. No pesan poco, precisamente.

—Cinco hombres y yo mismo nos encerramos en el sótano con el catafalco de esc pobre infortunado de Joseph Merrick. —Wilberforce retomó la narración—. Les aseguro, caballeros, que entrar allí y llevarse ese dudoso tesoro debía de ser más difícil que asediar jartum. Nosotros mismos habíamos tardado más de dos horas en trasladar los restos a ese sótano... era imposible que nadie pudiera llegar a su emplazamiento y robarlo.

»¡Qué equivocados estábamos! ¡Qué inteligentes y atrevidos son los enemigos a los que nos enfrentamos! Supongo que después de la información recibida esperábamos, no sé, a un puñado de fanáticos vestidos con capuchas oscuras y símbolos mágicos en el pecho, sicarios enloquecidos dispuestos a robar un talismán inapreciable, y que avanzarían hacia nosotros como los sijs en la India, dispuestos a todo, incluso a la muerte, con tal de lograr su objetivo.

—No fue así —continuó Wiggins, porque Wilberforce, heredero de escritor, parecía haberse quedado nuevamente sin palabras—. A pesar de la vigilancia y los sistemas de control, lograron de algún modo burlar nuestra guardia. No eran unos fanáticos enloquecidos, señor Holmes, señor Gillette, Charlie, sino un comando perfectamente estructurado, coordinado al máximo en su acción. Por eso mantengo que se trata de una banda de asesinos organizados. SÍ no son soldados de élite de una potencia extranjera, sin duda han recibido entrenamiento militar.

Holmes reconoció con un leve tirón en los músculos de la mejilla aquella información, como si la hubiera estado esperando. Instó a los dos policías a continuar. Fue Wiiberforce quien retomó la palabra.

—Debieron entrar en el museo a lo largo de la tarde, mientras las puertas estaban aún abiertas, y en los muchos recovecos de ese palacio de la historia se ocultaron hasta que cayó la noche y les llegó la hora de actuar. Usaron en todo momento uniformes de campaña. Apuesto a que una investigación más exhaustiva de los hechos nos descubrirá uniformes de Scotland Yard en algún almacén o tras alguna vitrina, los que emplearon para infiltrarse entre nosotros. En la cabeza, según comprobamos después, llevaban balaclava.

—¿Lo ven? —interrumpió Holmes, feliz—. ¡Sabía que tarde o temprano tendría que salir la alusión a lord Tennyson! Pero lo he interrumpido, inspector Wilberforce. Sea tan amable de continuar, se lo ruego.

—Poco hay que contar, señor Holmes. A la hora establecida el comando actuó contra mis hombres. Salieron de la oscuridad, como si la sombra adquiriera brazos y piernas. Por fortuna, Freddie Wiggins los vio moverse entre las piezas expuestas e hizo sonar el silbato antes de dispararles y dar la alarma.

—No crea que sirvió de mucho —confesó Wiggins, algo azorado ante el reconocimiento inmediato de su jefe—. Eran unos ocho o nueve hombres, quizá más. Se movieron entre los pasillos del museo con precisión de máquinas, aprovechándose de nuestro temor a destrozar reliquias de valor incalculable. En seguida se hicieron con la primera planta y bajaron al sótano.

—Pero allí, un grupo de hombres escogidos y yo mismo los estábamos esperando —dijo Wilberforce, con los ojos brillantes—. Fue un tiroteo desagradable, si se me permite la expresión y existe alguno que no lo sea. Disparos a ciegas entre columnas y armarios, fogonazos ensordecedores y ayes de dolor en nuestro bando y en el suyo. Sé que abatí al menos a dos de ellos. Mis hombres hicieron otro canto. Y en todo momento, aquella sensación de irrealidad que nos rodeaba, estar usando armas modernas en un templo de piezas antiguas que sólo habían oído durante cientos de años el viento del desierto y el entrechocar de espadas de acero.

—Había algo que me resultó sorprendente, señor Holmes —aclaro Wiggins—. La operación de nuestros enemigos había sido medida al detalle. Habían sido capaces de preparar el asalto a la perfección, burlando la férrea seguridad de la policía. Pero nosotros habíamos elegido colocar el catafalco del Hombre Elefante precisamente en una sala casi inaccesible. Aunque nos derrotaran y asesinaran a los hombres que protegíamos los restos, les iba a resultar imposible volver a escapar por donde habían venido. Los disparos habían alertado a las otras fuerzas que habíamos desplegado por la plaza. Era sólo cuestión de tiempo, y de vidas, que los acorraláramos.

—Pero ese fue todo el tiempo nuestro error, señor Holmes —continuó

Wilberforce—. En ningún momento pretendían *robaré,* cadáver del Hombre Elefante. Su intención era, sencillamente, *destruirlo.*

Wilberforce hizo una pausa, con la garganta seca, y se sirvió un nuevo vaso de agua. Holmes entrecerró los ojos.

—Una especie de... granada incendiaria estalló sobre el ataúd —continuó Wilberforce—. Y de pronto otra más. Y todos nos vimos envueltos en llamas. Lo que sucedió a continuación fue... dantesco. El sótano en el que nos encontrábamos sucumbió al poder del ruego. Algunos de mis hombres, mientras intentaban sofocar el incendio, fueron alcanzados por los disparos de aquellos malhechores... o por nuevas granadas incendiarias. El tiroteo se recrudeció. Y de pronto se hizo el silencio.

»Los asaltantes, cuando comprobaron que el daño causado era ya irreversible, retrocedieron por donde habían venido. Sus disparos y los nuestros se confundieron con los disparos de las fuerzas policiales que acudían al rescate. Pero ya era demasiado tarde para nuestros propósitos, señor Holmes. Ellos, sencillamente, habían vencido. Algunos cayeron acribillados por nuestras balas cruzadas, otros se entregaron, y los menos consiguieron huir.

—Pero habían cumplido su objetivo —se lamentó Wiggins—. Habían destruido los restos del Hombre Elefante. No querían robarlo. Ése nunca fue su deseo. Por motivos que desconocemos y que posiblemente no comprenderemos jamás, lo que ha querido todo el tiempo ese ejército extranjero, esa secta o esa orden demoníaca es eliminar a un hombre muerto.

Holmes reflexionó un segundo, frunciendo los labios. Estaba muy pálido y por un momento me pareció agotado.

—Naturalmente, amigos míos, es baladí interrogar a esos prisioneros —dijo—. En el hipotético caso de que hablaran nuestro idioma, cosa que dudo, no estarán al corriente de los motivos que tanto les atormentan. Se trata de mercenarios contratados para tal fin, no de auténticos acólitos. Por mucho que los interrogue, señor Wilberforce, no conseguirá arrancarles más que los datos de unas cuentas bancarias inaccesibles y la descripción contradictoria de agentes de los Herederos de Horus camuflados en cualquier lugar de Europa.

La gruesa figura de Mycroft Holmes apareció entonces en la puerta que daba al salón comedor contiguo. Con su enorme cachaza, se acercó hasta donde estábamos y se sentó pesadamente frente a su hermano. Colocó una mano sobre el hombro del abatido Wilberforce, como para ofrecerle consuelo.

—Señor Gillette —dijo, saludando al actor, que como yo parecía pillado en un enigma que escapaba a su entendimiento—. Compruebo que goza de buena salud, como esperábamos.

Se volvió hacia su hermano.

—En Car fax, claro.

—En un pasadizo entre la abadía y el manicomio —reconoció Holmes—. Espero que los bomberos hayan acudido allí también.

—Lo han hecho. Aunque la situación en el Museo Británico llegó a ponerse fea durante unos minutos, como Wilberforce y tu antiguo protegido muy bien podrán testificar. A la lamentable pérdida de vidas humanas hemos estado a punto de sumar la de legados históricos sin precio.

—Incluidos los restos del Hombre Elefante —dijo Wilberforce, abatido—. Aunque sólo Dios sabe por qué querrían destruirlos.

Mycrort Holmes cruzó una mirada con su hermano.

—Sí, quizá Dios tenga algo que ver con todo esto. Antes Él, sin duda, que el diablo.

—¿Sin novedad en el London Hospital? —preguntó el detective.

—Sin novedad —confirmó Mycroft—. La argucia funcionó a la perfección, Sherlock, como ya sabíamos. El ejército sigue custodiando la vitrina, Y ese orangutan de nuestro primo, Challenger está entusiasmado estudiando los restos.

Wilberforce, Wiggins, Gillette y yo mismo miramos a los dos .hermanos Holmess — Ninguno de los cuatro entendió al principio de qué estaban hablando.

—El desdichado Joseph Merrick sigue bien, sí podemos aplicar esa expresión a su triste caso —dijo Mycroft, el jefe de espías—. Custodiado por un regimiento de élite de su majestad; inaccesible mientras ese excéntrico antropólogo lo pesa y lo mide. Me temo que lo que estos comandos han destruido en el Museo Británico es una momia sin valor, los restos de un campesino del siglo pasado que encontramos en Candem.

—Pero mañana, naturalmente, los principales periódicos se harán eco de cómo un incendio casual ha destruido los restos del Hombre Elefante —corroboró Holmes—. Esa pequeña intoxicación informativa hará que nuestros amigos se pongan en marcha y podamos seguirlos hasta su madriguera.

Mycroft Holmes depositó sobre la mesa, frente a su hermano, dos billetes de tren y dos de barco.

—Suiza, por supuesto —dijo.

Holmes sacó la navaja del agresor de *Hugo*. La abrió con un chasquido *y* la mostró. En la empuñadura pudimos ver una cruz helvética inconfundible.

—En Suiza, sí, donde todo comenzó— murmuró Sherlock Holmes, mientras recogía los billetes.

Yo me estremecí de la cabeza a los píes. Suiza era el lugar donde Sherlock Holmes había encontrado una vez la muerte.

16

A la luz de los nuevos acontecimientos, consideré que mi participación en tan extraordinario caso había tocado a su fin. Así se lo hice saber al señor Holmes, después de que los otros cuatro caballeros abandonaran la mesa para dirigirse, según sus respectivas obligaciones, a la oscuridad del ministerio, el descanso del hotel o la burocracia de la comisaría y las pesadillas privadas de cada uno. Pese a sus inigualables dotes de deducción, Holmes pareció sorprendido ante mi salida.

—¿Cómo es posible, Charlie? —me dijo, mientras encendía una pipa por primera vez desde nuestro encuentro—. Ahora es, precisamente, cuando este peculiar asunto se vuelve más interesante. Su desenlace está, como si dijéramos, a ía vuelta de la esquina.

Yo me encogí de hombros y, muy ufano, esta vez no me guardé los panecillos que habían sobrado de la cena. Suelo aprender las lecciones, sobre todo cuando no aprenderlas me lleva inevitablemente a meterme en líos..., asuntos de faldas aparte, pero supongo que algo tendrá que ver con eso el haber tenido durante tantos años por abogado a un eterno enamorado de *la femme,* el general de brigada Theodore Marley Brooks, uno de los hombres más duros que he conocido en mi vida, a pesar de su aspecto de petimetre acicalado y pendiente de dictar la última moda.

—Verá usted, señor Holmes —me excusé—, no pongo en duda que esta aventura se acerque a su final, pero ahora que el señor Gillette está sano y salvo, yo ya no pinto nada en esta historia. Tendré que volver al teatro mañana por la noche, o pasado a más tardar. Y de cualquier forma no he hecho más que molestarle en codo este caso.

Holmes alzó una ceja *y* me miró severamente.

—Charlie Chaplin, te subestimas. Si no hubiera sido por ti, posiblemente el señor Gilletce y yo mismo estaríamos ahora sepultados bajo un montón de escombros en el subsuelo de la abadía de Carfax. Fue una suerte que encontraras ese pasadizo por el que pudimos escapar en buena hora.

—Pero lo que yo podía hacer para ayudarle ya lo he hecho, señor Holmes —insistí, ruborizándome—. Hemos rescatado a Gillette y he devolver, con él, a mi trabajo de siempre. Además, tanto ir y venir de un lado a otro hace que me sienta como un bobo. No entiendo nada.

Holmes suspiró y se quitó la pipa de la boca.

—Sí, mi fiel Watson de vez en cuando me acusaba de lo mismo, en nuestros buenos tiempos. Debe de ser un recuerdo de mi época teatral, Charlie. Sentido demasiado acusado del drama, tal vez. Es común en mí retener información y no compartirla. Es la moneda más valiosa que existe, ¿sabes? La información.

Me encogí de hombros. Jugueteé con uno de los tenedores, lo solté junto a un plato.

—Supongo que los datos que usted maneja serían incomprensibles para mí, de todas formas.

—Posiblemente, aunque es cierto que podría haberte explicado con más detalle nuestros pasos. Pero ahí también entra en juego tu propia seguridad, muchacho. Nos enfrentamos al que es, quizá, el caso más abominable de toda mi carrera. Las conclusiones que extraigamos al final de esta aventura, si es que Dios quiere que salgamos victoriosos de ella, podrían alterar el curso de la historia.

—Razón de más para comprender que es un asunto que me viene demasiado grande, señor Holmes —insistí, aunque estaba impresionado de verdad por la convicción con que había pronunciado aquellas últimas palabras. Cuando un hombre como Sherlock Holmes se ponía serio, uno advertía de inmediato que sus palabras no podían tomarse a la ligera.

—Nadie es demasiado pequeño para servir a su patria, Charlie. Nadie. Nos enfrentamos a un grupo en la sombra que podría socavar el orden mundial no de este momento, sino de generaciones futuras. Nuestros enemigos han huido creyéndose victoriosos en parte, tras la «destrucción» de los restos del Hombre Elefante. Pero su plan ha quedado incompleto y son conscientes de ello.

—Se les ha escapado Gillette —murmuré, una parte de toda la historia que sí había entendido—. Es decir, usted mismo.

—En efecto —afirmó el detective, aprobando mi deducción; me sentí satisfecho —. Eso quiere decir que volverán a intentarlo. Aunque quizá no conmigo.

—¿Con su hermano Mycroft? A fin de cuentas, según usted, él sí que es el hombre más inteligente del mundo.

Holmes sonrió con la boca torcida. Le molestaba hablar y tener la pipa en la boca al mismo tiempo: en eso Gillette le llevaba ventaja, pero claro, Gillette había aprendido a declamar controlando perfectamente su diafragma, y Holmes no necesitaba proyectar la voz desde un escenario.

—No, mi hermano no —rechazó el detective—. Mycroft es invisible. A todas luces inexistente, no tiene siquiera documentos que corroboren quién es, ni una partida de nacimiento, ni un pasaporte. Mycroft, fuera de un círculo enormemente reducido, no es nadie. Y, aunque no lo fuera, lo rodea una muralla de seguridad absoluta. Mycroft es inalcanzable.

—Dudo entonces que haya otro ser humano de sus mismas características en el mundo, señor Holmes —dije yo, y era sincero. Nunca había visto a nadie más inteligente ni más astuto que el detective que en esos momentos actuaba como mi mentor. Me costaba trabajo imaginar que pudiera haber otra mente analítica no ya superior, sino igual a la suya.

—Pero lo hay, Charlie —afirmó el detective, sin falsas modestias de ningún tipo —. Y en cuanto los herederos de Horus reparen en su existencia, verán que es más

fácil echarle mano a él que a mí.

—Sigo sin comprender nada.

—Sólo te diré un par de cosas. Por tu propia seguridad, Charlie. Y por la mía. Y por la de Inglaterra y el mundo civilizado, si te empeñas. Tenemos que ir a Suiza porque fue allí donde empezó esta historia, o al menos nuestra participación en ella.

—¿Quiere usted decir que detrás de todo este enredo puede estar la banda del profesor Moriarty? ¿O Moriarty mismo?

Holmes negó con la cabeza.

—Moriarty murió en las cataratas de Reichenbach, eso es cierto. Y su banda fue desarticulada cuando detuvimos al coronel Moran tres años más tarde. Pero hay otros grupos, como ya sabes, tejiendo sus telas de araña por todas partes: recuerda aquel desagradable incidente con los orientales de Limehouse. La semilla del mal crece fácilmente en tiempos de crisis, ya sea en forma de células revolucionarias o de sectas de iluminados. Cuando regresaba a Inglaterra tras el episodio de mi muerte falsa encontré un libro, Charlie. Un libro... inaudito. A él se referían los secuestradores de Gillette cuando hablaban entre sí del «manuscrito original». Estoy convencido de que los Herederos de Horus pretenden utilizarlo para un fin espantoso, aunque todavía no sé exactamente cómo ni cuál puede ser.

—Por eso saquearon Baker Street —dije, comprendiendo al fin una parte dei rompecabezas.

—Exactamente. Ignoro por qué me quieren a mí, si ya tienen lo que buscaban, o al menos parte de ello. Yo mismo no fui capaz de entender gran cosa de lo que se explicaba en ese libro, pero quizá creen que sé algo más de lo que sé. Quizá creen que yo soy responsable de que faltasen algunas páginas en ese manuscrito.

Volví a no enterarme de nada. Entre que a Holmes le gustaba crear misterios y que se negaba en redondo a darme detalles concretos, seguía sintiéndome como el espectador que llega a mitad del primer acto y ya no es capaz de entender la obra.

—Sin duda, Aleister Crowley estaba al tanto de la existencia de ese libro, y sabía asimismo que yo lo tenía en mi poder —continuó Holmes—. Y por eso me mantuvo bajo vigilancia, pues era consciente de que esa sociedad secreta rival suya querría ponerme la mano encima. A él debemos, lo tengo muy claro, mi intervención en este caso, pues sus hombres se las apañaron muy bien para que yo advirtiera que me observaban. Eso precipicio mi llegada a tiempo para salvar a Gillette.

—¿Crowley no quiere que los Herederos de Horus se salgan con la

—Tal vez desee poner en práctica para sus propios fines lo que en ese libro se dice. O, conociéndolo, prefiera que no se cumpla nunca.

—¡Es un libro de magia, señor Holmes?

El detective hizo una mueca de desdén. Lamenté haber mencionado una temática por la que él no sentía ningún respeto.

—En modo alguno. Es un libro de ciencia. Ciencia que está más allá del bien y del mal, Charlie. Ciencia que está muy por encima de nuestra capacidad de asombro y hasta de nuestro nivel de desarrollo. Los hombres no están preparados para lo que ahí se dice. No lo están hoy, y posiblemente no lleguen a estarlo nunca.

—Pero si ese libro, sea cual sea, plantea un imposible... ¿cómo sabe usted que se puede conseguir lo que dice?

—Por Joseph Merrick —dijo Holmes, pero no continuó explicándome esa parte de la historia. Cambió de tema—. Sean cuales sean los métodos, lo que en esas páginas se preconiza puede conseguirse, pero no tengo ni idea de cómo. De cualquier manera, he de desaparecer, Charlie. He de camuflarme de nuevo, como ya me he camuflado tantas veces en el pasado. No creo que los Herederos de Horus sean capaces de volver a confundirme con William Gillette, pero sin duda continuarán buscándome, para eliminarme o para hacer de mí lo que quiera que pretendieran en primera instancia. No puedo volver a Sussex y esperar cruzado de brazos que vengan a por mí, o que se ceben en la indefensión de otro hombre. Mi intención es ir a Europa, como ya has visto.

—Viajar a Suiza.

Holmes asintió. Sus ojos brillaban con aquella excitación contagiosa que sólo parecen experimentar quienes están tocados por un halo divino.

—Viajar a Suiza, en efecto. Y para eso tendré que disfrazarme. Me detectarían si recurriese a mi viejo amigo el doctor Watson, pues nuestras figuras se han hecho inconfundibles en todo el planeta, una más de las desventajas de la fama: en eso sale ganando mi hermano Mycroft, que se mantiene anónimo en segundo plano. Si viajo solo, nuestros enemigos deducirán que huyo o que voy a su encuentro como un perro de presa. Pero un viejo explorador acompañado por un joven criado no llamarían la atención en los puestos fronterizos donde sin duda me esperan.

—Los Herederos de Horus ya me han visto con usted, señor.

—¿De veras crees eso? Vieron una figura cubierta de polvo *y* yeso de la cabeza a los pies, acompañada por un perro enorme. No, Charlie. El hombre que huyó antes de detonar los explosivos no pudo verte bien, no pudo saber que eras tú: hasta puede que imaginara que vio un fantasma, cosa que no es inaudita en un sitio como Carfax, según he oído decir. Por eso tu colaboración en esta historia sigue siendo importantísima. Viajaremos a Suiza corno señor y criado, y allí intentaremos desenmascarar a esos Herederos de Horus y proteger a ese otro pobre hombre cuya vida peligra, y con él, la vida del ser humano en el futuro.

—El hombre más inteligente del mundo —susurré yo. Delante de Holmes, pronunciar esas palabras referidas a otra persona me parecía como estar mencionando a una especie de dios viviente. Me recordé a mí mismo que el detective quería que lo acompañase a un país de altas montañas, pero no al Olimpo.

—No te preocupes por las representaciones de esa obrita, Charlie. Puedo asegurarte que el señor Gillette ha tenido aventuras de sobra para buena parte de su vida. Seguro que decide regresar a Estados Unidos y seguir representando allí su romántico libreto, y continuar completando sus colecciones de trenes de juguete y con sus escarceos con el espiritismo, al que es tan aficionado. —Torció el gesto, desaprobando los gustos de su imitador—. Y siempre podríamos llegar a un acuerdo para que mi hermano Mycroft apoyara económicamente tu colaboración en esta aventura.

—Es que necesito dinero, señor Holmes —dije, mirándome las botas. Un calcetín raído empezaba a asomar por la puntera—. Para pagar las deudas que me acosan y, sobre todo, el tratamiento de mi madre.

Holmes asintió. En sus ojos grises vi un brillo de compasión que no había visto nunca antes en nadie, y comprendí demasiado tarde que también el debía de haber pasado, de más joven, por el trance de saberse solo, sin padre o sin madre, en un mundo incomprensible que parece más grande e inhóspito sin su presencia.

—Mycroft se encargará de que esté bien atendida en todo momento.

Alcé la cabeza y sonreí.

—Entonces Suiza nos espera, señor Holmes.

—Como mi buen Mycroft ya sabía —dijo Holmes, mostrando los dos billetes del expreso continental—. Vamos. Tenemos que preparar las maletas, adquirir un par de libros para el viaje y planear qué pasos vamos a ir dando cuando lleguemos a Berna. ¡Después de un buen montón de años el famoso explorador noruego Sigerson volverá a caminar por la vieja Europa!

Carraspeé, intentando no parecer demasiado entrometido. Pero una de las cosas que se aprenden en mi oficio es que conviene cambiar de papel de cuando en cuando: nunca es bueno encasillarse en el mismo personaje. Tú te cansas, el público se aburre, al final acabas por volver a pasar hambre.

—Discúlpeme un momento, señor Holmes... pero ¿no cree que a estas alturas todo el mundo sabe ya que Sigerson y Sherlock Holmes son la misma persona? El doctor Watson se ha encargado de contar con todo lujo de detalles su biografía.

Holmes hizo una mueca, entre fastidiada y divertida. A pesar de que le gustaba llamar la atención como al que más, era perfectamente consciente de que un detective privado debe cultivar el anonimato y la discreción por encima de otras cualidades, y Watson se había encargado en sus escritos de proteger la intimidad de aquellos a quienes Holmes había resuelto la papeleta con sus dones... pero no al detective, quien ahora veta torpedeado su trabajo precisamente por la popularidad de los relatos y novelas dedicados a su persona.

—Tienes razón, Charlie. Habrá que adoptar otra personalidad, algo teatral, algo misterioso... ¡el inventor Sherrinford Locksley y su ayudante Ormond Sacker! Tendré

una mano impedida y hablaré con acento del sur, ese deje peculiar que tanto he oído estos últimos años. Y en cuanto a ti... ¡Ya lo tengo! Serás tímido y silencioso, quizá mudo. Allá adonde vamos, no entenderás el alemán de todas formas. Un poco miope, así tu semblante cambiará con unas buenas antiparras... ¡Será el disfraz perfecto! ¡En marcha! ¡Tenemos que volver a despertar a Mycroft para que nos proporcione los documentos falsos que acrediten nuestras nuevas personalidades! ¿Dónde habré dejado mi vieja guía Bradshaw? Diga lo que diga Aleister Crowley, no hay ningún buen caballero inglés que se precie que se atreva a salir de casa sin ella.

Continuó caminando a paso rápido, ensayando un lenguaje corporal distinto con el que componer al personaje que ya daba vueltas en su imaginación. Lo imité, cuadrando los hombros y tropezando con todo lo que me encontraba en el camino, para acostumbrarme a la vida desde dentro de la careta de un miope. El señor Holmes era un artista nato, admiré, llevaba el teatro en la sangre, y esa sangre revivía al componer un personaje nuevo, al recordarle otros años juveniles en los que había hecho de mi profesión una pasión no muy distinta a la mía. Holmes había pasado los últimos tiempos retirado del mundo, reflexionando y estudiando, pero ahora un soplo de vida fresca le traía el regusto de aquella otra época en que el mundo todavía podía ofrecerle entretenimiento, aunque fuera bajo la piel maquillada de otros personajes, tan exagerados e imposibles como los que acababa de crear ahora, como quien improvisa una rima en una canción de corro. Sherrinford Locksley y Ormond Sacker. Me encantó lo rebuscado y romántico de aquellos dos nombres tan sonoros.

Los caballeros que nos vieron pasear por el Strand a aquellas horas, sín duda alguna nos tomaron por dos locos sin oficio ni beneficio que se movían de aquella forma tan extraña, tambaleándose y riéndose, porque habían bebido demasiado. Qué poco imaginaban, ellos y nosotros mismos, los espantos que nos aguardaban al final del camino.

17

Entonces supe lo que es el miedo. No el miedo a la oscuridad, al hombre del saco o las brujas de East Pole, no. NÍ el miedo a que los matones de la calle te esperaran a la salida de la escuela el día que no hiciste novillos por tu buena conciencia o a que un poli te pillara en un callejón oscuro después de haberle birlado una manzana a Molly la ciega, ni siquiera el miedo a una niña que no envejecía y que rondaba las ruinas de una abadía donde quién sabía qué espantos habían tenido lugar en el pasado. Miedo de verdad, miedo irracional al comprobar que no estás en tu elemento y que debajo de tus pies, o debajo de lo que está debajo de tus píes, hay un suelo muy distante emparedado entre metros y más metros de agua.

Enfrentados a la naturaleza, los seres humanos no somos nada, y lo comprobé perfectamente en mi primer viaje en barco. Una cosa es darte un chapuzón en una zanja, donde además siempre haces pie y por si acaso te mantienes cerca de alguien que pueda sujetarte si resbalas o te da un calambre o un cangrejo de río te sube por los calzones. O cruzar el río en una barquita, agarrado a las barandillas y fingiendo que no te molesta el viento en la cara. Pero ver cómo lo único que siempre has dado por seguro en toda tu vida, la horizontalidad del suelo, tu figura erguida como un poste y el ángulo recto que forma ni cuerpo con tu sombra de pronto desaparecen y son sustituidos por un balanceo inverosímil que lo mismo va de arriba abajo que de abajo arriba, de izquierda a derecha que de derecha a lo alto, o de izquierda al suelo, y vuelta a empezar, mientras la vista se te nubla y los oídos comienzan a zumbarte y el desayuno te da vueltas en el estómago y empiezas a recordar perfectamente uno por uno los ingredientes de la cena y hasta lo que comió y cómo lo comió y de qué manera chorreante se manchó aquel señor del bigote de morsa que tenías sentado justo enfrente, las ostras, el champán, la sopa de ajo, la ternera en salsa de pimienta verde...

Me mareé en mi primer viaje en barco, lo reconozco; cuando el señor Holmes y yo cruzamos el Canal para desembarcar en Amsterdam, porque el detective prefirió seguir una ruca que no fuera evidente, evitando París, por sí lo estaban esperando en Calais. No sé cuánto tardamos, si fueron horas o días, pero el viaje se convirtió en un suplicio desde el mismo instante en que soltamos amarras. Yo iba muy reliz y muy seguro de mí mismo, convencido de que tendría que representar a partir de ese momento y a todas horas el papel de Ormond Sacker, el joven aprendiz de inventor del señor Sherrinford Locksley, cuando de pronto noté... bueno, noté que alguien me quitaba la alfombra de debajo de los pies, literalmente.

Era como tener la gripe sin tener la gripe, como un dolor de muelas con toda la dentadura intacta, una indigestión continua sin haber probado bocado, una migraña que te afectaba todo el cuerpo y te resbalaba en fotma de sudor frío por la espalda.

El barco se movía y yo me movía con él, pero no era capaz de acompasarme con sus movimientos. Siempre lo hacía al revés, con desfase, como si la brújula de mi cuerpo estuviera desviada con respecto a su norte. Sí el barco cabriolaba y subía unos metros al remontar una ola, el estómago me bajaba hasta los talones y allí parecía convertirse en una bolsa de agua. Si el barco viraba a estribor (que, según me explicó Holmes, y no lo he olvidado, está, mirando hacia adelante, a la derecha, circunstancia que más tarde se han empeñado en explicarme todos y cada uno de los patrones de yate en los que he tenido la ocurrencia de embarcarme) mi cintura se doblaba hacia la izquierda y mis piernas se quedaban clavadas sobre las tablas de cubierta..., si es que las tablas de cubierta no resbalaban también, que ésa es otra.

Ni con bastón ni sin bastón conseguía mantener el equilibrio (Sherlock Holmes, o tal vez su hermano, me habían equipado de punta en blanco, y yo no había dejado pasar la oportunidad para incluir en el lote un bastón, que daba clase). Intentaba coger un vaso de la mesa y el vaso se me escapaba de los dedos, como si tuviera vida propia. Hincaba el tenedor en el plato y acababa por clavarlo en el mantel, porque el plato se daba a la fuga para volver un segundo después, cuando me había llevado a la boca un apetitoso pedazo de nada. Supongo que era lo mejor que me podía pasar, porque al cabo de un rato pensar en la comida se me hizo insoportable, y me pareció un alivio no tener dentro aquel filete jugoso nadando en grasa dorada, ni aquellas patatas hervidas con su olorcito típico de aceite de soja, ni la sopa humeante con tos fideos resbalando en la cuchara como anguilitas sin ojos que se lanzaran al agua caliente desde el trampolín de una piscina.

No tuvo mucho que ver que nos topáramos con una galerna en el viaje: yo me mareé nada más poner los pies en el barco. Soltamos amarras y yo solté la mitad de lo que llevaba dentro, o eso me pareció: luego me di cuenta de que no podía haber soltado, justo en el muelle, más que una ínfima parte. Así que acabé por no salir de mi camarote, y allí me dediqué a intentar leer las revistas que Holmes había comprado para hacer más llevadero el periplo. Me harté de las andanzas de Puck y Judy en un momento, y no pude pasar de la segunda página. Holmes, en cambio, sí leía muy sereno los libros que había comprado antes de subir al tren en Victoria Station: unos tratados extrañísimos de física en un idioma extranjero que estaban todos llenos de numeritos y símbolos *y* que no fui capaz de comprender, no solamente porque estuvieran escritos en alemán o en holandés, como me parecía, sino porque se dedicaban a explicar cosas que estaban más allá del alcance de cualquiera; y también una novela de misterio. Me extrañó que un hombre racional como era el detective se entretuviera leyendo *Frankenstein o el moderno Prometeo,* de una tal Mary Wollstonecraft Shelley, pero allá cada uno con sus gustos. Les eché un vistazo a las primeras páginas del libro cuando Holmes salió a fumar a cubierta {me mareaba el olor del humo de la pipa) y cuando vi que el relato empezaba en un barco... bueno,

confieso que también dejé el libro en la segunda página.

Holmes intentaba animarme, pero de verdad que yo no estaba para nadie. Echaba de menos mí cama sujeta al suelo, las ventanas que siempre ofrecían el mismo metro cuadrado de cielo y la misma esquina inmóvil en la calle, la segundad de saber que los terremotos son cosa que suceden de tarde en tarde (por lo menos en Londres, no en California), y no cada cinco segundos mal contados, cada vez que el barco remontaba una ola, u otra ola, en venganza, pasaba por encima de la cubierta, como la mano ansiosa de un *croupier* que retira las fichas que ha ganado la banca. Cuando la galerna remitió un poco, dejé que Holmes me arrastrara a popa para que me diese un poco el aire, pues según decía me estaba poniendo verde y gris, *y* apoyado contra la barandilla del barco respiré la sal y vi las olas lamiendo el casco. Primero tuve, claro, que quitarme las gafes de cristal blanco con las que me hacía pasar por miope. Imaginé la cantidad de peces que estarían riéndose de nosotros allá abajo, y la de dientes afilados que se relamerían pensando que si nos íbamos a pique iban a tener asegurada la cena durante un par de días. Yo no sabía nadar, creo que no lo he dicho, un detalle que no contribuía precisamente a que me sintiera menos nervioso.

Me di la vuelta y vi que no era el único que andaba como si tuviera pesos de plomo en los bolsillos. Caballeros muy severos daban pasitos de bebé y se sujetaban el sombrero como si saludaran a todo el mundo con gesto huraño; los niños que intentaban jugar al aro en cubierta veían como aquellas enormes oes de hierro se caían al suelo como si las hubieran desinflado, y las damas encopetadas de parasol y cuello almidonado parecían mariposas que revolotearan por allí como institutrices fantasmagóricas. Fantaseé pensando qué sucedería si todos los pasajeros del barco empezáramos a dar tumbos a la vez de un lado a otro, como sí fuéramos canicas sacudidas dentro de una caja. Eso hizo que volviera a marearme.

Me volví hacia el mar otra vez, dispuesto a vaciar de nuevo en él lo que era imposible que pudiera vaciar, porque en vez de estómago lo que me quedaba era un paréntesis a la altura del ombligo, cuando vi a mí lado una aparición salida de un cuadro, un hada preciosa de ojos azules y cabellos de miel, una señorita de mi edad tan hermosa y tan tierna que mi amor no correspondido por Marie Doro se desintegró como una galleta demasiado mojada en leche.

Sonreí a la bella muchacha, hinchando los carrillos para no hacer la gracia allí mismo, mientras me ponía las gafas, que estaban todas manchadas de agua y sal, y ella me sonrió a su vez, muy tímida, agitando unas pestañas que parecían colas de pavo real. Creo que también estaba algo mareada, pero lo disimuló estupendamente. Me quité el sombrero y con mucha galantería, como había aprendido a hacer en el teatro, me presenté a ella y pronto entablamos conversa—

Se llamaba Violet Graham y viajaba al continente con su tutor y una severa institutriz. Era encantadora. Gracias a ella se me olvidó el mareo, o por lo menos lo

pospuse hasta que volví al camarote, donde no podía verme desaguar ella ni nadie. Intimamos durante lo que quedaba del viaje, aunque siempre lo hacíamos a escondidas de sus cuidadores y cuando el señor Holmes no estaba presente, porque yo ya sabía que el bello sexo, más que no interesarle, le molestaba. Violet dijo ser la heredera de un caballero del sur y se dirigía a Florencia a visitar museos *y* familiarizarse con el arte del Renacimiento. Qué envidia me dio; pensé, quién fuera estatua, así tendría su atención continuamente.

Yo no le dije quién era en realidad (o sea, nadie), sino que me ceñí al personaje de Ormond Sacker que estaba creando. A ella pareció fascinarle la idea de que fuera un aprendiz de inventor en busca de inspiración, así que adorné la idea con algunos cachivaches en los que supuestamente estaba trabajando: un violín que sonaba solo, un reloj al que no había que dar cuerda para saber siempre la hora, un vestido que se abrochaba sin botones, maravillas de un mundo mecánico e inexistente, fantasías de una época en que el mecanicismo todavía se consideraba positivo.

Ella a todo sonreía, encantadora. «Ah, el amor», rezongó Holmes, como si fuera una enfermedad contra la que estuviera inmunizado, nada más verme la cara cuando regresé dando tumbos al camarote y corría a echar los efectos de los nervios en el cuarto de baño. Por desgracia, mi romance en barco duró lo que un suspiro.

Violet y yo nos despedímos en cuanto llegamos a Amsterdam, pensando que era imposible que jamás pudiéramos volver a vernos. Era la historia de mi vida: el joven Chariie nunca conseguía a la chica, ni en las tablas del teatro ni en la vida. Me encogí de hombros y seguí a mi detective, que ahora se hacía pasar por extravagante inventor de artilugios inútiles.

Holmes y yo continuamos nuestro camino, más alerta que nunca ahora que por fin habíamos llegado al continente y no contábamos con la protección que Mycroft o los policías de Scodand Yard pudieran prestarnos. No voy a contar aquí, porque es fácil imaginarlo, las sensaciones que un chaval ce dieciséis años como era yo experimentó al ver por primera vez otros países, ser testigo de otras costumbres, vislumbrar otras jóvenes damiselas (se me iban los ojos y los pasos detrás de todas y cada una) y oír el soniquete cantarín de otras lenguas que no me decían nada pero me llenaban la cabeza de sones distintos. Todo el que alguna vez haya viajado al extranjero sabrá lo que quiero decir.

Por fin atravesamos la frontera suiza. Me quedé boquiabierto ante la visión de las montañas, la luz de las cumbres, los bosques, la estructura ideal de las casas, y me juré a mí mismo que algún día, cuando fuera muy rico y muy anciano y estuviera de vuelta de todo, me retiraría a aquel lugar de ensueño a vivir, para contemplar los espejos de agua de los lagos y enumerar los bancos donde guardaría mi fortuna. No recuerdo sí entonces estaba convencido de que cumpliría esa promesa. Sí soy consciente, cada mañana, de las circunstancias que al final acabaron por traerme a

vivir a este lugar el resto de los días que me quedan.

Llegamos a Berna, nos instalamos en el Schweizerhof, un céntrico hotel cerca de la estación del ferrocarril y, tras deshacer las maletas y cambiarnos de ropa, salimos a la calle. Como quien no quiere la cosa, Holmes me fue enseñando lugares típicos que me mantenían embelesado y nervioso, como un niño que de pronto visita un parque de atracciones que no se acaba nunca. Holmes parecía conocer como la palma de su mano la ciudad, viajero impenitente como había sido en su juventud, antes de recluirse en el 221 B de Baker Street a resolver casos enigmáticos con los que saciar su sentido de la justicia y sobre todo, me da en la nariz, satisfacer el tedio de las horas.

Nos detuvimos en una acera a contemplar escaparates donde me pareció que sólo ofrecían relojes de cuco, pues los había por docenas, todos perfectamente sincronizados al segundo, de manera que cada *vez* que se abría la casita de madera, no asomaba un pajarillo, sino una bandada entera. Mientras yo contemplaba divertido tan preciso espectáculo, Holmes se volvió y, con disimulo, me señaló unas oficinas de aspecto anodino que había al otro lado de la calle. Un hombre desgarbado y moreno, con bigote y traje arrugado, de unos treinta años, salió un rato después por la puerta y echó a andar calle abajo. Luego se dio la vuelta y decidió mejor caminar calle arriba.

—Ahí lo tienes, Charlie —susurró Holmes, indicándomelo—. Recuerda este momento para siempre, y transmíteselo a tus nietos, cuando los tengas. Ese que ves es el hombre más inteligente del mundo.

18

No pude dar crédito a mis ojos. Pensé que Holmes estaba bromeando: calle arriba caminaba un hombre de aspecto anodino, despeinado, desastrado, cargado de hombros, la ropa arrugada, casi en las nubes. Dos veces intentó cruzar la calzada por donde no debía, y las dos veces estuvo a punto de ser arrollado, una por un carruaje, otra por un automóvil de esos modernos, un Hispano-Suiza de aspecto futurista y flamante. En mi papel de ayudante miope, yo no habría sabido hacerlo con mayor torpeza.

—¿De qué te extrañas, Charlie? —me dijo Holmes, mientras lo seguíamos y nos deteníamos a distancia prudencial, esperando a que el hombre se quitara una hoja de periódico que se le había quedado pegada a la suela del zapato izquierdo—. ¿Imaginabas a un superhombre con coraza resplandeciente y rubios cabellos al viento, a un atleta griego, a alguien con una cabeza más grande de lo normal, como el profesor Challenger o esos seres de otros mundos que tanto fascinan a mi amigo el escritor Wells?

—No sé, señor Holmes —me excusé yo, parpadeando detrás de unas gafas falsas que hacían que mis ojos parecieran enormes—. Pero a ese caballero se le ve tan... ¿vulgar?

—Un oficinista de tercera clase, eso es lo que es —afirmó Holmes, echando a andar detrás del caballero en cuestión, pero manteniéndose a distancia y procurando no alcanzarlo—. Sin embargo, "te mismo año, Charlie, en el transcurso de unos pocos meses, ese hombre ha publicado cinco ensayos científicos, cinco, que han dado por completo la vuelta al mundo de la física. Tres de ellos demuestran una capacidad de razonamiento inigualable, dinamita pura para los conceptos postulados por Newton. Sabes quien fue el señor Newton, **¿**verdad**,** Charlie?

—Un tipo como Guillermo Tell —dije yo, aprovechando que estábamos en Suiza y que habíamos visto multitud de regaliros con la figura del héroe nacional—. Le gustaban las manzanas, también. Guillermo Tell las echaba a perder con sus flechas, pero a Newton se le caían encima de la cabeza.

—Como a cualquiera, si te pones debajo en la época en que maduran —sonrió Holmes—. Dentro de algunos meses sin duda el mundo de la ciencia reaccionará con pleitesía ante todo lo que preconiza ese hombre sencillo de ahí. El nuevo siglo ha empezado este año de 1905, Charlie, no antes, ni siquiera con la muerte de la reina, que Dios guarde. Desde ahora, nada de lo que conocemos volverá a ser como era.

Miré al oficinista de tercera, que parecía tener serios problemas para decidir qué camino seguir, como sí de pronto le hubieran cambiado el trazado de las calles o los rótulos de las plazas, o se le hubiera olvidado leer, o intentara recordar un recado de última hora o, más bien, tuviera la cabeza en otra parte. —Pues nadie lo diría, señor

Holmes.

—No seas despectivo, Charlie. ¿Quién puede decir si algún día no muy lejano tú no serás considerado el actor más famoso de todos los tiempos?

Hice una mueca de incredulidad. Nuestro amigo el oficinista sabio estaba comprando un periódico. Esperé que no fuera el mismo que todavía tenía pegado en la suela del zapato.

—Si los Herederos de Horus quieren ponerle la mano encima —murmuré, viendo cómo el hombre parecía hacerse un lío con las monedas y los cambios—, lo van a tener muy fácil. Se le ve... no sé, como indefenso.

Holmes asintió. Entornó los ojos y por un momento aquella mirada de águila asomó en sus pupilas. Supe que estaba midiendo todos los rincones de la calle, las ventanas de las casas, los zaguanes, los carruajes al paso, la gente aparentemente indiferente que también paseaba por las aceras. Y entonces recordé que nuestra visita no era —turística, que no habíamos ido allí a ver de lejos al hombre más inteligente del mundo, sino para protegerlo. Estábamos allí porque los Herederos de Horus, tarde o temprano, también acabarían por hacerle una visita a aquel funcionario despistado e indefenso.

—Por eso estarnos nosotros aquí, Charlie —dijo Holmes, innecesariamente, pues yo me había dado cuenta de su gesto—. Sigúeme.

Con paso decidido, pero sin romper el personaje que había creado, Holmes cruzó la calle y se acercó al hombre.

—*Guten Abend, mein Herr* —dijo, saludando en un alemán espantoso que me sorprendió, porque hasta entonces Holmes había mostrado un dominio perfecto de esa lengua—. Venimos, *ach,* siguiéndole calle arriba desde hace un rato. ¿Habla usted inglés, señor, por un casual?

El hombre del pelo revuelto miró a Holmes con su mano encogida y su sombrero torcido, su clavel en la solapa y una pajarita algo ostentosa rematando el cuello picudo de la camisa. Y me miró a mí, con las gafas falsas y aspecto de no estar enterándome de nada (como así era, porque no entendía el alemán), y parpadeó dos veces antes de comprender lo que el detective le estaba preguntando. Tenía unos ojos cálidos, llenos de serenidad y buen humor, hasta de dulzura. Al mirarlo con mayor atención, advertí que era judío.

—Un poco —dijo, en un inglés tan cargado de acento y casi tan incomprensible como el alemán del señor Holmes—. ¿En qué puedo ayudarle?

—¡Ah, por fin alguien que habla inglés en este precioso país suyo, señor! Permítame que me presente, Shcrrinford Locksley, inventor e investigador, a su servicio. —Holmes se llevó la mano al sombrero y dio un sonoro taconazo que hizo que tanto el desconocido como yo parpadeáramos—. Mí joven ayudante, el señor Sacker. Usted debe de ser el señor... ¿Reinstein?

—Einstein, Albert Einstein.

—Einstein, eso es. Verá, *mein Herr,* acabamos de visitar la oficina de patentes y justo al llegar, un amable caballero nos ha informado de que había cerrado ya hacia dos minutos exactos, aunque según mi reloj todavía no era la hora, y nos indicó que era usted el encargado.

Eínsteín sonrió con amabilidad, No podía saber que estaba siendo víctima de un engaño bienintencionado, pero como persona educada en el país de la etiqueta y la puntualidad extremas, no podía dejar de atender a aquel hombre estrafalario que Holmes había escogido como disfraz.

—Lo soy, en efecto —contestó—. Pero la oficina está cerrada, como ha visto. Hasta mañana.

—Imposible, imposible, mi estimado señor. De todo punto imposible —dijo Holmes, llevándose apurado una mano a la frente, en pose teatral demasiado exagerada para mi gusto, puesto que estábamos en plena calle, y no sobre un escenario—. Nos corre cierta prisa patentar nuestros inventos. ¿Quién sabe qué ociosa mano, qué malévola mente podría robar nuestro trabajo de meses si procediera a registrarlos antes que nosotros?

—Pero, señor mío, patentar un invento no es un acto automático —explicó Einstein, midiendo con cuidado las palabras, no sé si porque el inglés le costaba un esfuerzo demasiado grande o porque no quería herir los sentimientos de Holmes—, Deberé investigar su propuesta, ver que es original y que funciona, y entonces admitirla a trámite. Pueden pasar meses antes de que se le adjudique la autoría de un invento o una patente.

—¡Exactamente! De ahí nuestra urgencia. Somos científicos, señor. Ya sabrá usted que de un día para otro se producen cambios radicales en las ciencias que pueden dar al traste con meses, con años enteros de investigación y esfuerzo. Nos corre una prisa enorme dejar constancia de que somos, por derecho propio, los primeros.

Einstein sonrió, complaciente. Desde luego, tenía la paciencia de un santo para soportar con aquel estoicismo las perogrulladas que le estaba soltando Holmes. Pero la estrategia de mi amigo tenía sin duda una finalidad que a mí se me escapaba. De otro modo, habría esperado al día siguiente para conocer al funcionario de patentes en la oficina que era a la vez sustento de su cuerpo y cárcel de su mente.

—Necesitamos con la máxima urgencia —dijo Holmes, recalcando la última palabra— iniciar los trámites para patentar nuestros muchos y variados inventos. Impresos, papeles, memorándums, lo que sea preciso.

Einstein se nos quedó mirando, sin llegar a decidir si le estábamos tomando el pelo o si en verdad éramos una pareja así de estrafalaria.

—Me temo que hasta mañana no podremos hacer nada. Iba camino de casa y...

—¿Y no tendrá usted ningún impreso de sobra en su casa? —le interrumpió Holmes.

Einstein vaciló una vez más. Reaccionaba despacio a la andanada de preguntas de Holmes, como un chiquillo que se aturde ante un examen para el que quizá ha venido demasiado preparado y se atasca, precisamente, en lo más fácil, lo que nadie espera.

—Sí, es posible —admitió por fin—. Puede que en casa tenga al—

—Entonces ¡no se hable más, mi caro amigo! —dijo Holmes, cogiéndolo por el codo y orientándolo hacia la derecha—. ¡Le acompañaremos a su vivienda para que nos haga entrega del papeleo necesario! Vive usted cerca de aquí, supongo.

—Creo que sí —dijo Einstein, volviéndose hacia la izquierda—. Aquí mismo, en el número 49 de la Kramgasse.

—¡Ah, tiene usted buen gusto, señor mío! ¿No fue el propio Goethe, poeta inmortal, quien dijo que es la más bella calle de esta pulcra ciudad? ¡Vamos, Ormond, no te quedes atrás!

Seguí a Einstein y Holmes, pensando que lo que estábamos llevando a cabo era un secuestro en toda regla. Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando advertí que con la misma facilidad los Herederos de Horus podrían haberse hecho con aquel hombre, el más inteligente del mundo según el detective, aunque desde luego a mí no me lo pareciera. Tal vez el detective había actuado de aquella forma impulsiva porque, en efecto, hubiera detectado en la calle la presencia de aquella gente sin escrúpulos.

—¡Le sorprenderán los proyectos en los que mi joven ayudante y yo hemos estado trabajando, señor! —comentó Holmes, sin soltar del brazo al funcionario de patentes y manteniéndolo por la parte interior de la acera—. ¡Un afilador de lápices prodigioso que recoge al mismo tiempo las molestas virutas que van quedando! ¡Aunque limpiar el suelo dejará de ser problema, pues otro de nuestros inventos es una larga escoba húmeda que limpia y evita que el servicio se destroce las rodillas! ¡Y además se escurre sola! ¡Por no hablar de un extraordinario sistema de comunicación entre amo y criado, por medio de pequeñas notas en papeles de colores que pueden adherirse a cualquier cosa!

El reloj de una iglesia cercana dio la hora, sobresaltándonos a todos menos a Einstein, que debía de estar habituado al sonido o, después de vivir en la ciudad, había adquirido el hábito de saber perfectamente cuando iban a dar su concierto las campanas. Tener cierto conocimiento del momento en que vives está bien. Guíar tu vida entera al compás de un tictac infinito es insoportable. Menos mal que desde mi casa en Vevey no se oyen las campanas.

—Y un reloj al que no hace falta darle cuerda —dije yo, recordando el «invento» que había improvisado para Violet. El funcionario de patentes se volvió a mirarme, alzando una ceja. Me parece que le encandiló la idea.

Llegamos a la casa de Einstein. Con cierta dificultad, abrió la puerta, algo aturrullado por la incesante verborrea de Holmes. Advertí sin embargo que e! detective no dejaba de controlar la calle, atento a una presencia que, por mucho que me esforzara, yo no era capaz de distinguir. ¿Dónde estaban? ¿Quiénes eran? ¿Nos habrían reconocido por debajo de nuestros disfraces ridículos? Y, si así era, ¿no nos estarían acechando al otro lado de la puerta? Contuve la respiración y seguí a Holmes y a Einstein al interior de la vivienda.

Subimos la escalera hasta el último piso. Una mujer con un niño de pocos meses nos recibió en la puerta. Pareció extrañada de que su esposo llegara a casa con una compañía tan poco recomendable.

El apartamento era pequeño, pero bien cuidado. Había un piano negro en un rincón, junto a la ventana. Y montones de libros por todas partes, algunos abiertos y diseminados como si su lectura no hubiera sido suficiente y Einstein hubiera tenido que saltar al siguiente, y al otro, para comprobar alguna cosa.

Holmes cerró la puerta y se acercó a la ventana. Corrió las persianas sin pedir permiso, gesto que llenó de indignación a la señora Einstein. El funcionario de patentes no pareció darse cuenta, pues estaba buscando los impresos necesarios para librarse de una vez por todas de nosotros.

Con gesto teatral, el detective se quitó el sombrero y la nariz postiza. Su mano encogida volvió a su posición normal.

—Señor Einstein, disculpe esta pequeña broma, por otra parte necesaria. Quizá haya oído usted hablar de mí. Me llamo Sherlock Holmes, y quisiera intercambiar unas palabras con usted, si no le molesta.

19

Albert Einstein se quedó con la mano extendida y la boca abierta, sin dar crédito al cambio de actitud que ante sus ojos acababa de asumir aquel hombre estrafalario que no había sido capaz de quitarse de encima. Los impresos colgaron nacidos de sus dedos. El bebé que su esposa sostenía en brazos soltó un extraño berrido al ver que la nariz de Holmes era de quita y pon. Creo que no sintió miedo exactamente, sino curiosidad, porque durante todo el rato que estuvimos en el apartamento le dio por probar conmigo para ver si también mi apéndice nasal era desmontable. No lo era, pero él a punto estuvo de conseguirlo.

— Sherlock Holmes, vaya —consiguió murmurar Eínsteín, sorprendido más allá de las palabras—. ¡Es un honor! He leído con fruición todas sus historias. Traducida,? al alemán, naturalmente. Pero mutilaba que el doctor Watson era un poco más... mayor.

Holmes se volvió hacia mí, sonriente.

—Mi estimado biógrafo no me acompaña en esta ocasión, señor Einstein. Permítame que le presente a Charlie Chaplin, que me sirve de fiel escudero y de pantalla en esta historia.

—Usted dirá en que puedo servirle —dijo Einstein, soltando los papeles en cualquier parte y echando mano a una pipa que encontró al retirar los libros de encima de una mecedora.

—Es una historia larga y compleja —explicó Holmes, tomando el asiento ofrecido un instante después—. En cualquier caso, prefiero no entrar ahora en detalles e ir directo al asunto que me preocupa. ¿Ha advertido usted si últimamente está siendo vigilado?

Einstein parpadeó, sin comprender la rápida verborrea del detective ni lo que quería decir con sus palabras de alerta. Por un momento no pareció una persona, sino un muñeco de cera que abriera y cerrase los ojos siguiendo un resorte oculto. Yo también miré a Holmes, sorprendido de su pregunta. Si alguien estaba vigilando ya a Einstein, era muy improbable que el físico se hubiera dado cuenta; si hasta se perdía en el trayecto que iba de su casa a la oficina.

—¿Vigilado? —dijo muy despacio, saboreando la palabra entre los labios *y* la pipa aún apagada—, ¿Quiere usted decir si he llamado la atención de gente extraña?

—Desde la publicación de sus estudios —insistió Holmes, como si eso fuera lo más natural del mundo. A su modo, al calibrar a Einstein y ponerlo a su nivel, Holmes se desviaba tanto de la realidad como el científico.

La señora Einstein intervino entonces. Parecía algo molesta, un poquito amargada.

—Todavía de nadie —se quejó—. Albert dice que algún día no muy lejano

tendrán que darse cuenta y ofrecerle una cátedra que nos libre de este sueldo de miseria, pero parece que los postulados de sus estudios los han cogido a todos con el pie cambiado.

Holmes sonrió. Aunque el bello sexo no le llamara la atención como a mí (y no es que la señora Einstein fuera, digámoslo bruscamente, una belleza), sí que se comportaba con ellas con toda la galanura y la amabilidad que le prestaban su condición de caballero; galante con todas, amante de ninguna.

—No es de extrañar, señora mía, siendo como es el mundo académico, aquí y en Londres *y* en todas partes. Sin duda los colegas de su esposo estarán aún intentando asimilar ese trabajo de la cuantización de la luz y el efecto fotoeléctrico, el del movimiento browniano y esa

—La relatividad —apuntó Einstein, con la misma facilidad y sencillez con la que el Holmes teatral decía «Elemental» todas las noches.

—La relatividad, sí. Usted disculpe que no haya retenido el término: la física no es mi fuerte, sino la deducción y, en cualquier caso, la química es lo que me ayuda a matar muchos ratos de tedio. Lo que quisiera saber, señor Einstein, señora mía, es si, desde la publicación sorpresiva y casi mágica de sus escritos, han advertido ustedes que hay gente que le viene siguiendo.

Einstein y su esposa intercambiaron una mirada de asombro. Era normal que el sabio estuviese en las nubes, o en los postres,[5] y no hubiera advertido lo que Holmes había captado en cinco minutos de otear la calle, pero la señora, que parecía mucho más despierta e inteligente que su esposo (en términos relativos, está claro), tampoco había visto nada extraño que llamara su atención.

—¿Deduzco pues que no se siente usted demasiado bien tratado por el mundo académico suizo, Herr Einstein? —preguntó Holmes a bocajarro, cuando quedó claro que ni uno ni otra habían sentido alterada su vida pequeñoburguesa y feliz.

—No me puedo quejar —respondió Einstein humildemente, pero encogió los hombros y pareció, de pronto, hacerse mas pequeño. Sus ojillos se cargaron de tristeza y abandono.

—Claro que se puede quejar —interrumpió su esposa—. Tendría que estar dedicándose en exclusiva a la investigación y no malgastando su vida y su inteligencia en esa oficina de patentes. Albert es físico, no ingeniero. Demasiado ha conseguido, publicar todos esos estudios y relacionar masa y energía y lo demás. Robando tiempo, claro, al tiempo libre y a su esposa y a su hijo. ¿Querrán ustedes creer que hemos ido a visitar a mis familiares y todo el tiempo se lo ha pasado dándole vueltas y más vueltas a sus propios temas en la cabeza y contemplandó como un bobo las estrellas porque dice que le ins—

—La vida académica es una carrera de resistencia, señor Holmes —dijo Einstein, encogiéndose de hombros con un gesto paciente—. Cierto que no soy muy conocido

en los ambientes universitarios, pero espero tarde o temprano conseguir la cátedra y así poder dedicarme en exclusiva a la investigación.

—¿Tiene usted enemigos entre esos académicos?

—¿Aparte de los que le negaron el puesto que le corresponde en primer lugar? —insistió la señora Einstein, desabrida, con el mismo tono que habría empleado una mujer más normal al quejarse de que su marido le manchaba las camisas de salsa de tomate o le dejaba las chaquetas llenas de olor a humo de tabaco rancio.

—Mileva, ¿por qué no vas a preparar un poco de té para nuestros invitados? —sugirió amablemente el físico. La mujer nos miró, todavía recelosa, y como vio que yo le estaba haciendo carantoñas al pequeñín me lo puso en brazos y se dirigió a la cocina. El niño me tiró de la nariz, como ya he dicho, pero no se decepcionó cuando comprobó que no se le quedaba en la mano. Desde luego, era hijo de científicos, porque siguió intentándolo.

—Hans Albert, deja al señor tranquilo —reprendió el padre, pero sin demasiado énfasis, quizá porque como buen padre era poco objetivo con las gracias de su hijo, quizá porque no era a él a quien estaban intentando arrancar un trozo de la cara—. Es una nariz auténtica, no de payaso.

Me encogí de hombros: Einstein no había visto cómo había quedado mi apéndice nasal después de aquel encontronazo en Londres con el maleducado cochero. Afortunadamente, ya había vuelto a su estado natural**.**

—Supongo que todo es relativo, señor —contesté, y conseguí esquivar el segundo experimento del niño en mi persona.

—Temo que no entiendo lo que quiere usted decir, señor Holmes —dijo Einstein, retomando el hilo con semblante serio, pero sin darse cuenta de que no había encendido la pipa—. Mi vida es tan sencilla que no interesaría a nadie. El único detalle inevitable es que nací, y eso debería ser todo lo necesario.

Holmes sonrió. Vi que le gustaba la forma de pensar de aquel hombre, aunque no sé sí su admiración se debía a la carga de sencillez que en ella había, como si considerara su filosofía de la vida un imposible. —Tengo poderosas razones para pensar que una especie de cónclave en ¡a sombra, compuesto por elementos científicos de este mismo país, o quizá una fusión de individuos de diversos países, está en posesión de algún tipo de importante compendio o grimorio cuyas consecuencias para nuestra sociedad podrían ser inimaginables, señor Einstein —anunció Holmes, con tono serio—. Puede que usted y su talento sean una pieza clave en sus planes.

Einstein se encogió de hombros y se sacó la pipa de la boca. Creo que estaba extrañado porque no arrancaba de ella ningún sabor, incapaz de advertir que no es que se le hubiese apagado sino que no había llegado a encenderla. Me pregunté cuántas veces le pasaría eso mismo al cabo del día.

—Pero si yo no tengo ningún talento particular —se excusó, y me pareció un hombre sincero—. Simplemente soy curioso.

—*Y* veo que toca el piano —comentó Holmes, señalando el instrumento negro junto a la ventana.

—Y un poco el violín, como usted —sonrió el científico—. Si no fuera físico, probablemente sería músico. Suelo pensar en términos musicales, ¿sabe? Vivo mis ensoñaciones con música. Veo mi vida en términos de música *y* nada mejor que la música para hacerme feliz...

—Pues ojalá, señor Einstein, que los acordes por los que guía su vida no se conviertan en fea disonancia —sentenció Holmes—. Creo que corre usted serio peligro.

Esas palabras todavía flotaban en el ambiente cuando regresó la señora Einstein. Resulta que también era experta en matemáticas (en aquella habitación todo el mundo parecía ser un genio menos yo; creo que incluso el bebé había nacido con una tiza y una regla entre los dedos) pero, con los pies en la tierra no descuidó sus deberes de anfitriona, y en vez de traernos una tacita de té y unas pastas o unos bombones, lo que sirvió fue la cena. Se lo agradecí en el alma, porque como ya se ha visto, Holmes era capaz de olvidarse de que existe algo llamado estómago no ya durante horas, sino durante días enteros, y me dio en la nariz (o en lo que quedaba de ella), que al señor Einstein le pasaba tres cuartos de lo mismo. Por lo visto, los genios tienen la cabeza en las nubes y el estómago los acompaña y se les llena de aire, sin que necesiten más alimento que el éter.

—Una mesa, una silla, un poco de fruta y un violín —dijo el físico, como respondiendo a mis pensamientos—. ¿Qué más necesita un hombre para ser feliz?

—Vivir tranquilo la vida —replicó Holmes, muy serio, mientras yo soplaba con los dos carrillos el *goulash,* que estaba ardiendo—. En Inglaterra hemos tenido ya un encuentro con ese grupo del que le hablo, Herr Einstein. Entre sus planes se cuenta, y lo sé por experiencia, apoderarse del hombre más inteligente del mundo.

Holmes dijo la frase sin afectación ninguna, pero tanto Einstein como su esposa captaron el matiz a la primera, comprendiendo a quién se refería.

—No lo consiguieron conmigo, pero puede que lo consigan con usted, si lo intentan. —Holmes no pecaba de falsa modestia, precisamente, pero ni Einstein ni Mueva parecieron reprochárselo: *honoris ínter parís y* esas cosas—. Ya ha visto lo fácil que es abordarlo en la calle, *mein Herr.*

—Pero ¿quiénes son esos individuos? —preguntó Mileva Einstein, indignada. En ese momento la vi capaz de agarrar la cuchara sopera y liarse a mamporros con las tropas elegidas del kaiser si eso era preciso para defender la cátedra de su marido—. ¿De dónde han salido?

Holmes entrecerró los ojos. Buscó la manera de expresar sus deducciones sin

parecer pedante o melodramático. Fue un detalle por su parte, aunque no sé si lo consiguió del todo.

—De la noche de los tiempos, quizá, señora Einstein —dijo, enigmático—. De Alejandría y su biblioteca perdida, pues su símbolo es el ojo de Horus, que fue hijo y heredero de Osiris, tras su desmembramiento, muerte y resurrección. Es lo que dice la leyenda. Pero nuestra sociedad pudo saber de ellos y sus objetivos hace casi un siglo... aunque naturalmente los ignoró, porque a veces hay que disfrazar de ficción lo que es verdad revelada, so pena de causar una conmoción o un escándalo. Nuestra relación con este asunto se inició no muy lejos de aquí, en Villa Diodati, en el verano de 1816. Y tenemos que reaccionar pronto antes de que, como para los hombres y mujeres que habitaron esa villa en esa época, todo a nuestro alrededor se convierta en desgracia.

20

Tras alertar a los Einstein y convenir que durante un par de días el científico no acudiría a la oficina de patentes alegando encontrarse enfermo, el señor Holmes y yo regresamos a nuestro hotel. Aunque caminábamos a paso tranquilo, yo me encontraba absolutamente agotado, sintiéndome pesado por lo copioso de la cena y con la cabeza como un bombo por la complejidad de los conceptos sobre los que ambos hombres habían conversado (pasando, además, con frecuencia del inglés al alemán, del que yo no entendía una palabra), así que caí en la cama como un leño. Cuando desperté al día siguiente, el sol ya estaba escalando el cielo, un cielo celeste y sin nubes, como en Londres sólo se disfruta en los días más claros de verano.

Holmes estaba terminando de arreglarse, colocándose la nariz postiza y la pajarita exagerada. Llamaron a la puerta en el justo momento en que se daba los últimos retoques.

—Telegrama para el señor Locksley —anunció el botones.

Holmes lo recibió, dio una propina al muchacho y rasgó rápidamente el sobrecito azul.

—¿Alguna noticia importante? —pregunté yo, frotándome los ojos y sintiendo en la boca del estómago los restos de las especias *del goulash* de la señora Einstein.

—Mi pariente, el profesor Challenger, tras sus análisis, confirma lo que ya sospechaba —dijo Holmes, lacónico, dejando el telegrama sobre la mesilla de noche —. Tengo que ir a la estafeta a contestarle urgentemente, Charlie.

—En cinco minutos estoy listo.

—No, no hace falta. Baja a desayunar y espérame en el vestíbulo. O pasea a tu gusto por la ciudad. Quiero acercarme a la oficina de patentes, a ver sí los individuos que me pareció ver ayer apostados allí han vuelto.

Dejé que Holmes se marchara y así pude dormitar otros cinco o diez minutos en la cama, saboreando lo mullido del colchón y lo lujoso de las sábanas. Los cinco minutos se conviertieron en casi una hora. Luego, tras asearme velozmente, me vestí y bajé a desayunar. Y un raro después me senté en el vestíbulo a esperar al detective. Me entretuve viendo entrar y salir a los residentes del hotel, los hombres de negocios satisfechos de la vida y los niños mimados con balones enormes y tirabuzones blanquísimos, las preceptoras rígidas como palos de escoba y las tiernas estudiantes de mirada gacha y andares saltarines. Un grupo de escolares alemanes entró en tromba en el hotel, marcando el paso y gritando consignas. En ese momento me pareció que eran más peligrosos que una brigada de asalto del ejército de su majestad, a quien Dios guarde. El tiempo vendría a decirme, por desgracia, que no me equivocaba.

Holmes se retrasaba. Miré el reloj. Aburrido, empecé a cruzar y a descruzar las

piernas. Los niños del colegio alemán volvieron a salir, con estruendo cronometrado, atravesando puertas de cristal que no hicieron añicos por muy poco. Encontrárselos en un vagón de tren debía de ser una experiencia horripilante. —¿Ormond? ¡Ormond!

Yo estaba tan distraído anotando mentalmente formas de andar de los clientes, los trastabilleos de los botones, la manera de atusarse el bigote los jóvenes galanes y de arrastrar sus achaques los viejos prestamistas (para referencias futuras, siempre para eso; hay quien toma notas de los artículos que lee, yo me dedicaba a marcar gestos y movimientos), que no me di cuenta de que se referían a mí. Qué diantres, ¿cómo iba a responder a esa llamada, si Ormond no era, por fortuna, mi nombre?

A la tercera vez, me volví, y entonces el mundo se llenó de luz y de sonido. Pava mi sorpresa, la hermosa Violet Graham se encontraba a menos de tres metros de mí, ataviada con un vestido de seda blanco y una pamela, y me sonreía.

—;Violet? Pero ¿cómo es posible? ¿Qué hace usted aquí?

—Mi preceptor decidió visitar Suiza antes de proseguir camino hacia Italia —explicó la joven, haciendo un mohín de fastidio—. Muy bonito, pero algo aburrido, ¿no le parece? Está todo tan limpio que parece... no sé, un hospital. ¿Qué le trae por aquí, amigo Ormond?

Me encogí de hombros, intentando buscar una excusa plausible. No podía decirle que acompañaba al mejor detective del mundo a salvar al hombre más inteligente que había puesto jamás los pies en él.

—Bueno, ya sabe... cosas de inventores. Nuestra afición por los relojes... ¿Ha desayunado ya?

—Hace una media hora. ¿Y usted?

—Hace hora y media. ¿Ya ha visitado la ciudad? ¿El Munster? No, no se asuste, es una iglesia... creo.

—Lo he visitado todo, no se preocupe por mí —sonrió la belleza—, Berna no es tan grande. Iba a dar un paseo en barco por ese hermoso río Aar. Hay un vapor muy coqueto que realiza la travesía en algo más de una hora. ¿Le gustaría acompañarme?

Maldición, un barco y un río, dos de las cosas que menos me gustaban del mundo. Pero claro, la perspectiva de estar un rato a solas con Violet bien podría distraer a mi estómago y evitar la posibilidad de marearme. Holmes me había dicho que paseara por la ciudad, y un recorrido en barco era más o menos una manera de obedecer sus órdenes. Además, si se retrasaba tanto era porque seguro que había encontrado alguna cosa que hacer, y sin duda para esa cosa no contaba conmigo.

—Estaré encantado —dije al fin, luciendo una sonrisa de galán, de esas que se captan desde la última fila de gallinero.

Violet me ofreció el brazo y los dos salimos del hotel. Los niños alemanes estaban cantando una canción infantil de la que no entendí una palabra, pero que de todas formas me puso los pelos de punta. No me gustó cómo enumeraban a los animales de

la granja.

Por fortuna, esta vez no me mareé en el barco. De eso se encargaron los ojos color aguamarina de Violet y su conversación. Algo intrascendente, lo reconozco, pero a fin de cuentas con dieciséis años tampoco puede uno improvisar sonetos cada vez que abre la boca. El barquito continuaba remontando despacio el río que rodea por tres partes la ciudad de Berna, que parecía, entre puente y puente, una postal de mentirijillas, un barco blanco varado en tierra que tuviera por palos las torres de sus campanarios y por velas el destello blanco de sus casas. No hay nada como la perspectiva del amor juvenil para sentirse poeta y cursi, sí las dos cosas no son lo mismo, cosa que hoy dudo.

Yo estaba en la gloria, charlando de banalidades *y* presumiendo de cualidades que no tenía, pero que había visto en todas aquellas personas a quienes admiraba: Holmes, Saíntsbury, Gillette, mi hermano mismo. Me pareció que Violet también, pues a todo decía que sí *y* sonreía con candor, entretenida con mi conversación y sin dejar en ningún momento de saborear las delicias del viaje en barco. Aunque no nadaba en la abundancia, decidí invitarla a tomar un refresco y me dirigí a popa a comprar un par de limonadas, cosa que ella agradeció cubriéndose vergonzosamente la boca con un pañuelo blanco. De regreso, haciendo equilibrios con los dos vasos en las manos para no derramarlos con el vaivén del barco y no caerme de bruces y quedar en ridículo, arranqué al paso una flor del sombrero de una dama que dormitaba en una hamaca. Mi intención era ofrecérsela como regalo a mi enamorada.

Pensando que iba a cortar camino, no regresé por la misma banda de estribor por la que había accedido a la popa, sino por la de babor. Me acerqué a Violet, que estaba a un par de metros del sitio donde la había dejado, apoyada en la barandilla, contemplando la estela del barco en el agua.

Entonces vi que no estaba sola. Había un hombre conversando con ella. ¿Su preceptor? Mucho me extrañaba, porque desde nuestra salida del hotel había quedado claro que ella le había dado el esquinazo. Un moscón molesto, pensé, uno de esos gentileshombres de fortuna que viven de importunar a las damas, un rival, un pisaverde, un seductor de damas que no sabía dónde se había metido ni a quien iba a enfrentarse, nada menos que a Ormond Chaplin, o a Charlie Sacker, o a... Daba lo mismo. Iba a enterarse. Saqué pecho y me acerqué a ellos, dispuesto a enviar al quinto cuerno al petimetre en cuestión.

Violet y el hombre se volvieron. Ella sofocó una expresión de espanto y desconcierto. El hombre entornó los ojos. El bigote negro le marcó una sombra sobre los labios. Lo reconocí de inmediato, como él me reconoció a mí. La primera y última vez que lo había visto, en el subsuelo de la abadía de Carfax, había apuntado a Sherlock Holmes y a William Gillette con una pistola.

Bueno, así supe que Holmes también podía equivocarse, porque con una capa de

yeso cubriéndome entonces y con unas gafas sirviéndome de antifaz ahora, el individuo no se dejó engañar, ni por mi maquillaje forzoso de entonces ni por mi disfraz de ahora. Supo quien era, y qué estaba haciendo allí. Se llevó una mano al bolsillo, pero no esperé a comprobar si iba a sacar un pañuelo o una caja de rapé. O una pistola. Giré sobre mis talones y eché a correr hacia la popa.

La cabeza me daba vueltas, pero no era porque el mareo del barco hubiera hecho de pronto acto de presencia. Comptendí en un segundo que Violet no nos había encontrado por casualidad, ni en el camino de Londres ni ahora. ¡Era una espía a sueldo, un miembro de los Herederos de Horus, una traidora! Comprendí, demasiado tarde para mi fortuna, que debió de ser ella quien había acompañado a los dos hombres al carruaje en el que secuestraron a Wílliam Gillette camino del teatro. No se trataba de una pelandusca, al menos no una pelandusca como habíamos interpretado entonces, sino una acolita, una miembro de la secta, y no precisamente de las que siguen y callan, sino de las que llevan la voz cantante, porque iba indicando por dónde corría yo con una voz aguda que cinco minutos antes me había parecido meliflua, el murmullo de una cascada de agua. Casi había llegado a la cubierta de popa cuando una sombra se interpuso en mi camino. No reconocí la cara, pero sí el chichón en lo alto de la cabeza: el hombre al que yo había regalado un golpe con la piedra allá en la abadía.

Me volví, busqué una salida, empecé a subir unos escalones que no me podían llevar a ninguna parte. Ascendí a una pequeña cubierta superior que apenas tenía dos metros cuadrados de tablas y maromas. Escuché los pasos, oí hablar en alemán a los dos hombres, a la propia Violet, que alertaba de dónde estaba. Alguien empezó a subir a la cubierta por el mismo camino por el que yo lo había hecho. Por el otro lado asomaron unas manos de uñas negras.

Me habían encontrado. Dios sabía qué me podía pasar ahora, qué información intentarían sonsacarme *y* con qué medios, y qué cara se les iba a quedar cuando advirtieran que yo no sabía nada de nada. También me preocupó, naturalmente, qué cara se me iba a quedar a mí cuando no pudieran satisfacer su curiosidad. El corazón me redoblaba en el pecho como el tambor que en el circo anuncia el doble salto mortal del trapecista.

Y al trapecista remedé. Tomé carrerilla, salté al aire y, sin pensármelo dos veces, ni acordarme hasta que ya fue demasiado tarde de que no sabía nadar, tonto de mí, imité el vuelo del ángel y me arrojé al agua.

21

Me hundí a plomo pensando que el señor Holmes, cuando se enterara, iba a matarme. Inmediatamente advertí que no iba a tener que tomarse la molestia, porque imitar a los peces no entraba en mis habilidades cotidianas. Sentí que de pronto mi peso se había duplicado, que algo húmedo y pegajoso me tiraba de las plantas de los pies hacia el fondo, que las mangas de la chaqueta se me hinchaban y apretaban, y que alguien iba apagando la luz a medida que me sumergía metros y metros. Pataleé una y otra vez, espantado, y supongo que imbuido de espíritu científico (las amistades que uno frecuenta) advertí que al mover de esa manera las piernas subía a la superficie. O lo habría hecho, si el agua en mis zapatos no actuara como lastre.

Sintiéndolo en el alma, porque eran unos zapatos nuevos que me gustaban una barbaridad y esperaba disfrutarlos mucho tiempo, hasta que les hiciera el acostumbrado agujero en las suelas, me los quité y dejé que bailaran ellos solos en el fondo del río. La chaqueta los siguió después, con lo que pude al fin mover los brazos con más libertad. Salí a la superficie, tomé una bocanada de aire, loco de alegría... y me volví a hundir como un fardo.

Pataleé, agité los brazos, helado de frío y con los oídos tapados. Volví a patalear, conseguí mantener la cabeza sobre la superficie, como si pedaleara en una bicicleta inexistente, y de esa manera conseguí flotar. Descubrí que manteniendo ese movimiento no me hundía. O por lo menos no me hundía tan rápido. Recordé que si los perros saben nadar sin ir a ninguna piscina a practicar, yo no iba a ser menos. Además, descubrí que me deslizaba con un impulso de vértigo. Un momento: una cosa era aprender a nadar a la fuerza y otra romper un récord de velocidad. Tarde dos bocanadas de agua en darme cuenta de que era la fuerza de la corriente la que me arrastraba hacia adelante.

Me extrañó que desde la cubierta del vapor nadie gritara «¡Hombre al agua!». O lo mismo lo gritaron en alemán y no lo entendí (estaba más que atareado intentando no ahogarme). El caso es que nadie intentaba rescatarme, quiza porque la corriente me había alejado del barco, quizá porque nadie más que mis perseguidores se había dado cuenta de mi zambullida y yo, tonto de mí, les había resucito el problema de qué hacer conmigo y dónde lanzar mi cuerpo después de que me eliminaran. Pero de todas formas, si me había tirado de cabeza, era precisamente porque no quería estar a bordo, ¡no! Lo que menos me convenía en este momento era que alguien quisiera echarme un cable y sacarme del río, porque entonces ellos no tardarían en rodearme, darme palmaditas en la espalda) ofrecerme un té caliente y reprenderme, Charlie, Charlie (o tal vez Ormond, Ormond, no creo que supieran cómo me llamaba), ten más cuidado la próxima vez, muchachito, nos has dado un susto de muerte. Y lo mismo Violet hasta me abrazaba mientras me llevaban a rastras y me apartaban de la vista de

los testigos que habrían podido librarme de ellos. En ese momento, el abrazo de Víolet, por hermosa que fuera, dejó de parecerme una circunstancia apetecible.

Para susto de muerte, claro, el que yo tenía en el agua; todavía más intenso que el que sentí cuando me supe acorralado por ellos. Frenético, comprendí que tampoco podía quedarme allí flotando eternamente. Había descubierto la manera de mantener la nariz y la boca sobre la superficie y hundirme sólo poquito a poco, pero no iba a poder aguantar allí toda la vida. Además, el agua estaba fría y quién sabía si el río iría a terminar en una presa o en una cascada. Incluso podía darme de lleno contra los pilares de alguno de los puentes que conectaban las diversas partes de la ciudad, que eran bastantes.

Detrás de mí llegó flotando una rama. Más que una rama parecía un bosque entero, porque me enganchó y me llevó en volandas y a punto estuvo de saltarme un ojo con tanta hoja picuda. En algún lugar del río un rayo había desgajado parte de un árbol, o un excursionista con mala idea, o tal vez aquellos niños del colegio prusiano que marchaban en fila, como hormigas en prácticas, habían iniciado ya sus maniobras militares y estaban talando el bosque para fabricarse lanzas y flechas. El caso es que los ramajes me atraparon como si yo fuera un cordero y ellos la zarza, y sujeto en parte por voluntad propia y en parte a la fuerza seguí deslizándome corriente abajo, cada vez más lejos del barco y mis perseguidores. No podía luchar contra la zarza, pero por lo menos gracias a las ramas no me hundía.

Oí un ruido extraño y sólo cuando me mordí la lengua me di cuenta de que eran mis dientes castañeteando: el agua helada había empezado a hacer mella en mí y, con suerte, cambiaría morir ahogado por morir de congestión, una muerte todavía menos digna. Entonces las nubes empezaron a girar, vuelta y vuelta y vuelta, *y* medio atontado advertí que era yo quien lo hada, no el cielo. Algún remolino del río o alguna característica del fondo había hecho que los ramajes a los que me asía empezaran a revolverse como una peonza. Sólo supe que el movimiento cesaba cuando me di de bruces contra un pequeño espigón. La corriente nos había acercado a la orilla.

Me libré como pude de las zarzas o las hojas o lo que fuera que tuviera el ramaje y que todavía seguía con ganas de sujetarme; arañado y magullado y con algunos cortes en los pies y la camisa. Lo hice justo a tiempo, porque nada más librarme de ellas el arbusto volvió a girar y se perdió de nuevo corriente abajo: si no me hubiera dado prisa en saltar de mi balsa improvisada, todavía estaría allí atrapado, alejándome de la orilla. Me arrastré hacia tierra firme, empapado y aterido de frío. Levanté la cabeza para ver que el barco venía detrás, siguiendo plácidamente el curso del agua. No esperé a ver si mis perseguidores estaban asomados a la borda buscándome o si habían ido a celebrarlo.

Corrí para alejarme de la orilla, tropezando, tosiendo, con los pelos aplastados

sobre la cara y con los pies descalzos. Me desplomé tras una valla y allí debí de perder el sentido, porque cuando volví a abrir los ojos el sol estaba más bajo en el cielo, el viento silbaba entre las calles y yo no podía mover los dedos de los pies, que tenía congelados. Había dejado de sangrar, pero los cortes me escocían y en los oídos taponados debía de conservar aún un par de metros cúbicos de agua.

Me quité los calcetines. Los escurrí con intención de volver a ponérmelos, pero estaban completamente rotos, horadados en un centenar de puntos por los dientes de la zarza. Fui a metérmelos en el bolsillo de la chaqueta para remendarlos en otro momento más tranquilo, y entonces recordé que no tenía ya chaqueta. Por eso sentía tanto frío.

Di saltitos, mientras intentaba pensar qué hacer a continuación. Lo primero, advertir al señor Holmes de que nuestros enemigos estaban allí. Aunque sin duda eso lo sabía. No, lo primero era secarme. Y no dejarme ver, porque sin duda los Herederos de Horus estarían batiendo la ribera del río o las calles adyacentes en mi búsqueda.

Salté la valla, intentando buscar un lugar donde el viento no me golpeara con canta tuerza en la cara. En el callejón, dos gatos que se peleaban por una raspa de pescado se asustaron al verme y echaron a correr. Estornudé, por si acaso había alguna duda de quién mandaba allí. Estaba helado, tenía los dedos de las manos azules y arrugados, y no era capaz de coordinar los pensamientos. Todavía, de vez en cuando, escupía agua por la nariz y las orejas.

Busqué en la basura del callejón por si había algún periódico que pudiera usar para protegerme del húmedo frío, pero los suizos, lo sabe todo el mundo, son muy pulcros.

Fui yendo de cubo en cubo sin encontrar nada, hasta que por fin, en uno de ellos, hallé unas botas de cuero que debían de ser unas cuatro o cinco tallas más grandes que la mía. Les faltaban los cordones, una de ellas tenía toda la parte delantera rota y a la otra le asomaban, como colmillos negros, dos clavos de aspecto retorcido. Me dio lo mismo. Me las calcé como pude y por lo menos fui capaz de caminar sin clavarme los guijarros del suelo, que había muchos.

Salté otra valla, y esta vez llegué a un patio. Me sentía tan mal que ni siquiera el exquisito olor a queso fundido que salía por una ventana me entretuvo. Ante mi vi el tesoro más hermoso de la historia, algo por lo que sin duda los ejércitos del mundo serían capaces de librar guerras: un tendedero con ropa seca.

Me acerqué lo más sigilosamente que pude. Comprobé que la ropa del cordel estuviera en efecto seca. Lo estaba, gracias a Dios. Me quité rápidamente los pantalones y la muda interior, me puse a toda prisa unos calzoncillos enormes con rombitos rojos y el pantalón oscuro que colgaba al lado. Con las prisas no me quité las botas y acabé dando saltos a la pata coja, con un pie dentro de una pernera *y* el

otro Riera. No me importó. Recuperé el equilibrio, libré la batalla y vena. El pantalón me quedaba enorme, pero por lo menos no chorreaba agua. Rompí un trozo de cordel y me lo anudé a la cintura, para evitar que se me cayera. Luego procedí a cambiarme de camisa.

Dejé mi ropa allí, diciéndome que aquello no era un robo, sino un trueque. La camisa y el pantalón que había dejado a cambio de aquellas prendas enormes eran nuevos, rasguños y picotazos aparte, mientras que todo lo que me había llevado estaba gastado. Y, por lo menos los calzoncillos, eran de bastante mal gusto.

Seguía teniendo frío: no era época de ir en mangas de camisa, ni de ser educado tampoco. Continué callejón arriba, tanteando las puertas de las casas, sintiéndome como un ladrón, pero me daba lo mismo. Una puerta estaba abierta. Metí la mano y palpé en busca de un perchero, recordando a Holmes y el sombrero que había colgado en el 221 B de Baker Street aquella noche. Allí estaba, en efecto, a la izquierda. Toqué con disimulo, atento a que nadie me viera desde dentro de la vivienda, y a que ningún vecino diera la voz de alarma desde fuera. Procuré no estornudar, aunque tenía ganas. Rocé la tela. La atraje hacia mí.

Una estola de señora, maldición. Ya lo que me faltaba, un pantalón enorme y una estola para no llamar la atención. Cuando la policía me detuviera, me metería derechito en chirona por ladrón y exhibicionista. Tendría que buscar otra cosa, o morirme de frío. La solución era fácil, claro. Me armé de valor y abrí la puerta (en realidad no tuve más remedio que hacerlo, porque quería devolver la estola a su sitio). Al otro lado del recibidor, en otro perchero, había una chaqueta y un bombín.

Los agarré con velocidad de caco experimentado. Al salir, mientras cerraba la puerta, vi un bastoncillo de junco. Me lo llevé también. Un caballero es un caballero. En Inglaterra teníamos a Robin Hood y los suizos adoraban a Guillermo Tell. No sé si también robaba a los ricos para dárselo a los pobres, pero puesto que manejaba la ballesta (que dicen que es más precisa y más cómoda que un arco de tejo) le concedí el beneficio de la duda y acepté que tomar prestadas aquellas ropas era un acto caballeresco. Además, un tipo que le dispara a una manzana sobre la cabeza de su hijo, por desobediente que fuera, tampoco estaba muy bien de la azotea.

Eché a correr con mi botín, cloqueando como un pato, y me escabullí por la esquina. Creo que estaba igual de húmedo, por el sudor, que antes de cambiarme de ropa, pero no era momento de andarse con remilgos. Me puse la chaqueta, intenté abrochármela... y comprobé que me quedaba pequeña. Metí el estómago, tiré con fuerza, y logré enganchar un solo botón en el ojal. Misión cumplida. Me coloqué el sombrero (que sí me estaba bien, menos mal), cogí el bastón y me perdí callejón abajo, disimulando. No me había visto nadie.

Llegué a una calle algo más transitada. En realidad, no sabía dónde me encontraba, ni podía preguntarle a nadie el camino del hotel, porque no me iba a

hacer entender en alemán ni en francés, y con la pinta que tenía incluso podría despertar las sospechas de la policía. Me miré en un escaparate. Simplemente patético. Y además se notaba que era yo. Quiero decir que me veía reconocible como Charlie Chaplin... o como Ormond Sacker. En el teatro, cuando me preparaba para salir a escena y me retocaba con los maquillajes y me ponía pelucas o me vestía de época, me veía como una persona distinta. Ahora no. Si yo veía quién era, sin duda los Herederos de Horus me identificarían también en cuanto me vieran, incluso a distancia. Yo era un actor, no un fugitivo. Bueno, lo cierto es que en ese momento era las dos cosas. Pero mi intención había sido siempre ganarme la vida haciendo de otra persona, escondiéndome dentro del aspecto físico de un personaje. Había interpretado durante unos días al miope de Ormond y me habían descubierto. Si quería regresar al hotel, alertar a Holmes y no caer en las garras de mis perseguidores, tenía que crear rápidamente otro personaje diferente. Tenía que dejar de ser yo. Tenía que abandonar también el disfraz de Ormond Sacker.

Bueno, ya lo tenía casi todo. El bombín, las botas, la chaqueta estrecha, el bastón, el pantalón enorme. Pero seguía siendo un chaval estrafalario de dieciséis años en una tierra desconocida. Me faltaba algún detalle que me hiciera parecer unos años mayor, *y* no tenía maquillaje a mano, ni un papel de periódico con que inflar mi barriga ni dar forma a mis mejillas.

Me quité el sombrero. Del fieltro interior arranqué un trocito negro. De lejos, haría las veces de bigote. Con un poco de saliva y la resina que todavía tenía en el pelo por culpa del árbol que me había salvado la vida en el río, me lo pegué bajo la nariz. Comprobé el resultado en la vitrina. Demasiado grande, y torcido. Corté un trocito. Ahora estaba más largo de un lado que de otro. Corté del trozo largo, y me quedó otra vez un bigote cojo. Corté otras dos veces más y al final acabé con un bigotito cuadrado que apenas me llegaba de la nariz al labio, pero con eso tendría que contentarme. Ya no era yo, eso seguro. Pero

Eché a andar con cuidado, haciendo oscilar el bastón como si fuese un caballero y me sintiera orgulloso de serio hasta el borde de ¡a pendencia. Nadie se volvió al verme pasar, sin duda porque las calles estaban desiertas. Pero mejor así.

Tuve la suerte de encontrar la vía del ferrocarril. El hotel Schweizerhof estaba cerca de ella. Ahora tenía que decidir si estaba vía arriba o vía abajo. Decidí echarlo a suertes con una moneda. No tenía ninguna. Lancé el sombrero al aire y decidí': si cae boca arriba, voy vía arriba. Sí cae boca abajo, voy vía abajo.

Dicho y hecho. El sombrero cayó boca abajo... y decidí seguir vía arriba. Mientras iba esquivando los travesaños y las piedras que se me metían en las botas, no pude dejar de pensar que era un vagabundo como los que siempre había admirado: sin techo, sin ataduras, sin amigos, sin nada. Pero por algún motivo, tener a un grupo de chalados persiguiéndome, en un país extraño, sin un chelín en el bolsillo y con

unas ropas ridículas ya no me parecía algo can romántico.

Hice bien en hacerme trampas con el curioso cara o cruz de mi sombrero, una corazonada es una corazonada, y a ese tipo de cosas le debí por ejemplo no irme a pique aquel viernes del 29. Encontré el hotel y me encaminé hacia él con paso ufano. Me detuve antes de cruzar la calle. No podía entrar con aquella pinta. O mejor dicho, sí podría entrar, pero no llegar a nuestras habitaciones. Tendría que preguntar por el señor Holmes (corrección, por el señor Locksley) en recepción, y si los Herederos de Horus continuaban vigilándonos sabrían cuál era ahora mí tapadera.

Rodeé el edificio como quien no quiere la cosa, y entré por los jardines traseros. Con un poco de suerte, podría llegar a las escaleras secundarias *y* de ahí subir a nuestras habitaciones. Comprobé con desánimo que había perdido la llave: la había dejado en mí pantalón seco o en el fondo del río Aar.

En el jardín había un muchacho de mi edad pintando un paisaje de montañas. Tosía de vez en cuando, con ese tipo de sonido que yo había aprendido a identificar con la tuberculosis, por lo que preferí esquivarlo. Con el resfriado que yo llevaba encima ya, lo más probable era que hubiera acabado por contagiarlo, y lo que me faltaba era cargarme a un chaval inocente o darle alas a su *Fraulein* mamá para que me pusiera una demanda.

El chaval dejó de pintar y se me quedó mirando. Era flacucho y feo, y tenía unos ojos oscuros y penetrantes, como cargados de luz negra. Cruzamos la mirada y el chico sonrió. Me señaló el bigote, sonriendo.

—¡Eh, me gusta su bigote! —exclamó. No lo entendí porque lo dijo en alemán, pero estaba claro que había expresado algo parecido.

Le sonreí y me levanté el sombrero un centímetro para corresponder a su comentario. Estaba entrando en el hotel cuando alguien llamó al chico.

—¡Adolf! ¡Adolf! ¿Quieres olvidarte de esas estúpidas pinturas *y* entrar de una vez?

Subí corriendo la escalera, llegue a nuestras habitaciones y llamé a la puerta. Nadie contestó. Volví a llamar con más insistencia. Nada.

Bajé la escalera y no tuve más remedio que preguntar en recepción si había algún recado de Holmes.

—¿El señor Sherrinford Locksley? —me dijo el encargado, con un acento inglés lleno de consonantes repetidas. Comprobó que la llave estaba en el casillero, donde, al contrario que yo, Holmes la había entregado aquella mañana—. Lo siento, *mein Herr*. El señor Locksley no ha vuelto todavía.

22

Disfrazado de vagabundo no podía pedir la llave de la habitación, por mucho que confiara en mi disfraz, que no confiaba. Pero entonces comprendí que el hecho de no haberla entregado en recepción y haberla perdido durante mi aventura en remojo quizá actuara en mi beneficio y no en mi contra. Si los Herederos de Horus pensaban que en efecto me había ahogado en el río, ver una sola llave en el casillero correspondiente les haría pensar que Sherlock Holmes estaba en la habitación, pues creerían que esa llave era la mía. Eso daría tiempo al detective para continuar con lo que estuviera haciendo, y a mí me protegería de nuevas emboscadas: no podía dejar de pensar que Violet estaba alojada en aquel mismo hotel, y sin duda el hombre del bigote y el tipo del chichón también. Si no hubiera sido por Holmes, pensé a deshora, lo mejor que yo podría haber hecho era largarme con viento fresco, cruzar la frontera y llegar caminando a Calais, o a donde hiciera falta.

Volví a subir la escalera, cuidando de no tropezarme con nadie, cosa que costaba trabajo ton aquellas bolas y aquellos pantalones enormes. Intenté forzar la puerta de nuestra habitación, pero no pude. Me dirigí al fondo del pasillo, abrí la ventana y me asomé a la calle.

Abajo no había nadie. Si me sujetaba bien y pisaba con cuidado el canalillo, podría entrar por la ventana. Si la ventana estaba abierta, detalle que no recordaba. Fui consciente de que si daba un traspiés podría romperme la cabeza, pero al fin y al cabo llevaba todo el día jugándome la vida *y* ganándole a la muerte en la ruleta. Además, yo era un buen acróbata. No podía ser mucho más difícil caminar por el canalillo que por una cuerda tensa.

Lo era. Resbalé dos veces, estuve a punto de descuajaringar la tubería de la pared, el sombrero se me cayó y lo cacé al vuelo antes de pegarme una costalada contra la pared del edificio, y poco me faltó para que una señora gorda y en *déshabillé* me viera pasar como un palomo cojo por su ventana, con el consiguiente escándalo. Por suerte, me hallaba en racha. Llegué a nuestra ventana y comprobé que estaba abierta: los suizos son muy higiénicos y el servicio de habitaciones la había dejado así para que se ventilara.

Me desplomé en la habitación, jadeando. Cerré la ventana, corrí las persianas, me acerqué a la puerta y colgué un cartelito del pomo, por fuera. Esperé que dijera «No molesten» y no «Charlie está dentro». Me tumbé en la cama y me puse a esperar a Holmes.

A medianoche, el detective todavía no había regresado. Comencé a inquietarme. Pero sin duda debería de estar en la pista de algo importante y no había tenido tiempo de comunicármelo. Comprobé sus cosas. Todo estaba en orden, como aquella misma mañana, lo que indicaba que no había regresado durante el rato que yo estuve

haciendo de Romeo fluvial: las ropas, el tabaco de pipa, las cerillas, el libro de Frankenstein y los ejemplares de *Annalen der Physik,* el telegrama del profesor Challenger...

Por curiosidad, eché un vistazo al telegrama. Sólo contenía una palabra: *Artifex.* Posiblemente una clave. Me encogí de hombros y, como no entendía los manuales de física, empecé a leer la novela de Frankenstein. Esta vez tuve paciencia y conseguí leer de un tirón un buen montón de páginas.

Me quedé dormido, pero desperté sobresaltado varias veces a lo largo de la noche. Holmes no regresó, pero tampoco los Herederos de Horus comprobaron que yo estuviera dentro. Luego pensé que mi razonamiento anterior estaba equivocado: si a quien querían era a Holmes, el cartelíto en la puerta les indicaba que podían pasar y molestarlo cuanto quisieran, haciendo caso omiso a las palabras primorosamente rotulada, con Ietra gótica.

Me levanté y, de puntillas, abrí la puerta y retiré el cartelito. Me volví a la cama, tembloroso y asustado. Creo que, como me temía, había pillado un poco de fiebre con tanto remojo. A lo lejos sonó un trueno entre las montañas: la fuerza de la electricidad en todo su esplendor, como en el libro de la señora Mary Shelley.

Un rato antes del amanecer, yo estaba ya en pie, tratando de no dejarme llevar por los nervios. Sherlock Holmes seguía sin regresar. Y eso podía significar muchas cosas. Entre ellas, que los Herederos de Horus lo hubieran capturado. Por eso no habían venido a comprobar que estuviera en la habitación.

Me vestí rápidamente, abrí la puerta. La cerré. Bajé por el canalillo, por si las moscas, y eché a correr por las calles, el único ser vivo y madrugador en Berna. Si Holmes había sido secuestrado, nada impedía que los Herederos de Horus capturaran también al señor

Llegué al número 49 de la Kramgasse. Subí corriendo la escalera, empecé a aporrear la puerta a pesar de lo temprano de la hora. Nadie abrió. Un vecino enfadado abrió en el piso de abajo *y* me recriminó en alemán.

—¿Ha visto al señor Einstein? —le pregunté a voz en grito, pensando que elevando el volumen de mi voz iba a entenderme.

Naturalmente, el vecino no me entendió. Me temí entonces lo peor: que hubieran secuestrado al físico, como Holmes trataba de evitar desde el principio. Pero entonces... ¿dónde estaban la señora Einstein y el pequeño Hans Albert y su colección de narices de invitados?

Por señas, hice el gesto de acunar a un bebé y de retorcer la nariz. El vecino me entendió. Por señas también, me indicó que habían partido temprano, en un carruaje. ¿Los dos solos, o con el señor Einstein?

El hombre no pudo sino sonreír ante mi imitación del científico, los pelos despeinados y la expresión de estar mirando al techo. No, el señor Einstein no se

había marchado con ellos.

Pero no estaba en el apartamento. Le di las gracias al vecino y bajé corriendo la escalera. En la calle, no supe por qué camino tirar, igual que Einstein cada vez que salía del trabajo. Regresé al hotel cabizbajo, absolutamente aterrado, sintiéndome más solo que nunca.

—Te digo que era él, lo he visto con mis propios ojos —oí decir en inglés—. Yo me bajaba del tren y él subía.

—¿*Sherlock* Holmes? —replicó otra voz, mucho más aguda—. ¿El famoso detective? ¿Qué ha venido a hacer en Suiza?

Giré sobre mis talones y me acerqué. Ni siquiera me dio por hacerme el disimulado. Eran dos caballeros de edad madura, ambos ingleses y, por su aspecto, banqueros, hombres de negocios o importadores de chocolate.

—Discúlpeme, señor —dije, llevándome la mano al sombrero—. ¿Dice usted que ha visto a Sherlock Holmes?

—¡Ayer por la noche! —contestó el hombre, como si hubiera visto en persona a un miembro de la realeza—. Yo bajaba del tren y él subía. Tiene una silueta inconfundible, ¿no está usted de acuerdo? ¡Seguro que está trabajando en un caso nuevo!

—Pero ¿no se había retirado? —preguntó el otro caballero, más escéptico—, ¿Por qué no puede estar de vacaciones, como tú y como yo y como este... este... este jovenzuelo?

—Porque tenía cara de muy pocos amigos, por eso. Se le veía muy concentrado. Casi preocupado, diría yo.

—¿Iba solo? —pregunté, esperando que al menos el inesperado viaje de Holmes explicara también la desaparición de Albert Einstein**,**

—Lo acompañaba un caballero.

—¿Con bigote?

—Naturalmente.

—¿Pelo largo y moreno? ¿Algo despeinado?

El caballero se me quedó mirando como si estuviera preguntandolé idioteces.

—No. Sombrero y corte de pelo pulcro y formal.

Entonces no podía ser Einstein. Me despedí de los dos caballeros, que siguieron discutiendo si uno había visto una alucinación o al detective más famoso del mundo. Nervioso, aislado en un país que no era el mío, sin dinero para moverme a mis anchas y con una secta de locos cíentifistas persiguiéndome, pensé que las cosas no podían irme peor. Me equivocaba. Tenía hambre y sed, y como mi situación no iba a resolverse *ú* no comía, decidí entrar en una cafetería *y* tomarme un bocado de media mañana.

Estaba en la barra del café, dándole vueltas a la cabeza y a la infusión, cuando dos

hombres se situaron junto a mí. El corazón me dio un vuelco, porque olían a ajo y sándalo. Uno de ellos estiró la mano para coger el azucarero, y yo me di la vuelta *y* me cubrí con un periódico que no entendía, todo letra gótica y palabras polisílabas. La mano estaba llena de pequeñas cicatrices. Era uno de los acólitos que acompañaban a AJeister Crowley, el que había confundido mis dos panecillos con una pistola.

Por encima del borde del periódico los observé. Incómodos con sus ropas de domingo, tiesos como dos estatuas, tomaban café negro y esperaban a alguien. No había que ser precisamente Sherlock Holmes para saber quién era.

—No me gusta este sitio —murmuró uno de ellos en inglés, dirigiéndose al otro y sabiendo que en aquel coqueto café no le entendería nadie—. Hace frío, y hay tanta luz... ¿No dijo el maestro que íbamos camino del Himalaya?

—Calla —respondió el otro—. Seguro que hace todavía más frío y hay más luz. Yo que tú no criticaría...

El segundo acólito se calló de pronto, como si se hubiera mordido la lengua, aunque más le valdría haberlo hecho. El primero de los dos, hierático, le tendió el cuchillo con el que se estaba untando mantequilla. Resignado, el hombretón se alzó la manga *y* se cortó un tajo. Había dicho «yo», la palabra impronunciable. Me pareció que el otro hombre sonreía.

El tipejo estaba intentando retener el hilillo de sangre con una servilleta (imagino la cara de la pulcra camarera suiza cuando viera el estropicio) y justo en ese momento, notando feliz, salió de los lavabos Aleister Crowley, con un abrigo negro hasta los pies y un sombrero con pluma. Tampoco me vio, afortunadamente, ni se entretuvo a tomar nada con sus hombres. Esperé a que se marcharan de la cafetería antes de levantarme, pagar la cuenca y salir por la puerta trasera.

Todo el mundo se estaba dando cita en Berna. Holmes y yo, Albert Einstein y su teoría incomprensible, los Herederos de Horus y sus jovencitas mentirosas, un par de banqueros ingleses que lo mismo habían venido a abrir cuentas secretas que a preparar unas vacaciones con sus amantes, un colegio de futuros soldaditos del kaiser y ahora AJeister Crowley y sus matones. Por desgracia, Mycroft Holmes, Scotland Yard, Wiggins y Wilberforce no se habían unido a la fiesta.

Regresé al hotel intentando no llamar la atención. Subí a mi habitación, de nuevo por el canalillo. Como ya tenía maña, no tuve problemas. La señora en *déshabillé* había terminado de vestirse y había cerrado su ventana. Previsor, yo había dejado la mía abierta.

Me senté en la cama y me puse a reflexionar. Algo había sucedido en mi ausencia: o bien Holmes había descubierto algún nuevo sesgo en aquella historia y se había visto obligado a actuar en consecuencia, sin esperarme, o lo habían secuestrado y el hombre que lo acompañaba era el tipo del bigote que había intentado dispararle

en la abadía de Carfax y que había sido responsable de que yo aprendiera a nadar a la fuerza.

Eso, claro, no resolvía dónde se había metido el señor Eínstein. Ni su esposa y el niño de las narices, intenté pensar como pensaría el señor Holmes, pero en seguida me dolió la cabeza. Contemplé la habitación. Si Holmes se había marchado en el tren, como decía aquel caballero, no había retirado el equipaje. Eso indicaba que había actuado de improviso, o forzado por las circunstancias, que bien podrían ser una pistola.

Recapacité: Holmes se había marchado la mañana anterior, tras recibir un telegrama de Londres que le había indicado algo. Recogí el telegrama y volví a leer aquella palabra en clave: *Artifex*. Dios sabría lo que querría decir aquello. Dejé caer el telegrama sobre la cama, junto al libro que Holmes, y ahora yo, estábamos leyendo, aquella historia terrorífica de un hombre artificial.

Un momento. ¿Querría decir eso el telegrama? ¿Esa palabra sajona, o latina, o del vocabulario que utilicen entre sí los científicos para que no los enrienda nadie, podría significar... artificial? Nunca había imaginado a Sherloch Holmes como lector de cuentos de miedo; de hecho, en todo momento demostraba su desprecio hacia la superstición y el oscurantismo.

Pero el libro de la señora Mary Shelley trataba de un hombre creado por medios extranaturales. Un ser remendado a partir de otros seres, una criatura deforme.

Como el Hombre Elefante.

El Hombre Elefante, al que estaba examinando con atención el profesor Challenger, el conservador del Museo de Historia Natural de Londres.

¿Era eso lo que indicaba el telegrama, que Joseph Merrick no era un cruel capricho de la naturaleza, sino un ser fabricado ex profeso, un individuo artificial, una aberración creada por los propios hombres Dios sabe con qué fin, un experimento fallido?

Intenté recordar la conversación entre Holmes y Einstein, las referencias a temas que ambos daban por sabidos y que yo, mísero e inculto de mí, ignoraba. Horus era, lo había dicho el detective, un dios egipcio, el hijo de Osiris, otro poderoso dios... ¡y Osiris había sido asesinado, desmembrado y recompuesto antes de engendrar a Horus, que abrió el camino a un panteón nuevo tras derrotar a sus enemigos!

Como la criatura del libro. Como el Hombre Elefante, según parecía indicar el telegrama del profesor Challenger. ¿No había dicho Holmes que a veces había que disfrazar la realidad de ficción? ¿Y si el libro de la señora Shelley era exactamente eso, no una novela, sino el relato de unos hechos verídicos, la narración de una posibilidad espantosa, un cuento donde se adornaba un hecho verdadero?

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo. Comprendí entonces por qué podían querer los Herederos de Horus a los dos hombres más inteligentes del mundo.

Hojee la novela, saltándome capítulos, revisando una v otra vez la parte en que el doctor Victor Frankenstein creaba vida humana a partir de despojos. Sólo se servía, según el libro, de su sabiduría y de la electricidad. La fórmula mágica no estaba incluida en la historia, sólo las consecuencias de su exprimento.

Pasé rápidamente las páginas adelante y atrás. Volví al prólogo, que no había leído porque suelo leer los prólogos al final del libro, puesto que destripan la gracia de ¡a historia. Allí venía un pequeño apunte biográfico: cómo la señora Mary Wollstonecraft Shelley había escrito la historia cuando los ilustres visitantes de Villa Diodati, aislados por una tormenta, y en un ambiente propicio, quisieron entretenerse tejiendo historias de miedo. En el verano de 1816.

El prólogo citaba de pasada el triste destino de todos ellos: la muerte de Percy Shelley, el esposo de Mary, en un naufragio. Los hijos que ambos tuvieron y que fueron muriendo uno tras otro, lord Byron, sacrificándose para la posteridad y muriendo como un héroe en Grecia. El suicidio del doctor Polídorí en 1821. Y la soledad y la tristeza que fueron invadiendo a aquella mujer hasta su muerte en 1851, a la edad de cincuenta y tres años.

Podía ser casualidad. Podían ser habladurías de vieja. O podía ser el largo brazo de los Herederos de Horus intentando acallar un secreto que la osadía de una muchacha había revelado.

Eso era lo que sabía Holmes desde el principio. Ésa rué la conclusión a la que llegué en la soledad del hotel, asustado y mareado ante las perspectivas que ese fragmento de conocimiento implicaba.

El misterio había empezado cerca de allí. En Villa Diodati, a orillas del lago Ginebra. Si quería encontrar a Holmes y a Einstein era allí hacia donde tendría que encaminar mis pasos.

23

Dejé el cartelito de «No molesten» en la puerta y me marché del hotel sin pagar, descolgándome de nuevo por la ventana. No es que no ruviera dinero en ese momento (Holmes había dejado una suma razonable en sus maletas) pero supuse que era mejor no andar escaso de recursos por si las cosas se complicaban, y además no me interesaba que los Herederos de Horus supieran que continuaba vivo. Mientras pensaran que me encontraba todavía en el hotel, o por allí cerca, no me seguirían los pasos. Ni ellos ni Aleister Crowley y su camarilla. No podía quitarme de la cabeza que el santón que habíamos visto en Londres estuviera también allí, en Berna, camino o no de una expedición al Himalaya. Sin duda, seguía los pasos de Holmes (es decir, también mis propios pasos). Sin duda, pretendía también apoderarse del secreto a voces que parecía ser el experimento que narraba el libro de *Frankenstein.* O ponía en práctica un plan que se me escapaba y que podía no tener nada que ver con una cosa ni con la otra.

Subí a un tren (ese billete sí lo pagué; tampoco había que pasarse), y traté de seguir la pista de Sherlock Holmes y el hombre del bigote que juraba haber visto aquel caballero. Sólo sabía que en Villa Diodati podría encontrarlos, de eso estaba seguro. A Holmes y Einstein o a la Hermandad de los Herederos de Horus y el misterio de Mary Shelley y el Hombre Elefante.

Dicen que preguntando se llega a Roma, y sin duda que es verdad. La imaginación se agudiza cuando no puedes comunicarte con palabras, y gracias a la inventiva y la buena disposición de los suizos (que son, no me canso de repetirlo, gente muy educada, aunque uno acaba un poco harto de aceptar sus invitaciones a queso), conseguí llegar al lago Ginebra y a la villa en cuestión. Seguía sin tener ni idea de lo que podía encontrar allí, pero tuve la suerte de no cruzarme por el camino con acólitos de ninguno de los bandos en liza. Tampoco, ay, encontré más pistas de Holmes, pero eso, en cierto modo, no me extrañó demasiado.

Los alrededores de Villa Diodati, y eso que todavía no era de noche, me parecieron tétricos: bosques de árboles oscuros, vegetación tupida capaz de inspirar cuentos de hadas o pesadillas en los niños. Más allá, muy a lo lejos, se alzaban como siempre las montañas, como una promesa de la gloria, el Mont Blanc reinando sobre sus súbditos menos orgullosos. Y el lago Ginebra, agazapado y silencioso tras los declives del terreno, una trampa cristalina y helada, engañosamente plácida. A unas pocas millas lago adentro se apostaba un castillo de estilo medieval, como un oscuro cuervo posado sobre las aguas. No sabía yo entonces que era el castillo de Chillón, pero desde luego no me extrañó que aquellos paisajes y aquellas cumbres hubieran inspirado a la joven Mary Shellcy ¡os aterradores capítulos de su *Frankenstein.* También su esposo había reflejado en las cumbres del Mont Blanc toda una filosofía

del espíritu romántico.

Sin embargo, pese a lo que esperaba, Villa Diodati me pareció un lugar hermoso, acogedor y refrescante. Era una casa solariega amplia, de tres pisos, la típica estructura suiza que tanto me había encandilado cuando todavía tenía tiempo de admirar la arquitectura de las ciudades y envidiaba la comodidad de sus habitantes, no un caserón lóbrego y oscuro donde el ambiente inspirara cuentos de fantasmas.

Me acerqué con mucho cuidado a la villa, rehuyendo la carretera y manteniéndome siempre resguardado por la sombra protectora (y aterradora) de los árboles. Como un buen espía, recordando mis tiempos de Irregular de Baker Street para Sheriock Holmes y los consejos de Wiggins y de mi hermano, esperé agazapado, intentando encontrar algún indicio que me revelara qué hacer a continuación, porque lo cierto es que no tenía ni idea, ni era capaz de imaginarme con qué podía enfrentarme.

Fue cayendo la tarde y, para mi sorpresa, vi que en Villa Diodari no se encendía ninguna luz. La mansión donde en el pasado había vivido la flor y nata de los escritores ingleses, y el poeta ciego John Milton antes que ellos, estaba hoy día deshabitada, testigo mudo de un pasado glorioso.

Me desesperé. ¿Era posible que hubiera llegado hasta allí siguiendo una pista falsa? Si en Villa Diodati no había nadie... entonces ¿dónde podían refugiarse los Herederos de Horus? ¿Adonde habían llevado al señor Einstein y a Sheriock Holmes? Me negué en redondo a admitir que pudieran estar en alguna mazmorra del castillo cercano.

Estaba haciendo acopio de voluntad para intentar trazar un plan que me permitiera llegar hasta allí cuando, bien avanzada la madrugada, un ruido extraño llamó mi atención. Me zambullí entre la espesura, verdaderamente espantado, porque sin duda aquel estrépito no tenía nada de natural. Y no lo tenía: avanzando a trompicones por el sendero llegó un automóvil. Pude ver en el asiento trasero una melena despeinada, un bigote poblado, las cejas que expresaban aquella profunda capacidad de reflexión que sólo podía encontrarse en Albert Einstein.

¡Albett Einstein allí! Lo habían capturado, pues, como Holmes había ptedicho. Sin embargo, el detective no lo acompañaba. Temí lo peor en cuanto a mi compañero de aventuras, aunque traté de consolarme diciéndome que tal vez estuviera todavía libre y que, como yo pretendía, podía contar con él para que viniera al rescate. Pero eso era soñar, me temo. En aquel momento estaba solo, y no podía depender de nadie.

El automóvil no se dirigió hacia Villa Diodati, sino que se internó en la espesura... y desapareció. Me maldije una y otra vez, por indeciso. Tenía que haber echado a correr tras él en vez de dejarme llevar por el pesimismo. Quién sabía por qué camino había continuado.

Corrí ahora, a destiempo ya, siguiendo la pista de las ruedas sobre la grava.

Pero las huellas desaparecieron sin dejar rastro una veintena de metros más allá, en el mismo corazón del bosquecillo, como si se las hubiera tragado la tierra.

Rehíce mis pasos, busqué con cuidado en la penumbra. Y cuando ya desesperaba encontré unas ramas rotas que indicaban que el coche había pasado por allí, para desaparecer de repente justo a partir de aquel punto.

Atravesé el seto y comprobé que era una especie de cancela móvil, una ingeniosa manera de ocultar una entrada a una cueva. En un lado de la pared de piedra, casi oculto, hallé grabado un símbolo que conocía: un ojo de inconfundible estilo egipcio, con una lágrima en la comisura que parecía el signo ortográfico de una coma.

Así pues, estaba sobre la pista. De puntillas, seguí el rastro de las huellas de las ruedas que, ahora sí, se marcaban muy claramente en la tierra. Además, olía a combustible, una peste sofocante que casi me asfixia de puro asco. En eso, los automóviles no difieren de los detritos que marcan el paso de los caballos. Es posible que hoy nos hayamos acostumbrado a ese olor, pero en 1905 resultaba un añadido insultante al aire fresco que respirábamos, sobre todo en un lugar apartado e idílico como Villa Diodati.

Encontré el coche unos cinco o seis minutos después. Estaba abandonado, el motor todavía caliente. Sus ocupantes se habían bajado y se habían llevado al señor Einstein con ellos, túnel abajo. Yo había perdido ya la cuenta de la cantidad de metros que había avanzado en la oscuridad, pero sabía que eran bastantes, muchos más de los que en Londres habían separado la abadía de Carfax del manicomio abandonado. Por algún motivo incomprensible, los Herederos de Horus preferían vivir en el subsuelo, tanto allí como en aquel otro escondite, igual que se ocultaban entre la sociedad que, sin duda, aspiraban a dominar con su conocimiento de ciencias prohibidas.

Sentí frío. La humedad del ambiente aumentó tanto que pude ver mi aliento condensándose en nubéculas de vapor ante mi cara. Toqué las paredes y las noté heladas. Comprendí que estábamos debajo del lago. No me tranquilizó nada ser consciente de que sobre mí había toneladas y más toneladas de agua.

Sabía que me exponía a que me descubriesen de un momento a otro. Por muy ocultos que estuvieran, si aquel lugar remoto era el escondite de la banda, sin duda habría vigilantes por alguna parte. Y si me hacían prisionero a mí también, de poca ayuda podría serle a Holmes y a Einstein. Sería el final del camino para todos nosotros, el inicio de una peripecia inenarrable para los Herederos de Horus.

El túnel se acabó entonces, justo cuando estaba pensando que debería escabullirme si no quería que me atraparan. Lo que vieron mis ojos en aquel momento de descubrimiento me quemó para siempre las retinas y la memoria.

Ante mí se abrió una nave gigantesca, parecida a una catedral, o eso me recordó su silencio y su luminosidad artificial. Era un cruce entre laboratorio y fábrica de

relojes, no se me ocurrió entonces otra forma de definir lo que veía ni ahora puedo describirlo con otro símil. Había tubos y vigas de hierro por todas partes, engranajes *y* piezas de función desconocida, dinamos y bujías que se encendían y apagaban y chisporroteaban nerviosas con una descarga de electricidad azul. No había redomas ni cocodrilos colgando de las paredes, ni esqueletos encadenados a su suerte, ni nubes de humo apestoso brotando de tubos de ensayo. Todo era limpio, prístino, ordenado. Supe que era una versión contemporánea, o tal vez la versión original del laboratorio tenebroso del doctor Frankenstein: en tres o cuatro lugares me pareció ver cápsulas de metal plateado que bien podrían haber albergado dentro restos humanos, pues se me antojaron sarcófagos pulidos y modernos.

Todo el enclave estaba rodeado por una especie de andamiaje que permitía acceder con facilidad a los otros lados de la nave, sorteando las máquinas y su rítmico martilleo de pistones. Me encaramé a él y desde allí oteé el lugar.

Había media docena de hombres trabajando en completa tranquilidad, como si su oficio fuera en efecto apretar clavijas *y* no desmembrar seres humanos con fines repugnantes. Al fondo pude ver la cabellera desgreñada de Einstein, y a los dos hombres que lo acompañaban.

Avancé paso a paso por el andamiaje, procurando no hacer ruido, pero de cualquier forma no creo que nadie hubiera podido oírme con el firme batir de la maquinaria. Einstein y sus dos captores entraron en una especie de sala adjunta a la que yo no iba a poder acceder, a menos...

Me volví. En el techo había un respiradero, un hueco cubierto por una rejilla de metal que pude abrir sin problemas colgándome boca abajo y descargando una patada. Un acróbata entrenado, como comentábamos con sorna mientras recorríamos Inglaterra con los Ocho Muchachos de Lancashíre, sería capaz de ir caminando por la cuerda floja un día de niebla y entrar a robar el cetro de la corona sin que nadie fuera capaz de detectarlo. No sé si alguien lo habrá intentado, pero en la época en que la electricidad y sus ventajas eran un lujo, estoy seguro de que habría podido hacerse.

Gateé por el túnel, siguiendo una corazonada que posiblemente Sherlock Holmes habría podido justificar por medio de deducciones mágicas. Ahora pienso que era evidente que, si se trataba de un conducto de aire, conectaba todas las diversas zonas de aquel laboratorio subterráneo, pero juro que en aquel momento toqué de oído. Me arrastré por el endeble respiradero y pronto estuve sobre la habitación a la que aquellos hombres habían conducido al señor Einstein.

Me asomé con cuidado, intentando no descubrir mí presencia. No resultó difícil, porque nadie esperaba que yo estuviese oculto allí arriba.

Einstein estaba sentado ante una mesa cubierta de papeles *y* hojas de cálculo, regías, tinteros, herramientas y lápices. Ante él había un hombre a quien no pude identificar, dada mi posición. Desde el respiradero sólo le vi en aquel momento la

mano derecha, en la que brillaba un anillo de plata con un ojo de Horus por piedra.

—Permítame que le diga que es un honor tenerle con nosotros, Herr Einstein —estaba diciendo el hombre en un inglés que distaba mucho de ser perfecto, aunque lo pretendía, con el suficiente acento para ser entendido, pero revelando ya de entrada que no era alemán de origen, o de lo contrario se habría dirigido a Einstein en su idioma—. Mi nombre no le dirá nada, pero puede llamarme lord Ruthven.[6] Creo que, dado el lugar donde nos hallamos, es lo más adecuado, ¿verdad? No sabe usted cuántos siglos lleva nuestra orden esperando para encontrar al hombre más inteligente del mundo.

24

—¿He de suponer entonces que es usted un vampiro? —preguntó Albert Einstein, con sorna cargada a su vez de acento alemán—, ¿O un fantasma inmortal acaso?

—Ni mucho menos, *mein Herr* —contestó, algo condescendiente, el supuesto aristócrata—. Ambos somos hombres de ciencia. Dejemos las patrañas para gente más vulgar. Convengamos que soy el heredero de una larga tradición de conocimiento que sólo en este siglo que comienza podrá alcanzar las cotas necesarias para su desarrollo.

—¿No pertenecen ustedes a una tradición ocultista? Imaginaba que estaba en manos de un grupo de descerebrados adoradores del diablo —rezongó Albert Einstein —. O de ese dragón que supuestamente vive en el fondo de este lago.

Lord Ruthven se echó a reír. Era una risa hueca que provocaba escalofríos, propia de quien no tiene motivos para expresar alegría auténtica.

—Seamos serios, señor Einstein. Dejemos el carnaval para los francmasones y los mercachifles de lo oculto. Nuestra búsqueda de la verdad se equipara a la suya. Sólo hay una respuesta a todo. Y esa respuesta está en la ciencia. No hay más misterio que ése.

Einstein exhaló una cortina de humo con su pipa. El olor me hizo cosquillas en la nariz. Sentí ganas de estornudar y retrocedí unos palmos, por si acaso, intentando que el respiradero no crujiera con mí peso. Desde donde estaba, dejé de ver la coronilla del hombre del anillo de plata.

—Pero dominan ustedes posibilidades científicas enigmáticas —dijo Einstein, con un tono que más que una declaración parecía un reproche.

—La ciencia depende de muchos factores —respondió lord Ruthven—. Sólo necesita una mente abierta, un caldo de cultivo propicio para florecer. Por desgracia, hace cien o doscientos años una mente privilegiada como la suya habría sido quemada en la hoguera.

—No crea que no pienso que todavía puede sucederme —rezongó Einstein—. No estoy aquí por mi propio gusto, ¿sabe?

—Le aseguro que no tiene nada que temer de nosotros.

—¿Estaría dispuesto a jurar eso sobre la Biblia?

Lord Ruthven volvió a echarse a reír. Me recordó la interpretación que, según imitan todos los cómicos del West End, sir John Irving había hecho del Mefistófeles de Marlowe.

—Demos gracias al progreso, Herr Einstein. En su caso, porque así nadie podrá quemarlo por hereje. En el nuestro, porque por fin podremos poner en práctica todos esos conocimientos que se han transmitido de generación en generación hasta nosotros, desde que el mundo dio por perdido todo ese caudal con el incendio de la

Biblioteca de Alejandría.

—Por eso se llaman ustedes los Herederos de Horus, supongo. Es un bonito nombre. Aliterativo, incluso. Podrían ganar una fortuna en el circo. O en ese nuevo invento que ahora causa tanto furor en París, el cinematógrafo.

—Por eso nos llamamos así —reconoció lord Ruthven, con tonto orgullo, como sí no fuera capaz o no quisiera reconocer el sarcasmo del científico—. Nuestros documentos se remontan a miles de años en el pasado, a conocimientos ensayados cuando el mundo era joven y en los mí tos se escudaba lo que hoy conocemos como técnica. Algunos de ésos no sirven para nada, me temo. Habladurías de viejas también, o pura fantasía de quien los copió en algún monasterio remoto durante la Edad Media. Otros están todavía espetando ser desentrañados y explotados.

—Como la posibilidad de crear vida —volvió a acusar Einstein, sacándose la pipa de la boca.

—¿Sabe usted que ése es nuestro objetivo? —lord Ruthven pareció sorprenderse.

—El señor Sherlock Holmes tuvo a bien informarme —dijo el científico—. Había llegado a esa deducción.

—El señor Sherlock Holmes —rió lord Ruthven—. Un mero chiquillo. Un aprendiz de nadador en aguas demasiado profundas.

—Según tengo entendido, lo confundieron ustedes con un doble. Mala cosa, si se pretende dominar la ciencia. Hay que saber separar con cuidado el trigo de la paja.

—¿De verdad cree usted que confundimos a Holmes?

Einstein hizo una pausa. Chupó la pipa.

—¿No secuestraron a un actor que lo interpreta en escena?

—William Gillette, el ingenuo americano. Naturalmente que siempre supimos que no era el verdadero Sherlock. Tiene un acento deplorable.

—Por el contrario, su inglés, que es mejor que el mío, imita bastante bien el tono británico, aunque debe de ser usted polaco o ruso, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca —concedió el supuesto noble—. Los polacos tenemos gran facilidad para los idiomas. Ahí tiene el caso de Joseph Contad.

—Perdone si intento encajar todo eso que me dice en un marco algo más amplio, lord Ruthven... Peto si siempre supieron que Gillerte no era Holmes, ¿por qué la pantomima del secuestro?

—Para que Holmes saliera de su escondite.

—¿No habría sido más sencillo intentar capturarlo directamente allá donde vive?

—Verá, Herr Einstein. Holmes no es, en modo alguno, nuestro objetivo. No lo ha sido nunca. Necesitábamos sus dotes de deducción para que nos ayudara a identificar *A* una persona.

Hubo un segundo silencio durante el cual lord Ruthven sin duda se relamió en la revelación de su sorpresa. Einstein tardó en reaccionar, y cuando lo hizo, su voz se

cargó de nuevo escepticismo.

—¿A mí?

—A usted —confirmó lord Ruthven—. Al hombre más inteligente del mundo. ¿Quién sino el detective por excelencia para usar sus dones en nuestro provecho?

—Me halaga usted. Sólo soy un funcionario de patentes casi anónimo.

—Hoy. Pero dentro de algún tiempo, cuando sus doctrinas calen, se ¡e reverenciará como e! hombre más importante de la historia. Holmes dedujo su personalidad y su mente prodigiosa; con su estilo, nos puso en la pista de la importancia que usted tiene en el esquema de las cosas por venir. Utilizando un símil religioso, nos servimos de Holmes como su Juan Bautista.

—Me sonroja usted, señor Ruthven.

—Soy sincero. Podríamos haber esperado veinte o treinta años más, pero es el momento propicio para poner en marcha nuestros planes, señor Eínstein. Antes de que otros lo intenten. Antes de que la historia se acelere y perdamos comba.

—Entonces Holmes no les interesa.

—Bueno, como segundo plato no está mal. Ya lo capturaremos un día de éstos *y* daremos salida a su capacidad de análisis. Mis informes dicen que cogió un tren ayer mismo, con destino al cantón donde encontró el manuscrito origina! escrito de puño y letra por Mary Shelley, cerca de la frontera con Italia.

Lord Ruthven se acercó a la mesa y cogió un libro. Se lo mostró al científico.

—*Frankenstein* —reconoció Einsrein—. ¿Esto es lo que robaron en su casa?

—Esto es lo que Holmes nos sustrajo a nosotros hace doce años. Sin él saberlo, naturalmente. El manuscrito original que esa ingrata de Mary Shelley no pudo publicar nunca. La guía absoluta para producir el milagro.

—Lo siento pero me he perdido, lord Ruthven. —Einstein se tascó una ceja—. Me temo que hace muchos años que leí esa novela, y me perdí con las descripciones. Algo farragosas, ya sabe, para mi gusto. Literariamente, soy más sencillo.

—Este libro es novela sólo en parte, Herr Einsrein —explicó lord Ruthven con paciencia, como sí le hablara a un niño—. Verá, hace casi un siglo lord Byron, su amigo Polidori y los Shelley estuvieron aquí, siguiendo los pasos de John Milton, a quien admiraban tanto, y contactaron con quienes eran los Herederos de Horus de entonces, que ya se habían establecido aquí. Nuestros padres y abuelos, si no biológicos, sí en espíritu. Por ellos supieron de nuestros recursos. Y de nuestra fórmula para crear vida artificial algún día, cuando la tecnología estuviera a punto. Como lo está hoy.

—Me parece que ahora es usted quien cuenta patrañas de vieja.

—Piense lo que quiera. Hace cien anos, el sueño de crear vida era una quimera. Hoy es una realidad. Mañana... mañana será una obligación. Mary Shelley lo contó en su libro, alterando apenas nombres y fechas... e incluyendo en uno de sus capítulos

las fórmulas necesarias para fabricar un hombre artificial, pese a nuestras advertencias

—¿Unos cuántos cadáveres y la descarga de un rayo? Me temo que usted y yo tenemos ideas diferentes sobre lo que es una fórmula, lord Ruthven.

—Le estoy hablando del manuscrito original, señor mío —dijo lord Ruthven, irritado—. Del relato de miedo que la joven Mary Shelley escribió de resultas de aquella tonta propuesta de lord Byron: pasar las horas contando cuentos de fantasmas. Pero el libro definitivo, la versión novelada que salió a la luz, eludió ese capítulo revelador. Trabajo les costó a nuestros predecesores silenciar esa parte.

—Tengo entendido que a todos los que participaron en esa historia les acosó la desgracia a partir de entonces. Supongo que la mala suerte tiene un nombre: ustedes.

—Piense lo que quiera, —lord Ruthven, despectivo, se encogió de hombros—. Intentamos recuperar el manuscrito, pero llegamos a la conclusión de que Percy Bysshe Shelley lo llevaba encima cuando su barco se hundió camino de Leghorn y él murió ahogado. Como la historia se publicó sin esa adenda, no le dimos más vueltas.

—Hasta que Holmes lo encontró —sentenció Albert Einstein.

—Exactamente. Hasta que ese detective lo encontró en una biblioteca de Lausana, cuando viajaba por Europa haciéndose pasar por un explorador noruego. Aunque no le dio importancia a su valor, pues imagino que no lo leyó entero, nosotros fuimos conscientes de que lo tenía en sus manos por un cruce de cartas con algunos bibliófilos de reputado prestigio. Y comprendimos que necesitábamos a toda costa recuperar ese manuscrito, y destruir a la vez la prueba de que, sin él, la posibilidad de crear un hombre sintético es empresa baldía.

—¿Se refiere al Hombre Elefante? ¿Ese pobre desgraciado fue un... prototipo?

—En efecto. Nuestros predecesores fueron más impacientes que nosotros. Intentaron crear a ese hombre artificial sin tener todos los datos, ni el material adecuado. El resultado fue una criatura deforme y desdichada.

—Como en la novela.

—Como en la novela, sí. Un inconveniente que ahora, con el manuscrito completo en nuestras manos, y con ¡os cambios tecnológicos del nuevo siglo, no volverá a producirse.

—¿Y qué pretenden hacer conmigo, si no es mucha molestia? —preguntó Einstein, otra vez algo zumbón—. ¿Cortarme la cabeza y pegársela a un hombre de lata? ¿Hacerme trocitos y luego integrarme en un cuerpo de atleta? ¿Cuáles son sus pretensiones? ¿Crear un ejército de Frank-Einsteins, por ventura?

—Es usted inteligente, en efecto —rió fríamente lord Ruthven—. Y me gusta su sentido del humor. He de reconocer su talento superior, aunque yo mismo no sea capaz de comprender sus teorías físicas, *mein Herr* —concedió—. Está empezando un siglo nuevo. Después de la paz y la comodidad relativas de las últimas décadas,

este siglo veinte será un siglo de guerras. Y habrá que estar preparado para salir victorioso de ellas.

—Un ejército conmigo de soldado, menudo plan genial —rió e! científico—. ¿Es que no saben que soy pacifista?

—Oh, la cosa es un poco mas... retorcida. ¿Quién quiere, hoy por hoy, crear un ejército de superhombres físicos? Ya habrá tiempo para eso más adelante. No faltará carne de cañón que libre esas guerras por venir: no ha faltado nunca. Lo que se necesitará serán mentes preclaras, dirigentes superiores.

—Ya le he dicho que soy pacifista.

—Usted sí, no lo pongo en duda. —Parecía que lord Ruthven no estaba dispuesto a hacer caso alguno de las palabras del señor Einstcin, a quien tomaba en serio por su nivel científico, pero no como persona, pues para él no era más que el medio para conseguir un objetivo—. Pero el ser artificial que crearemos a partir de usted no lo será —reveló, como quien comenta el estado del tiempo—. Un intelecto dedicado al ciento por ciento a la estrategia, no a reflexionar sobre el origen del universo. El mejor juaador de ajedrez del mundo, como si dijéramos, preparado para hacer jaque mate con ejércitos auténticos.

—Entiendo —dijo Einsteín con tristeza, agachando la cabeza—. Jugar a ser Dios.

—Pero corrigiendo la labor de Dios, si quiere llamarlo así. Avanzando el desarrollo de la naturaleza.

—Veo que usted tampoco ha leído el libro de la señora Shelley, lord Ruthven. O no lo ha comprendido. Quizá es algo que vio una muchacha de dieciocho años hace un siglo, aunque a ustedes se les escapa. Van a crear monstruos que se rebelarán contra ustedes. No se puede jugar contra la naturaleza. Dios les devolverá et golpe.

—¿Qué tiene que ver Dios con todo lo que hablamos? No, amigo mío. Dejemos a Dios a un lado. Como bien han advertido De Vries, Correns, Tschemark, Bateson y Cuénot,[7] el siglo en que vivimos será el siglo de la revolución genética.

—Qué curioso, todo el mundo espera que se produzca la revolución obrera.

—No sí nosotros intervenimos. Como vamos a hacer. Y ahora, si quiere hacer el favor de mostrarme su brazo, Herr Einstein. No se preocupe. Como le he dicho, no hará falta trocearlo ni matarlo. Tan sólo unas muestras de sangre y de su médula ósea nos abrirán la puerta para crear un duplicado perfecto de usted. Casi no le dolerá.

Lord Rurhven cogió algo que no pude ver desde mi situación y avanzó hacia el físico. Einstein se levantó de su silla y retrocedió un paso.

En lo alto del respiradero, yo me agité, sin saber qué hacer a continuación.

Entonces la rejilla cedió bajo mi peso y me precipité a la habitación, entre los dos hombres.

Lord Ruthven se volvió hacia mí, sorprendido, casi asustado por m¡ intromisión. Vi que en su ojo relucía un monóculo que en ese momento me deslumbró, pero no

despertó mis recuerdos, y en la mano derecha blandía una aguja hipodérmica. Extendió el brazo, intentando clavármela en la garganta. Lo esquivé por muy poco, con una finta de bailarín que escoró mi cuerpo a un lado. Me pasó tan cerca que podría haberle metido una mano en el bolsillo y robarle cualquier cosa que allí llevara: una carta lacrada, por ejemplo. Entonces resbalé, a merced de aquel hombre.

Un golpe con el canto de la mano y el falso aristócrata se desplomó junto a mí. La hipodérmica de metal resonó al estrellarse contra

—Gracias a Dios por el día en que aprendí *baritsu* —dijo una voz familiar, desprovista de acento alemán—. Charlie, ¿puedo preguntar qué demonios estás haciendo aquí?

Albert Einsrein me tendió la mano para que me incorporara. Era una mano tuerte y dura, acostumbrada por igual a la acción y a la pausa. Reconocí los ojos grises por debajo de la peluca.

—¡Señor Holmes!

25

Tendría que haberme dado cuenta de que era Holmes desde el principio, porque tenía la pipa encendida. Pero tampoco el supuesto lord Ruthven se había percatado del engaño. Saboreé la ironía de la situación: el principal cabecilla de los Herederos de Horus había alardeado de que jamás habían confundido a William Gillette con el detective auténtico allá en Londres... y ahora Holmes les había devuelto el golpe haciéndose pasar por Albert Einstein como el gran maestro del disfraz que era. Me acordé de aquella noche en Limehouse, diez años atrás, cuando engañó a los dacoíts fingiéndose uno de ellos ante su propio jefe, el diabólico doctor de los ojos verdes.

—No hay tiempo para explicaciones, Charlie —dijo Holmes—. Tenemos que salir de aquí.

Se volvió para recoger de encima de la mesa el manuscrito original de *Frankenstein.* No había acabado de guardárselo en el bolsillo de la chaqueta cuando la puerca de la habitación se abrió y, alertados por el alboroto de mi caída, o eso creímos entonces, entraron dos hombres.

—¡Lord Ruthven! —exclamó uno de ellos, en un inglés espantoso—. ¡Hemos sido invadidos!

Los reconocimos al instante: eran el tipo del bigote y el del chichón en la cabeza, mis perseguidores del barco, aunque aquella desgraciada de Violet no los acompañaba ahora ni les daba ninguna orden. Ambos llevaban pistola y expresión de pocos amigos. Si se referían a nosotros como los causantes de la invasión de aquel lugar oculto, me pareció una afirmación exagerada: apenas éramos dos contra un imperio secreto.

Sin pensármelo dos veces, les cerré la puerta en las narices. Literalmente. Holmes dio un brinco, volvió a abrir la puerta y arrastró al interior a uno de ellos, que cayó desmadejado sobre el inconsciente lord Ruthven. El otro tuvo tiempo de efectuar un único disparo antes de que el detective lo hiciera caer hacia atrás con una zancadilla.

—¡Vamos, Charlie! ¡Corre!

Ya era demasiado tarde para no intentar llamar la atención. El disparo al aire había alertado al resto de los hombres del lugar, los científicos que estaban trabajando en las máquinas cercanas. Vinieron todos a una hacia nosotros. En algún lugar sonó un alarido que se repitió por toda la cueva. Una alarma. Pero no por nuestra causa. ¿La policía, tal vez? ¿Había sido capaz Holmes de alertar a los suizos y preparar una trampa?

Una estrella de metal se clavó en la frente de uno de los supuestos científicos que pretendía cortarnos el paso. O la policía suiza era muy internacional, o utilizaban armas poco convencionales, o la invasión de la que nos había alertado, tarde, el tipo del bigote venía de otra parte. ¿Aleister Crowley? No tenía un ejército, y en todo caso

no utilizarían ese armamento exótico. Peto aquel no era el momento más propicio para detenerse a hacer análisis, contraanálisis y deducciones. Teníamos que correr por nuestras vidas.

—¡Al andamiaje! —ordenó Holmes, y se encaramó a los hierros con la velocidad de un tigre. Yo no me quedé atrás. Era un atleta, un acróbata nato, peto Holmes se movía con igual precisión.

Corrimos por la estructura metálica esquivando los disparos del hombre del bigote, que tenía mala puntería pero sin duda era perseverante. Holmes se detuvo, saltó a la planta y aterrizó entre las máquinas que zumbaban como cafeteras malignas. Lo imité. Un disparo rebotó en la carcasa y vino a destrozar un indicador de presión. La máquina dejó escapar un largo gemido en forma de vapor. El disparo no había procedido de la pistola del hombre del bigote, que se retorcía en el suelo, partido de dolor, herido por un enemigo nuevo y todavía invisible.

Holmes y yo nos miramos. Sin decir palabra, empezamos a girar al unísono llaves y tuercas, pensando que nuestros perseguidores tendrían que dejar de acosarnos para devolver las máquinas a su condición normal, entretenidos como estaban además por aquella agresión inexplicable. El gemido de las bombas se hizo más prolongado, más grave. Encontré una caja de herramientas y de ella extraje dos llaves de palanca. Las utilicé para ir girando los tornillos que parecían más apretados. Toda la estructura de la maquinaria se estremeció.

—¡No disparéis! ¡No disparéis! ¡Podéis dañar el condensador! —gritó alguien, y, su voz resonó en la cavidad. Demasiado tarde: una nueva bala vino a abrir un agujerito de apariencia insignificante en el estómago de la bestia, mientras de la nada surgía un ejército de hombres vestidos de oscuro.

Coincidiendo con el impacto, toda la estructura tembló, como si pasara un tren o se estuviera iniciando un terremoto. Solté una de las llaves a la fuerza: uno de los Herederos de Horus me había agarrado por el cuello y me levantaba en vilo.

Era la segunda vez, desde que acompañaba a Holmes en sus aventuras, que me trataban como sí fuera una estera que hay que sacudir. Pero esta vez no me anduve con chiquitas. Mientras el tipo me sujetaba por el cuello y me impedía respirar, le agarré la nariz con la llave y retorcí con todas mis fuerzas. No sé si el chasquido que oí fue su hueso nasal al quebrarse o el techo que empezaba a venirse abajo, porque ambas cosas fueron simultáneas.

El hombre me soltó, se llevó las manos a la cara y estaba intentando contener la sangre cuando alzó la cabeza y vio que una grieta se dibujaba como un relámpago sobre nosotros. Perdió todo interés en mí y en su nariz, y echó a correr hacia uno de los túneles como un conejo que añora su madriguera.

—Charlie, ¡tenemos que salir de aquí! —gritó Holmes. Vi que a su alrededor había dejado fuera de combate al menos a dos hombres más, utilizando aquella

misteriosa forma oriental de defensa. La misma forma de lucha que, lo vi más claro ahora, practicaban aquellos atacantes vestidos de oscuro que lanzaban a diestra y siniestra aquellas estrellas puntiagudas. Una de ellas falló el blanco que era yo y cayó a mis pies. La recogí con curiosidad, como si en verdad fuera un astro caído del cielo.

Los Herederos de Horus debieron de llegar a la misma conclusión que el hombre de la nariz retorcida y que el propio Sherlock Holmes, porque todos echaron a correr hacia las puertas de los túneles: la invasión era imparable. Ni el detective ni yo supimos durante un instante qué camino tomar, porque cualquier escapatoria pasaba por el aluvión de hombres orientales que había desembocado en la nave.

Entonces, una por una, las puertas empezaron a cerrarse.

—¡Un sistema de seguridad! —exclamó Holmes—. ¡Van a sellar esta sala!

Uno tras otro, los telones de metal cubrieron las salidas. El cambio de presión producido por la parada de las bombas hizo el resto. Un borbotón de agua cayó desde lo alto del techo, provocando cortocircuitos en la maquinaria. Un segundo después, media docena de grietas filtraban sobre nosotros toda el agua acumulada sobre el escondite.

El andamiaje se vino al suelo, derribando paredes y puntales. Al soltarse, un agujero quedó al descubierto a un par de metros de no—

—¡Por ese túnel, Charlie! ¡Es nuestra única esperanza de salir de

Nos subimos como pudimos a los hierros retorcidos que se desmoronaban ya como un castillo de naipes por toda la nave. El túnel se perdía en la oscuridad, abierto como la boca de un león. Nada nos aseguraba que llevara a alguna parte.

Pero no nos quedó más remedio que seguirlo. La gigantesca oquedad que albergaba el laboratorio de los Herederos de Horus ya estaba anegada por completo.

Corrimos, sintiendo los gruñidos y gemidos de la estructura horadada en la roca. Apenas habíamos avanzado veinte metros cuando nuestros píes chapotearon. También allí había llegado el agua.

El túnel ascendía, pero el agua parecía subir mas rápido que nuestros pasos. Resbalé un par de veces, me aferré a las paredes intentando que el caudal no me arrastrara.

Al fondo vimos una luz. Demasiado lejana, me pareció.

Una riada de agua nos envolvió, alcanzándonos por detrás, derribándonos. En volandas, sin poder controlar nuestros movimientos, resbalamos hacia aquella luz.

El mundo estalló en una catarata negra.

Durante unos instantes que se me antojaron una eternidad creí estar de vuelta en el río Aar, como si todo lo que había sucedido desde entonces hubiera sido una alucinación mientras me ahogaba al escapar de Violet y sus dos secuaces. Empecé a quedarme sin aire. A mi alrededor estallaban de continuo burbujas que parecían anémonas.

Salí a la superficie. El contraste entre la barahúnda que dejaba atrás y la placidez de las aguas del lago Ginebra fue enorme. En el fondo del lago podía estar desarrollándose una catástrofe, pero sus ecos no habían llegado allí todavía. Solamente yo.

—¡Señor Holmes! ¡Señor Holmes! —llamé, escupiendo agua.

Nadie me contestó. Intenté mantenerme a flote como pude en medio de aquel charco frío de tinta gris. El sol del amanecer asomaba tímidamente entre las montañas.

—¡Eh, muchacho! ¡Aguanta! —gritó una voz.

Me volví. Un barquito velero se acercaba veloz hacia donde yo estaba. En la proa, un caballero con bigote escrutaba con gesto de preocupación las aguas. El hombre que lo acompañaba extendió la mano para ayudarme a subir a bordo.

Iba vestido con un abrigo Inverness y una gorra de cazador de patos, y llevaba una pipa en la boca como remate. Estaba completamente seco.

No podía ser verdad, pero allí estaba, en vez de en el fondo del lago, luchando por abrirse paso hacia la superficie con un libro robado en el bolsillo.

Sherlock Holmes.

26

—¡Holmes! ¿Holmes? —gritaba el caballero del bigote, oteando las aguas. Me pareció vagamente conocido, pero en la semioscuridad no llegué a identificarlo.

—¡Aquí! —gritó desde el otro lado del barquito la voz familiar del detective.

Chorreando y con aspecto agotado, Sherlock Holmes subió al balandro. Lo primero que hizo fue comprobar que yo me encontraba bien, y después se volvió hacia el hombre del bigote y le estrechó vigorosamente la mano.

—¡Mi buen Watson! —exclamó—. ¡Sabía que podía contar con usted para salir de este trance!

Entonces vi que, en efecto, el caballero del bigote era el biógrafo oficial del detective, mi antipático predecesor, a quien ahora debía la vida. Pero el hombre que lo acompañaba... ¿Cómo iba a haber dos Sherlock Holmes? Yo mismo me di un golpe en la frente, por tonto.

—¡Señor Gillette! —dijo Holmes, estrechando la mano a su doble seco—. Espero que le haya gustado este viaje a Suiza. Me alegro de verlo... ¡aunque no apruebe su decisión a la hora de elegir su indumentaria!

Gillette se palpó el abrigo Inverness y la gorra de cazador de patos que usaba en el teatro y que habían convertido a Holmes en un icono falso: puedo asegurar que mi amigo no iba a todas horas vestido como si fuese a salir al campo de excursión.

—¿No quería usted que todo el mundo pensara que Sherlock Holmes estaba en Suiza nuevamente? —dijo el actor, sin sacarse la pipa de la boca, modulando perfectamente las palabras a pesar del obstáculo que suponía sujetarla entre los dientes—. No se me ocurrió mejor manera que recurrir a esta ropa. Es cómoda para viajar a campo través. Y desde luego hemos viajado lo nuestro, intentando hacernos ver por todas partes.

—Sherlock Holmes y el doctor Watson —dije yo, admirado—. Ésos eran los dos hombres a los que vio el caballero de la estación de Berna. Sólo que no era el Sherlock Holmes auténtico sino usted, señor Gillette. Les ha pagado usted con su propia moneda, señor Holmes..., ¡dos veces! ¡Y eso que ese lord Ruthven negaba que se hubiesen confundido en primer lugar!

Los tres se volvieron hacia mí.

—Una maniobra de diversión, Charlie —dijo Holmes, el verdadero—. Sabía que los Herederos de Horus serían conscientes de que me lanzaría a su persecución de inmediato. La mejor forma de evitar que nos pisaran los talones como Sherrinford Locksley y Ormond Sacker era que las figuras de Sheriock Holmes y John Watson los despistaran de nuestros verdaderos propósitos y los atrajeran hacia otra parte.

—¡Una estratagema que funcionó a la perfección! —exclamó, meciéndose sobre sus talones, enormemente satisfecho de sí mismo, el doctor Watson. Parecía que

hubiera salvado el Imperio y la corona él sólito, cuando en el fondo no me había salvado más que a mí (estoy seguro de que Holmes habría sido capaz de nadar hasta la orilla sin más problemas; dicen que lo mismo hizo hacía cien años lord Byron).

—Al menos sirvió para que pudiera cambiar de identidad con el señor Einstein sin tenerlos encima —contestó el maestro de detectives, melancólico—. Luego todo fue cuestión de esperar a que vinieran a secuestrarlo.

—¿El señor Einstein? —pregunté, recordándolo. Siempre había pensado que era el caballero con bigote que acompañaba al falso detective en el tren, pero a la luz de estos acontecimientos, quedaba claro que aquellos dos banqueros se referían a Watson—. ¿Dónde está ahora?

—Camino de Zurich, convenientemente camuflado también. Me alegra ver que conseguiste darle esquinazo a tu enamorada, Charlíe.

Bajé la cabeza, avergonzado.

—¿Sabía usted que Vioiet pertenecía a los Herederos de Horus?

—Lo deduje en cuanto la vi en el vestíbulo de nuestro hotel cuando salí a enviar mis telegramas. Sin duda, la misma mujer que abordó al señor Gillette en su carruaje, en Londres. Era demasiada casualidad que hubiera seguido nuestro mismo camino y se alojara justamente en nuestro albergue. Creo recordar que te dijo que iba a Florencia, ¿no? Berna queda un poco lejos. ¿Recibiste mi mensaje?

—¿Mensaje, señor? ¿Qué mensaje?

—Te dejé uno en la estafeta diciendo que no te movieras del hotel, cuando fui a poner los telegramas para el profesor Challenger, dándole acuse de recibo de su misiva..., y para el doctor Watson y el señor Gillette, que se encontraban en un cantón cercano, instándolos a pasar rápidamente por Berna para continuar su supuesto camino hacia la frontera de Italia.

Por respuesta, me encogí de hombros. En el arrebato de deducción que me había llevado a aquel lugar, no me había dado por comprobar que Holmes me hubiera dejado la noticia de su marcha en la oficina de correos. No se puede estar en todo.

—Ya veo que no lo recibiste —dijo Holmes, acurrucándose en la manta que Watson le había tendido—. De otro modo, no estarías aquí. ¿Cómo has conseguido llegar hasta este sitio?

—Elemental, señor Holmes. —Sonreí, y me palpé la sien dos veces—. Utilizando la cabeza.

—Pues a punto han estado ustedes de perderla —dijo Gillette, contemplandó las aguas ahora que la luz del amanecer había teñido el lago de un color especial—. Espero que su hermano Mycroft y la policía hayan respondido con la misma velocidad que nosotros.

—No le quepa duda —respondió Holmes—. No sólo en esta orilla del lago, sino en la zona francesa. Y en Berna. Una maniobra coordinada, sin precedentes, entre ¡as

fuerzas del orden de tres países.

—Coordinación interpolicial, ¿eh? —murmuró Watson—. Interesante concepto para el futuro.

—Bueno, parece que esto marca el punto final de los Herederos de Horus, ¿no es cierto? —dijo Gillette, entornando los ojos en un gesto copiado de Sherlock Holmes. Creo que estaba contentísimo por haber podido participar en una aventura y, de paso, adquirir un par de tics más con los que seguir perfeccionando su interpretación del detective.

Holmes no contestó de inmediato. Contempló las aguas, como intentando ver qué quedaba del laboratorio oculto inundado por la fuerza del lago, sopesando qué posibilidades había de que, al igual que nosotros, lord Ruthven, sus secuaces y aquellos asesinos silenciosos hubieran podido salir nadando.

—Sin duda muchos de ellos habrán sido detenidos en cualquiera de las orillas —dijo—. Y otros habrán perecido ahí abajo. Pero tal vez alguno haya logrado escapar. Tendremos que estar alerta.

—No le veo muy contento ahora que ha alcanzado una victoria sin precedentes en su carrera, Holmes —se quejó el doctor Watson.

El detective hizo una mueca de disgusto.

—¿Victoria? ¿Y a qué precio, mi fiel Watson? Los Herederos de Horus llevaban cientos de años ocultos al mundo, una sociedad de hombres de ciencia en paralelo a nuestra propia sociedad. En realidad, un cáncer dispuesto a hacerse con el control de ese cuerpo que formamos todas las naciones en nuestra evolución hacia la luz. Una remora. No, amigos míos, no me siento feliz. El mundo está cambiando y temo que no sea a mejor. Creí haber derrotado a un Napoleón del crimen hace quince años, pero su semilla se ha esparcido como la mala hierba, reproduciéndose y contaminando todo tipo de sembrados. Es preocupante que los científicos de este tiempo que empieza tengan otros ideales que no sean la propia investigación aplicada a mejorar la vida del ser humano. Los Herederos de Horus suponen la perversión absoluta del espíritu de la ciencia..., del espíritu del ser humano mismo. Para ellos, los enigmas del mundo físico sólo son un paso para acceder al poder político.

—Eso no sucederá jamás, Holmes. Usted estará ahí para detenerlos.

Holmes se encogió de hombros.

—Ni usted ni yo estaremos siempre aquí, Watson. Ni Charlie ni Herr Einstein ni el señor Gillette tampoco. Y la falta de escrúpulos siempre existirá. Ésa fue la voz de alarma que dio Mary Shelley en este libro —sacó del bolsillo el manuscrito de *Frankenstein*—, cuando comprendió que sería una locura publicar las fórmulas que permitían la fabricación de seres sintéticos. Si la ciencia intenta establecerse como dios sin moral, la humanidad estará abocada a su destrucción. Y cuanto más desvelemos los misterios de las estrellas y los átomos, más posibilidades habrá de que

falsos científicos utilicen sus descubrimientos para fines innobles.

El detective abrió el libro, que estaba empapado. La tinta se corría en algunas partes, imposibilitando la lectura de la historia y de la clave inimaginable que facilitaba la creación de un hombre artificial, esclavo de los caprichos de otros hombres. Con gesto decidido, Holmes fue arrancando las hojas una por una, hasta hacerlas trizas entre sus dedos.

El secreto de la creación se desmoronó ante nuestros ojos como el papel mojado que había sido siempre.

—Tiene usted que contarme con detalle esta macabra historia, Holmes —dijo Watson, cuando el detective terminó de destrozar el libro—. Antes de que yo regrese a mi consulta y usted a sus abejas en Sussex. A menos, naturalmente, que prefiera que éste sea uno de esos casos que permanezcan inéditos.

—Es aconsejable dejar que pase tiempo antes de dar a conocer los detalles de esta espeluznante aventura, mi buen Watson —dijo Holmes, mirándome—. Y, en cualquier caso, creo que quien debería de contarla, pues ha estado presente en ella desde el principio, es el joven Charlie.

—¿Yo? —tartamudeé—. Pero ¡si apenas sé escribir! ¿Qué soy, sino un pobre aprendiz de cómico?

—Como dijo lord Ruthven: *Hoy.* Pero ¿quién sabe mañana, Charlie? Ahora volverás al teatro, y el señor Gillette regresará a América. Tú también irás a América algún día.

—¿Es una predicción o una deducción? —dije, burlón, pues no estaba en mis planes cambiar de aires nunca: no imaginaba cómo iba a ser capaz de hacerlo.

—Ambas cosas. La profesión de detective consultor ha entrado en crisis, Charlie. En este mundo de hoy ya no es posible solucionar enigmas desde el salón de tu casa. El romanticismo del misterio y su resolución intelectual darán paso, lo acabas de ver, a intervenciones físicas y directas. Lo mismo con el teatro.

—El teatro no morirá jamás —dijo, orgulloso, William Gillette. *Yo* asentí.

—No, no morirá jamás. Pero cambiará de nombre y de forma. Los días de los cómicos de la legua, de los borrachos en los bates de poca monta, del desprecio de la sociedad cambiarán. El cinematógrafo llegará a todas partes, mucho más que ahora. Y será un lenguaje universal, precisamente por carecer de palabras. Hazme esa promesa, Charlie. Si alguna vez logras convertirte en contador de historias, cuando dejes atrás los éxitos y fracasos de cu vida de actor, si te sientes capacitado, cuenta esta aventura que culmina hoy. Y no te olvides de dejar claro que, como toda narración sólida, debe contener intacta, para el futuro, la validez de su advertencia.

Los tres caballeros maduros se me quedaron mirando. En la expresión de sus ojos pude ver toda la esperanza de su experiencia depositada en la juventud que yo gozaba. No me quedó más remedio que hacerles allí mismo esa promesa que exigían.

27

Nuestro balandro permaneció trazando círculos en las aguas del lago hasta que el sol ya estuvo alto en el cielo, mientras otras lanchas y un par de barcos pequeños se nos acercaban para darnos escolta e ir sacando del agua a los miembros de los Herederos de Horus que hubieran podido escapar de la debacle. No fueron demasiados, y en cualquier caso, hubo mayoría de cadáveres. Entre los restos no apareció el hombre del monóculo, aquel supuesto aristócrata polaco que se había identificado ante el falso Einstein como lord Ruthven.

—¿Cree usted que habrá muerto ahogado allá abajo, señor Holmes? —pregunté, intentando en vano escrutar las aguas cada vez más azules del lago.

—¿Quién puede decirlo, Charlie? —contestó el detective—. Ese escondite secreto debía de tener innumerables salidas, ninguna de ellas por el agua, como hemos hecho nosotros. Lord Ruthven, o el que quiera que sea su nombre, bien pudo haber escapado por cualquiera de ellas. En el alboroto que propició nuestra huida, no recuerdo haberlo visto persiguiéndonos.

—¿Era un antiguo enemigo suyo, señor?

—¿Por qué preguntas eso, Charlie?

—Por nada en concreto, señor. Pero me pareció reconocerlo, por el monóculo. De aquella vez en los *docks*, la noche que nos conocimos. El hombre que esperaba aquel barco, el tipo al que mi hermano Syd le birló la carta y al que yo tuve que devolvérsela.

—¿Un simple monóculo te hace pensar que pueda tratarse del mismo hombre, Charlie? —Holmes, tozudo, no quiso admitir en ese momento que mi sospecha pudiera ser verdadera—, Entre los militares prusianos está de moda. A lo que se ve, lo consideran más masculino y marcial que usar antiparras,

—Sí las antiparras son como las de mi disfraz, no me extraña. —Sonreí, recordando la incomodidad de llevarlas puestas mientras interpretaba al personaje que ya no me hacía ninguna falta—. ¿Y esta estrella? ¿No significa también algo?

Le entregué el arma arrojadiza que había caído a mis pies durante la refriega. Holmes la cogió y la alzó a la luz, mientras el doctor Watson *y* William Gillette la contemplaban también, asombrados.

—Un shuriken —dijo Watson—. El arma de los asesinos silenciosos. —Evidentemente —replicó Holmes—. Una estrella de muerte. Tuvimos suerte de que no nos alcanzara ninguna, Charlie.

—O tal vez no iban dirigidas contra nosotros. —Es posible, sí.

—Si ese hombre era el mismo al que se enfrentó usted hace diez años, en Londres... ¿No tiene eso relación también con la aventura que vivimos jumos luego? ¿La de la desaparición de Alexander Wilberforce, la *del* enfrentamiento con el

mandarín de los ojos de gato? —Es posible. —Holmes seguía sin querer dar su brazo a rorcer, pero supe que era porque, a fin de cuentas, parte de la situación se le había escapado de las manos—. Lord Ruthven hizo un pacto con el diablo hace diez años. Y hoy el diablo ha roto ese pacto, quizá porque se sintió engañado, o más posiblemente porque en sus planes ya entraba traicionar a los Herederos de Horus y eliminar cualquier competencia de dominio mundial para el futuro.

—Entonces no me equivoco, señor. Esos asesinos silenciosos pretendían hacerse también con el manuscrito perdido.

—No lo creo. Mi deducción es la contraria: no querían que nadie se hiciera con él, no querían que otras manos le dieran su uso. Por eso aparecieron en el momento oportuno.

—Es irónico —apuntó Warson—. Una secta oculta impide que otra secta oculta se salga con la suya.

—Así funcionan los ejércitos en la sombra, mi buen Watson. Los Herederos de Horus han perdido esta batalla, quién sabe si también la guerra secreta. La estabilidad de nuestro mundo, por pura paradoja, se debe a la ambición por el poder de una mente maquiavélica.

—Sin embargo... —apunté yo, mientras el balandro se dirigía hacia la orilla, tripulado con mano firme por William Gillette—. No habíamos encontrado a ningún oriental en este caso hasta ahora mismo, señor Holmes. ¿Es posible que nos hayan estado siguiendo la pista todo el tiempo, sin que usted los advirtiera?

La mirada de Holmes relampagueó de nuevo, molesta. Supe que había metido una vez más la pata y que, en cualquier caso, si alguno de aquellos dacoits o sifan nos hubieran ido a la zaga desde Londres, el detective habría reparado en ellos.

Atracamos y confiamos a la policía internacional la detención de cuantos miembros de ambas sectas pudieran intentar escapar por las fronteras de Suiza y Francia. Estábamos seguros de que, si detenían a alguno, no pertenecería a la orden oriental: su astucia había hecho que pudieran escapar sin problemas o, en su fe ciega en su amo y señor, habían acudido a la base subterránea con una misión suicida en la que nosotros habíamos colaborado al ayudar a desplomar el techo.

Aleister Crowley contemplaba las olas morir en la orilla, a pocos centímetros de sus zapatos blancos. Esraba solo. La marea le había llevado un trozo de página del libro de Mary Shelley, pero la tinta estaba desleída, ilegible. Y el santón, en cualquier caso, sonreía. Nos vio llegar y se llevó una mano al sombrero emplumado, saludando sin inmutarse a los dos Sherlock Holmes, el real y el ficticio, al doctor Watson y a mí mismo.

—Buenos días, caballeros —dijo Crowley, alegremente—. Hermosa mañana para salir en barco, ¿no les parece?

—Y para pescar todo tipo de peces, hermano Perdurabo —replicó Holmes—. Ya

ha tenido usted su partida de ajedrez, ¿no es cierro? Y parece que la ha ganado.

Crowley se encogió de hombros.

—Apenas un enroque afortunado, señor Holmes. Digamos que el jaque mate todavía está por venir, a muchos años en el futuro.

—Pero los peones que le molestaban ya han sido eliminados, y de eso se trata. Le felicito, Alexander, pero tenga cuidado. Ha hecho desaparecer esa amenaza cientifista que tanto temía, y quizá de paso haya asegurado la estabilidad del mundo. Pero a un precio. Ha vendido usted también su alma al mismo diablo. Crowley hizo una mueca.

—Pensaba que no creía usted en esas cosas, señor Holmes.

—Hablo, naturalmente, en sentido figurado. Lord Ruthven se alió con el mandarín, porque ambos se necesitaban. Y ya ha visto los resultados. Con usted sucederá lo mismo.

—Era una alianza necesaria, Holmes. Usted mejor que nadie debería comprenderlo. No tengo ejército a mis órdenes. No lo tengo todavía. Y ese diabólico doctor estaba muy, muy enfadado con lord Rumven. Más que con usted, me temo. Lleva más de veinte años siguiendo la pista de un libro... y ese libro no era exactamente el mismo que los Herederos de Horus perseguían.

—Ese libro total no existe, Crowley. Son supercherías de chamán.

—¿Y qué más da, amigo Holmes? la fórmula para crear hombres artificiales... ¿cómo se les empieza a llamar? ¿Cuál es ese término surgido de la botánica...? No importa. Esa fórmula era real. ¿Quién sabe si ese otro libro de todos los libros no pueda existir en algún lugar remoto, un lugar que esté, como dijo ese poeta amigo nuestro, más allá del horizonte de los sueños?

—Quimeras, Crowley.

—Fue la búsqueda de El Dorado lo que conquistó un continente, Holmes. El conocimiento es poder. Y sólo unos pocos en el futuro estaremos en disposición de dominar ese conocimiento.

—Había usted, y es una advertencia, como lord Ruthven.

—Pero lord Ruthven ha muerto, ¿no es así?

—Que sepamos, no. No se ha rescatado su cadáver. Es posible que haya salido con vida y que busque reedificar su imperio. O que quiera vengarse. El mandarín puede que esté seguro en su imperio de Honan, hermano Perdurabo. Pero usted..., tenga cuidado, amigo mío. No tiene usted un ejército a sus pies.

—Todavía.

—Todavía, de acuerdo. Tenga cuidado. Me temo que sí los supervivientes de los Herederos de Horus descubren su participación en su caída de hoy, no le salvarán velas negras, ni dioses oscuros, ni dientes de ajo.

—Me pondré bajo la invocación de los nuevos dioses que han anunciado su llegada. Ya lo he hecho.

—Entonces ha perdido usted el tiempo, hermano Perdurabo.

—¿Por qué lo dice?

—¿Cómo va a protegerlo dios alguno si no es usted más que un pobre diablo?

Sherlock Holmes depositó sobre la palma blanca de Aleister Crowley la afilada estrella de los asesinos silenciosos, como recordatorio de que nunca podría dejar de mirar hacia atrás cada vez que saliera a la calle. La partida en la que el hermano Perdurabo se había enzarzado tenía muchos jugadores, muchos tableros simultáneos, muchos peones y reinas y alfiles y caballos y torres y un solo rey que dominaría al final el juego. El siglo veinte sería el escenario, y sólo el tiempo podría decir sí Crowley cumpliría sus sueños o si también él acabaría arrollado por el empuje de otras mentes con sueños paralelos a los suyos, o sueños, como los de Holmes, completamente contrapuestos.

Regresamos a Londres dos días más tarde, después de comprobar que, en efecto, lord Rumven no se hallaba entre los pocos prisioneros que la policía internacional hizo, ni entre los cadáveres que poco a poco iban aflorando a la superficie del lago. Terminada la aventura, o al menos nuestra intervención directa en ella, Holmes se mostró retraído, instrospectivo, casi hosco. Para él, aquel caso, como todos los casos, lo recargaba de una energía que hoy sólo puedo considerar como sexual, y a su termino lo dominaba, como en un encuentro amoroso, esa inefable sensación de melancolía característica.

Cada uno de nosotros volvió a sus cometidos habituales. Holmes regresó a Sussex y la cría y la experimentación con sus abejas, Watson a su consulta de mujeres embarazadas y jovencitas casaderas, Gillete continuó todavía unas semanas la representación de la obra, conmigo, y se marchó luego a América a seguir interpretando aquel personaje para el que había nacido, aunque nunca pudiera igualar a su modelo.

Yo permanecí en Inglaterra unos cuantos años más, hasta que me decidí, como me aconsejaban todos, a dar el salto y establecerme en ese otro país donde el porvenir parecía menos ominoso. Nunca olvidé a Holmes, aunque sólo volví a encontrarlo una vez más, como ya he dicho, en los albores de la primera guerra mundial, cuando yo era ya un actor de renombre. El detective fue, sin duda, uno de los personajes más fascinantes que he conocido en mi vida, pero todavía tendría que conocer a muchos más, y todos ellos me esperaban más allá de la isla de Ellis, en aquel continente que era tan grande que ni siquiera mirando un mapa era capaz de imaginarlo, en el futuro.

EPÍLOGO

He terminado de traducir la historia y he enviado copias por correo electtónico a varios amigos. Sé que tarde o temprano, como le sucediera a Rodolfo Martínez con su hallazgo, el manuscrito desaparecerá de mis manos, como si nunca hubiera existido. Sé también que sí, ahora mismo, intentara regresar al banco y abrir la caja de segundad, la llave no serviría.

La advertencia que Sherlock Holmes hiciera a aquel joven Charlie Chaplin parece hoy aún más apremiante que en 1905— Es verdad que el siglo veinte fue un siglo de guerras y holocaustos, monstruos desatados y la extensión imparable de una ciencia sin reglas. No podemos decir que el siglo veintiuno haya empezado con mejores augurios. El propio Albert Einstein, pacifista *y* físico por encima de todo, se hizo eco de esa misma advertencia durante toda su vida, cuando comprobó con amargura el sesgo que sus investigaciones tomaban en manos de quienes no se ceñían a un código de conducta como el suyo. Me pregunto si el hecho de que, a su muerte, el viejo profesor pidiera ser incinerado no tiene algo que ver con impedir los planes de los Herederos de Horus o de cualquiera de las sectas ocultas que se entrevén en esta historia. Y me pregunto igualmente si no sería alguna de ellas también la responsable del secuestro del cadáver de Charlie Chaplin el 1 de marzo de 1978, un cadáver que fue rescatado más tarde, aunque decapitado. Nadie conoce con exactitud el destino de Sherlock Holmes.

He paseado por Suiza, incluso he visitado el lago Ginebra (o lago Leman, como también se llama). Ya no existe Villa Diodati, pero el castillo de Chillon sigue en su sitio, como un espejismo sobre las aguas. En sus mazmorras encontré el *grafitto* con la firma de lord Byron. Además de héroe y romántico, George Cordón fue un precursor de los modernos vándalos.

Ayer, antes de regresar al hotel para iniciar el viaje de vuelta a España, decidí prestar un último homenaje al genio inmortal de Charlie Chaplin. En parte porque siempre, desde que era un chaval, me había emocionado su discurso final en *El gran dictador.* Ahora comprendo que es, al igual que esta historia, una manera de cumplir aquella promesa hecha al gran detective. Compré un ramo de violetas *y* visité su tumba en el cementerio de Vevey.

Es una tumba sencilla, como sencillo fue en el fondo el pequeño vagabundo. Había otras flores depositadas allí antes que las mías. También violetas.

Coloqué mi ramillete con cuidado y retrocedí sorprendido un par de pasos.

Entre las flores frescas y las flores mustias brillaba un objeto de cristal. Me acerqué a observarlo con mayor detenimiento. Era un monóculo hecho añicos.

A su lado, otro objeto, oscuro e inconfundible, altanero como una firma imposible de falsificar.

Una pipa.

NOTAS

1) Ambas historias han sido reeditadas en el volumen *Sherlock Holmes y la sabiduría de los muertos* ↵

2) Charlie se refiere al hijo extramatrimonial que su madre tuvo con la estrella del *music hall* Leo Dryden mientras su esposo estaba de gira por Estados Unidos. Dryden se llevó consigo a su hijo de seis meses, apartándolo de Hannah. ↵

3) Como antes, Charlie sigue las convenciones del llamado "canon holmesiano" puesto que es sabido que el 221 B de Baker Street era en realidad el número 31, ya que en aquella época la citada calle sólo llegaba hasta el número 85. ↵

4) El sabueso de *El signo de los cuatro*. ↵

5) Charlie confunde la teoría brovmiana con los «brownies», pastelitos de chocolate esponjoso. ↵

6) El protagonista del relato escrito por el doctor Polidori en Villa Diodati en 1816, »The Vampire" supuestamente inspirado en lord Byron. ↵

7) Los autores que en 1900 redescubrieron las leyes fundamentales de la genética postuladas por Johann Mendel en 1866. ↵